

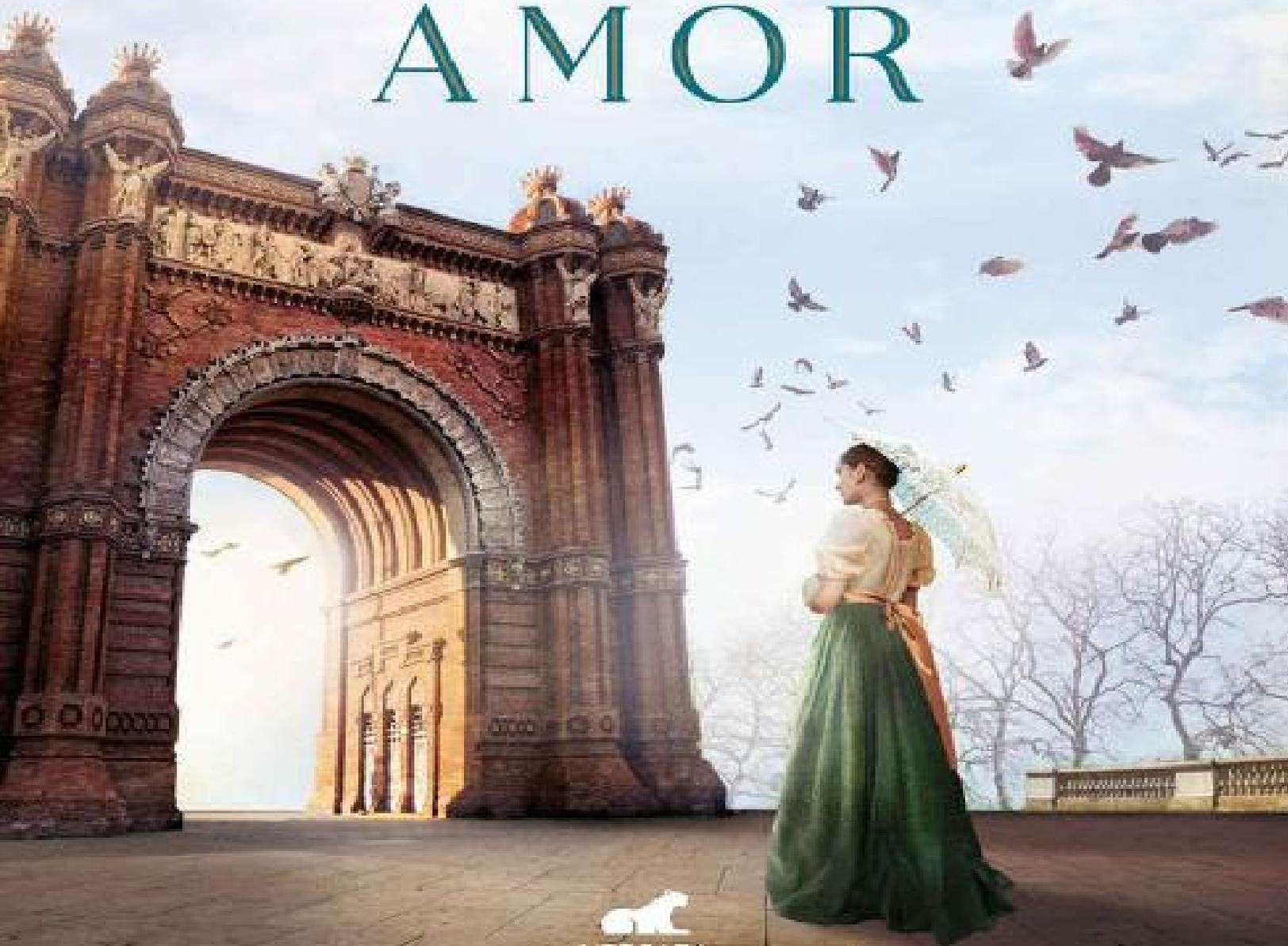
NURIA RIVERA

ESA

LOCURA

— LLAMADA —

AMOR



ESA LOCURA
LLAMADA AMOR

Nuria Rivera



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks

@megustaleer



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

A Gabriel, por estar siempre a mi lado

Barcelona, 12 de junio de 1886

Gonzalo Losada Martí creció con la falsa ilusión de poder escoger con libertad una profesión. Cuando terminó el colegio, su imaginación lo había llevado a soñar con ser general del ejército o incluso ministro del Gobierno y tuvo que enfrentarse a la idea de optar por una carrera en la que profundizar sus estudios y a la que consagrar su vida, como había visto hacer a su padre y a su abuelo. Creía que tenía libertad de elección. Cuán alejado estaba de los designios de su padre, que ya había trazado en su mente su futuro profesional desde los años de la primera infancia, como había hecho con su hijo mayor y como, por supuesto, haría con la pequeña.

La decisión no era sencilla, aunque, como miembro de la burguesía catalana, seguir los preceptos paternos era casi una obligación y lo había aceptado con cierta resignación. Sin embargo, él no quería seguir el deseo de su padre, sino el suyo propio. Y eso era un problema. Iba a tener que esforzarse en defender su postura si quería ser dueño de su futuro.

Con esa idea entró en la biblioteca, donde tendría lugar el encuentro con su padre. Incapaz de esperar sentado, caminaba sobre sus propios pasos a la vez que ponía en orden sus pensamientos. «¡Maldita sea!» Odiaba verse así, con un sentimiento de culpa que le estrangulaba la boca del estómago, como si lo que quería hacer fuera a convertirse en la peor decisión de su vida. Había postergado demasiado aquella conversación e iba a costarle enfrentarse a su padre, pues no iba a ponérselo fácil.

En un intento de centrar su atención, quiso repasar lo que iba a decirle. Pero el inconsciente es traicionero y, en vez de eso, su mente se abrió a recuerdos de otro tipo.

Tenía diecisiete años cuando don Rodrigo lo apremió a decantarse por una de las opciones que le presentó: el estudio de las leyes, para seguir así los pasos del abuelo Calisto, como abogado; o la medicina, como ejercía él. Poco importaba lo que su hijo quisiera. Las alternativas eran esas y no otras, y lo peor era que Gonzalo sabía que, eligiera lo que eligiese, uno de los dos acabaría decepcionado. Así que, para agradar al padre, escogió su misma profesión y se preparó para convertirse en cirujano.

Cumplió su promesa y con veintidós años se licenció; dos años después obtuvo el doctorado. Empezó su residencia en el hospital de la Santa Creu a la vez que asumía su lugar junto a su padre

en la consulta privada. El tiempo pasaba y su entusiasmo decrecía. Cada vez le costaba más seguir un deseo que no era el suyo, pero tuvo que ocurrirle aquel incidente para que se diera cuenta de que algunas cosas no pasaban por casualidad.

Ese era el tema que, en realidad, le quitaba el sueño y le hacía caminar en círculos por la biblioteca de la casa de sus padres, sin ser capaz de dar con la mejor forma de enfocar la conversación.

Le pareció oír unos pasos al otro lado de la puerta y templó los nervios. Su padre se acercaba. Quería mostrarse tranquilo para exponerle con claridad sus ideas. Tuvo la impresión de que el dolor de cabeza que lo aquejaba desde que se había levantado acababa de subir un grado.

Don Rodrigo no acudía solo. Lo acompañaba el abuelo y, tras ellos, las mujeres entraban en la habitación, entretenidas en una conversación sobre moda. Solo faltaban Manuel y Mariona, sus hermanos. «Por Dios, esto parece un tribunal», pensó a la vez que tragaba saliva. Había esperado una conversación privada, pero estaba visto que en la familia Losada todo se hacía en comité.

El abuelo Calisto se sentó en un sillón y con un gesto casi imperceptible lo animó a defender sus intereses. Gonzalo esperó a que todos estuvieran sentados y, sin ser capaz de hacerlo él mismo, se mantuvo en pie y empezó a improvisar, explicando la ocupación que desempeñaba desde hacía unos meses. A medida que hablaba, la cara de su padre se crispaba y su madre le dedicaba sonrisas tensas. Sabía que era un duro golpe para don Rodrigo descubrir que su hijo no quería seguir sus pasos ni encargarse de su consulta, como él había proyectado hacía tiempo. Que se dedicara a otra cosa que no fuera la cirugía lo enfurecía. Además, parecía que a su madre fuera a darle un síncope.

—Padre, esto es lo que en realidad deseo para mi profesión. He encontrado mi vocación. Quiero estudiar las enfermedades de los nervios. Por eso es importante que me traslade a París y aprenda del mejor. En estos momentos, la Salpêtrière es el lugar idóneo para mi formación.

Su padre lo miró de hito en hito, a la vez que por el rabillo del ojo echaba un vistazo a su mujer, quizá preocupado por si se desmayaba y tenían que salir corriendo a por sus sales. Gonzalo se envalentonó al no recibir ningún argumento en contra y siguió con su discurso, pero se equivocó. De pronto, un grito parecido a un alarido lo detuvo.

—¡Por encima de mi cadáver! ¿Has oído? ¡Por encima de mi cadáver! —chilló su padre—. ¿Tu vocación? ¿De verdad crees que has encontrado tu vocación? Di más bien que huyes de ella. — Don Rodrigo se acercó a su mujer y le tomó una mano. Estaba pálida y se recostó lánguida sobre los cojines del sofá—. Vas a matar a tu madre.

—Padre...

—No exageres, hijo —intervino el abuelo. Con parsimonia, se levantó y se dirigió hacia un armarito, sacó un frasco del interior y lo abrió para dárselo a su esposa, que trataba de socorrer a su nuera

—Querida... Elvira. —La abuela acercó el pequeño bote a la nariz de su nuera, que en breves segundos se repuso.

—¡Por Dios, hijo mío! —exclamó doña Elvira—. ¿Por qué quieres trabajar con los desahuciados de la sociedad?

—No son desahuciados. Son enfermos mentales.

—Pero ¿por qué no quieres ser médico? —continuó su madre—. Mira a tu hermana: María Elvira ha seguido, como tú, los pasos de tu padre y te admira. Dice que tienes un don con los enfermos. ¡Desea seguir tus pasos! Y Dios sabe que no entiendo por qué quiere estudiar si, cuando se case, su marido no dejará que esté tantas horas en el hospital.

—Por favor, madre, no me lo ponga más difícil. No me voy a la guerra. Nunca seré un buen cirujano. —Miró a su progenitor—. Tengo la oportunidad de ir a la escuela de neurología en la Salpêtrière, en París, y trabajar con el doctor Charcot. Es uno de los mejores... Lo siento, padre, no tengo su habilidad en la mesa de operaciones, pero desde que estoy en Nueva Belén...

Su padre miró al abuelo y Gonzalo se dio cuenta de que todavía creía que seguía en el hospital de la Santa Creu como médico cirujano. Don Calisto se encogió de hombros.

—Le dije que no se metiera, me ha desautorizado. ¡Es mi hijo!

—Rodrigo..., si es lo que quiere —replicó doña Elvira.

—¡No! No te pongas de su parte. Tiene que ayudarme en la consulta. No puede marcharse. —Se dirigió a su hijo y, haciendo hincapié en cada una de sus palabras, lo amenazó—: Si no me obedeces y rechazas esa plaza, no te daré una sola peseta para irte.

—¿Sabes, hijo? —intervino doña Carmen, la abuela de Gonzalo—. Esta conversación me resulta un poco familiar.

—Manuel no se ha quejado de seguir mi consejo en su profesión; le gusta la economía y lleva muy bien los negocios familiares —refutó Rodrigo con relación a su hijo mayor.

—Me refiero a que esto mismo lo escuché hace bastantes años. Eras tú quien defendía que la medicina era tu pasión y no las leyes, y quien quiso ir a Madrid a trabajar con Alarcón porque tenía que ver otros hospitales.

Su esposa lo miró atónita, al igual que Gonzalo, pero Rodrigo Losada era demasiado orgulloso para dar su brazo a torcer, y su hijo lo sabía. No iba a facilitarle las cosas.

—No era lo mismo, madre. La cirugía es una profesión con prestigio. ¡Salva vidas!

—No siempre —intervino Gonzalo, y se ganó una mirada furibunda de su padre, pero no se amedrentó y continuó con su alegato—: Cada vez más, pero aún no lo cura todo, y la gente todavía cree que ir al hospital no garantiza la recuperación; en cambio, sí puede acabar sus días allí. Debe adaptarse a los nuevos tiempos. La medicina pasa por la palabra y otras técnicas más recientes, no todo es cirugía. Ya le he dicho que debe modernizar sus ideas. Por ejemplo, utilice la bata blanca; ese nuevo uniforme es mucho más higiénico que su traje, con el que va a todos los sitios.

Rodrigo clavó en él la mirada y luego en el abuelo.

—Ese no es el tema —replicó—. Ni una peseta, ¿me has oído?

—Padre, iré con su apoyo o sin él.

—Sea.

Con esa palabra, el padre salió de la sala y dejó envuelta en lágrimas a su mujer, que al ver que se marchaba salió detrás de él suplicándole que reconsiderara su decisión.

Gonzalo se desplomó en uno de los sillones y se cubrió la cara con las manos.

—Te lo dije, no digas que no te avisé.

Desde hacía meses, don Calisto conocía sus dilemas existenciales. No es que el chico hubiera ido a contárselos, sino que él los había averiguado a través de su amigo Juan Giné y Partagás, representante de la cátedra de Patología quirúrgica y, a la postre, su profesor y referente. Él le había ido con el cuento y a su abuelo le había faltado tiempo para llamarlo a su despacho. Tuvo que darle explicaciones, igual que se las había dado a Partagás en la facultad de medicina. No entendía por qué tanto revuelo; solo le había ocurrido dos veces, pero, avergonzado, tuvo que confesar que la vista de la sangre le había dado aversión. Creyó que se lo contaría a su padre, pero lo que le dijo le sorprendió.

—Vuelve a hablar con Giné y acepta lo que te proponga. Que no te despisten su oratoria fácil y su verbo retórico; ese hombre hace mil cosas a la vez. Sabrás que, además de su actividad docente, dirige Nueva Belén. Estoy convencido de que tendrá un lugar para ti en su sanatorio. Allí encontrarás de todo, aunque no demasiada sangre —bromeó don Calisto—. Pero no empieces nada sin decírselo a tu padre; esa contienda corre de tu cuenta.

Sí, se lo había advertido. De aquella conversación habían pasado meses, y la actividad que ejercía en el hospital lo llevó a ser médico residente en neurología. Su inquietud por formarse lo alejó del doctorado en cirugía que ansiaba su padre y lo acercó a la otra disciplina.

Qué rápido había pasado el tiempo. En su fuero interno sabía lo que iba a ocurrir cuando desvelase su decisión y no por eso le dolía menos. Parecía que su padre no iba a dirigirle nunca más la palabra. Lo había decepcionado.

La voz del abuelo lo sacó de sus pensamientos.

—No es contigo con quien está enfadado —le anunció—. A veces creo que nunca olvidará algunas cosas. No importan los años que pasen.

Don Calisto había sido un hombre absorbido por su trabajo. Su prestigio como abogado y economista propició que lo solicitaran desde Madrid. Sin dudar, acudió y vivió allí durante años, mientras que su mujer y sus dos hijos permanecieron en Barcelona. Entonces había pensado que era su deber; no le agradó la decisión, pero tuvo que aceptar. Creyó que sería temporal; sin embargo, el tiempo pasó y se perdió la mayor parte de la infancia de sus hijos. Desempeñó cargos de importancia en la Abogacía del Estado y en la Administración, y se codeó con gente de la

corte, donde se granjeó buenas amistades. Incluso lo propusieron para cónsul, pero consideró que diez años de su vida ya eran muchos para entregarlos a la noble causa y que ver a su familia dos o tres veces al año no le compensaba, y decidió regresar.

Lo hizo en un momento crucial. Unas fiebres casi se habían llevado a su segundo hijo, José Manuel, y él se sintió muy culpable por la ausencia. Además, tuvo que cargar con el reproche de su primogénito, quien en un enfrentamiento le dijo que jamás se dedicaría a las leyes ni a otra cosa que no fuera preservar vidas; gracias a su intervención, la de su hermano se había salvado.

Pero el tiempo puso las cosas en su sitio y de aquel enfado solo quedaban los recuerdos, reminiscencias que resurgían cuando algo se escapaba del control de Rodrigo. El hermano siguió el camino del padre a través del derecho y él sí que había llegado a ser cónsul. Pero antes, cuando Rodrigo decidió ser médico, defender sus razones provocó el segundo enfrentamiento con Calisto. Quizá la culpa que siempre acompañó al abuelo lo ayudó a recapacitar, le permitió dejarle elegir el camino deseado y modificó sus valores. «Cada persona tiene un objetivo en la vida. Los hijos no deben seguir el camino de sus padres, sino construir el suyo propio», solía argumentar cuando se posicionaba en ideas progresistas. Por eso siempre era un gran defensor de sus nietos en cuanto a sus elecciones. Los tiempos habían cambiado y los hijos ya no eran propiedad de los padres, o eso intentaban algunos.

La abuela, sabedora del torbellino de ideas que pululaban en la cabeza de su marido, se levantó y le dio a Gonzalo unos papeles y un sobre.

—Debe de ser el orgullo Losada lo que mueve a tu padre, pero no dudes de que será el primero en decirte adiós.

Dicho esto, la abuela salió de la sala y dejó a Gonzalo más perplejo si cabía.

—¿Qué es esto?

—Tu abuela te cede la casa de Muntaner para que puedas tener tu espacio cuando regreses, quizá te sirva como consulta, y te da una asignación mensual para que no tengas ninguna dificultad en tierras galas.

—¿Mi abuela?

—Bueno, tu padre ha tenido que firmar algún papel para que podamos hacerlo. No queremos desproteger a tus hermanos ni a tus primos.

—Pero, entonces ¿él está de acuerdo? —preguntó ofuscado.

—Debiste hablar antes con él, se ha sentido engañado.

* * *

Horas después, Gonzalo fue al encuentro de Bernat Ferrer, su mejor amigo. Quería contarle cómo le había ido con su padre e informarlo de sus planes para marcharse cuanto antes. Su

amistad se remontaba a los años de colegio, cuando Bernat apareció por la escuela vestido como un pueblerino, mirando de reojo a todos los compañeros de aula. Lo sentaron junto a él y tuvo que compartir su pupitre. Pero «el nuevo», como empezaron a llamarlo, no hablaba con nadie. Un día, su abuelo y su padre le dijeron que lo invitara a casa a jugar y a tomar un chocolate. A él le parecía el niño más triste que había visto nunca, pero resultó ser un buen adversario en las guerras simuladas que inventaban. Luego supo que su padre había muerto y que era su tío el que se hacía cargo de su educación. Desde aquella tarde, se hicieron íntimos. Además, ambos habían crecido con una figura paterna exigente, pero él tenía la suerte de contar con su abuelo, que lo protegía siempre, pues las circunstancias de la vida le habían ablandado el corazón. Más de una vez, después de una travesura, se había escondido bajo su escritorio, entre sus piernas; sabía que aquel era el lugar más seguro del mundo, porque su padre, al preguntar por él, no osaría contradecir al abuelo cuando este, con tono autoritario, le dijera que no lo entretuviera con asuntos domésticos. Parecía que las cosas no habían cambiado demasiado: seguía protegiéndolo.

Gonzalo miró su reloj con impaciencia. Habían quedado en el paseo de Gràcia, donde su amigo tenía que hacer unas gestiones, pero se retrasaba y eso empezaba a ser una costumbre.

Distraído, miró hacia los comercios, cada vez más abundantes en aquella zona del Eixample que, junto con la Rambla y zonas adyacentes, se había convertido en el nuevo eje neurálgico de la ciudad. Le llamó la atención una joven dentro de un escaparate, perdida en sus pensamientos. Una sonrisa pícaro se le adivinaba en el rostro. Con ojo observador y la tranquilidad de mirar sin ser visto, contempló la figura estilizada envuelta en un modelo de vestido alejado de las modas que imperaban en el momento, quizá demasiado sencillo, según su parecer. Con mente enardecida, le pareció exquisito no tropezar con metros de tela, enaguas o el polisón si metía las manos debajo de las ropas y le palpaba las calzas.

Un golpe sobre el hombro lo sacó de sus lascivos pensamientos. Al girarse, Bernat le dedicó una mueca contrariada.

—¡Al fin apareces! ¿Por qué llegas tarde esta vez? —indagó con tono socarrón.

—Lo siento, me han entretenido. —La expresión de su rostro le anunció que no habían sido unas faldas.

—¿Algún problema? —preguntó curioso.

—Por lo visto, el lunes llegó de Madrid la noticia de que el gobernador conde de Xiquena se ha suicidado.

—¿El hijo del duque de Vivona? ¿Ese no está emparentado con la casa de Medina Sidonia?

—Sí, amigo, pero los grandes de España también tienen problemas. Por lo visto, el conde se encontraba rendido por el trabajo y magnas preocupaciones.

Gonzalo se rio con discreción. Para él, velar por la seguridad de la reina regente no debería ser una carga preocupante. Era la viuda de España, la viuda de la monarquía.

Mientras escuchaba a su amigo desgranar los desvelos de la regia mujer, por el rabillo del ojo no dejaba de escrutar la escena que se producía tras la vidriera de la tienda de enfrente. Se estremeció al percibir que la joven quizá se había pinchado, al ver como se llevaba uno de los dedos a la boca. «Ese gesto..., Dios. Es deliciosa», pensó. Luego, la joven sujetó con los labios, fruncidos en un simpático mohín, los alfileres y se dispuso a colocar un nuevo pañuelo. Intuyó al observarla que no aceptaría que quedase expuesto de cualquier forma, solo de aquella que le agradara. Gonzalo simulaba que atendía a su amigo mientras no se perdía ni un instante de la escena que se le antojaba fascinante y, sin darse cuenta, dejó que su cara mostrara una mueca bobalicona.

—No seas malpensado —lo censuró su amigo al malinterpretarlo—. Recibía muchos anuncios de posibles atentados contra la vida de la dama y él temía por el desorden social y el país. Voy a colaborar con el diario *La Ilustración Ibérica* para escribir un artículo.

—Entonces tengo que felicitarte. —Lo miró de frente—. El gusanillo de las noticias te ha atrapado.

—He de decirte que me han propuesto participar en un nuevo proyecto periodístico. Ya te contaré si sale adelante. Me temo que mis días de asueto han llegado a su fin.

Bernat lo miró satisfecho. A Gonzalo le pareció que su amigo había encontrado algo que lo motivaba y eso lo llenó de alegría. No tener que trabajar para ganarse la vida era algo que destrozaba a muchos nobles y burgueses. Era fácil caer en la decadencia y la tentación del despilfarro de la fortuna familiar como medio para saciar el aburrimiento.

—Aligeremos. Se me ocurre visitar ese lugar al lado de la catedral.

Por unos segundos, dudó. Un sentimiento extraño le hacía desear permanecer allí y admirar a la joven el resto del día.

—¿Vamos?

Gonzalo salió de su ensimismamiento y asintió. Alrededor del santo recinto se congregaban los mejores establecimientos, dispuestos a dar regocijo al cuerpo y llenarlo de placeres después de descargar las almas. Sin embargo, algo reclamó su atención en la cristalera que instantes antes contemplaba con tanta devoción. La joven ya no estaba.

—Espera... —Detuvo a su amigo, que se disponía a llamar a un carruaje de alquiler—. Quiero comprar unas corbatas.

Señaló la tienda de modas que había enfrente.

—Si quieres variedad, podemos acercarnos a los almacenes El Siglo; están aquí mismo, en la Rambla —aconsejó su amigo, ajeno a sus intereses.

Gonzalo no lo escuchó y se encaminó al comercio, decidido.

Era un establecimiento nuevo. Un gran cartel detrás del mostrador exhibía una imagen de hacía años de alguna empresa textil: «Ribas y Calasanz», leyó. Una joven con un moño algo destartado

apareció de pronto. Era bonita, no lo dudaba, pero no era la joven a la que había visto adornar el aparador.

—¿En qué puedo atenderlo, caballero?

Dejó su sombrero sobre el vidrio del expositor, donde distintos guantes femeninos se disponían en forma de abanico.

—Me gustaría ver ese pañuelo que tienen expuesto en el escaparate. —La chica le sonrió a la vez que se arreglaba el peinado con disimulo.

—Lali, ya me encargo yo del señor.

Aquella voz, la sonrisa que la acompañaba, la mirada verde como el jade y la fina figura de la joven del escaparate hicieron que se tambaleara.

2

Inés Ribas y Calasanz se levantó de la cama con ánimo renovado. Ese día iba a mostrarle a su padre sus diseños. Después del aseo, empezó a arreglarse, pero un triste pensamiento le cruzó la mente. Perseguir los sueños no siempre estaba al alcance de cualquiera. Quizá algún día las personas no serían tan diferentes unas de otras.

Mientras se vestía frente al espejo, su mente empezó a elucubrar y comenzó a parlotear sola, como si estuviera delante de una gran multitud.

—Algún día todos seremos iguales y las mujeres no serán ciudadanos de segunda.

Alzó la voz, como si así pudieran oírla desde la distancia.

—¡Señores! Esto que tengo en las manos es la herramienta de su opresión contra la mujer.

Ante los gritos entusiasmados del discurso, su madre entró en la habitación con la mano pegada al pecho.

—¿Quieres dejar de gritar, insensata? Van a oírte los criados. —Lanzó una mirada reprobatoria a su hija, que, cubierta con la camisola y las calzas, hablaba al espejo con un dedo acusador mientras agarraba una prenda íntima en la otra mano.

Su madre le quitó el corsé que sostenía y la ayudó a vestirse.

—Una mujer jamás les dirá esas cosas a los hombres —la sermoneó—. Además, no creo que tú tengas muchas cosas que reivindicar. Haces lo que quieres con tu padre y conmigo.

—Porque soy el hijo que no tuvo —rechistó, y se ganó una colleja.

Inés deseaba con todas sus fuerzas haber nacido en otra época en la que, imaginaba, una mujer pudiera tener más derechos. Pero como eso no era más que un sueño, se alegraba con la idea de no ser una «mujer florero». Se resistía a creer que las reivindicaciones de las mujeres de su tiempo solo concernieran a la educación y al trabajo. Ella soñaba con tener autonomía, disponer de su salario a su antojo, sin depender de la decisión de su padre o, peor aún, de un marido. No, ella no iba a casarse si ello implicaba que su vida dependiera de las decisiones de un hombre, que este pudiera controlar su fortuna. Por suerte, su padre la había educado con un pensamiento libre.

Su madre, Teresa Calasanz, a veces se alarmaba de tales ideas y le decía, con más frecuencia de la que deseaba, que soñaba con utopías. Luego acusaba a su esposo de que la niña hubiera salido tan moderna.

Sin embargo, bien pensado, a su madre no le faltaba razón. La mayoría de sus amigas de colegio estaban ya casadas o poco les faltaba para ello. Las que quisieron trabajar habían dejado de

hacerlo al contraer matrimonio, en pos de una vida centrada en los quehaceres domésticos o la crianza de los hijos.

—Quizá deberías pensar más en elegir un hombre para casarte que en los derechos de las mujeres. Alguien que te quiera y se preocupe por ti.

«Mujer casada, pierna quebrada», pensó. No, eso no iba con ella.

—Lali dice que nunca se casará para no perder su independencia. Quizá yo deba jurar algo así.

—«Lali dice...» Eulalia tiene muchos pájaros en la cabeza. Y no todos los hombres son iguales.

Eso era cierto, algunos apoyaban a sus mujeres, las dejaban trabajar y las animaban a perseguir sus sueños, a ampliar sus derechos. Como su padre.

En su fuero interno soñaba que algún día un hombre la sorprendiera queriéndola por sí misma y que la respetara tal y como era, sin prestar atención a su cuenta en el banco. Con dolor recordó que sus pretendientes estaban más interesados en eso que en considerar su autonomía. ¡Si se habían alarmado al decirles que iba a trabajar en su propia tienda!

—Yo me casé con quien quise y nunca me he sentido inferior.

—Padre besa el suelo que pisa, madre —argumentó—. Prosperó en la vida y jamás se ha avergonzado de su condición humilde.

Joan Ribas era el mejor padre del mundo, su héroe, y solo podría querer a alguien como él. Si no lo encontraba, se quedaría soltera para siempre. Le ofreció todas las oportunidades que le habría presentado a un hijo varón. Le inculcó las ideas progresistas que una vida centrada en el trabajo lo había llevado a abrazar y que el enriquecimiento no le había hecho olvidar. Ella, avispada desde chica, absorbió todos los conocimientos que, después de la escuela, él le enseñaba. Su madre, cuando la fragilidad de sus nervios se lo permitía, se entretenía en dar vida a aquellos tejidos que salían de sus talleres y le confeccionaba los vestidos más vistosos que podía imaginar y que eran la envidia de muchas de sus amigas. Inés empezó a ayudarla de jovencita y así, sin querer, aquella pasión por la aguja se le metió bajo la piel.

Hacía unos meses que su padre había confiado en ella y le había permitido abrir una tienda de modas en la que vendía desde objetos de mercería a complementos de vestuario de señora y caballero, y donde Inés se había aventurado a confeccionar como modista algunas prendas y exponer sus propios diseños. Y no le iba mal. Poder modelar la tela sobre el maniquí y de ahí al cuerpo femenino se le daba cada vez mejor. Tenía estilo, le decía siempre su amiga Lali, pero ella pensaba que le hacía falta aprender más.

—No sé por qué te empeñas en llevar estos vestidos tan sencillos. Con los otros estás muy bonita.

—No voy a la ópera, madre —respondió con burla, y se dejó peinar, a sabiendas de que le haría un recogido—. Tampoco pretendo conseguirme un marido. Además, puedo ponerme un corsé

menos constrictivo y más cómodo. Respiro sin temor a asfixiarme y en la tienda me siento más a gusto.

—Algún día sabrás lo que es tener esposo.

—No olvide que me lo ha explicado, incluso me ha dado detalles.

Le sonrió a través del espejo y se sorprendió al ver que no le había hecho un moño, sino que solo le había recogido algunos mechones y que el resto de su cabello lucía ondulado.

—¿Ya se ha marchado padre? —preguntó con aire inocente.

—No, todavía no, y si pretendes pedirle algo, aprovecha; está de buen humor.

Inés salió de su habitación con paso decidido. Su madre la siguió, pero antes de cerrar la puerta cogió un sombrero y unos guantes claros.

Encontró a su padre en el comedor; leía el periódico con interés.

—Creí que me tocaba desayunar solo —se quejó el hombre. Con gesto acostumbrado, se levantó y besó a su mujer. Le dedicó un mohín afectuoso que no pasó inadvertido para Inés. Luego besó a su hija.

Una doncella entró en el salón con una bandeja grande. Llevaba un servicio de café completo y unos bollos. Inés le hizo un ademán y la chica asintió. Salió y, al cabo de unos segundos, volvió a entrar con una caja grande. La depositó junto a ella y se marchó.

Teresa le sirvió un gran tazón de café a su esposo y lo colocó delante de él a la vez que retiraba el periódico de su alcance. Luego le puso otro a su hija y, por último, para sí misma. A Inés le encantaba esa costumbre de su madre; sentía que los cuidaba y sabía que para ella era un instante muy preciado comenzar un nuevo día los tres juntos. Podían compartir sus planes para la jornada y comentar sus inquietudes. Todo su universo, decía, estaba en aquella habitación sin que la vida los interrumpiera. A ella le gustaba ver que se dedicaban arrumacos cariñosos y cómo se miraban cuando creían que estaba distraída.

—¿Qué tienes en esa caja? —preguntó Joan con una mueca, como el que sabe alguna cosa.

—Es algo que he diseñado.

—¿Y cuándo piensas mostrármelo?

Inés abrió la caja con ceremonia y sacó un pañuelo estampado.

—Es muy pequeño para ser un chal —observó su madre. Al apreciarlo bien, asintió; pareció darse cuenta de que eran prendas para el cuello.

A medida que Inés extendía sobre la mesa y el respaldo de las sillas los diferentes pañuelos — más de media docena de hombre y otros tantos de mujer—, iba viendo un gesto de aprobación y satisfacción que se dibujaba en el rostro paterno. Su madre los tocó todos, con un cuidado exquisito, para descubrir que eran de fina seda. Los había de colores sólidos: negro, blanco, gris, granate. Estampados con motivos masculinos, como lunares y rombos pequeños; floreados para

las señoras; incluso uno era reversible: por una cara liso y, por la otra, de un dibujo en cachemir muy fino y elegante.

Inés se impacientó al no oír ninguna palabra de boca de sus padres.

—Los he confeccionado yo misma.

Se había hecho montar una máquina de coser en la trastienda y había pasado horas en el taller hasta conseguir lo que quería.

—Me parece que has necesitado un poco de ayuda. Gregorio no estaba muy contento.

—Gregorio Prat es odioso, cree que debería estar en casa y no metiendo las manos y la nariz en el taller. No sé cómo lo soporta, padre.

—Es un hombre agradable —refutó Teresa.

—Será con usted —replicó de nuevo, y su madre le hizo una mueca de desaprobación.

—Sabe bien cuál es su sitio. Es un buen contable y un excelente encargado. Confío en él —afirmó Joan.

Inés no quiso seguir hablando del encargado de la fábrica con el que siempre acababa discutiendo porque tenían opiniones opuestas en la forma de llevar el trabajo, pero, sobre todo, porque cada vez que hablaban le hacía notar el desagrado que le producía que ella, una mujer, le diera órdenes.

—Entonces ¿le gustan?

—Es un gran trabajo —halagó orgulloso—. Tienes muy buen gusto. Se te da muy bien diseñar y has confeccionado unas piezas preciosas.

Inés sonrió agradecida. Estaba segura de que era sincero, pero también sabía que, si hubiera sido un desastre lo que le hubiera presentado, él habría encontrado palabras de alabanza para que no se decepcionara.

Una idea que le rondaba cruzó su mente, así que, sin prepararse el discurso ni hilar sus pensamientos, lo soltó a bocajarro:

—Deseo ir a París a aprender diseño y moda, padre.

—Y yo deseo un coche a gas. De esos que parecen una calesa tirada por caballos, pero sin caballos.

—¡Joan! —se carcajeó Teresa y señaló—: Eso no existe.

—Sí existe. Lo dice el periódico. Lo ha fabricado un alemán, un tal Karl Benz.

—Padre, eso no tendrá futuro. Si voy a estudiar a París, podré emular los diseños de la Casa Worth. El señor Charles Frederick Worth trata sus creaciones como verdaderas obras de arte, es un gran diseñador; fue el primero en mostrar a sus clientas las creaciones sobre modelos reales. Ha vestido a la realeza y la vestimenta, cada vez más, es sinónimo de lujo y clase; además, crea una colección distinta cada año. Es un pionero.

—Esos folletines que lees te llenan la cabeza de pajaritos —bromeó el hombre.

—No son los folletines, me lo ha explicado Mathilda. La moda es una revolución. La mayoría de las mujeres de la alta sociedad viajan a París a comprar los últimos diseños. Si yo aprendo del mejor, podré regentar mi propia línea de moda femenina y sus maridos no tendrán que viajar a la capital francesa a comprar trajes de estilo. Usted ya trae esas telas exquisitas.

Inés no quería copiar los modelos parisinos, sino aprender del mejor para diseñar los propios. La idea de que el consumismo había llevado a la sociedad no solo a querer acumular objetos de lujo, sino a mostrar en las propias ropas la distinción y elegancia de una clase que, cada vez más, adquiría una notable fuerza, la tenía deslumbrada. La burguesía hacía ostentación de su dinero no solo a través de sus viviendas, sino con joyas y la elegancia en el vestir. Inés no quería ser espectadora de un momento social en el que la figura del sastre quedaba relegada al hombre y las modistas adquirirían mayor presencia como emprendedoras, con un campo propio en la confección de los trajes para mujeres. Ella quería ser actora. En poco tiempo, la ciudad se había llenado de talleres de confección exclusivos, y ella quería tener su espacio.

—Puedes aprender corte y confección sin moverte de la ciudad. Mira madame Renaud. Ve con ella.

—Pero yo no quiero ser una más en su taller. Quiero aprender del mejor —defendió.

—Una señorita no debe, ni puede, ir sola a París. Ni siquiera yo soy tan moderno —alegó el padre—. Además, a tu madre le darías un disgusto.

—Para nada, querido. Creo que nuestra hija es mucho más valiente que yo y sabe bien lo que quiere —adujo su madre, e Inés le dedicó una mirada de agradecimiento. Sabía lo frágil que podía ser algunas veces y lo que iba a echarla de menos, pero no la coartaba en su deseo—. Sabes que allí no estaría sola.

—¡Por favor, por favor! Déjeme ir, padre —suplicó a la vez que juntaba las manos de la misma manera que haría una novicia al rogarle al Altísimo, y, con una voz más propia de una niña pequeña que de una joven que hacía tiempo había cumplido los dieciocho años, añadió—: Tía Elena estará encantada y hace tiempo que no veo a mi prima. Además, no fuimos a la boda de Léonard y le debemos la visita.

El silencio en el que se había refugiado su padre empezaba a impacientarla. Miró a su madre con ojos implorantes.

—¡Por el amor de Dios, Joan! Di algo.

—Si te vas, ¿quién se hará cargo de la tienda de modas? —quiso saber su progenitor.

—Eulalia —respondió rápido. La idea de que su padre claudicaba la emocionó—. Joaquín, el mozo de tienda, puede ayudarla. Su madre también pasa mucho tiempo allí.

—No me gusta que te vayas —confesó su padre.

Ella lo miró con ojitos y el color esmeralda de sus iris brilló debido al líquido que se acumulaba en sus cuencas. Intuyó que aquel gesto instintivo estrujaba un poquito el corazón del

hombre y se sintió culpable; sin embargo, sabía que no era de los que cedían sin obtener algo a cambio.

—Podrás ir con una condición.

—Lo que quiera, padre.

—Tienes que vender esos dieciocho pañuelos en tres días.

—¿Tres días? Pero...

—Si no lo consigues, tendrás que esperar a que tu madre y yo podamos ir. Ya sabes que iremos antes de que acabe el año.

Inés adoraba aquellos viajes en los que pasaban semanas seleccionando las nuevas piezas de tela y tejidos más novedosos, los hilados, las tinturas y se impregnaban de los diseños más actuales, pero no quería esperar.

* * *

Su padre le había concedido tres días. Ya habían transcurrido dos y tan solo había conseguido vender uno de los pañuelos. No entendía el motivo hasta que Encarna, la doncella, le dijo que en los almacenes El Siglo también tenían, y a un precio más bajo. Su idea no era muy original, aunque estaba segura de que el tejido no era el mismo.

Aún tenía esperanza. La singular apuesta había trascendido por el taller y no le faltaban candidatos para ayudarla a que la balanza se venciera hacia su lado. La planchadora que iba por casa le había dicho que le reservara uno, y también alguna de sus amigas. Sin embargo, no quería hacer trampas. Quería venderlos sin necesidad de que la ayudaran, pero llegados a aquel punto pensó que, si era necesario, las haría.

Decidió cambiar el modelo que tenía expuesto en el escaparate.

Por algún motivo, mientras retiraba los alfileres que lo sujetaban al tapiz recordó la escena que había presenciado a la hora del desayuno en el comedor. Lamentaba haber sido tan puntual, algo que casi nunca ocurría. Sus padres estaban abrazados y se besaban con una pasión no recomendada para hacerlo en público y menos delante de una hija. Hasta le pareció que jadeaban mientras su cuerpo estaba entrelazado. Tuvo que toser un par de veces para que se percataran de su presencia. ¡Y aquella no había sido la primera vez! Días atrás, vio salir a su madre del gabinete de su padre con la cara enardecida y arreglando sus ropas; solo una sonrisa pícaro brotó de sus labios. Esta vez Teresa tenía el rostro arrebolado, mientras que su padre apenas la miró y se sentó con rapidez.

No era tan inocente como para no saber qué pasaba entre ellos.

Su madre le había explicado cómo era la relación íntima entre un hombre y una mujer. Le había

dicho que no quería que estuviera en la ignorancia como lo había estado ella en su noche de bodas y que era preferible que supiera lo que ocurría en la intimidad del lecho conyugal.

Por cómo se había expresado, Inés intuyó que su padre era un buen amante —algo que no necesitaba saber— y que su madre había adornado algunos detalles para que no se escandalizara o pensara mal de ella. Estaba convencida de que sus padres habían tenido relaciones íntimas antes de casarse. Pero eso era algo que Teresa Calasanz jamás reconocería.

No, no era una mojigata. La habían besado un par de veces dos pretendientes distintos, pero ella no sintió ese calor del que su madre le había hablado, ese que vio reflejado en su rostro y que era un ardor que nacía en la boca del estómago. Quizá sí notó que se le ruborizaban las mejillas, pero ni siquiera recordó la sensación al día siguiente. Una tercera vez fue ella la intrépida que besó al chico, en un baile de máscaras, y tampoco experimentó eso de lo que su madre hablaba o que cuchicheaban las criadas. Tal vez no dejó entrever que lo apreciaba lo suficiente, le dijo Lali cuando se lo contó, y Manolita Sanchís casi se había escandalizado. Para ella fue decepcionante, no solo por no haber sentido lo anhelado, sino porque el joven en cuestión salía disparado en dirección opuesta a la suya cada vez que se encontraban.

Regresó a la realidad al notar que uno de los pequeños alfileres se le clavaba en la yema de un dedo, y se lo llevó a la boca para chuparlo. Cuando se le calmó el pinchazo, mordió las cabecillas de las agujas que retiraba para evitar pincharse de nuevo, y con calma y la pericia de un dibujante recolocó un nuevo pañuelo de caballero. Después, se demoró unos instantes en ordenar el aparador y dejarlo bonito. Conforme con el expositor, salió de él para guardar el modelo sustituido.

Con esmero, lo extendió en la caja donde atesoraba el resto. Era uno de sus preferidos y casi había tenido que pelearse en el taller por uno de los trozos de tejido, diseñado en seda con hilos de varios colores que asemejaban una lágrima. Había confeccionado aquel pañuelo de caballero con los lados distintos y estaba orgullosa de su resultado. Una vez que lo tuvo recogido, depositó el paquete bajo el mostrador, en una de las baldas, y se adentró en la trastienda. Allí tenía sus dominios, su pequeño taller, donde probaba y confeccionaba los diseños que dibujaba primero sobre papel, para después montarlos en el maniquí y, de ahí, a la clienta. Otras veces modelaba con la tela y los alfileres sobre el busto de costura para acoplar la prenda al cuerpo o drapearla. Una vez elaborada su idea, pasaba a la confección, que luego ajustaba a su destinataria. Pero clientas todavía tenía pocas, más bien ninguna, porque su madre o la de Lali no contaban, y Manolita siempre decía que le encargaría alguno, pero todavía no lo había hecho. Por eso, para que las futuras compradoras vieran sus diseños, solía llevar ella misma sus propias creaciones, sobre todo cuando salía a pasear. Ella era la modelo; así emulaba al modisto de origen inglés afincado en la parisina rue de la Paix.

En el momento en que cogía una chaquetilla con que vestir el maniquí que exponía uno de sus

diseños, sonó la campana de la puerta.

Supo que entraba alguien y que pillaba a su ayudante y amiga con el pelo a medio arreglar. Había probado con ella un turbante y la había dejado un poco despeinada. Estaba a punto de salir cuando oyó la voz de un hombre:

—Me gustaría ver ese pañuelo que tienen expuesto en el escaparate.

Se le aceleró el corazón. Soltó la chaqueta de cualquier manera sobre su mesa de trabajo y salió decidida.

—Lali, ya me encargo yo del señor.

Él la miró con una intensidad similar a la que había visto en algunos caballeros cuando acudía a un baile, solo que esta vez fue distinto, quizá porque lo que aquellas miradas no habían conseguido esta lo logró sin que comprendiera por qué. Su corazón se agitó de una forma desconocida. Observó al hombre como le habían dicho que no debía hacerse, con curiosidad y deleite. Era alto y fuerte, con hombros y pecho anchos. Su cabello era del color del azabache y sus ojos, claros como el día que se abría detrás de los ventanales de la tienda. Iba elegantemente vestido. Tenía la cara rasurada, limpia, sin rastro del bigote o la perilla tan de moda entre los hombres. Su porte denotaba una seguridad que pocas veces había visto en los jóvenes con los que se relacionaba. Sin duda, era un caballero de esos que trabajaban en alguna dependencia del Gobierno, quizá un conde o alguien noble que, cansado de dar vueltas por sus diferentes casas, había salido de paseo. Pensó un montón de cosas absurdas en unos segundos, hasta que se dio cuenta de que no estaba solo.

—¿No eran corbatas lo que buscabas? —preguntó el acompañante. Para Inés no pasó inadvertido el choque que hizo con el hombro en el de su compañero, que pareció salir de un trance, y cruzaron las miradas.

—Pañuelos. ¿Puede mostrarnos algunos?

Inés se agachó y sacó la caja con cuidado de debajo del mostrador. La puso sobre él y, como si lo que tocaba con las manos fuera una reliquia santa, expuso frente a los caballeros sus preciados diseños. Ante la duda de si lo que buscaban era un regalo para alguna dama, exhibió primero los de mujer. A continuación, con unos movimientos estudiados, presentó los de hombre.

—Estos modelos son lo más nuevo que tenemos, la última moda en París.

—¿Está segura? —inquirió el de los ojos claros, y vio que se le formaba un hoyuelo en el carrillo.

Él los observó con ojo crítico, parecía que dudaba. Lo animó a que tocara el suave tejido y después colocó sobre sí misma uno estampado, para que los caballeros vieran cómo decoraba el cuello y el vestido.

—No creo que te siente bien —observó el acompañante con burla—, quizá a Mariona podría gustarle.

—La señora Mariona estará preciosa —admitió Inés con cercanía y simpatía.

—Señorita —aclaró el caballero interesado. Luego revisó con la vista el conjunto expuesto y cogió uno de los pañuelos masculinos. Su preferido, el que había retirado del escaparate—. Me llevaré este.

En un gesto poco premeditado, Inés se lo quitó de las manos y anunció con arrojo:

—No se venden por separado. —Miró a Lali de reojo—. Si le interesa, tendrá que llevarse el conjunto completo.

—¡Los seis! —exclamó el amigo—. ¿Para qué quieres tantos?

—En realidad son dieciséis —advirtió Inés con voz serena—. El modelo del escaparate es de muestra, no se vende.

Lali le clavó los ojos muy abiertos, pero Inés no se inmutó; no quería echarse atrás. Algo le decía que el caballero estaba interesado. Si actuaba bien y no flaqueaba, podría venderle toda la colección. Impulsada por ese objetivo, se lo jugó todo como el tahúr que hace su gran apuesta.

Salió de detrás del mostrador y, con un comportamiento atrevido, muy impropio de ella y de las normas sociales y de decoro que, según le había enseñado su madre, debía seguir una señorita, se puso delante del hombre y le colocó alrededor del cuello el pañuelo que tenía en las manos. Al pasarlo por la parte de atrás, le rozó con los dedos la nuca y tuvo la loca tentación de enredárselos en el pelo. No pudo evitar ver que él tensaba la mandíbula.

—Son muchos pañuelos —murmuró, enganchado a su mirada.

—Este sería un regalo —susurró en un intento de persuadirlo. Y con un nuevo gesto osado, pasó las manos por el tejido que le caía por el pecho, en una suave caricia. No contó con que debajo de aquella prenda el corazón tranquilo del hombre se sobresaltaría. La vibración del torso masculino la devolvió a la realidad y se dio cuenta de su imprudente conducta.

Lali, quizá al presentir el momento incómodo, preguntó con voz elevada:

—¿Los envuelvo para regalo? ¿Quiere que se lo enviemos a alguna dirección?

—¿Eh? No, no. —El caballero carraspeó para aclararse la voz ronca e Inés creyó que la venta estaba perdida.

Regresó tras el mostrador y desoyó su propio corazón acelerado, así como el temblor de sus rodillas. Empezó a doblar las prendas y meterlas en la caja. No se atrevía a mirar al hombre, aunque sentía sobre ella sus ojos claros.

—Si me los envuelve, me los llevaré yo mismo.

Inés le pidió a su amiga que se encargara y, tras cobrar la mercancía y despedirse con amabilidad, se escabulló a la trastienda.

Entró agitada y se apoyó en la pared a la vez que se abría un poco los botones del escote de la blusa, como si así le llegara más aire a los pulmones.

«¡Dios mío, me he vuelto loca! ¿Desde cuándo eres una descocada?»

En su fuero interno deseó que aquel comportamiento, digno de una descarada, no llegara a oídos de sus padres; se morirían del disgusto. De repente, presintió que el hombre entraba en la trastienda y su espacio vital se vio invadido. Desde lejos le llegó la voz alterada de Eulalia que le reprochaba algo a alguien. No necesitó saber qué era.

El caballero de ojos claros la miraba con una tensión que no había visto nunca en ningún joven que conociera.

—Un regalo a un hombre puede significar muchas cosas.

Él paseó la vista de sus ojos a sus labios y, de ahí, al trozo de piel que ella tocaba con la mano, sobre el pulso. Continuaba con el pañuelo puesto y se lo retiró para pasarlo alrededor del cuello de ella y atraerla hacia sí. Sin permiso, se aproximó tanto que Inés supo que iba a besarla, y no se lo impidió.

Se dejó llevar por todas las sensaciones que le estallaron en el pecho y le enturbiaron la mente. Su pensamiento se nubló con una plegaria: «¡Ay, Virgencita! Esto sí que es ser una desvergonzada, pero es tan guapo...».

Sintió que él la acomodaba a su cuerpo al estrecharla entre los brazos y se embriagó de aquel beso, que no se parecía en nada a los que le habían dado hasta que el desconocido, con un gesto renuente, se separó. Agarró el pañuelo por una de las puntas y lo deslizó despacio para volver a colocárselo como ella había hecho.

—Soy un hombre agradecido.

Le guiñó un ojo antes de salir y dejarla allí. Tuvo que sentarse para no caer, porque las piernas no la sostenían.

* * *

Inés estaba feliz y esperaba el momento de la cena para poder hablar con su padre y mostrarle que había superado su prueba. Podía empezar a organizar su viaje. Pero en el mismo instante en el que entró por la puerta de su casa, supo que este se había arruinado.

—¡Tía! No sabía que ibais a venir —la abrazó con cariño. Recordó que no la veía desde que estuvo, el año anterior, con sus padres en París.

—Necesitaba un cambio de aires.

—Y mi prima, ¿no ha venido?

Miró a su madre, que de reojo le hizo un gesto para que las dejase a solas.

—Sí, cariño, está en la habitación azul.

La habitación azul era una de las habitaciones de invitados; a su madre le gustaba llamarlas por colores. Esa era muy luminosa; al lado estaba la habitación del abuelo, y pocas veces se ocupaba. Intuyó que sería ahí donde instalarían a la tía.

Era muy extraño que su tía y su prima estuvieran en casa; así, sin avisar. Le gustaba que hubieran dejado París por unos días y las visitaran, pero tal cosa significaba que su viaje soñado acababa de desmontarse.

Golpeó la puerta con los nudillos y al momento entró. Encontró a Mathilda tumbada en su cama, con la cara escondida en la almohada y sollozando. Corrió a su lado, se sentó en el borde y la abrazó por la espalda.

—¡Prima, querida prima! Dime qué ocurre. ¿Qué puede ser tan grave?

Mathilda se incorporó y se dio la vuelta. Pudo apreciar su bello rostro cubierto por dos regueros de agua.

—Nada, no es nada —murmuró a la vez que permitió que le secase la cara con las manos.

Inés dejó que se serenase y se sentó en uno de los sillones. Su prima terminó de limpiarse el rostro con un pañuelo y se acomodó junto a ella.

—Mamá ha pensado que este era el mejor lugar donde esconderme, por si salta el escándalo.

—¿Qué escándalo?!

—¡Ay, Inés! Hay algo que no te he contado. ¿Recuerdas qué te dije en mi última carta?

—Que tu enamorado te había dado palabra de casamiento.

—Pues eso ya no va a ocurrir.

Mathilda volvió a llorar y ella trató de consolarla.

—Por lo visto —balbució entre sollozos—, yo era poco para su familia y se ha casado con otra.

—¿Poco? ¿Y por eso tienes que esconderte? —preguntó con indignación—. Tú no tienes que ocultarte de nadie.

—Es que, por despecho, yo... he tenido amores con otro caballero.

—¿Y se han batido en duelo por ti?

Inés imaginó a esos hombres al alba, cada uno con sus padrinos y con las pistolas empuñadas en la mano, enfocadas al pecho del contrario, dispuestos a lavar su honor injuriado o lo que fuera. Al insinuarlo en voz alta consiguió que su prima sonriera.

—Eres una fantasiosa. Eso está prohibido. Es que me creí sus palabras y entonces se fue a un viaje y regresó casado, y yo me enfadé y me acosté con un pretendiente, pero él no se merecía eso. Lo usé. Luego... él regresó, dijo que me quería y... mamá se ha enterado y se me ha llevado lejos.

—¿Y cómo se ha enterado mi tía?

—No sé cuál de sus amigas pudo decírselo. Madame Leduc, la madre de Eugénie, no ha podido ser; es muy liberal y no creo que quisiera preocupar a su consuegra. Sospecho que madame Arnoux que es un poco chismosa; nos vio un día en un café, quizá ella se lo contó.

Una doncella llamó a la puerta y las avisó de que iba a servirse la cena y las esperaban en el

comedor. Inés tuvo que dejar a su prima para ir a acicalarse un poco; a su madre le gustaba que se presentara arreglada en la mesa y quiso complacerla.

A pesar de las complicadas razones por las que habían viajado a Barcelona, durante la cena, todos dejaron de lado los últimos acontecimientos en la vida de la joven y trataron de centrarse en la ilusión de estar de nuevo juntos; la alegría por la visita reinó en el ambiente. Su prima parecía haber olvidado el disgusto y sonreía. Hablaron de Léonard y Eugénie, que seguían de viaje de novios y regresarían para la fiesta de los Leduc. Tía Elena también estaba de buen humor. Las hermanas hicieron planes de salidas y compras, y las primas se sumaron encantadas.

Cuando se metió en la cama, Inés pensó que hablaría con su padre. Sin embargo, ahora que tenía a Mathilda con ella, todos sus planes quedaban en el aire. Al día siguiente irían con Eulalia, que adoraba a su prima, y anotarían todas las nuevas ideas de cómo se vestía en París. Solo al ver la lencería que había llevado, ya se le ocurrían algunas. Aunque en su cabeza bullían nuevos diseños de vestidos que estaba impaciente por poder dibujar y plasmar en bocetos, no pudo dejar de sentir una ligera decepción por sus planes rotos.

3

Hacía varios meses que Gonzalo estaba en París y sus estudios en el hospital de la Salpêtrière lo habían llevado a reconciliarse con la medicina. Era un hospital público construido en el siglo XVII, originalmente pensado para albergar a los pobres y vagabundos de la ciudad. En aquellos momentos, era muy probable que se tratara del lugar donde la medicina mental tenía un punto de vista más innovador y productivo, donde la nueva psicopatología modificaba los enfoques que hasta entonces se tenía de las relaciones entre algunas lesiones o dolencias físicas y ciertas partes del cerebro. Como médico joven, se sentía orgulloso de participar de todo aquello y de haber encontrado, por fin, su verdadera vocación. El campo de las enfermedades mentales se le revelaba como apasionante.

Las clases que más le gustaban eran las que impartía el profesor Jean Martin Charcot, titular de la cátedra de Neurología. El entusiasmo se palpaba en el ambiente. Acudían médicos de todo el mundo a aprender y a trabajar con él. Gonzalo no se perdía ninguna de sus *Leçons sur les maladies du système nerveux*.

Los martes, en el viejo hospital, tenían lugar unas clases muy particulares. Una presentación de enfermos, donde la sabiduría del maestro se combinaba con la exhibición en directo de lo que enseñaba. En ocasiones, Charcot hipnotizaba a una paciente en presencia de todos los alumnos y le inducía, mediante sugestión, algún síntoma. Podía ser un tic nervioso, algún gesto estereotipado, incluso la insensibilidad de alguna parte del cuerpo. El asombro era general. La paciente respondía como si en verdad tuviera aquella manifestación. A través de la simulación, se enviaba una información al cerebro y este respondía en consecuencia. Con esa técnica, el neurólogo ponía en evidencia la existencia de parálisis histéricas y traumáticas, aquellas en las que los síntomas se presentaban después de haber sufrido un accidente de cualquier tipo sin necesidad de que hubiera habido un daño físico.

Gonzalo no se fiaba del todo de la técnica del profesor; opinaba que para ser sugestionable tal vez habría que estar enfermo de los nervios. Pensaba que no se podía hipnotizar a una persona sana. Ese tema había dado pie a un largo debate con otros médicos allí presentes, con los que llegó a entablar verdadera amistad. Tom Bellamy, un inglés, nieto de un conde, de cabellos tan rubios que parecían blancos, con quien había estrechado más los lazos, le contó que un médico de Viena, Sigmund Freud, había pasado por allí y había traducido al alemán aquellas lecciones de Charcot.

Los primeros meses, Gonzalo estaba tan centrado en su aprendizaje que se apartó de la vida social parisina. Recibía correspondencia con asiduidad. Su mentor en Nueva Belén le enviaba cartas repletas de optimismo, además de su defensa de la profesión y su idea de la curabilidad de la enfermedad mental. Algo que él, en algún momento, había empezado a cuestionar. Si bien la prontitud del ingreso del paciente favorecía el pronóstico, no siempre se podían eliminar las ideas enajenadas. Cuando discutía sobre ese asunto con su nuevo amigo Bellamy, este subrayaba que quizá lo que movía a su director eran los intereses económicos, ya que, tal como le había explicado Gonzalo, el sanatorio se nutría de muchos pacientes privados. Y el muchacho tenía que darle la razón. La enfermedad mental no distinguía de clases, aunque algunas dolencias parecían florecer o cronificarse más en unos estamentos que en otros. Entonces hablaban de la histeria, de cómo la padecían sobre todo las mujeres y de que, cuando eran los hombres, era un número apenas relevante. Ese debate podía ocuparles horas.

A falta de su buen amigo Bernat, Gonzalo encontró en Tom el camarada que nunca le fallaba. Le gustaba escucharlo hablar de contenidos médicos, pero sobre todo tenían en común también el interés por la familia. Tom la añoraba tanto como él a la suya, aunque fuera reacio a confesarlo. Oírlo describir Minstrel Valley, en el condado de Hertfordshire, al norte de Londres, con la pasión con la que lo hacía despertaba en él el deseo de conocer aquel lugar. Era el pueblo donde los abuelos de su amigo, los condes de McEwan, tenían su casa de campo, y para él era mágico. Gonzalo también se explayaba al hablar de Barcelona; era un enamorado de la ciudad y, entre risas, algún vino y confidencias, hacían planes para enseñarse sus respectivos hogares. Así pasaban los momentos libres, cuando los estudios les daban una tregua. Luego, posponían todos los planes que hacían y se concentraban en sus tareas. Esos ratos, pensaba, eran los que estrechaban de verdad los vínculos de la amistad y supo que Tom Bellamy sería un amigo siempre.

En la primera carta que Gonzalo recibió de su padre, este no parecía mostrarse contrariado por su marcha. Supuso que su madre lo había alentado a escribirle, pues su tono era más cordial que afectuoso. Se mostró preocupado porque se encontrase bien y sus estudios fuesen productivos. Le explicaba cosas de la consulta en un vano intento de revivir en él la pasión por la actividad quirúrgica, pensó Gonzalo, pero sin hacer alusión a que regresara a sus primeros pasos como médico. Lejos habían quedado los reproches, y, como le había dicho su abuela, fue el primero en salir a despedirlo. También le contaba cosas cotidianas de la ciudad, que se transformaba para abrazar la futura Exposición Universal. Antes de concluir, siempre dejaba un espacio para su madre, que solía escribirle palabras de cariño y ánimo, además de pedirle que se cuidara.

Bernat, en sus misivas, lo hacía reír la mayoría de las veces con sus ideas y opiniones periodísticas. Lo veía más maduro a medida que pasaban las semanas. Sin duda, el trabajo lo había centrado. Pero de toda su correspondencia, la más frecuente era la de Mariona. Recibía una carta de su hermana cada pocos días. Mariona parecía haber encontrado en la actividad epistolar

algo con lo que llenar sus momentos de ocio, que su madre se ocupaba en planificar, a pesar de todas sus quejas. Estaba cansada de reuniones de señoras, actos de caridad, fiestas en las que le parecía estar en oferta como los productos del mercado. Deseaba que la tuvieran en cuenta y demostrar todo lo que había aprendido, primero en la escuela de señoritas tan cara a la que la habían enviado, y después en la universidad. Por Dios, era la sexta mujer que iba a conseguir una licenciatura en la Universidad de Barcelona, y nada menos que en medicina. Pero su señora madre le recordaba una y otra vez que no tenía por qué trabajar, y había convertido en un verdadero empeño personal encontrarle un marido para que se le quitara aquella idea tan peregrina. ¿Para qué le habían permitido estudiar entonces? La imaginó frustrada, pero no era capaz de ponerle un límite claro a su madre.

En su última carta le hablaba de una fiesta a la que iban a asistir al final del verano en casa de los Gilabert, amigos de sus padres. Había visitado a un par de modistas, pero no terminaba de encontrar el vestido ideal. No quería parecer elegible y encontrarse una propuesta de matrimonio antes de poder tomarse una copita de vino. Sin embargo, quería estar guapa. Estaba tentada de pedirle que le hiciera llegar desde París un traje deslumbrante, pero tomarse las medidas era un problema. Buscaba un vestido elegante, como aquellos pañuelos que le había regalado el día que se marchó de Barcelona.

De pronto, leer aquellas letras lo llevó a la tienda de la modista. Recordó el gesto atrevido de ella combinado con la candidez pintada en la cara. Ni siquiera había sido consciente de lo que encendió en él aquella caricia. ¿Y el beso? Cómo respondió a su beso. Con la inexperiencia del que no sabe las reglas del juego, pero que no se achanta ante un invite.

Sin pensarlo demasiado, cogió papel y pluma y le escribió unas palabras a su hermana. Le recomendó la tienda de modas del paseo de Gràcia; no sabía el nombre de la modista, pero, para que no tuviera dudas, le describió el verde de sus ojos.

También le envió una misiva a su amigo Bernat y le pidió que acudiera a la fiesta de final de verano de los Gilabert; Mariona necesitaba un protector para espantar a los jovencuelos que veían en ella más una cuenta en el banco que una mujer inteligente. En su fuero interno esperaba que no fuera una tarea insoportable para su amigo.

Bernat le escribió poniéndose a las órdenes de la damita. Además, le anunciaba que tras la fiesta se tomaría unos días de descanso y pensaba visitarlo, por lo que le rogaba que también se desocupara para atenderlo como un amigo merecía.

Ante la perspectiva de unos días de asueto, habló con Tom Bellamy. Estaría bien hacer un pequeño viaje los tres juntos. Este le anunció que se había comprometido a acudir a la fiesta que daba su tía, la hermana de su madre, a la que estaba obligado a ir, y lo animó a que acudiera él también junto a su amigo de Barcelona.

A vuelta de correo, su hermana le comentaba que ya tenía el vestido. Lo había encontrado en

Madame Renaud, pero no pudo darle noticias de la modista, pues ya no trabajaba en aquel lugar. Aquello lo decepcionó.

* * *

Gonzalo hablaba con sus amigos en un aparte mientras miraba la sala repleta de parejas que danzaban. Todavía se preguntaba cómo se había dejado convencer para acudir a aquella velada. Bernat, enfrascado en un monólogo, enumeraba con voz cansina por qué no había sido buena idea la organización de la Exposición Universal en Barcelona. Bellamy lo escuchaba atento y de vez en cuando intervenía para decir tal o cual cosa de exposiciones del pasado en otras ciudades.

—Entonces ¿vas a colaborar con un nuevo periódico? —preguntó Gonzalo, que no tenía claro por qué estaba su amigo tan negativo—. La Exposición será el evento con más envergadura al que se enfrentará la ciudad; sin duda, el alcalde sacará buen provecho de ello.

—No lo pongo en duda —confirmó—, si hasta se ha creado una comisión para organizar el acontecimiento, el Comité de los Ocho. Lo forma lo más granado de la sociedad catalana, entre ellos mi tío, y yo seré uno de los que den cuenta de ello en el nuevo diario, creado para esa ocasión. Pero... Barcelona hará un triste papel. Falla por todos lados.

—No sea tan duro —pidió Bellamy con una mueca de asombro—. En todas las ciudades ha habido dificultades. Por ejemplo, se dice que cuando París celebró su primera exposición, la del cincuenta y cinco, inauguraron con dos semanas de retraso sobre la fecha que la organización había previsto.

—En el parque de la Ciutadella se levantará el recinto de la Exposición —continuaba Bernat con expresión crispada—. ¡El ridículo, vamos a hacer el ridículo! Aparte del buen clima, la ciudad no tiene mucho que aportar. La seguridad deja mucho que desear; las calles pueden resultar estrechas; carecemos de servicios, desde museos a hospitales, y los paseos, ¿qué me dicen de los paseos? El parque de la Ciutadella será de risa para albergar al visitante, que se verá privado de un bosque como lo hay en París o Londres.

—Sobre algunas decisiones no podemos urdir nada, los gobernantes hacen lo que quieren —aseveró Tom Bellamy, y Bernat asintió con vehemencia.

—Tiene razón, no debería tomármelo de forma tan personal, pero ya que vamos a organizarlo, pues hagámoslo bien.

—¿Y quién dice que no saldrá bien? Estás muy negativo, querido Bernat —señaló Gonzalo, que miraba distraído a las parejas. La música había cesado y se hacía un receso para un descanso. Quiso decir alguna cosa más, pero algo hizo que fijara más la mirada. La voz de su amigo inglés lo distrajo de lo que observaba.

—Discúlpenme, caballeros. Tengo que ir a saludar.

Gonzalo lo vio perderse entre la multitud. Al quedar a solas con Ferrer, se interesó por su mal humor.

—Creí que estabas a favor de este magno acontecimiento. Eres uno de los periodistas que da a conocer el evento. ¿No será que ya te has aburrido?

—El trabajo me encanta, pero necesitamos que se involucre el Gobierno. El ayuntamiento se nutre de lo recaudado a los contribuyentes para las cosas de la ciudad, pero esto traspasa cualquier gasto extraordinario.

—Seguro que los mandamases encuentran la solución. Y, ahora, distráete un poco y alegra esa cara; ni que el dinero saliera directamente de tu bolsillo...

Dicho esto, su amigo cambió el semblante. Presintió que iba a decirle algo más, pero calló. Lo veía malhumorado y no entendía por qué. De repente le dijo que iba a buscar alguna joven para bailar, tal vez así distraería su pensamiento. Gonzalo se dio cuenta en ese momento de que no le había explicado nada de la fiesta de los Gilabert y pensó que debía averiguar si había ocurrido algo con Mariona. Le constaba que a su hermana no le hacía mucha gracia Bernat, siempre se enfrascaban en alguna discusión tonta. Volvió los ojos al gentío; quizá él también se animara a bailar alguna pieza cuando la música se reanudara, y se entretuvo en buscar a la afortunada.

Una risa fresca y jovial le llamó la atención. Escudriñó con la mirada a la dueña de aquella melodía y parpadeó un par de veces al descubrirla. Tuvo que cambiar de posición para cerciorarse de que sus ojos no lo engañaban. Como la joven hablaba con otras muchachas y se movían, la siguió en la distancia. «No puede ser.» Tal vez sus sentidos lo estuvieran traicionando.

Mientras la observaba, trataba de discernir si era ella en realidad. Le pareció que su talle era el mismo, igual que su rostro y su pelo; aunque este estaba recogido con un elaborado moño, su color era idéntico. Sin embargo, la mujer a la que contemplaba iba vestida de manera muy elegante, nada que ver con aquella vestimenta sencilla con que la había conocido. Su traje era de color verde claro, bonito. Desde donde estaba, Gonzalo podía mirar sin ser visto y se deleitó con su figura. A su mente acudieron todos los recuerdos de aquel encuentro furtivo, aquel beso que no había olvidado.

Sus ojos eran vivos y chispeaban cuando se reía. No podía asegurar el color porque la distancia se lo impedía, pero recordó que eran igual que las esmeraldas. Sus labios se le antojaron rojos, carnosos. La imagen de la modista se le apareció como un reflejo; algo en sus gestos le dio la certeza que esperaba. Un estremecimiento lo recorrió de pura emoción.

Una señora entrada en kilos se acercó a la joven, se agarró a su brazo y le habló al oído. Ella levantó la vista como si buscara a alguien. Con unos golpecitos en la mano, calmó a la dama, que le pareció intranquila. Las vio alejarse del grupito y abandonar la estancia.

Gonzalo bebió de su copa al darse cuenta de que su intuición no era errónea, pero, sobre todo, porque el sobresalto de su corazón lo pilló desprevenido y necesitaba apaciguarse un poco. Vació

la copa y la dejó sobre la bandeja de un sirviente que pasaba junto a él, cargado con otra repleta de nuevas bebidas, y con paso decidido salió en su busca.

Su deseo se vio truncado cuando su amigo Bellamy acudió a requerirlo. Quería presentarle a la dueña de la casa. Gonzalo lo acompañó renuente. Llegaron hasta un grupo concurrido que conversaba con alegría. Una mujer se apartó del grupo para recibirlos.

—*Vous êtes l'autre médecin du groupe.*

Supuso que aquella mujer era la tía de su amigo. Enablaron conversación enseguida. Le costó seguirla al principio: tan pronto hablaba en francés como se pasaba al inglés e incluso algunas frases las pronunciaba en español.

—*De quelle ville espagnole êtes-vous?*

—Barcelona —respondió en español, y repitió—; *je suis de Barcelone.*

—Barcelona, *oh là là!* —aplaudió la mujer. Se le agarró del brazo como si se conocieran desde hacía mucho tiempo y cuchicheó en un español afrancesado—: Voy a presentarle a una joven que es de allí también, así pueden hablar de su ciudad cuando vayamos al campo.

Él la interrogó con los ojos y, como no obtuvo respuesta, miró a su amigo. Este habló en francés para no dejar fuera de la conversación a la señora.

—Es imposible decirle que no a madame Leduc.

—No se enfade; tengo pocas veces a mi sobrino conmigo y vamos a celebrar el cumpleaños de mi marido en la casa del campo, en Giverny. Será divertido. La familia y unos pocos amigos. Venga, se los presentaré.

La mujer lo condujo hacia el pequeño grupo, que seguía entre risas las palabras de alguien.

—Querida —llamó a una de las jóvenes que les daban la espalda a la vez que la cogía del codo.

Antes de que aquella joven se diera la vuelta, Gonzalo ya estaba preparado para lo que iba a ver. Y no le encontró ninguna explicación clínica a lo que sintió.

* * *

Inés se giró al oír la llamada de la señora Leduc. Lo que descubrió al mirar a la cara al acompañante de la mujer hizo que el corazón se saltara un latido. Era el hombre del pañuelo. En un segundo, su mente se vio invadida por el recuerdo que la acompañaba y que no había sido capaz de olvidar. Aquel beso todavía le ardía en los labios y le alteraba el espíritu.

El hombre elegante que tenía enfrente no había cambiado en nada: tal vez tenía el pelo más largo, aunque su rostro seguía limpio y sus ojos parecían esconder algo. Pero no mostró ninguna sonrisa. ¿No la reconocía?

—Inés —dijo madame Leduc—, le presento al doctor Losada, un amigo de mi sobrino. También

es de Barcelona. Ella es mademoiselle Inés Ribas y Calasanz; quizá ha oído hablar de la fábrica de tejidos de sus padres, en su ciudad.

Hubo un duelo de miradas. Inés percibió que ambos se estudiaban para corroborar lo que reconocían en el otro. Por el rabillo del ojo captó que madame Leduc no se daba cuenta, distraída como estaba con la llegada de un nuevo miembro al grupo.

—Oh, si me disculpan. *Mon fils arrive.*

Apartó la vista de Gonzalo.

—Así que es usted de Barcelona —afirmó él en castellano, y la muchacha se obligó a mirarlo con curiosidad. Sintió una punzada de decepción al presentir que no la reconocía, pero respondió con su misma indiferencia.

—De toda la vida.

Entonces él sonrió y ella casi se derritió al percibir aquel hoyuelo en su mejilla.

—Y dígame, ¿qué la trae por París?

—Podría preguntarle lo mismo, doctor.

—Gonzalo, mi nombre es Gonzalo. No lo olvide. Yo no olvidaré el suyo, mademoiselle.

El tono que imprimió a su voz se le introdujo en el alma. Inés sabía que no podría olvidar aquel nombre. Sin querer, volvió la mirada hacia el grupo. Reían de algo que había dicho el joven Leduc. Vio a su prima acercarse con otro caballero y a su tía mirarla con reproche.

—Conservo sus pañuelos —señaló él de pronto, captando toda la atención de Inés.

—Me alegro, los confeccioné yo misma.

—Entonces he hecho bien en guardarlos, y...

En aquel momento su conversación se vio interrumpida por Mathilda, que se acercó acompañada por Leduc y de algunos otros miembros del grupo. Su prima le había contado maravillas del joven Leduc y estaba impaciente por conocerlo. Quizá se había quedado corta. Era alto, de cuerpo atlético y rostro hermoso, aunque perfilado en una barba. Sin embargo, acababan de pasarse las ganas. No supo si era la actitud que lo envolvía, como del que se sabe adulado, o si más bien era la compañía del doctor, que la tenía todavía asombrada. Ese hombre que tenía delante y que la miraba con cierto descaro la ponía nerviosa.

—Querida prima, te presento a monsieur Leduc, a este trasto de persona y amigo desleal de mi infancia —bromeó Mathilda, y se ganó la desaprobación de su madre, pero el joven, con un ademán, le restó importancia.

—Dice todo esto porque prometí casarme con ella a los diez años si se quedaba fea, pero como se ha convertido en una florecilla, no he tenido más remedio que retractarme —añadió el joven entre risas. Después se puso serio, cogió la mano de Inés y, con una reverencia teatral, se la besó —. A sus órdenes, Charles Leduc.

—Encantada. Le presento al doctor Losada.

Inés quiso involucrar a Gonzalo. Mathilda lo saludó cortés, pero Charles Leduc no le hizo mucho caso. Hizo un gesto formal con la cabeza y volvió a sus bromas.

—Y dígame, su prima me contó que una vez engañó a un pobre ingenuo que entró en su negocio y le vendió toda una colección de pañuelos. Eso sí, diseñados por usted y con el objetivo de ganar una apuesta. ¿Es lo más malvado que ha hecho?

Todos rieron con lo que parecía una broma. Por el rabillo del ojo, Inés vio al médico esbozar una sonrisa que le pareció forzada y censuró con la mirada a su prima, que reía a la vez que se hacía a un lado porque se unían otros dos caballeros al grupo. Inés se sintió mortificada al verlos, sobre todo porque uno de ellos, al que reconoció como el acompañante de Gonzalo el día que se vieron en la tienda, miraba a su amigo con una sonrisa que solo ella supo interpretar. Mathilda, no contenta con haberle desvelado aquel secreto a su amigo, lo había expuesto en público de una forma inocente y había explicado el motivo por el que había cometido aquel acto. Su mente retrocedió, por un instante, al beso que consideraba el símbolo de su apuesta ganada; pero eso nadie lo sabía.

Había llegado a pensar que nunca realizaría ese viaje, aunque, por suerte, ni siquiera había tenido que reclamar su premio. Su tía, al saber de su proyecto, se encargó de convencer a su padre para que le permitiera pasar un tiempo con ellas y que así pudiera entrevistarse con el señor Worth. Este se había comprometido ya, dada su amistad con tía Elena y madame Leduc, a hacerle un hueco en su equipo una vez pasado el verano. Apartó esos pensamientos al percibir que su acompañante se movía un poco y la miraba con sonrisa turbadora. Quizá recordaba lo mismo que ella.

—Me alegro de que ganara su apuesta y de que al final pudiera venir —señaló Charles, y aplaudió provocando, de nuevo, las risas de todos.

—Así las cosas, no creo que apueste nunca contra usted —intervino el rubio caballero que acompañaba al amigo del doctor—. Y respecto a aquel pobre hombre, le brindó la oportunidad de tener su colección en exclusiva. No sabe el tesoro que posee.

Todos volvieron a reír, incluso Gonzalo. Charles le pidió que le confeccionara un pañuelo a él, y el hombre rubio, que tenía un ligero parecido a Charles y cuyo nombre supo que era Tom Bellamy, se sumó al pedido.

—Y usted, doctor Losada —intervino Mathilda—, ¿cuál ha sido su última maldad?

—No quisiera ser indiscreto, pero una vez besé a una muchacha a la que no conocía, por el placer de hacerlo.

—¿Cree que cayó rendida a sus pies? —preguntó la hermana de Charles, Faustine.

—La atracción que ejerce un beso, uno bien dado, puede trastornar el ánimo —interrumpió Bellamy con voz clínica.

—Pues yo no veo al doctor Losada trastornado —conjeturó Mathilda.

Inés sintió que se ruborizaba y trató de disimular. Se refería a ella, por supuesto. Esa parte de la historia no se la había confesado a nadie, aunque a Lali no le había pasado inadvertida su turbación cuando salió de la trastienda. Todos reían y tuvo que sonreír, pero le pareció que el tiempo se detenía cuando sintió la mirada intensa de Gonzalo sobre ella.

4

La tarde anterior a la salida hacia el campo, Gonzalo encontró a su amigo Tom un poco alicaído. Su ánimo abierto y hablador parecía haber desaparecido. Con la excusa de tomarse unos vinos con Bernat, fueron a un club cerca de Montmartre. De padre inglés y madre francesa, Tom Bellamy reunía lo mejor de ambas culturas; cuando quería, podía parecer un verdadero *gentleman* y ocultaba muy bien sus sentimientos, pero con alguna copa de más su lengua se soltaba y podía ser bastante indiscreto.

Sin disimulos, les contó que estaba enamorado de cierta dama, que no era otra que la prima de Inés. Tom se reconoció loco por ella, pero, por su expresión, aquello distaba mucho de llegar a buen término.

El inglés sufría, averiguó Gonzalo sin demasiado análisis. El pobre, perdidamente enamorado, declaraba sin tapujos su amor hacia aquella mujer. A pesar de los regalos y promesas, la joven no solo no le correspondía, sino que, por lo que Tom explicaba, Mathilda había jugado con su corazón sabedora de tenerlo comiendo de la mano. Tom se había marchado de París y se había refugiado en Minstrel Valley, donde su ardor se había calmado. Había regresado para seguir los estudios de las enfermedades nerviosas; sin embargo, al encontrársela de nuevo, se habían renovado sus ansias de conquistarla.

—Yo la ama —confesó por encima del borde de su vaso.

—¿Y dónde está el problema? —quiso saber Bernat.

El problema era lo que el bueno de Tom no soportaba. La joven lo había utilizado para dar celos a otro hombre, aunque no sabía a quién. Que ella estuviera con los dos a la vez se le hacía intolerable. Y lo peor era que, en aquellas elucubraciones ebrias, Gonzalo descubrió que estaba a punto de olvidarlo para no perderla.

—Si la ama, ¿de verdad la compartiría? ¿Con su primo también? —concluyó Bernat a la vez que movía la cabeza en un claro signo de negación y desconcierto.

Tom abrió mucho los ojos y miró a Gonzalo. Él asintió.

—Me parece, amigo, que ella está interesada en él.

—¿Charles? No, no se trata de él. Él no la quiere de esa manera, me lo dijo hace tiempo. Sin embargo, creo que ha puesto sus ojos en tu modistilla.

—¿Mi modistilla? —repitió con ironía, y miró a Bernat con el ceño fruncido. ¿Se habría ido su amigo de la lengua?

—Yo también vi que se te iban los ojos la otra tarde. —Tom bebió de su copa hasta apurarla y continuó—: Deberías hacer algo si te interesa.

—¿De dónde sacas que me interesa? —inquirió molesto.

Bellamy se encogió de hombros.

—Quizá por la forma en que la mirabas de lejos o porque te enojas ahora —respondió—. Haz algo o no te quejes después, porque si Charles se lo propone, encontrará la manera de meterla en su cama. Además...

El inglés se calló de golpe e hizo un ademán para que les sirvieran otra botella de vino.

—Además, ¿qué?

—No hay nada que le guste más que corromper a las jovencitas.

* * *

Gonzalo no pudo desprenderse de aquellas últimas palabras. Se le engancharon al cerebro como una mala melodía. Bernat había tratado de distraerlo durante el largo viaje a la villa del campo con su charla distendida; sin embargo, cuando intentaba cerrar los ojos y descansar un rato, la frase le bailaba en la mente y le agitaba el cuerpo. Se enojaba consigo mismo por ello. Había sido solo un beso y la dama no era tan espectacular.

Llegaron al atardecer y, después de algunos imprevistos, lo cambiaron de habitación por problemas en el dormitorio. Se reunió con el grupo que ya estaba congregado en el salón previo al comedor.

Bernat se encontraba sentado en un sillón, frente a la gran chimenea; hablaba animado con unas jóvenes. Una de ellas, Faustine, resultó ser hija de los anfitriones. En otra esquina, Inés, con su tía y su prima, charlaba con otros invitados, una pareja a la que no había visto en la casa de París. Se acercó a saludarlas.

—¿Así que usted es médico? —preguntó el hombre.

—Sí, lo admito —bromeó.

—Son *monsieur et madame* Thiers. Étienne y Claire son amigos de la casa —informó la señora Elena.

Mientras conversaban, pudo darse cuenta de algunas cosas. La tía de Inés parecía muy interesada en todo lo que decía aquel hombre, que apenas le hacía caso a su mujer; sin embargo, su expresión denotaba un ligero desencanto. Habría jurado que no le agradaba. La tertulia giraba en torno a relaciones familiares. Por lo que pudo entender, el hombre, que se llamaba a sí mismo «hijo ilegítimo» con una pompa que jamás había oído, decía estar emparentado con el que había sido presidente provisional de la Tercera República Francesa y había tenido que dimitir trece años atrás. Tras un monólogo cargado de ideas grandilocuentes de lo que pudo haber sido y no

fue, Gonzalo, con discreción, se apartó del grupo a la vez que Inés cuando anunciaron que la mesa estaba servida.

—Tiene que disculparlo —pidió Inés—. A mi tía le gusta escuchar su discurso y le tira de la lengua, pero él no deja de ser un rico comerciante de telas.

—Pues a mí me parece que a su tía no le gusta —chismorreó.

Los situaron en la mesa relativamente cerca, pero se sintió distante. La luz amarillenta de las lámparas, situadas de forma estratégica, permitía ver todas las caras. Eran alrededor de veinte comensales: varios matrimonios amigos de los dueños y gente joven, como él. Gonzalo supo que aún faltaba por llegar una pareja. La hija de los anfitriones, que estaba casada con el hijo de la tía de Inés. Unas mujeres a su lado no dejaban de cuchichear sobre la boda, a la que solo había acudido la familia principal y que había generado todo tipo de habladurías.

Estuvo bastante callado y meditabundo; no podía retirar los ojos ni de ella ni de Charles, que se encontraba a su lado. Las palabras que había dicho Bellamy la noche anterior lo atormentaban por dentro.

Cuando Tom y Bernat fueron a la sala de fumadores, los acompañó, pero antes de entrar, rehusó. Prefería salir a tomar el aire; dentro de la casa el ambiente estaba cargado. Paseó por algunas zonas en busca de la salida. El pasillo le pareció un poco laberíntico y tuvo la impresión de que se había perdido cuando una voz conocida lo sorprendió:

—¿Usted también busca un lugar más fresco? —Una risa acompañó a la pregunta y, al volverse, se encontró a Inés, que abría una habitación cuya puerta estaba oculta a la mirada—. Ayer descubrí este lugar.

Era una sala de música y daba a un jardín interior. Los instrumentos estaban dispuestos como si esperaran que alguien los tocara, aunque se notaba que la estancia aún no estaba preparada del todo. Había piezas que todavía estaban cubiertas por lienzos blancos.

—Mañana este lugar estará también a rebosar, pero ahora es un sitio muy relajante.

La poca brisa que circulaba se colaba por el ventanal abierto; sin duda, con el fin de ventilar la habitación. Olía a cerrado.

—Veo que ya ha inspeccionado la casa y se conoce los rincones —ironizó. La idea de que hubiera conocido ese lugar de la mano de Charles lo molestó.

Ella volvió a reír.

—Lo confieso, soy un poco chismosa y lo investigué ayer. Mi prima me había hablado de él.

—Entonces es su prima la que lo visita de forma clandestina.

Le gustaba bromear con ella y verla sonreír.

—Me temo que sí. ¿No le parece que una casa en el campo debe de tener muchos sitios secretos? —preguntó soñadora. Gonzalo se le acercó más de lo que las formas permitían—. Me encantaría descubrirlos.

—¿Y no le preocupa para qué sirven esos sitios secretos?

Inés negó con la cabeza. Gonzalo supo que la respiración de su acompañante se había agitado y que su cercanía le afectaba. No lo dudó, le colocó una mano en la cintura y la atrajo hacia él, pero fue ella la que inició el beso.

Dejó que llevara el ritmo, pero la acopló a su cuerpo para sentirla bien y que supiera que aquello no era un juego. Su lengua resultó fresca, estaba dulce y con un cierto regusto aromático. Sin duda era por el jerez que debía de haber tomado. Sintió sus manos apoyadas en el torso y se separó un poco; no quería propasarse más de lo que la joven decidiera tomar de él. Pero lo que vio en sus ojos lo alentó a buscar de nuevo su boca. Inés levantó los brazos y le rodeó el cuello con las manos. Sintió que jugaba con el pelo de la nuca y le pareció algo muy íntimo notar que enredaba los dedos en él. Los pequeños gemidos que dejaba escapar, sin separarse un ápice de sus labios, lo tentaban a pasear las manos por su pecho. Sentirla temblar lo catapultó al cielo. Profundizó el beso y notó que ella se rendía a aquel momento por la lujuria, pero unas risas que provenían del jardín los separaron, espantados.

—¿Nos han visto? —preguntó asustada.

—No.

Con un vistazo a la sala comprendió que si entraba quienquiera que estuviera en el jardín, los descubriría, y era fácil suponer lo que estaban haciendo allí. Tiró de la mano de ella y se escondieron tras unas cortinas. No le pasó inadvertida la tensión en el cuerpo de Inés.

—Dejaste la luz encendida, *ma petite*. —Gonzalo reconoció la voz: era Étienne, y las risas de una mujer pusieron tensa a Inés. Ella lo miró con los ojos muy abiertos y gesticuló con los labios el nombre de su prima. Él colocó un dedo sobre ellos. Era mejor no decir nada—. ¿De verdad no voy a poder ir a tu habitación esta noche?

—¿Pretendes seducir a mi prima también? Ella tiene el sueño muy ligero.

—Quiero tenerte desnuda para mí.

—Ya tienes a tu mujer.

Gonzalo sintió el cuerpo de Inés pegado al suyo; la rodeaba con los brazos como si así la protegiera. La notó temblar y supo que no era por temor, sino porque la cercanía con él la ponía nerviosa; sin duda, no estaba acostumbrada a traspasar las normas sociales y lo peor era que, si aquellos dos no se iban pronto, imaginaba lo que podía ocurrir.

—No me lo puedo creer —musitó Inés tan cerca de su boca que quiso volver a besarla—. Ese hombre está casado y ella... ¡La voy a matar!

Desde donde estaban podían ver a la pareja, que, ajenos a su alrededor, se prodigaban caricias y besos lascivos. Gonzalo quería ahorrarse la visión que les regalaban; si no los detenían, iban a ser testigos de un comportamiento bastante íntimo.

De pronto, se oyeron unas voces demasiado fuertes en el pasillo.

—¡Mi tía y Charles! —susurró Inés. Gonzalo asintió y la apretó tanto a su cuerpo que parecía que quería que se fundiera con él.

Mathilda y Étienne se separaron de golpe y se miraron alertados. Con prisa, arreglaron sus ropas y él, con un beso fugaz y la promesa de buscarla más tarde, regresó al jardín. Ella pareció calmarse, abrió la puerta y salió.

—¡Charles! ¿Dónde te habías metido? —indagó la prima con un tono de sorpresa e inocencia. El murmullo se amortiguó y dedujo que las voces se alejaban.

Acurrucados aún sin estar seguros de moverse por si alguien los descubría, vieron a Étienne, que entraba de nuevo desde el jardín, abría la puerta y con sigilo ojeaba el exterior. Debió de encontrarlo desierto, porque salió como si no hubiera roto un plato, dejándolos en penumbra.

Gonzalo se dio cuenta de que Inés se sentía avergonzada. Quiso decirle muchas cosas, calmar su desasosiego, quizá excusarse por su comportamiento, pero ella resolvió la situación con una palabra:

—Salgamos.

* * *

Inés apenas durmió durante la noche. Por un lado, el recuerdo de la sensación del cuerpo de Gonzalo pegado al suyo, los besos arrolladores que la habían anestesiado; algo se había incendiado en lo más profundo de su ser y aquella llama aún prendía en su interior. Por otro, la escena que habían presenciado. Su prima tenía que aclararle algunas cosas.

A la mañana siguiente, todas las ideas que había elucubrado para interrogar a su prima y saber qué hacía con Étienne se habían esfumado. Según le había comentado, tenía dos pretendientes: uno, sin lugar a dudas, era Tom, el primo de Charles, pero le pareció que él estaba más interesado en ella que ella en él. El otro se había casado. La angustia se le instaló en el pecho al pensar que ese hombre era Étienne.

Tras el desayuno salieron a dar un paseo por el pueblo con la tía, madame Leduc y otras señoras. Para su desasosiego, madame Thiers estaba entre ellas. Mathilda iba colgada del brazo de Inés y compartían confidencias.

—Inesita, no me digas que no te gusta ningún caballero de los que han venido —murmuraba en tono melindroso y bajo para evitar que la oyeran.

—¿Y a ti? ¿Quién te gusta a ti?

—Te acuerdas de que te hablé de un caballero...

—Sí, y creo que no me va a gustar lo que vas a contarme.

—Lo sé... Es Étienne —confesó Mathilda apesadumbrada. Inés la miró con reproche, pero su prima no dejó que dijera nada y continuó—: Creí que lo había olvidado, pero ayer, cuando lo vi,

todo se me removió por dentro. Los dos nos buscamos y no pude resistirme. Quiere que nos veamos en París.

—Mathy —soltó apenada.

—Dijo que se casó porque su familia concertó el matrimonio, pero que es a mí a quien ama. Habían acordado vivir separados; a su mujer no le gusta París, iba a regresar a Ruan. Cuando ella estuviera en su casa en el campo, podríamos estar juntos. Pero ella no se marchó. No sé cómo accedí a ser su amante. Por eso me llevó mamá a Barcelona; creía que la distancia enfriaría las cosas.

—No creo que te quiera si fue capaz de hacerte algo así. Tienes que dejarlo. Quizá si tu corazón está libre, otro caballero podrá cautivarlo.

Mathilda se recompuso e Inés comprendió que quería dejar de hablar del tema.

—Bueno, no hablemos más de mí. ¿Qué te parece Charles? Es todo lo que te dije, ¿verdad?

—Es demasiado guapo para mí.

—¿Y el doctor?

—Pretendes encasquetarme a tu pretendiente —señaló en clara referencia al primo del francés. No quería generar curiosidad sobre Gonzalo.

Mathilda la miró soñadora y supo que había conseguido desviar su atención.

—Si yo no fuera una mala persona, me casaría con él.

* * *

Cuando llegaron a la mansión, la mayoría de las señoras subieron a sus habitaciones a descansar. Mathilda se fue con su madre, parecía que el paseo la había cansado demasiado.

Inés decidió pasar por la biblioteca. La recibieron el silencio y la mezcla de olor a madera, algo ahumado y papel añejo. En el fondo era un olor agradable, avainillado y no demasiado fuerte. Deseó abrir alguna de aquellas viejas obras y meter su nariz en sus páginas amarillentas. Paseó el dedo por los diferentes volúmenes de una de las estanterías en busca de algún libro que la sedujera. De pronto, paró frente a uno y lo cogió. Víctor Hugo no la decepcionaría, aunque quizá fuera intenso y buscaba algo más ligero. Al abrirlo se dio cuenta de que había alguien más allí. Era Gonzalo.

—Disculpe, no me había dado cuenta de que no estaba sola —se excusó por no haber llamado antes de entrar—. No esperaba encontrar a nadie de la comitiva perdido entre estas estanterías.

Gonzalo dejó su libro sobre la mesita frente al sillón que ocupaba y se levantó. Si no hubiera sido porque era imposible, Inés habría dicho que estaba nervioso.

—¿Qué lee? —preguntó, y deslizó los ojos hacia el libro abandonado.

—Un autor ruso, Turguénev. ¿Lo conoce?

Ella se acercó al libro y leyó en voz alta.

—*Pères et fils...*[1] No, no lo conozco. ¿Qué me aconseja?

Él se aproximó a las estanterías y revisó los libros.

—¿Quiere algo de aventuras, poesía, algún romance?

Ella se colocó a su lado mientras buscaba un título. Lo observó inquieta. Los recuerdos de la noche anterior eran imágenes que le pasaban por la mente a gran velocidad.

Gonzalo la miró de frente, eligió uno de los pliegues del vestido y subió a través de él hasta rozar la mano que no sostenía el libro. Fue una caricia similar al aleteo de una mariposa, pero Inés la sintió en el centro de su corazón.

—No he podido dormir pensando en usted —musitó él en un susurro.

La puerta se abrió y de pronto aparecieron madame Leduc y madame Thiers. Sobresaltados, pusieron distancia uno del otro.

—Oh, querida, está aquí —dijo la anfitriona—. Lo digo siempre: un buen libro ayuda a dormir.

Se le acercó y ojeó el volumen que tenía en las manos. Gonzalo aumentó la distancia entre ellos.

—Hugo. ¡Fantástico! Una buena elección. Tuvo un funeral de Estado, ¿lo sabía? Fue todo tan triste.

—¿Murió? —preguntó la mujer de Étienne.

—Sí, Claire. El año pasado —respondió—. Ah, fue cuando usted estaba en su luna de miel y quizá no conociera la noticia.

—Sí, no lo sabía. No soy aficionada a leer los periódicos. Esa función se la dejo a mi marido. Total, a mí, ¿para qué van a servirme?

—Creo que para mucho —añadió Inés en tono enérgico, y quiso haberse mordido la lengua cuando madame Leduc le dedicó una mirada reprobatoria.

—¿Usted qué cree, doctor?

—Creo que la lectura es muy beneficiosa; como usted dice, ayuda a conciliar el sueño.

Inés vio que cogía el libro que leía y, con cordialidad, se despedía para salir de la estancia. Las tres mujeres se quedaron un poco más y, para su mortificación, tuvo que escuchar que madame Leduc le daba a Claire algunos consejos para atraer a su marido.

—Querida, un esposo no quiere una mujer inculta. El dinero no lo suple todo. Escuche bien, y usted, mademoiselle. —Había escondido la cara en el libro, pero aquella llamada iba dedicada a ella—. Ahora que su tía no me oye; ella tiene otros valores. A un hombre se lo atrae y se lo conserva por algo más que unos votos matrimoniales. Lean, ilústrense y luego dejen que su cuerpo hable por ustedes. Dejen fuera del lecho sus remilgos.

Inés se puso colorada de golpe y la anfitriona se dio cuenta.

—*Oh, mon Dieu, excusez-moi, je suis très direct.* —Madame Leduc se justificó por su atrevimiento—. Discúlpeme, por favor. Pero... Sé que es muy joven aún, que usted no sabe lo que es el matrimonio. Sin embargo, le doy el mismo consejo que les he dado a mis hijas.

Con esas palabras se zanjó el tema y las tres salieron de la biblioteca, Inés, con algo más para añadir a lo que ya sabía de los hombres.

5

Gonzalo entró en su habitación y se quitó la chaqueta y el pañuelo con rabia. Se sacó los faldones de la camisa blanca por fuera de los pantalones y abrió los botones del pecho como si tuviera necesidad de que el aire le entrara en los pulmones y la tela se lo impidiera. Se quedó en mangas de camisa.

Trató de analizar su propia conducta y lo que acababa de ocurrir. Llevaban tres días allí y cada vez se le hacía más difícil controlar lo que Inés provocaba en él. La observaba de lejos y sabía que ella también lo miraba cuando nadie la veía. El día anterior estuvo tentado de besarla en varias ocasiones, y eso que su prima se había convertido en su sombra y no se separaban. Pero el azar se lo había puesto en bandeja. En una ocasión, en el pueblo, adonde habían ido a pasear todos los jóvenes y de pronto se habían encontrado solos. Pero en ese momento Bernat se le acercó para sugerirle que fueran a tomar unos vinos y la ocasión se esfumó. La segunda la encontró junto a la fuente, en el centro del laberinto. Casi cuando iba a hacerlo, su prima apareció. Tuvo que ayudarlas a salir de allí. Pero no eran imaginaciones suyas, ella lo miraba con la misma intensidad con que lo hacía él. Aquella mañana, cuando por fin decidió que pasaría lo que tuviera que pasar, la había buscado por toda la casa y la había encontrado en la biblioteca; sin embargo, lo último que esperaba ver era cómo la abrazaban otros brazos que no fueran los suyos. La ira se le instaló en el pecho y se marchó. No se quedó a la comida. Junto a Bernat, se marchó a una taberna del pueblo con intención de emborracharse. Tom se les sumó y allí supo que el nuevo invitado no era otro que el hermano de Mathilda, el primo de Inés. Se sintió ridículo.

En la cena, no entendía qué lo tenía tan enojado. No era el hecho de que apenas pudiera conversar con Inés, rodeada de sus primos y el hijo de los anfitriones; o que, a su lado, una señora, al saberlo médico, no solo le relatara con minuciosidad todas y cada una de sus dolencias, sino que, no contenta con eso, se lo comentara al comensal de enfrente y este también acabara relatando sus achaques. Tuvo la impresión de que pasaba consulta. Toda aquella conversación le impidió poder prestar atención a lo que el joven Leduc narraba y que a Inés le hacía tanta gracia.

Cuando pasaron a la sala de fumadores y las mujeres fueron a otra estancia, le habría gustado poder seguirla, pero Tom y Bernat le insistieron en que los acompañara. Él no fumaba, aborrecía el olor del tabaco y, sobre todo, respirar aquel humo pernicioso de los cigarrillos que, con seguridad, producía la mayoría de los males de los fumadores empedernidos. Sin embargo, no

encontró una excusa mejor que la de no fumar para no ir con ellos. Muchos caballeros no lo hacían, solo se tomaban una copa, o dos, sin la presencia del ojo crítico de su esposa.

¿Qué era, entonces, lo que lo agitaba en su interior? El deseo. El deseo puro y carnal por Inés.

Al reunirse con las mujeres, comprobó con decepción que ella no estaba. Tampoco el francés. Eso lo molestó. Dio varias vueltas por la sala, mostró interés en los juegos de cartas que iniciaban algunos pequeños grupos y, tras escuchar a Bernat y a Tom involucrarse en una conversación política, de forma discreta se marchó de la estancia. Su intención era buscarla. Si la encontraba a solas con Charles, le reprocharía su conducta. No debía exponerse a habladurías que pudieran perjudicar su reputación. ¿A quién quería engañar? Le daba una rabia tremenda que no le prestara la misma atención que a Charles y lo peor era que no sabía por qué le importaba. Él no buscaba ningún enredo de faldas; su mente estaba volcada en la neurología, la psiquiatría y las enfermedades mentales.

La buscó en la sala de música, donde la primera noche habían tenido su pequeño interludio. Evocar los labios de ella y la respuesta de su cuerpo no lo ayudó a calmar su ansia de hallarla. Al no encontrarla, se internó en la casa. Revisó algunos pasillos en los que estaban colgados retratos de los antepasados de la familia. Sin duda, Leduc querría impresionarla con los nobles que habían perdido la cabeza, un siglo atrás, por culpa de sus excesos.

Dejó atrás los cuadros y, al dar la vuelta de un pasillo hacia otro, vio de lejos al joven Leduc, que contemplaba sin disimulo su imagen en los espejos del corredor. Había bastantes. Le pareció un pavo real a punto de extender las plumas en la ceremonia del cortejo. Durante un buen rato lo observó. Era un hombre vanidoso y, por lo que le había explicado Tom, tenía bastante éxito entre las damas. Era el soltero de oro que todas querían atrapar y él se dejaba querer e iba de flor en flor. Si era honesto, lo tenía todo: juventud, hermosura y dinero. Aunque, según Gonzalo, tenía también la cabeza bastante hueca, y es que alguien que se dedicaba a tantas cosas como decía al final no se ocupaba de ninguna en particular.

De pronto una voz a sus espaldas lo sacó de su ensimismamiento. Al darse la vuelta, vio en un saloncito al dueño de la casa con una copa en la mano. Se sintió avergonzado.

—¿Usted también piensa que es como aquel dios que de tanto mirar su imagen reflejada en el agua del río se enamoró de sí mismo? —le preguntó, y señaló un asiento junto a él—. ¿Gusta?

Monsieur Leduc le mostró una botella de brandy en una clara invitación para que lo acompañara, y Gonzalo no la rechazó. Le vendría bien para templar los nervios y digerir la sensación angustiosa de saberse descubierto mientras espiaba a su hijo.

—No es algo malo sentirse seguro de uno mismo —contestó mientras el hombre le servía.

—Es mi hijo y Dios sabe que lo quiero, pero ni siquiera su madre o sus hermanas se miran tanto en el espejo. Es lo que hacía, ¿verdad?

—Sí, me temo que sí. —Alzó la copa que acababa de recibir y en una mueca de complicidad

hizo un brindis al aire.

—Creo que está demasiado ocioso. —Un coro de risas y palabras de bienvenida resonaron en el pasillo. Provenían de la sala donde se reunía el grupo y eran una clara señal de que el dandi acababa de entrar—. ¿Lo oye? Tanta adulación tampoco ayuda. Compadezco a la mujer que se enamora de él; no creo que sea capaz de ser fiel a ninguna. Me temo que se parece demasiado a mí.

Gonzalo se sintió incómodo con aquella revelación. Prefería no saber según qué cosas de sus conocidos. Su mente analítica lo llevaba a preguntarse los porqués de sus conductas, y, en ocasiones, lo que descubría le hacía ver a las personas desde otra perspectiva. Mejor no juzgar ni analizar, así no se perdían amistades.

—Lo sé, se preguntará qué pasa con mi mujer —inquirió el hombre sin querer dejar pasar el tema—. Hace tiempo que no soy quien fui. Aun así, tenemos un acuerdo. Cada año, para celebrar mi natalicio, nos reunimos aquí con amigos y familia y hacemos ver que nada nos separó. Ella se parece a la mujer joven que fue, desinhibida y amorosa, y yo no pienso en otra cosa más que en ella y en cómo complacerla. El resto del año trato de ser quien quiere que sea, aunque no siempre lo consigo.

—Creo que a eso se le llama amor.

—Sí, y quizá es algo decadente en estos tiempos, pero no hay nada que me produzca más placer que yacer con mi mujer. —El hombre volvió a beber; era posible que los efluvios del alcohol le soltaran la lengua—. Si encuentra una mujer que le inspire tanta pasión que solo desea complacerla y adorarla, no la deje escapar, doctor. Aunque su fogosidad le siente mal a su corazón —concluyó con un mal disimulado pesar en sus palabras.

No le hizo falta más a Gonzalo para saber leer entre líneas. Lo había visto comer abundantes viandas en las comidas, fumar y beber.

—Si yo fuera médico de alguien como usted dice, le diría que frenase su apetito, que dejase de fumar e incluso que rebajase el deseo de un buen brandy. Quizá hasta le diría que diera paseos o hiciera gimnasia. A veces, si es la dama quien hace el ejercicio físico, el corazón no se esfuerza más de la cuenta. Pero yo ya no soy un médico del cuerpo, sino de las dolencias que le afectan, aunque se originan aquí. —Se señaló la cabeza y se dio pequeños golpecitos con el dedo en la sien.

—Hace demasiado calor, ¿verdad? —preguntó el anfitrión como si no le hubiera dicho nada—. Salga al jardín, doctor, quizá pueda distraerse mejor que aquí. Yo voy a retirarme.

—Sí, creo que allí se sentirá algo más de fresco.

Siguió el consejo, pero se equivocó, porque cuando subió a su dormitorio, estaba más encendido todavía. Su enfado no era por cómo había empezado la noche, sino por cómo había terminado: con él frustrado en la entrada de un laberinto. Ahora lo sabía: necesitaba tener a

aquella mujer. Su paciencia se había agotado y su fortaleza también. Salió al balcón y contempló la luna.

El recuerdo de los labios, del tacto de Inés en los suyos, iba a hacerlo enloquecer.

* * *

Inés pensó que era imposible sentir más calor. Aquella noche era peor que las anteriores. El ambiente estaba cargado, ¿o era ella, que olía todos los perfumes de las damas y sentía que se asfixiaba? Necesitaba salir a que le diera el aire. Si no llevara su camisa interior, diría que el corsé se le había pegado al cuerpo. Levantó un poco el vuelo de su falda, como si la acomodase, en un vano intento de sentir correr el airecillo entre las piernas, pero no le sirvió de mucho. Barrió con la mirada el grupo en busca de Gonzalo. No había podido conversar con él en todo el día. Se había marchado cuando llegó Léonard y apenas habían coincidido a solas. Durante la cena, Charles había acaparado toda su atención, y tras la marcha de los hombres a fumar, se sentó con su prima y su tía, que parecía indispuesta. Pero esta las animó a salir al fresco y ellas no se hicieron de rogar.

Pasearon por el jardín y se acercaron al laberinto. Junto a su entrada, custodiada por dos enormes estatuas de Eros y Psique, se sentaron en un banco. La brisa llegaba perfumada por las fragancias de las plantas e impregnaba la noche veraniega. Se habían alejado de la casa, pero aún estaban al amparo de la luz que desprendía; tras ellas, la oscuridad se cernía sobre la arboleda del laberinto. Algunos de los invitados estaban reunidos en la sala de música, pero la que tocaba el piano era madame Thiers, y Mathilda no quería aparecer por allí. El resto jugaba a las cartas y le constaba que monsieur Leduc padre se había retirado a sus habitaciones. El grupo de jóvenes con el que imaginó que estaría reunido Gonzalo también estaba en la sala de música, el lugar que su prima no quería ni pisar. Así que aceptó gozar del frescor que generaban los árboles y las plantas del vergel.

—Mamá no se encuentra muy bien—observó Mathilda.

—Será el calor, su vestido es demasiado cerrado al cuello.

Inés quiso preguntarle por Étienne; sentía curiosidad por saber si habían vuelto a encontrarse. No entendía por qué perdía el tiempo con aquel hombre. Era mayor, rozaba los treinta años. Cuando iba a sacar el tema para saber más, Mathilda se levantó.

—Voy a ver a mamá, me quedaré más tranquila si la acompaño a su habitación.

Inés se irguió para ir con ella.

—Quédate, prima. Será un momento.

La vio marcharse hacia la casa y rogó al cielo para que fuese cierto y acudiera con su tía. Una vocecita maligna le susurró que también podría ir a encontrarse con Étienne. Al percibir que

estaba sola, osó quitarse el broche que le cerraba el escote; era una margarita de oro que le había regalado su padre en su último cumpleaños. Lo posó sobre su regazo y, con disimulo, se subió la falda bastante más arriba del tobillo y dejó que el aire le circulara entre las piernas y las refrescara. «Si me viera madre, diría que no tengo vergüenza», pensó; pero decidió que estaba sola y, si alguien se acercaba, podía verlo y con agilidad bajarse las ropas antes de que la tacharan de indecente. Se rio de sus pensamientos. Al moverse, el broche cayó al suelo. Se agachó a cogerlo y entonces sintió unos pasos alrededor de ella. Se asustó del silencio que los acompañaba. Al levantar la vista, encontró una mano en el aire que se le ofrecía para ayudarla a incorporarse. La tomó y en un segundo quedó frente a él.

—Buenas noches, doctor.

—Buenas noches, Inés.

Con amabilidad, él le quitó el engarce y se lo abrochó sobre la parte superior del pecho. Notar el roce de sus dedos en aquella zona la removió por dentro, más cuando se dio cuenta de que él no se separaba después de ponérselo. Ella tampoco quería que lo hiciera. En los pocos días que llevaban en el campo, cada vez que estaba cerca de él, su corazón palpitaba de una forma agitada, como nunca lo había hecho. Al mirarlo, se dio cuenta de que llevaba el pañuelo gris que ella le había regalado.

—Bonito pañuelo.

Él sonrió y aquella mueca la llenó de zozobra. De repente deseó que la besara como la otra vez. Quería sentir aquellos labios sobre los suyos.

Gonzalo debió de oír sus pensamientos, porque con un paso más se colocó tan próximo a ella que la falda le cubrió los zapatos y sintió el suave aire del aliento masculino sobre la cara. Casi se rozaban. Pero no la besó. Tampoco rompió el contacto. Levantó la mano, con devoción le acarició la mejilla y con el dedo pulgar le repasó el labio inferior.

—Es usted muy hermosa. Tiene un efecto en mí...

Notó que el corazón se le agitaba un poco más. No se movió un ápice, percibió el examen de aquellos ojos claros y creyó que la analizaba; sin embargo, era tan intensa la mirada que necesitó cerrar los párpados un segundo. Sin darse cuenta, se mordió el labio que él acababa de rozar y tuvo la necesidad de humedecerlo. Aquel tacto era como una quemazón.

Al abrir los ojos, los iris que la escrutaban habían mutado de aspecto, le parecieron más temibles. Un segundo después, su boca devoraba la suya. Primero despacio, como para darle tiempo a retirarse; luego, amoldándose y saboreándola. Cuando ya estaba enajenada, perdida en aquel beso, él se apartó de forma brusca e hizo acopio del sentido común que ella había perdido.

Miró a ambos lados en busca de miradas indiscretas. Estaban solos, pero aun así corrían el riesgo de que algún curioso los descubriera y saltara el escándalo.

Sin poder oponerse, Inés se dejó guiar hacia el interior del laberinto, donde quedaban

resguardados, y él volvió a besarla con más hambre que las veces anteriores.

El calor que Inés sintió en el salón en nada se parecía al que crecía y se le extendía por el cuerpo en aquel momento. La ropa le sobraba. Toda. Incluso la de él desprendía un fuego que la abrasaba. Sentía que se fundía cuando él la estrechó entre los brazos y pudo sentir todos sus músculos en tensión, y algo más que tenía vida propia.

Intrigada y curiosa, quiso tocar aquello que le presionaba el vientre.

—No haga eso, por Dios —suplicó él sobre su boca. Con su propia mano agarró la de ella para detenerla a la vez que los labios resbalaban por su cuello y se hundían en su escote.

Inés nunca había sentido nada parecido. Notaba el vértice de las piernas humedecido y el ansia por que las manos de Gonzalo la tocaran creció una pulgada. Perdió toda la lucidez de la mente cuando, sin saber cómo, la suave brisa de la noche le rozó los pechos. Sus dedos ágiles le habían abierto los diminutos botones del corpiño del vestido y los enganches del corsé. Segundos después, su boca se cernía sobre ellos y su lengua se paseaba por turnos por sus picos rosados.

«¡Dios mío!»

Apretada entre su cuerpo y los setos, Inés creyó morir. ¿Sería aquella la pequeña muerte de la que su madre le había hablado?

Con avidez, tironeó de Gonzalo y buscó sus labios a la vez que se contoneaba y se rozaba contra su cuerpo en un intento de apagar las brasas que la consumían. Él le correspondió con un beso largo mientras, con los dedos, jugaba con su pezón enhiesto. Él también se restregó contra ella y creyó que se desvanecería, pero se separó de pronto y, rápidamente, antes de que pudiera percibirlo, le cerró los corchetes del corsé y los botones delanteros del vestido.

—¿Ya está? —preguntó desencantada.

—¿Es que quiere que nos descubran? —inquirió él en un tono que no le gustó a Inés. ¿Se había enfadado? Quiso preguntar si había hecho algo mal, pero la vergüenza se lo impidió.

Recuperó el sentido común y tragó saliva. Sin embargo, el dolor que retenía en su zona más íntima le hizo cruzar las piernas; para su mortificación, él se percató de ello.

—Quisiera borrar esa molestia con...

—¡No lo diga! —lo cortó nerviosa. De pronto percibió todos los sonidos de la noche. En la fuente que había en el centro del laberinto croaban las ranas y algún grillo vivía entre aquellos setos. Creyó oír algún murmullo y temió que fuera del laberinto estuvieran conversando. «¡Mathilda!» Se había vuelto loca, estaría buscándola.

Con toda la dignidad que pudo, puso distancia con el doctor y salió de aquel galimatías de arbustos. Por suerte, no se habían adentrado demasiado y, como el que conquista un terreno, se aposentó en el banco en el que la había dejado su prima. Solo entonces se permitió respirar profundo. Percibió la presencia de Gonzalo detrás de ella, pero no se dio la vuelta.

—Será mejor que se marche, no deben vernos entrar juntos —pidió al aire.

—Dulzura...

Inés esperó lo que Gonzalo iba a decirle, pero lo que oyó fueron sus pasos, que se alejaban por la penumbra, y contuvo de nuevo el aire al oír su propio nombre en la boca de su prima.

—¡Inés! ¡Inesita!

—¡Por fin apareces! —replicó como si hubiera estado a la espera.

—¡Ay, Inés! Qué miedo he pasado.

De pronto se sintió palidecer. Pensó que Mathilda había acudido a buscarla y no la había encontrado. O peor, que la había descubierto.

—Mi madre se encontraba muy mal. Suerte que Tom la ha ayudado. Le ha sentado mal la trucha escabechada.

—Creo que mi tía ha cenado mucho. Yo vi que le servían calamares rellenos dos veces.

Mathilda se echó a reír.

—¿Y no contaste los hojaldres y natillas que probó? Madre tiene muy buen apetito.

—Pues mañana estará a base de caldos.

Caminaron hasta la casa y, cuando entraron, la sala de reunión estaba desierta. Un mayordomo se acercó hasta ellas y habló en voz baja con su prima.

—Mamá quiere que pase la noche con ella.

—Será lo mejor, por si vuelve a indisponerse.

* * *

Si ella fuera como su prima, quizá tendría el coraje de salir en busca de Gonzalo. Pero no lo era. Llegó a su habitación, se retiró el vestido, esperó a que se marchara la doncella, se aseó sin ayuda y se colocó el camión y la bata, que ella misma había diseñado y confeccionado, mientras por la mente le pasaban pensamientos muy descabellados. Pero, en todos, la idea de conocer lo que ocurría entre un hombre y una mujer se erigía con fuerza.

Durante su baño fue consciente de algunas zonas de su cuerpo a las que antes nunca había prestado demasiada atención. Se acarició los pechos con el recuerdo de los labios de Gonzalo sobre ellos. Aquello había sido muy intenso. Se tapó la cara con las manos por la vergüenza que la invadió. «¡Ay, Inés! ¿Qué has hecho? ¿Cómo vas a mirarlo mañana?» Tras unos segundos de autocompasión, se percató de que su piel se resistía a olvidar el ardor que había despertado en ella.

Tras el aseo, se acostó y trató de dormir, pero era imposible. Tenía demasiado calor, demasiada inquietud, demasiado deseo en su pecho...

El balcón permanecía abierto; se levantó y salió a la noche estrellada. Desde la campiña francesa parecía que el cielo no podía albergar ningún punto luminoso más. La casa estaba a

oscuras, pero una balconada bastante cercana a la suya también estaba abierta y su luz, prendida. Una figura le llamó la atención. Alguien más contaba estrellas.

Con disimulo, miró a la persona que estaba apoyada en la balaustrada. No supo qué fue lo que hizo que su corazón brincara, pero lo reconoció al instante. Un balcón los separaba; por lo tanto, una habitación se interponía entre las suyas. Charles se había encargado de explicarle esas menudencias; había disfrutado mucho al contarle todos los adelantos de los que gozaba la mansión: la luz y el agua eran dos de los privilegios de aquella casa; además, en un paseo alrededor de la finca, alardeó de las modificaciones que había diseñado para la casa, ampliando los cuartos. A cada balcón asomaban los dos ventanales que formaban una habitación; así, la luz era la protagonista de la estancia.

Estuvo tentada de levantar el brazo y saludarlo, pero se dio cuenta de que estaba en bata. «Una señorita no debería dejarse ver así», resonó en su cabeza la voz de su tía. La espantó con un aspaviento y en ese momento ocurrió. Él la miró. Durante un segundo sus ojos se encontraron. No podía ver su color, pero sabía que eran claros como el cielo de la mañana en primavera.

Aguantó todo el aliento en un suspiro al ver que se movía. Sin tener en cuenta el peligro, que asomaba a la altura de dos pisos, lo vio saltar al balcón vecino y de este al suyo. Cuando lo tuvo frente a ella, pudo soltar el aire que había retenido en los pulmones. Él le sostuvo la cara entre las manos.

—Esta mirada suya va a hacer que pierda el juicio.

—¿Qué puedo hacer para que eso no ocurra? No sé mirarlo de otro modo.

—Tendrá que besarme —musitó con los labios sobre los suyos.

Fue un beso corto e intenso en el que Inés percibió que la transportaba al interior de la habitación sin que posara un pie en el suelo. Se tambaleó cuando de nuevo lo sintió bajo los pies.

—¡Maldición! Esto es una locura —exclamó Gonzalo antes de volver a reclamar su boca y estrecharla entre los brazos—. Debería echarme de aquí. Solo un loco haría lo que acabo de hacer. Pídame que me vaya y lo haré —anunció con pesadumbre.

—Usted no quiere irse... ni yo tampoco que lo haga.

Él la miró con los ojos claros llenos de incertidumbre; dudaba. Temió que se diera la vuelta y se marchara por donde había venido. Aquello no estaba bien, sabía qué podía pasar, pero no quiso pensar en las consecuencias y se abrazó a él.

—Me he enterado de que su tía está indispuesta y su prima pasa la noche con ella.

—¿Cómo lo sabe? —Se apartó ante la sorpresa.

—Nuestros amigos han discutido esta noche. —Se señaló la oreja en señal de que los había oído.

Inés nunca se había sentido así de turbada. Una necesidad ascendente la urgía a actuar para saciar el anhelo que la apremiaba. Lo oía, pero sus ojos no podían separarse del trozo de piel que

dejaba ver su camisa abierta. La retiró con manos temblorosas y la dejó caer al suelo; luego quiso tocarlo. Le rozó los dedos, notó que él se estremecía cuando los enredó en el vello negro que le cubría el pecho. Eso la hizo ser más osada: posó los labios sobre los músculos duros y lo besó.

Percibió que él se envaraba y, por el rabillo del ojo, detectó su mandíbula tensa. No sabía adónde los llevaría aquel juego, pero un instinto, hasta entonces desconocido, la empujaba a seguir su exploración. Se sentía audaz, imbuida por el espíritu de Afrodita.

—Cielo, dime qué quieres.

Supo que se sonrojaba por el ardor que desprendieron sus mejillas, pero no fue capaz de responder.

—Tendré que adivinarlo.

Gonzalo tomó el control. Le buscó la boca y la besó con fiereza. Sus manos volaron por el cuerpo de ella y se sintió ridícula porque no podía dejar de temblar. No sabía qué tenía que hacer, pero decidió dejar de pensar y guiarse por su instinto. Aunque se sentía languidecer con cada caricia, estaba alerta a todo lo que él le hacía. Notó la suavidad con la que le rozó los pechos y gimió cuando le pellizcó el botón que se clavaba sobre las finas prendas que llevaba; para su vergüenza, estaba duro y respondía a su tacto. Él le apoyó la otra mano en la nalga e Inés percibió cómo recogía entre los dedos la tela de la bata y el camisón. Los arrastró hacia arriba hasta que ella pudo sentir el aire en la piel. No llevaba calzas, pero él no pareció disgustado por ello. Una sonrisa pecaminosa se dibujó en sus labios antes de volver a tomar los suyos, a la vez que su mano se adentraba en el vértice de sus piernas y la tocaba de forma experta. No pudo reprimir un gemido. Aquella caricia era tan placentera que no dudó de que aquello fuera el motivo por el que era pecado.

Inés creyó que iba a caerse y se sostuvo en los brazos de su acompañante. No se atrevía a mirarlo a la cara. Estaba tocándola a su antojo y, para su mortificación, a ella le gustaba. Lo había pensado mucho desde la escena en la sala de música. Quería experimentar qué se sentía. Su madre hablaba de una pequeña muerte y su prima parecía encantada. «Solo hay que tener cuidado», le había dicho entre sonrisas pícaras. Tener un amante era lo más en París y ella era moderna. Gonzalo tenía pinta de ser experto en aquellas lides.

Notó los dedos de él, que se internaban un poco más y pellizcaban una zona en la que, desde hacía días, sentía un cosquilleo cuando lo veía. Soltó un gritito y, para acallarse, mordió el pecho de él y luego, con la lengua, humedeció la zona. Tenía que hacer algo para controlar todo lo que sentía su cuerpo.

—¿Estás segura de que quieres esto?

Gonzalo se separó lo justo para buscarle los ojos, pero ella bajó la mirada a sus pies descalzos.

—No, esto no funciona así —la censuró. Le posó dos dedos debajo de la barbilla, con

probabilidad los que habían tocado aquella zona de su cuerpo que ardía por más atenciones, y le levantó el rostro, lo que la obligó a mirarlo—. No debes avergonzarte.

Ella sonrió.

—Yo... yo no quiero estar en otro lugar más que aquí, con usted.

—Que aquí, contigo —matizó con una mueca cómplice—. Creo que podemos tutearnos. Y yo tampoco quiero estar en otro lugar, con nadie que no seas tú.

La sonrisa que le dedicó hizo que se le dibujara un hoyuelo en la mejilla y las posibles dudas que albergaba se esfumaron.

Se dejó guiar y él la tumbó en la cama.

—La luz —pidió con pudor, y supo que había vuelto a ruborizarse.

—Quiero verte —respondió con la mirada fija en sus mejillas, pero, tras un beso, le concedió el deseo. Sin embargo, le pidió algo a cambio—. Está bien, la apagaré, pero quítate la bata.

Inés dudó, aunque hizo lo que le pedía. Si quería ser moderna, tenía que seguir sus indicaciones; él era el que sabía. Además, el camisón que llevaba no se transparentaba y se sintió segura.

Después de apagar la luz, Gonzalo se tumbó a su lado. Le apoyó la cabeza en la palma de la mano y con la otra le acarició el vientre. Ella volvió a temblar.

—Esto puede ser una de las cosas más hermosas que hay entre un hombre y una mujer —susurró él.

—Debemos tener cuidado.

—No te preocupes. —Por la sonrisa que le dedicó, Inés comprendió que él también pensaba que lo último que necesitaban era un embarazo—. Prepárate, porque voy a tocarte, voy a mirarte, voy a acariciar tu piel y voy a hacer que te estremezcas tanto que quizá quieras gritar, pero recuerda que no puedes hacerlo. No queremos que nos descubran, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza y se le escapó un mohín.

—¿Yo también podré hacer todo eso?

—Quizá.

Inés se mordió el labio a la espera de todas aquellas cosas que él le prometía y ante las que, solo con oírlas, su cuerpo respondía con anhelo. Él le buscó los labios y la besó con mucha ternura. Estaba alerta a todo lo que ocurría. Le había pedido que apagara la luz, pero no pensó en correr las cortinas; la luna había decidido resplandecer aquella noche e iluminaba todos los rincones de su habitación. Sintió la mano de él, que abría los pequeños botones de su camisón, mientras que, con la otra, aquella que le había posado en el vientre, subía la tela y le flexionaba una de las rodillas. Se miró y descubrió su cuerpo semidesnudo, que respondía a la mirada de Gonzalo.

A partir de ese momento, Inés flotó en una nube. Los labios de él le recorrieron las piernas, le bordearon la zona más íntima y le lamieron, chuparon y succionaron los pechos con un hambre

cada vez más voraz. Cuando casi se sentía desfallecer, él introdujo un dedo en su ser a la vez que tocaba con el pulgar una zona secreta entre sus pliegues, que exploraba con pericia. Su mirada estaba enganchada. No podía dejar de retorcerse por aquellas sensaciones y no sabía si suplicarle que parara o que la llevara al infierno con él, porque no había conocido nunca tanto ardor en su interior. El placer que le causó aquel acto la hizo soltar un sonoro gemido; él la miró con una sonrisa recriminatoria y acalló todos los siguientes con la boca sobre la suya.

Su respiración empezó a ser cada vez más agitada y entonces Gonzalo hizo algo que jamás habría pensado. Bajó con los labios por todo su cuerpo hasta aquel lugar de donde emanaban las sensaciones más exquisitas que había experimentado en su vida y la hizo estallar de placer.

Pero la locura no acabó ahí. Gonzalo se levantó y, sin apartar los ojos de encima de ella, se desprendió de la ropa que le quedaba. Inés lo miró absorta. Se mordió el labio al apreciar el cuerpo masculino en todo su esplendor. Nunca había visto a un hombre desnudo, a excepción de unas imágenes que Lali le había enseñado una vez, pero tenerlo frente a ella, sin ropa, le causó una emoción que las fotografías no le habían provocado. Tenía un cuerpo como los cincelados por Miguel Ángel. Lo sintió duro y prieto cuando se tumbó sobre ella.

—Quizá te duela un poco, pero se pasará rápido.

—Lo sé.

—Sabe mucho, mademoiselle —bromeó, y a ella le encantó oír aquel nombre de sus labios. Como «cielo», «dulzura» y que estaba bella, guapa y hermosa. Atesoraría todas aquellas palabras por siempre.

Rodaron por la cama durante unos segundos, abrazados y perdidos entre besos y arrumacos, en un duelo de voluntades. Notaba el camión arremolinado en la cintura; deseó quitárselo, pero Gonzalo no le daba tregua. Al quedar sobre él, sintió la piel enfebrecida por el tacto de sus labios en la barbilla, el cuello y los pechos, mientras le acariciaba las nalgas. Después, como si tuviera el peso de una hoja, la volteó y se introdujo en ella poco a poco. Todo lo que había experimentado hasta entonces le pareció superfluo. Gozó, con gemidos susurrados, de las nuevas sensaciones. Era cierto, el dolor le había durado poco, o quizá la agudeza del momento la había distraído de percibirlo. Sintió que se rompía en dos cuando él la besó con pasión y la llevó al clímax de las emociones. Creyó volar y caerse al mismo tiempo. Entonces lo supo: era la pequeña muerte. Nada después de aquello podría ser tan intenso.

Se quedó rendida, laxa y relajada. Sin darse cuenta, se dejó atrapar por Morfeo.

Cuando despertó, estaba sola en la cama. Una mancha en su camión delataba lo que había ocurrido. Guardó la prueba de su deshonor. Se levantó con la sensación de ser una mujer distinta, aunque una ligera molestia en la zona íntima la sorprendió. Mientras se aseaba, evocar la boca, las manos y el cuerpo de Gonzalo sobre el suyo la hizo estremecer y, durante unos minutos, se sintió languidecer con su recuerdo.

6

Gonzalo se arrepintió de aquella noche nada más despertarse con los primeros rayos del alba. Había dormido mal; se sentía culpable. El recuerdo de lo ocurrido en la habitación de Inés lo había desvelado. Había escapado de su cama como un furtivo sale del bosque. No sabría decir la última vez que se había sentido así en su vida, como un canalla. Tendría que haberse detenido y no culminar. Aunque, en primer lugar, no debería haber ido a su habitación. Eso había sido una imprudencia, pero verla en su balcón, con aquella bata virginal, había terminado de desatar su deseo.

El recuerdo hizo que se endureciera. Era la imagen de la tentación. No había podido contenerse y había ido a su encuentro. Ella estaba seducida, aún tenía en el rostro la excitación de lo ocurrido en el laberinto. Era tan inocente... Tenía el pelo suelto y le caía por los hombros y la espalda como si fuera Venus en uno de los cuadros de Botticelli o Tiziano. Se moría por verla sin la ropa que la envolvía y que posara para él, como habrían hecho aquellas otras mujeres al ser pintadas como la diosa.

Aunque había tenido que hacer un gran esfuerzo de contención. Su mente le pedía que la tomara; ella estaba preparada y él no iba a aguantar mucho más. Quiso darle la vuelta, que se sostuviera en el poste de la cama y tomarla así, con las ropas levantadas y él entrando y saliendo con ganas, pero no. Ella era una flor delicada. Le gustaba tanto oír sus gemidos que se prometió que no haría nada que pudiera asustarla. Todavía no sabía cómo había podido dejar que ella lo explorara. Era inexperta, pero apasionada. Aquella mujercita, en una sola vez, había desbaratado todo su universo. Tan solo de recordar cómo temblaba entre sus brazos tenía ganas de ella. Le había despertado más excitación y dado más placer que ninguna de sus amantes, que, poco recatadas, lo esperaban ya medio desvestidas.

La exhibición de su cuerpo semidesnudo le había dado mucho pudor una vez que fueron dueños de sus emociones. Le gustó contemplarla. Tumbada, desmadejada, expuesta, exhausta. Era tan hermosa... Ella, al darse cuenta de hacia dónde dirigía la mirada, se cubrió con la sábana. Aquel gesto inocente y lleno de recato lo había excitado de nuevo. Tuvo que retenerse; la habría tomado otra vez.

Se había recreado en observarla antes de abandonar su lecho. Le costó dejarla, así que esperó a que se durmiera. No pensó que fuera a lamentarse por lo que había hecho. Flexionó el brazo y se

cubrió con él los ojos. Un triste pensamiento se le cruzó por la cabeza. ¿Ahora qué? ¿Y si ella lo reclamaba? ¿Y si se arrepentía?

Tenía sentimientos encontrados.

Esperaría a ver su reacción cuando se encontraran, aunque lo que en realidad le atormentaba el ánimo era pensar si la había dejado embarazada.

Cuando bajó a desayunar, se sorprendió al ver a monsieur Thiers, Tom y Charles muy callados, alrededor de la mesa. No había rastro de ninguna de las mujeres.

—¿Llegamos tarde? —preguntó Bernat, que caminaba detrás de él.

—*Les dames sont révolutionnées* —explicó Charles—. Mi señora madre ha organizado una fiesta campestre. Mañana todos pareceremos campesinos.

Tomaron asiento y, al momento, una doncella les sirvió. Sobre la mesa había diferentes panes, bollos en forma de medialuna, confitura de frutas y miel. Gonzalo no quiso comer nada, pero repitió café.

—Si les apetece acompañarnos, hemos decidido ir al pueblo —propuso Charles, y los informó del programa—. Mis hermanas desean hacer unas compras y algunas damas se les han sumado. Léonard y otros caballeros han salido a montar. Parece que mi padre ha decidido que hay que hacer ejercicio.

—Yo iré —señaló Bernat. Miró a su amigo, que también asintió.

—Me temo que yo no puedo —señaló Tom—. He de visitar a la señora Marais para comprobar cómo se encuentra.

—¿Le ocurre algo a la madre de Mathilda? —preguntó Étienne con sorpresa. Aquella confianza dejaba ver algo que pretendía ocultar. Charles elevó los ojos al techo e hizo una mueca de fastidio—. Mademoiselle Mathilda, quiero decir.

Gonzalo recordó que había escuchado a los amantes mientras él estaba oculto en el laberinto, y con claridad oyó a la joven comunicarle a Thiers que pasaría la noche con su madre porque esta no se encontraba bien. El hombre había actuado como si ella no le estuviera diciendo la verdad.

—Me gustaría que me acompañaras, Losada —pidió Tom.

—Si cuando terminen desean venir, estaremos en el pueblo. En la casa siempre queda algún coche libre. —Charles se levantó y añadió—: Vamos, Étienne. Señor Ferrer. —Hizo un gesto con la mano e incluyó a Bernat. Pronunció su apellido con una difícil articulación de las erres—. Las señoras ya deben de estar listas.

Gonzalo salió con Tom. Desde la puerta de la casa entraba el sonido de las risas de las jóvenes, que, animadas por la salida, conversaban alborotadas. Se dirigió hacia las escaleras y, para su sorpresa, encontró a Inés junto a ellas. Le pareció que brillaba con una luz distinta. Estaba encantadora. Llevaba un vestido azul celeste muy suave y jugaba con un sombrero de paja y los guantes. Esa mujer tenía un efecto en él que desconocía.

—Buenos días, señorita Ribas —saludó cordial Tom.

Ella se volvió y respondió al saludo; al reparar en él, le evitó la mirada.

—Buenos días, mademoiselle. —Gonzalo quiso que su tono de voz sonase neutro, pero por cómo lo miró ella, con una chispa en los ojos de jade, corroboró que no había sido así.

—Vamos a visitar a su tía —informó Tom—. ¿Sabe si está despierta?

—Sí, ha comido un poco de pan tostado. Los acompaño. Mi prima está con ella. La estoy esperando, vamos al pueblo.

Gonzalo captó su nerviosismo. En aquel momento, Mathilda comenzó a bajar las escaleras y, al verlos, esperó. Tom se adelantó para alcanzarla, dejándolos solos, y ambos se perdieron en el piso superior.

—¿Así que va al pueblo?

—Sí, quiero comprar unas telas.

Miró hacia ambos lados antes de hablar. No había nadie cerca, pero aun así bajó el tono de voz.

—Inés, yo... no sé cómo decirle esto. —Ella clavó los ojos en él y se sintió incapaz de continuar. ¿Cómo iba a decirle que se arrepentía si la deseaba tan solo por cómo lo miraba?—. ¿Ha dormido bien?

El rubor en las mejillas de la muchacha le dio la respuesta. Sin duda, los pensamientos de la joven volaron al mismo lugar que los suyos.

—¿Y usted?

—No muy bien, la verdad. Tendríamos que hablar. Fui imprudente.

Por la cara que ella puso, pudo leer que no le habían agradado sus palabras.

—¿Se arrepiente? —No fue una pregunta normal, iba cargada de censura.

Alguien se acercó hasta ellos y los interrumpió, pero Inés dijo muchas cosas con la mirada.

—¿Y Mathilda? —Charles se mostró impaciente y lo ignoró—. Solo quedamos nosotros, iremos en mi landó. Ardo en deseos de hablar con usted y que me cuente cosas de su ciudad. —Como si lo viera por primera vez, se dirigió a él—. Oh, disculpe. Usted no viene, ¿verdad?

—No —respondió escueto.

—Querida. —Madame Leduc apareció de pronto. Aquello estaba demasiado concurrido—. Será mejor que se marche. Su tía está un poco mejor, pero no quiere quedarse sola y Mathilda se quedará con ella. Ha insistido. Esta mujer sufre hipocondría y no lo sabe. Doctor, ¿me acompaña? Mi sobrino me ha enviado a buscarlo.

Gonzalo dudó un instante. Que Inés se marchase sola con Charles en su coche no le sentó demasiado bien. Iba a protestar, pero ella se le adelantó.

—Vamos, entonces. —Se puso el sombrero y se le cayó un guante. Él lo recogió y, al dárselo, le rozó la parte interna de la muñeca. Notó que se estremecía, pero ni siquiera cruzó la vista con la de ella—. ¿Monsieur?

Charles esperó a que se colocara los guantes e hizo un gesto teatral y le ofreció el brazo. Ella se enganchó con su misma pompa.

Gonzalo los vio alejarse.

—No se inquiete. —La voz de madame Leduc lo sacó de su ensimismamiento—. Aquí, en el campo, todo es menos protocolario. Mademoiselle estará bien. ¿Vamos?

Lo invitó a subir las escaleras. Tuvo que comerse su contrariedad y la siguió hasta el dormitorio de la señora Marais.

* * *

Inés estaba sentada en la sala de costura rodeada de telas e hilos. Allí había encontrado la paz que durante toda la mañana la había esquivado. Por fin se encontraba a solas. Las otras señoras y jóvenes se habían retirado a descansar, pero ella no podía. Con la aguja entre los dedos se sentía feliz y relajada. Preparaba su vestido para el día siguiente.

Sin embargo, la mente no quería darle una tregua y viajaba una y otra vez a la noche anterior con Gonzalo: la sensación de las manos fuertes del médico sobre ella que, a pesar del calor que sentía, le erizaban la piel al contacto; los labios tersos y suaves, que habían recorrido cada milímetro de su cuerpo para dejar un reguero de besos, y ella, anhelante y ansiosa, que lo reclamaba entre suspiros cuando la vergüenza ya había abandonado su conciencia, igual que había perdido el sentido común.

Inés evocaba cada una de las emociones vividas. Su mirada la hizo sentirse hermosa y, sobre todo, deseada. Recordó que Mathilda le había dicho que ese era el mayor poder que una mujer tenía sobre un hombre y que podía hacerlo enloquecer. También le dijo que no lo confundiera con el amor, porque entonces estaría perdida.

Sabía que aquello no había sido amor, pero la pasión que había nacido entre sus respectivos cuerpos se le parecía mucho. Aquel último pensamiento la estremeció, porque ella había decidido entregarse, sí, pero solo con él. «Somos amantes.» Una sonrisa pícaro se le dibujó en los labios. «Es tan francés...»

Charles Leduc la había agasajado desde el primer día. Habían paseado a solas, alejados del grupo, y, aunque su vida era interesante —le describió por lo menos diez ciudades que había visitado—, el tema de fondo siempre era idéntico. Solo hablaba de sí mismo.

En ningún momento había deseado besarlo, y si él lo hubiera intentado, seguro que lo habría abofeteado. Ni siquiera quiso pensar en cómo podría tocarla o explorarla como lo había hecho Gonzalo. No, a él no le permitiría tal atrevimiento. ¿Por qué sí al doctor? ¿Era eso amor?

Gonzalo tenía unos ojos muy bonitos, le daban a su mirada una luz que le gustaba, y su sonrisa era arrolladora, en parte por ese hoyuelo que se le formaba en la mejilla. Le encantaba. Su porte

era elegante. Sabía cuándo debía callar y no se pavoneaba. Su conversación era inteligente. Lo había escuchado con algunos señores. Monsieur Leduc, el padre, lo había llamado más de una vez y lo incluía en sus tertulias. Por lo que pudo discernir, no todo el mundo entraba en aquel círculo.

Mathilda le había explicado por qué se había acostado con Étienne sin que le importara su esposa lo más mínimo. Él le dijo que la quería y ella solo pensaba en recuperar el lugar que le había ofrecido. Pero ese gozo no era igual que saberse libre. Siempre iba a ser la otra. También conocía la historia de Lali. Se había entregado con pasión a su prometido y este la había abandonado después porque puso sus miras en alguien mejor situado en la jerarquía social. Eso radicalizó las ideas de su amiga. Quería ser libre para amar y no depender de ningún marido. Quizá los hombres no eran sinceros y, tras conseguir lo que querían, se olvidaban de las promesas.

Su prima y su amiga habían estado enamoradas cuando se entregaron, pero ¿y ella? ¿Estaba ella enamorada? Era imposible enamorarse en tan pocos días. Dio un pequeño respingo al notar que la aguja le atravesaba la suave piel del dedo índice y, en un gesto instintivo, se lo llevó a los labios, justo en el mismo momento en que la puerta de la sala se abría y entraba alguien a quien no esperaba.

—Por fin la encuentro —advirtió madame Thiers.

La mujer rubia, con cara seca y delgada como un palo, se sentó a su lado.

—Quería pedirle un favor, uno muy importante —murmuró sin preámbulos.

—Usted dirá.

—Dígale a su prima que deje a mi marido.

La mirada que le dedicó, de amenaza velada, no la amedrentó.

—¿Por qué no se lo dice usted?

—Ya se lo he dicho, dice que es mi marido quien la busca. Incluso le pedí a la señora Marais que hablara con ella. —La mujer hizo ver que lloraba, pero Inés no le vio ni una sola lágrima.

—¿Ha hablado con mi tía? —inquirió asombrada.

—Sí, fue una solución drástica. Yo no pretendía que enfermara. —Entonces su voz se quebró—. Es que estoy desesperada.

La mujer se levantó. Ya había dicho lo que había ido a decir. Ella hizo ademán de levantarse también, pero antes de que pudiera darse cuenta, Claire Thiers había salido por la puerta.

Se quedó desconcertada. Tendría que hablar con su prima.

Volvió a la costura. Al mismo tiempo, Gonzalo regresó a su mente. No iba a poder sacarlo de ella con facilidad.

No había vuelto a verlo en todo el día. Su tía parecía encantada desde que él la había visitado. Lo llamaba «el buen doctor». Decía que la opresión del pecho había descendido y las palpitaciones la habían abandonado. Ella escuchó todas las maravillas del médico y, sin querer, lo buscó en la biblioteca, con la idea de agradecerle su atención. No tuvo la suerte que esperaba, así

que estaba alerta a las voces que entraban del jardín a través de los ventanales, que le gustaba tener abiertos, por si oía su voz. Y lo peor era que no se habían despedido del todo bien. La había molestado mucho entrever que él se arrepentía de lo que había habido entre ellos. ¿Cómo podía haber sido tan tonta? Le había entregado a un hombre su don más preciado y él no lo apreciaba. ¡Era estúpida!

¿Cuántas veces se lo había oído decir a Lali? ¿Cuántas? Montones: «Los hombres buscan lo que buscan, Inés. No te confundas».

En su fuero interno, deseó que Gonzalo hubiera sido distinto.

Quizá sí tenían que hablar, aunque solo fuera para esclarecer la situación y mandarlo a hacer puñetas. Si se arrepentía, peor para él, porque ella iba a atesorar aquella experiencia.

* * *

Tras la cena, Inés permaneció sentada en el salón junto a su tía y otras señoras, entre ellas, madame Leduc, que no dejaba sola a su amiga en ningún momento. Se notaba el verdadero aprecio entre aquellas dos mujeres. Ellas dos y Margot Arnoux eran un trío inseparable.

Esperó a que Gonzalo se le acercara, pero él no lo hizo. Lo vio conversar con sus amigos y luego jugar a las cartas con las hermanas Leduc: Eugénie y Faustine; Léonard y los señores Thiers.

Mathilda no desapareció ni un momento, como había ocurrido otras noches, y Étienne la buscaba con los ojos cada vez que se movía y su esposa no lo miraba.

Cuando se levantó para beber algo fresco, Charles se le acercó. Le pidió que hablaran a solas. No quería salir con él de la estancia; todos los verían y, con tanta gente, iba a ser difícil conseguirlo. Algunos invitados ya se habían marchado, pero allí dentro había quince pares de ojos, así que le señaló un pequeño rincón desde donde podrían ver y ser vistos, pero donde tendrían la intimidad suficiente como para que nadie los oyera.

Se sentó en un sofá pequeño y él lo hizo en el sillón.

—Siento curiosidad por eso tan importante que tiene que decirme.

Él dio un rodeo. Le relató su último viaje y a lo que se dedicaba, algo que ya sabía; sin embargo, lo dejó hablar. Era arquitecto, aunque no ejercía demasiado. Su tiempo lo ocupaba con los negocios de su padre, pero quería visitar Barcelona, ver cómo se preparaba la ciudad para la Exposición.

—Quizá incluso abra una oficina allí.

—¿Eso es lo que quería decirme?

—No, eso no. No lo pone usted muy fácil.

Él quiso tomarle las manos, pero ella lo evitó al abrir el abanico y darse aire con brío.

—Su prima me habló tanto de usted que quiero conocerla mejor. Tal vez...

—No pretendo ser descortés, monsieur Leduc, pero no quiero que se haga una idea equivocada de mí.

—Amigos, seamos amigos de momento. No le pido nada más.

Ella sonrió y él le dedicó una sonrisa misteriosa. Inés levantó la vista y barrió la sala. Encontró a Gonzalo con su tía; esta le hablaba, pero él tenía la mirada clavada en ellos. Tenía el rostro serio; sin embargo, aun en la distancia, Inés pudo apreciar que la frialdad de sus ojos claros se le clavaba en el corazón.

* * *

Poder darse un baño con el agua tibia le calmó los nervios. Al entrar en su habitación, encontró a Mathilda revolviendo sus propias ropas. Tenía algunas prendas sobre la cama.

—Un baño te sentará bien con este calor —señaló al verla aún vestida—. ¿Qué haces con todo eso?

—Vuelvo a la habitación de mamá. ¿Te importa?

—¿Se encuentra mal? —preguntó alarmada.

—No, no. Es que... he decidido seguir tu consejo. Voy a poner distancia con Étienne y si estoy allí, evito la tentación. Nos hemos visto algunas veces en la sala de música y él espera que vaya esta noche.

Inés se sintió mortificada, pero le relató el encuentro con Claire en la biblioteca y su demanda directa.

—Dijo que había hablado con mi tía para que intercediera contigo y dejaras a su marido —concluyó.

—Lo sé. Mamá ha enfermado por su culpa. No voy a perdonarle el disgusto que le ha dado, aunque ya sabía que yo tenía algo con monsieur Thiers. Me oyó una vez hablar con Tom. Me rogaba que lo dejara y me casara con él.

Inés soltó una pequeña carcajada.

—¿Te hace gracia? —preguntó divertida su prima.

—No, es la naturalidad con la que habláis los franceses de estas cosas. Si a mí me pilla mi madre con un pretendiente y con estos temas de conversación, me encierra en un convento.

—Creo que la gente es así en todas partes, quizá en otros sitios lo esconden mejor; en el fondo, son las ataduras morales. Además, aquí tuvimos primero al marqués de Sade y después toda una revolución —se burló su prima, y no pudo evitar estallar con una carcajada.

—Pero si ese hombre pasó más de la mitad de su vida entre la cárcel y el manicomio...

—Pregúntale a tu doctorcito, seguro que sabe algunas cosas de él.

Mathilda cogió las prendas que había seleccionado y se dispuso a salir de la habitación.

—Nos vemos mañana en el desayuno. Recuerda que has de parecer más campesina que de ciudad.

—Sí, tengo mi traje terminado; he adaptado una de mis faldas. —Empezó a cepillarse el pelo, sentada en un tocador, pero algo captó su atención a través del espejo y llamó a su prima, que estaba a punto de salir de la habitación—. Te dejas algo sobre la cama.

Mathilda regresó y observó la prenda.

—Podría ir y dárselo a madame Thiers; fue un regalo de su marido. Está sin estrenar. No lo quiero.

Inés lo cogió y lo observó. Era un corsé muy bonito, del color del champán. Se lo colocó por encima, como si se lo probara, y se miró al espejo.

—Es una prenda exquisita.

—Pues quédatelo; quizá si lo desmontas puedas copiarte el modelo.

Inés no pensaba descoser aquella obra de arte.

—Buenas noches, prima. Sé que no quieres ayuda para vestirme, pero si la necesitas, llama a la doncella.

Una vez sola en su habitación y mientras terminaba de peinarse, observó a través del espejo la prenda que su prima le había regalado. Se levantó y se la probó. Era una pieza extraordinaria, adornada con bordados y pedrería; estaba muy trabajada. Se imaginó en los brazos de Gonzalo tan solo con ella puesta, sin la camisola. La idea que se le dibujó en la mente la excitó. ¿Desde cuándo era ella tan liberal? Supuso que las conversaciones con Mathilda y su estilo de vida habían influido en ella. Molesta, se la quitó y la guardó en su arcón. Se puso el camisón y la bata, y se sentó en un diván a leer. Al rato se metió en la cama y trató de dormir, pero después de dar varias vueltas no lo consiguió. No podía dejar de pensar en el encuentro con Gonzalo. ¿De qué quería hablar? Decidida, se levantó.

Necesitaba relajar la mente. Quizá si terminaba la carta que tenía empezada para su madre se distraería y podría conciliar el sueño. Se sentó en el secreter que había junto al ventanal y encendió una pequeña lamparilla. Nunca había pensado tanto en una persona y notaba el corazón agitado desde que lo había conocido. No podía olvidar los besos, las caricias ni cómo sonaba su propio nombre en los labios de Gonzalo. Se dio cuenta de que le ardían las mejillas con aquellos pensamientos. Se obligó a escribir y se concentró en enumerar todos los detalles de aquella casa que le habían sorprendido. El sueño regresó cuando menos lo esperaba, pero aun así su último pensamiento fue para su amante. ¿Cómo había conseguido que se abandonara de aquel modo?

Inés no había estado nunca en una fiesta campestre como la que había organizado madame Leduc. Había preparado su vestuario con esmero, según la recomendación de su tía. Le gustó verse en el espejo: prescindía del polisón y las enaguas le daban el volumen deseado a la falda. Una blusa blanca y una especie de delantal de otro color, que le estrechaba la cintura con una gran lazada, completaban el conjunto. Cogió un sombrero de paja y salió al encuentro de su prima, que vestía casi igual que ella.

Monsieur Leduc, con la complicidad de su mujer, hacía de maestro de ceremonia. Después del desayuno, les entregó a los jóvenes una lista de pequeños tesoros que los sirvientes habían escondido por el jardín. Debían encontrarlos antes de la hora de la comida. Se distribuyeron en pequeños grupos. Mathilda se encargó de que ella y Charles estuvieran en su bando. Inés habría preferido poder escoger y unirse al de Gonzalo, pero Tom, Bernat y él formaron el segundo grupo, y Léonard, con su esposa y su cuñada, el tercero. Pendiente como estaba de su prima, a Inés no le pasaron por alto las miradas que Étienne le dedicó, pero Mathilda bromeaba con Charles y ni siquiera se percató de ello. Al sentirse ignorado, Thiers se excusó de participar y dijo que iría a la biblioteca a leer un rato. Claire se quedó un poco descolocada. Faustine la invitó a unirse a ellos y, al ser uno más, consiguieron más objetos y se proclamaron vencedores.

Inés no podía dejar de mirar de reojo a Gonzalo; en alguna ocasión lo había descubierto observándola. Habría deseado que en vez de mirarla tanto se le hubiera acercado. «Por Dios, Inés, es solo un hombre», se censuraba al notar que el corazón le latía con intensidad al sentir su mirada sobre ella. Le divirtió observar que él se despistaba y dejaba pasar algunas de las señales que indicaban que por allí había algún objeto escondido. Bernat y Tom le habían llamado la atención, y ella tuvo la peregrina idea de que el doctor estaba más pendiente de los avances de ellos que de los propios; incluso le pareció que el rostro se le tensaba en algunas ocasiones. Pensó que algo lo contrariaba, pero no imaginó qué. Por supuesto, esas ideas eran solo quimeras suyas, porque el buen doctor estaba serio la mayoría de las veces y ni siquiera reía ante las burlas y anécdotas que contaba Charles.

Después de diferentes juegos al aire libre, bajo la sombra de la pequeña arboleda cercana al laberinto, se preparó la comida. Inés estaba agotada y agradeció el descanso. Sobre la hierba habían extendido grandes manteles blancos y, encima, habían dispuesto platos cargados de viandas, emparedados, diferentes tipos de queso, jarras de vino tinto y copas de cristal. Entre

risas, Mathilda le tiró del brazo para que se sentaran juntas; cuando ya todos ocupaban un lugar, alrededor de la mesa improvisada, se sirvieron ellos mismos. Hacía calor, pero la ligera brisa que se levantó fue bienvenida, ya que el sol de agosto aún era fuerte. Inés tuvo la impresión de que a la sensación de frescura se le unía el ruido del agua que borbotaba en las fuentes, distribuidas de una manera calculada por el jardín.

Después del ágape, madame Leduc y tía Elena decidieron entrar en la casa e ir a descansar; habían dado una gran caminata y estaban agotadas. Faustine propuso un juego que disfrutaban de niños: les pidió que buscaran pequeñas ramitas y, cuando tuvieron un buen manojo, las lanzaron sobre el mantel. Quedaron unas sobre otras y la hazaña estaba en recogerlas de una en una sin que se movieran las otras sobre la que descansaban. Inés se reprochó su poca habilidad, pero no era la única. Todos perdieron en su turno y abandonaron el juego. Deseaba tanto que el médico le dijera algo... «Eres tonta, Inés», se censuró sin evitar mirarlo de reojo. Monsieur Thiers entabló una conversación con Bernat sobre un safari que había hecho, y Gonzalo, retado por Tom, inició una partida de ajedrez que captó la expectación de los demás.

Inés decidió dar un paseo. Estaba triste porque Gonzalo se había mostrado esquivo; la miraba desde la distancia, pero no se le había acercado en ningún momento para hablarle, y eso le dolía. Entró en el laberinto; era un espacio que le encantaba. Simulaba un bosquecillo cuadrado, con árboles muy tupidos, y tenía bastantes senderos que se entrecruzaban y en los que era fácil perderse. En la entrada, las dos estatuas parecían franquearle el paso al aventurero. Inés recordó el encuentro fugaz que había tenido hacía unas noches con Gonzalo y sintió que era un sitio creado para perderse y esconderse, un lugar que encubría verdades ocultas.

Iba tan distraída en sus pensamientos que de pronto se dio cuenta de que se había despistado. Rio consigo misma. «¡Me he perdido!» Sin alarmarse, miró alrededor, volvió sobre sus pasos y se fijó en algunas estatuas y en la pared que formaban las ramas de los árboles. Algo le llamó la atención: observó unas marcas en la base de algunos troncos, que se repetían y señalaban un camino. Decidió seguir las, como si fuera el hilo del ovillo que Ariadna le entregó a Teseo para orientarse en el laberinto. Sin ninguna complicación, llegó al centro, donde una fuente con una estatua de Afrodita, custodiada por cuatro bancos de piedra, recibía al visitante. Varios rosales destacaban por el colorido y el aroma que desprendían. Al intentar cortar una de las flores, se pinchó con las espinas y soltó un pequeño grito; por instinto, cerró los dedos y los escondió en la mano. Fue hacia la fuente y se sentó en el borde. Metió la mano en el agua y jugó con ella; no estaba muy fresca, pero le aliviaba el arañazo. Era un lugar muy tranquilo que invitaba a leer y a relajarse. Distraída en sus pensamientos, una voz la sorprendió.

—Este es mi lugar favorito desde que era niño. —Miró hacia el sitio desde donde provenían las palabras y encontró a Charles con una amplia sonrisa—. Creí que solo yo era capaz de llegar aquí tan rápido.

—Entonces ¿he de suponer que esas marcas en algunos setos las hizo usted? —preguntó con ironía.

—Sí, *mea culpa*. —Se llevó la mano al corazón y se le acercó—. Pero las hice por una buena causa. A Faustine le gustaba mucho jugar aquí cuando era niña; siempre iba con la doncella, pero una de las veces se perdió. La encontró uno de los mozos llorando, tirada en el suelo, agotada de dar vueltas. Después de aquello no quería entrar y, para ayudarla, le dije que pondríamos unas pistas que solo ella y yo supiéramos; así, si se perdía, podría encontrar el camino de regreso. Tan solo tenía seis años y yo, diez, y esas marcas no han desaparecido nunca. Creo que mi padre pide que limpien siempre de malas hierbas el lugar y así las deja visibles, aunque después de aquello mandó colocar estatuas al final de los senderos y, si uno se percata de ello, solo debe seguir las estatuas de los dioses.

Charles se arrodilló junto a Inés e introdujo también las manos en el agua. Luego se llevó una a la nuca y se refrescó. Ella se observó la mano: le molestaba la zona donde se había pinchado.

—¿Qué le ocurre?

—Creo que se me ha clavado una espina.

—Las rosas son hermosas, pero traicioneras —respondió misterioso a la vez que le sujetaba la muñeca y le inspeccionaba la palma—. Uno no debería fiarse nunca de una flor tan bella, *chérie*.

* * *

Gonzalo terminó la partida; no estaba muy concentrado y perdió en menos jugadas de las que su orgullo toleraba. Étienne lo sustituyó en el tablero y él, al observar que faltaban en el grupo Charles e Inés, decidió ir a buscarlos. Durante la mañana apenas habían conversado. Estaba dolido por haberla visto demasiado tiempo con Charles, pero tenía que salir de dudas; lo último que esperaba era que una jovencita jugase con él. El instinto lo llevó a entrar en el laberinto. Aquel galimatías de árboles cortados por igual, de una manera milimétrica, que asemejaban setos y creaban vallas en los senderos de ángulos perfectos no tenía misterio para él. Siempre se había orientado bien en espacios abiertos. Al llegar al centro, la imagen que lo recibió no le gustó lo más mínimo. Inés, sentada en el borde de la fuente, y Charles, de rodillas, junto a ella, con una de sus manos entre las suyas y la llamaba *chérie*.

—No quisiera interrumpir, pero... su prima la busca —soltó lo primero que se le pasó por la cabeza. Verlos tan juntos lo indignó y casi estuvo a punto de increparla.

Inés se levantó de un brinco y, al hacerlo, el joven Leduc cayó al suelo, de culo, pero se alzó al instante.

—No es... No hacíamos nada —se justificó Inés.

No pudo evitar analizar la escena. Los dos estaban tensos como si los hubiera pillado en un

momento íntimo. Ese pensamiento lo crispó. Esa mujer estaba burlándose de él en sus narices.

—No es lo que piense yo lo que debería preocuparla —respondió molesto. Hizo un gesto con los dedos sobre el ala de su sombrero de paja a modo de despedida y dio media vuelta. Si se quedaba un minuto más, iba a partirse la cara con el francés, y no sabía si el dandi era mejor que él con los puños. Quizá eso no era lo que más le irritaba, sino que la presencia de la joven lo aturullaba.

—¡Espere..., doctor! —Charles lo llamó—. No es lo que parece. Mademoiselle se ha clavado una espina...

Gonzalo arqueó una ceja y reevaluó la escena. «Menuda excusa más tonta.» Inés lo miró con aprehensión, pero no le afectó.

—¡Inés! ¡Prima! ¿Estás aquí?

Los gritos de Mathilda los sorprendieron.

—¿Hay alguien ahí? ¡Ayuda, por favor!

A Charles se le transfiguró el rostro y, sin siquiera despedirse, salió del lugar a paso largo. Al quedarse solos, ella fue a abrir la boca.

—Creo que está todo claro —señaló Gonzalo a la vez que levantaba una mano y hacía un gesto para que no dijera nada.

—No, no lo está.

—Mañana me marcharé. He de regresar a mi trabajo y a mi estudio —anunció con seriedad, y se dio la vuelta para marcharse.

—Por favor, escúcheme —suplicó Inés, y lo sujetó del brazo; él no se giró—. Está bien, lo comprendo. He sido un juego para usted y no quiere que lo moleste ni le reclame. No lo haré. Pero tenga el valor de decírmelo a la cara.

Escucharla lo enfureció.

—¿Un juego? Pensé que quien jugaba era usted.

—Se equivoca si cree que soy de esas mujeres frívolas, que soy...

—No tiene que disculparse. —Su tono se volvió cordial y distante—. Entiendo que se sintió embrujada por la noche y yo quizá me aproveché de ello.

* * *

No le hicieron falta más palabras a Inés para saber que él se excusaba, que creía que la había seducido. No le gustó oírlo, pero el peso de pensar que él se arrepentía se aligeró en su pecho, aunque descubrir que no había sido nada para él le dolió más de lo que esperaba y respondió con desdén:

—No tomó nada que yo no quisiera entregar.

—Gracias por sacarme de dudas. No me gustaba tener que disculparme por algo que...

—¿Algo que qué? ¿Me insulta?

—No, *chérie*. —La hirió al imitar el apelativo cariñoso por el que la había llamado Charles.

Inés pensó que iba a decir muchas más cosas, pero él solo la miró con fijeza, se quitó el sombrero y volvió a ponérselo como si no encontrara las palabras que quería soltar. Al final dijo con frialdad:

—No quiero discutir con usted, Inés. Que le vaya bien por París.

Inés lo vio alejarse y desaparecer por el sendero. Durante unos segundos no supo qué pensar, pero lo siguió. No quería quedarse sola. Tras varios giros por aquellos particulares pasillos, encontraron a Mathilda en el suelo, y a Charles, con las manos en uno de los tobillos de ella.

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué te ha ocurrido? —preguntó Inés alarmada a la vez que se arrodillaba a su lado.

Su prima gimoteó y dijo entre sollozos que se había caído y le dolía mucho.

—Es el tobillo. Puede que se lo haya roto —respondió Charles dirigiéndose a Gonzalo, que se había acercado y estaba arrodillado también.

Gonzalo palpó y apretó en algunas zonas, lo que provocó un alarido.

—No, no está roto. —Se dirigió a Mathilda, que lloraba—. Creo, señorita, que el paseo se ha acabado para usted. Si me permite, la llevaré en brazos; no podrá caminar.

—Yo lo haré —se ofreció Charles.

Gonzalo y ella los siguieron hasta la casa. Tom se les sumó y le pidió a una de las doncellas que les llevaran vendas y agua fría.

* * *

Inés daba vueltas por su habitación estrujándose las manos. Mathilda había ido a dormir con su madre. Le habían vendado el tobillo, pero tía Elena, en cuanto supo de su caída, no la había dejado un minuto sola. Aunque, para ser justa, a su alrededor se había reunido un pequeño círculo que trataba de hacerle pasar las horas más alegres. Charles y Tom se habían erigido como sus enfermeros particulares, la ayudaban a trasladarse y procuraban que estuviera cómoda en todo momento.

Sin embargo, Inés había estado el resto de la velada alicaída. Gonzalo no se había separado en todo el rato de sus amigos. Lo vio despedirse de la gente. Educado y amable con todos, tuvo una palabra con cada invitado. Por lo que escuchó, se marchaba al día siguiente, temprano. Sin que lo entendiera muy bien, una congoja se le instaló en el pecho, porque a ella no se le acercó para decirle adiós. Habían compartido una intimidad que jamás debería haber entregado y presentía

que iba a tardar en olvidarlo. Creía que era por la experiencia vivida; no podía confesarse que, en el fondo, eran esos ojos claros lo que se le había clavado en el alma.

Una idea tomó forma en su mente y, aunque quiso desprenderse de ella en un inicio, empezó a considerarla como la única opción que le quedaba. No quería que Gonzalo se llevara una mala impresión, que pensara que para ella la noche que habían pasado juntos no había sido importante.

No le molestó ir en bata y zapatillas cuando salió al pasillo. Estaba desierto. Una puerta separaba la que creía que era su habitación y se encaminó a ella con paso trémulo. De pronto, unas voces que surgían de aquel lugar se hicieron muy cercanas. Se quedó petrificada en mitad del corredor. Al abrirse la puerta, un triángulo de luz se dibujó en el suelo y la voz sonó fuerte y clara.

—Amigo, no le des más vueltas. Acuéstate y no te termines ese whisky.

Era la voz de Bernat, que salía del dormitorio. Inés corrió hacia el suyo para que no la viera. Al entrar en su cuarto, cerró despacio y apoyó la espalda en la puerta. El corazón casi se le salía por la boca. Al momento, apoyó la oreja en la madera; no se oía ningún ruido. Abrió e inspeccionó. Salió decidida.

Con pasos ligeros llegó hasta su objetivo y llamó con presteza.

—Pero ¿no te ibas? —Gonzalo abrió y, al verla, le tiró del brazo hacia dentro y después cerró —. ¿Se ha vuelto loca? ¿Qué hace aquí?

Inés se quedó muda: estaba en paños menores.

No pudo disimular su incomodidad; que hubieran compartido intimidad no significaba que no la turbara verlo así. Él la miraba socarrón, pero no hizo nada por cubrirse. La miró de arriba abajo y de abajo arriba. Se percató de que se deleitaba en sus curvas, que con aquellas prendas quedaban poco disimuladas, y observó que algo en él cobraba vida.

—¿Se marcha mañana?

Por cómo la miró, supo que quería molestarla.

—Sí, pero creo que tendrás con quien entretenerte. —La tuteó.

Ni siquiera se dio cuenta de que levantaba el brazo y le colocaba la palma de la mano en el rostro, algo que sorprendió a Gonzalo, que pareció conmovido.

—No sé por qué piensas así.

Dio un respingo sin querer y retiró la mano con rapidez. Contempló la parte interna con curiosidad. Algo la había pinchado y sintió que una aguja le penetraba en la piel.

—¿Qué ocurre? —Él la tomó por el dorso y también la observó. Tenía una rojez en la zona más próxima a la muñeca.

—Me pinché con las espinas del rosal. Creo que tengo una herida.

La mirada irritada de Gonzalo se dulcificó. Inés pudo leer en su rostro que su mente elucubraba sobre la escena que había contemplado en la fuente.

—Charles y yo no hacíamos nada. Es un amigo —se justificó ella.

—Lo sé —admitió, y pasó los dedos por la zona irritada. Debió de captar algo con la yema, porque acercó los labios, tanteó con la punta de la lengua y localizó una pequeña espina que, al rozarla, se movía. La arrancó con los dientes y la escupió. Después, pasó otra vez la lengua para calmar la molestia y siguió con pequeños besos por la palma abierta, la muñeca, el brazo, hasta llegar al cuello y hacerla estremecer.

—Gonzalo...

—Te deseo tanto.

Inés no respondió, no podía. Chocó con la boca de él, que, hambrienta, buscaba la suya, y dejó que la estrechara entre los brazos. Primero fueron besos tentadores, pero poco a poco se hicieron más profundos y se cargaron de necesidad.

Al separarse, los dos jadeaban y sus ojos no mentían acerca de cuánto se anhelaban. Despacio, como el que no quiere asustar a una presa, Gonzalo le abrió la lazada de la bata y se la deslizó por los hombros. Acompañó el gesto con suaves besos por el cuello. Luego, con la mirada clavada en sus ojos, desabrochó unos botoncillos del pecho del camisón y también se lo bajó por los brazos hasta dejarla desnuda.

Inés no quería mostrar vergüenza ni tampoco centrar la mirada en la parte inferior de la cintura de su acompañante, donde una prominente erección indicaba cuánto la deseaba. Él se retiró la prenda que lo cubría y volvió a abrazarla para conquistar su boca. Después la cogió en brazos y la depositó en la cama para tumbarse junto a ella.

Quería hablar, decirle lo que provocaba en ella, pero no encontró las palabras para describir todas las emociones que se le acumulaban en el pecho. Una especie de agujero se había abierto en el centro de su ser y quería llenarlo para apaciguar la angustia, la tensión, el ardor que le nacía y se expandía como un líquido que se derrama. Todo aquello la hizo ser osada y se deleitó con la firmeza de su cuerpo pegado al suyo, con el calor que desprendía.

Con manos temblorosas, se atrevió a rozarle el pecho y, poco a poco, descendió para curiosear aquel miembro que sentía pegado a ella, dispuesto a horadarla.

Gonzalo debió de intuir sus pretensiones, porque le agarró la mano para acercarla al lugar que buscaba. Le enseñó cómo debía tocarlo y ella lo aprendió muy rápido. La urgencia por poseerla lo apremiaba; lo veía en sus ojos. Con cada caricia le costaba más dominarse, pero quería deleitarse.

* * *

No podía más. Gonzalo tuvo que pedirle que se detuviera para no hacer el ridículo. Cuando Inés cedió, tomó el control. Le recorrió la piel con los labios hasta perderse en la zona más húmeda y oculta de ella para exprimirla. Con voz quejumbrosa le pedía clemencia, pero él se dejó

llevar por su propia lujuria al observarla presa de su delirio y quiso llevarla a cotas de placer que sabía que no conocía. Subió sobre su cuerpo y se comió sus lamentos. Nunca se había sentido así, por lo menos no lo recordaba. Su corazón bombeaba rápido y algo parecido a la felicidad le inundó el pecho. ¿Qué tenía aquella joven que lo enloquecía como ninguna otra mujer había hecho?

La penetró despacio, con los ojos clavados en el rostro de ella; no quería perderse ninguna de sus reacciones. Sabía que no fingía. Todo en ella era natural y espontáneo. Lo vivía con la emoción, el recato y la curiosidad con la que se viven las primeras experiencias. Solo cuando sintió que desfallecía y que la satisfacción la inundaba, aceleró los movimientos y se tornó más intenso. Quería entregarse entero, grabarse en su piel y en su alma para que no lo olvidara. Ella se aferró a su cintura con las piernas y pudo profundizar más sus envites. Le besó la boca, le lamió los labios y el cuello y creyó morir cuando ella le pidió más más más.

Se quedaron desfallecidos al terminar. Bajó de su cuerpo y la cubrió con las sábanas. Ella se mostró pudorosa y él pensó que no había visto nunca a una mujer tan hermosa. Tenía la cara sonrosada y el cabello revuelto, los ojos chispeantes y la piel trémula. La estrechó entre los brazos y la acurrucó junto a él. La idea de perderla le desagradó.

—Quiero verte en París —murmuró de pronto.

—¿Quieres que sea tu amante?

—Ya eres mi amante.

Inés lo miró con los ojos de jade y Gonzalo supo que iba a ser difícil desprenderse de esa mirada clara y sincera que le decía tantas cosas. Quiso creer que ella sentía algo por él, podía leerlo en el lenguaje de sus gestos, y fue consciente de que no se conformaría con aquella posición.

—¿Te incomoda? Ahora no puedo prometerte muchas cosas, pero no quiero perderte.

—No entraba en mis planes tener un amante. Esto es muy francés, y yo... yo no soy de aquí. Creo, creo que podría enamorarme de ti.

—*Chérie* —bromeó—, correremos el riesgo los dos.

La besó con dulzura y la estrechó entre los brazos. Se sentía tan cómodo con ella que, sin darse cuenta, empezó a hablarle de su padre y de su abuelo, de sus deseos de estudiar las enfermedades nerviosas e incluso le relató algunas de sus clases. Ella lo escuchaba atenta y hasta le formulaba preguntas, y luego le habló del taller, de sus padres y de cómo se querían.

—Adoro a mi padre —confesó—. Es la persona más buena que conozco.

—Es una suerte. El mío, si no estás con él, estás contra él.

—Quizá tenga que asimilar que tienes deseos propios. Es normal que los padres decidan el futuro de sus hijos, incluso que concierten los matrimonios.

—Pensé que el médico era yo.

—Doctor, no me subestime; soy muy lista.

Inés rio al ver la cara de sorpresa que le puso, pero él añadió serio:

—Yo no permitiré que me concierten un matrimonio.

—Mi padre tampoco lo hará nunca, dejará que me case por amor.

La besó de nuevo y rodaron por la cama en un forcejeo de voluntades. Al final, él quedó encima y le agarró las muñecas, la presionó contra el colchón y empezó a moverse sobre ella, tentándola.

—Mira lo que me haces. —La miró embelesado y no fue dueño de sus palabras—. Creo que yo ya te quiero un poco.

Ella sonrió y sus ojos se le clavaron en el alma.

Quizá era una locura, pero aquella mujer le hacía desear todo lo que hasta entonces había evitado.

—Es verdad que quiero verte en París, todas las tardes si puede ser. Hay un café, Les Deux Magots, está en...

—Frente a la iglesia de Saint Germain-des-Près. Lo conozco. Fui con mi prima.

—Mi casa está cerca... Podríamos vernos allí cuando regreses.

Ella asintió y él no pudo resistir besarla de nuevo. Hicieron el amor durante toda la noche. La llevaba a las puertas del éxtasis y luego la hacía esperar. Salía de ella para calmarse y no derramarse dentro, alargando un placer que la enloquecía. Le propuso juegos que ella no rechazó, le vendó los ojos con el pañuelo que los había unido y le recorría el cuerpo con los labios y las manos, enfebreciendo su piel y susurrándole palabras de amor. Luego, desfallecida, ella quiso probarlo con él. Se tocaron, se acariciaron y se amaron hasta que llegó el alba.

—El sol está a punto de salir, cielo —le susurró él en el oído.

Ella se mostró perezosa, pero ambos sabían que tenía que salir de allí; los criados empezarían a rondar la casa y no debían descubrirla. Se besaron con el dolor de las despedidas y la promesa de verse en unos días.

8

Durante todo el viaje de regreso a París, junto a sus amigos, Gonzalo no pudo quitarse de la cabeza la visión de Inés entre sus brazos. ¿Cómo se le había metido tan adentro aquella mujer? Agobiado por lo que sentía, se lo contó a Bernat. Pero su amigo no respondió como esperaba. Quizá el hecho de tener que regresar al trabajo lo irritaba.

—Vete a saber qué quieren las mujeres —respondió de forma enigmática—. Suelen demandar algo a cambio de tu afecto, como si eso no fuera suficiente.

Inés no le había pedido nada, había sido él quien había insistido en verla de nuevo, en prometerle un cariño del que no dudaba. Aunque, tal vez, ella no sentía como él. No, eso no era cierto. Lo había sentido en su piel, en sus besos, en su mirada. Esa joven no sabía mentir. Sentía algo por él que no podía disimular en su presencia. Nunca se concibió así, con tantas ganas de ser de alguien. Aquella mirada de jade lo había atado a ella, porque la manera de verse en sus ojos lo había hecho consciente de su existencia y, por primera vez en su vida, pensaba que el matrimonio podría hacerlo feliz.

—Algo te preocupa, amigo —sugirió confuso. Esperó a que Bernat le confesara qué lo atormentaba, pero este no soltó prenda. Y estaba seguro de que algo lo inquietaba y no era cualquier cosa, quizá un tema de faldas delicado. Quiso compartir su entusiasmo, pero cambió el tema de conversación al ver a su amigo taciturno, aunque este no quiso explicarle qué le ocurría. Con un «no me pasa nada» se lo quitó de encima. Arqueó una ceja al oírlo, pero guardó silencio; nadie mejor que él para saber que aquellas cuatro palabras encerraban un conflicto interno con el que luchaba su amigo. No lo presionó, respetó su mutismo. Él también tenía sus propias preocupaciones.

Al llegar a París se despidieron de Tom. Ellos se verían al día siguiente en el hospital. Acompañó a Bernat hasta que salió su tren y regresó al apartamento que tenía alquilado en Saint Germain.

El martes tocaba clase con el profesor Charcot. Hacía casi veinticinco años que estaba a cargo del viejo hospicio, aunque hacía relativamente poco que había empezado su cátedra de las enfermedades nerviosas. Gonzalo sabía que la disciplina evolucionaba día a día y que la rama de neurología sentaba sus bases como nueva especialidad de medicina.

París contaba con tres hospitales destinados al socorro de los enajenados. Uno, Chareton, era conocido por ser el lugar donde el marqués de Sade pasó recluido gran parte de su vida y allí se

asistía a todos los que pagaban. No era extraño ver a los enfermos acompañados por sus familiares, incluso sirvientes que se quedaban con ellos para atenderlos en sus cuidados, como si estuvieran en casa. Lo más extravagante era que los internos habían llegado a hacer representaciones teatrales y los adinerados asistían a verlas como si de un espectáculo normal se tratase.

Los otros dos hospitales eran gratuitos, uno para hombres, Bicetre, y otro para mujeres, la Salpêtrière, que era la antigua salitrería (*salpêtrière*), hospicio de la vejez para mujeres incurables, epilépticas, locas, idiotas y necesitadas, aunque no estuvieran enfermas. En tiempos antiguos, aquel hospital se había utilizado como albergue, cárcel y centro de atención médica, dividido en tres secciones: niños, hombres y mujeres. Al llegar Charcot, lo innovador de sus procedimientos y las líneas de investigación propuestas por él habían despertado gran interés en la comunidad científica y en la población general.

El día se le hizo largo a Gonzalo. Estaba desganado, apenas comió y las conversaciones con los compañeros se le hicieron tediosas. Inés no se le iba de la cabeza. Ni siquiera participar en la hipnosis de una mujer le quitó la opresión que sentía en el pecho. Se sintió invasivo al inducirle un síntoma mediante la técnica hipnótica y después, cuando la paciente respondió a esta sugestión, le molestaron las risas que se levantaron en el anfiteatro.

Llegó a casa exhausto. Se había excusado de salir con algunos compañeros. Sabía que podía acabar la noche en la cama con alguna mujer, pero él no quería eso. Guardaba todas las ganas para una joven que lo volvía loco. Se dio un baño y pensó que solo quedaban dos días para tener a Inés con él. El recuerdo de su piel caliente junto a la suya y sus besos lo tenía extasiado. Repasó todas las imágenes de las noches compartidas: sus manos temblorosas al acariciarlo, la curiosidad que demostraba, las ansias por vivir aquello prohibido... «Podría enamorarme», le había dicho ella. Sin alarma ni desasosiego, se reconoció a sí mismo que él no podría; ya lo estaba. Lo único que no entendía era cómo había podido sucederle aquello tan rápido. No entraba en sus planes enamorarse, no tenía tiempo para ello; sin embargo, no había podido morderse la lengua: «Yo ya te quiero un poco», le había confesado.

«Gonzalo, vas a complicarte la vida. Inés no es para jugar», se dijo mientras se secaba los restos de agua. Se miró al espejo y solo pudo sonreírle a su imagen. Estaba dispuesto a vivir lo que tuviera que ser. Se moría de ganas por compartir sus sentimientos. Pensó en escribir a casa, pero fue descartando uno a uno a sus familiares; quizá Mariona era la única que podría comprenderlo. Ella era una joven soñadora y romántica como creía que era Inés. Decidió que lo haría cuando se reencontraran; quizá podían escribirle juntos.

«Dos días, solo quedan dos días para verla.» Con ese pensamiento, Gonzalo cayó vencido por el sueño.

* * *

A Inés, quedarse en *chez* Leduc sin la presencia de Gonzalo se le hizo tedioso y difícil. Nada la divertía. Era como si todas aquellas actividades en el campo hubieran perdido su gracia. ¿Cómo podía extrañar tanto a alguien que hacía tan poco que formaba parte de su vida? Él lo ocupaba todo. Para su desasosiego, en varias ocasiones los recuerdos la asaltaban, rememoraba todas las palabras que le había susurrado al oído, sus promesas, cómo la miraba embelesado sin ocultar que él también se exponía y se estremecía por cómo la había hecho sentir. Las emociones la invadían, le oprimían el pecho y el corazón se le llenaba de gozo. No podía engañarse; los sentimientos que Gonzalo le había despertado la tenían turbada y sabía que no aguantaría mucho sin verlo. Se había convertido en algo tan necesario para ella como el aire que respiraba.

Compartió con su prima sus ansiedades y esta, romántica como ella, le llenó la cabeza de ideas y sugerencias para cuando se encontraran.

—No tenías que enamorarte —se burlaba para luego volver a pedirle que se lo contara todo, y ella no se atrevía a desdecirla.

Los Thiers también se marcharon. Mathilda había tardado mucho en salir de su habitación para no tener que despedirse. Étienne, sin disimular su desconcierto porque ella no quisiera saber de él, había dado vueltas de una manera ridícula, hasta que su mujer lo apremió y entró en el carruaje arrastrando los pies y aceptando el final de su romance.

Pero por fin llegaron a París. El viaje había sido largo y pesado, quizá porque tía Elena no había hecho más que quejarse del calor y ella se había refugiado en sus reminiscencias con pensamientos lascivos. Al llegar a casa, cada una se retiró a su habitación a descansar.

Como el que organiza un calendario de tareas, Inés planificó cómo serían sus días. Le quedaban varias semanas para empezar su aprendizaje de diseño y moda. Contaba con la ayuda de su prima, que le había dicho que cubriría sus ausencias para que pudiera encontrarse con él. Se recostó en el diván que había cerca de los ventanales. Estaba pletórica al imaginar cómo sería estar en los brazos de Gonzalo cada tarde. Con ardiente inventiva, Inés fantaseó que recorrerían las calles menos transitadas y más románticas, y se besarían en cada esquina, al abrigo de miradas curiosas. Compartirían confidencias y se confesarían lo que se habían echado de menos para acabar haciendo planes para el futuro. Luego, él la llevaría a su casa y le quitaría la ropa despacio para cubrirle el cuerpo de besos.

Se ruborizó al figurarse la escena. Se tapó las mejillas con ambas manos y dijo en voz alta.

—¡Por Dios, Inés! Sois amantes. —Un cosquilleo le recorrió el cuerpo al asumir aquel hecho. Solo faltaba un día para verlo y no sabía cómo iba a disimular su anhelo.

No quiso preocuparse por cosas que pudieran ocurrir, como un embarazo. Él sabría cómo evitarlo. Era médico, ¿no?

A la mañana siguiente, se levantó con tanta alegría en el corazón como no recordaba en días. Iba a suponer un gran esfuerzo controlar sus ansias. Le pareció que el tiempo se detenía en el segundero del reloj. Se puso un vestido claro, de mañana; hasta la tarde no saldrían y tenía que mantenerse ocupada pero cómoda. Bajó a desayunar. Mathilda y tía Elena estaban ya en el comedor y hacían planes.

—Luces muy hermosa hoy, sobrina. Tu cara está radiante. Te ha sentado muy bien el campo.

Inés se sentó a la mesa y una doncella le ofreció café y leche antes de salir del comedor. Ella se sirvió un panecillo con forma de medialuna de una bandeja repleta de diferentes panes y pequeños bollos, y vertió sobre él un poco de miel. Su tía empezó a relatar lo bien que lo habían pasado en casa de los Leduc y lo contenta que estaba porque Mathilda hubiera puesto en su sitio, con su indiferencia, a Étienne.

—Entiendo tu decepción, hija, pero elegir es perder, y ese hombre perdió al escoger a esa como esposa. No se puede tener todo —habló mientras daba buena cuenta de unos pasteles—. Y tú te mereces a alguien mejor. Una mujer no debe rebajarse a los caprichos de un hombre. No antes del matrimonio. Espero que lo entendáis. No debe desvelarse el misterio sin un compromiso firme de por medio.

Mathilda miró a su prima y esbozó una mueca sarcástica.

—Mamá, creo que las mujeres debemos ser exigentes. Las jóvenes cada vez conocen mejor a los que serán sus esposos.

—Los tiempos cambian sin avisar, pero la seducción siempre es la misma y es la mujer la que acaba pagando las consecuencias —advirtió tía Elena—. Bueno, cambiemos de tema, que ese me da jaqueca y no quiero volver a oír hablar del señor Thiers ni de lo que pudo haber sido y no fue. ¿De acuerdo, Mathi?

—*D'accord, mère*. Ya sabe que no volveré a equivocarme de esa manera —respondió resignada y, como si recordara algo, añadió—: Mamá, ayer recibí un recado de una de mis amigas, Marguerite; va a casarse y creo que Inés debería conocerla. ¿Quiere que vayamos a merendar a su casa?

Mathilda había ideado un plan y le había asegurado que su madre no se sumaría.

—¡Ah, *non...!* *Sa mère est insupportable* —exclamó tía Elena—. Id vosotras, es bueno que Inés socialice. Pero... con ese tobillo no puedes pasearte por todo París.

—Ya camino mejor, apenas me duele. Cogemos el coche —dijo para tranquilizarla, y su madre asintió satisfecha.

En ese momento entró una doncella con una bandejita y se acercó a Inés. Le entregó una carta. Era un telegrama. Ella la cogió recelosa; quizá fuera de Gonzalo, aunque no creía que se descubriera mostrando un interés así. Leyó el remitente.

—¡Es de madre!

Abrió la carta con emoción y empezó a leer en silencio. De pronto soltó un gemido similar a un aullido de dolor y se llevó la mano a la garganta.

—¿Qué ocurre?! —prorrumpió tía Elena.

—¡Es padre! —sollozó Inés, y no pudo evitar echarse a llorar llena de angustia—. ¡Padre ha sufrido un accidente! Te-tengo que salir de inmediato.

Aturullada, daba vueltas por la habitación sin prestar mucha atención a qué cosas metía en la pequeña maleta que tenía sobre la cama. Su tía y su prima le habían insistido en que esperara unos días y ellas la acompañarían, pero Inés no quería esperar. Las pocas palabras de su madre eran muy significativas. Su padre había sufrido un atropello y estaba grave.

Sin darse cuenta, las lágrimas empezaron a rodarle por las mejillas. Se cubrió la cara con las manos. La angustia se apoderó de ella y se dejó llevar por el dolor que la noticia le había provocado. La congoja se abrió paso desde lo más profundo de su ser y salió por su garganta en forma de sollozo. «Por favor, Dios, que no sea nada.»

Mathilda se acercó a ella con un mudo abrazo. Se recompuso para poder hablar.

—Temo llegar tarde —confesó.

—¡No pienses eso! —la censuró su prima en un intento de darle ánimos—. Tío Joan es fuerte. Ya verás como no es nada.

Se serenó y quiso que esa idea se le clavara en la mente para espantar el mal presentimiento que se le había instalado en el pecho. Cerró el equipaje y entonces se acordó de él.

—¡Gonzalo! He de avisarlo.

—Escríbele una nota, se la haremos llegar —propuso Mathilda.

Inés se acercó al pequeño secreter y sacó una hoja del cajoncito, cogió la pluma y empezó a escribir apresurada.

La voz de su tía llegó antes que ella a la habitación; entró acompañada de un mozo que, como si fuera invisible, cogió la maleta y abandonó la estancia.

—Léonard viene para llevarte a la estación. He hablado con esa mujer, Lupe, la gobernanta de casa; tu madre lleva dos noches en la cabecera de su cama. Date prisa. ¿Ya lo tienes todo? ¿Qué haces?

—Escribo una nota a... monsieur Worth. Lo aviso de que empezaré un poco más tarde —mintió.

—Ah, está bien —respondió confusa. Se dirigió a su hija y se enganchó de su brazo, como si necesitara sostenerse—. Creo que no voy a poder acompañaros a la estación, este susto me ha alterado mucho.

—No se angustie, tía. Telefonaré nada más llegar. Necesito un momento, enseguida estoy.

Mathilda tiró de su madre para darle intimidación. En un gesto mudo, le dijo que dejara allí la nota, que ella la recogería, y salieron de la habitación. Reclinada sobre el mueble, Inés escribió con prisa. Al terminar, releyó la carta con las lágrimas asomadas a los ojos.

Mi querido doctor:

En estos momentos difíciles no sabe cuánto lo necesito, pero cuando lea estas letras, ya me habré ido. Mi padre ha sufrido un accidente y he de estar a su lado. Regreso a casa. Me llevo en el corazón todas sus promesas; guarde también las mías. Mis sentimientos no han cambiado y son más fuertes que hace unos días. Si es posible, si puede, venga. Regrese a mí.

Espero con ardor el día de nuestro reencuentro.

Suya,

INÉS

Dobló el papel y lo metió en un sobre; escribió el nombre de Gonzalo y lo dejó bajo una pequeña figura. Con prisa, se colocó el sombrero, tomó el bolso y, antes de partir, dio un último vistazo a la habitación. No fue capaz de marcharse sin retroceder sobre sus pasos, tomar entre las manos la carta y besar el nombre. «Por favor, ven a mí», susurró en silencio. Volvió a dejarlo medio oculto y salió a grandes zancadas.

* * *

Gonzalo preparó el encuentro con tanto esmero que cuando lo analizó de forma racional se sintió ridículo. Quizá Inés se reiría al ver los pétalos de rosa sobre el lecho, pero ya era tarde para arrepentirse. Si se entretenía en retirarlos, podía llegar tarde y no quería que ella pensara que no acudiría. No era muy honorable hacer esperar a una dama.

Llegó a la cafetería Les Deux Magots diez minutos antes de la hora convenida. Se sentó a una de las mesas que daba a los ventanales y llamó al camarero. Pidió un café; necesitaba estar activo mientras esperaba. Cogió *Le Figaro*; alguien había olvidado el periódico sobre una mesa cercana y trató de rebajar los nervios con la lectura.

Sin embargo, no lo conseguía; se sentía como un jovencito embelesado. Con la cursilería de los primeros tiempos, soñaba despierto. ¡Si hasta había escrito unos versos!

Solo soy cuando tú me miras.

Ya no quiero otro tesoro entre los brazos.

¿Qué me has hecho, amor,

que ya no puedo vivir sin tu nombre en mis labios?

Se rogó calma. Iba a asustar a Inés con su arrebató. «No eres un colegial», se censuró sin dejar

de mirar hacia el extremo de la calle por donde supuso que ella aparecería. Miró su reloj, pasaban unos minutos de la hora. «Pronto —se dijo—, pronto la tendrás para perderte en su aroma.»

Era la primera vez que se sentía enamorado y podía entender a todos los poetas que habían hablado, desde tiempos inmemoriales, del amor. Shakespeare había descrito con pluma certera los sentimientos de los hombres en tales hazañas. Él era Romeo, Otelo, hasta el mismo Hamlet enloquecido. Inés lo tenía embrujado. Los minutos parecían horas y su deseo de estrecharla en apretado abrazo se había convertido en desasosiego. «Por Dios, Gonzalo, ¿qué te ha dado esa mujer?»

Templó las ganas.

Preocupado por que ella no lo viera, pagó la consumición y salió del local. Caminó con paso distraído y mente ansiosa. Escrutó a todas las personas que paseaban o transitaban por la calle y alrededores, pero en ninguna descubrió el grácil talle de Inés. La disculpó; le habría sido difícil salir a aquella hora. Le concedió más tiempo. Por si había enviado algún recado por su tardanza, preguntó al encargado de la cafetería. No, nadie había enviado ningún aviso. Esperó.

Al rato volvió a salir a la calle. Su ánimo se inquietó. Con mano firme, espantó un pensamiento que se negaba a creer. Caminó arriba y abajo mientras, sin darse cuenta, se golpeaba con el sombrero en el lateral de la pierna. Volvió sobre sus pasos, esperó sentado en el coche que tenía preparado. Al cabo de un instante, regresó a la cafetería por si en un despiste ella había llegado y no la había visto. Preguntó de nuevo al encargado si habían dejado algún recado. Este negó con la cabeza, como había hecho en los requerimientos anteriores. La duda le cruzaba el pensamiento y él la apartaba. «No, ella vendrá.»

Dos horas después, Gonzalo se tragó su orgullo y dejó que la frustración le recorriera las venas y le llegara al cerebro para estallar en rabia. Cerró la mano en un puño. No podía engañarse más.

«No acudirá.»

9

Inés sujetaba, en el regazo, la mano lánguida de su madre. Una de las dos debía mantenerse fuerte y le tocaron todos los números. Parecía que Teresa hubiera envejecido diez años. De negro absoluto y con un velo que le cubría el rostro, se mantenía erguida no sabía cómo. Se había negado a no participar en el sepelio, como le había aconsejado el médico. Entre gritos de angustia, dijo que ella acompañaría a su esposo hasta su última morada, aunque eso fuera lo último que hiciera.

Frente a ellas, un féretro oscuro contenía los restos mortales de su padre. Había llegado a tiempo de despedirse, quizá él la había esperado, pero su mirada se le clavó en el alma. No podía hablar y ella se guardó en el corazón todos los «te quiero» que no dijo. Le prometió que sería la persona que él había educado y asintió ante sus ojos grandes, cristalinos y mortecinos, como si este estuviera diciéndole: «Cuida de ella, no la dejes sola».

Tres días permaneció con su madre junto a aquella cama con la esperanza de que su padre superara las heridas.

—Iba distraído —le contó Teresa—. Venía a comer a casa. Le había hecho su comida favorita y no vio el carruaje que se le echaba encima.

—Tenía que ir muy rápido para causar ese atropello —dedujo ella.

—Dicen que se le desbocaron los caballos al cochero. Y él cruzó por donde no debía.

El ruido sordo de las gentes levantándose de los bancos ante las palabras del cura la llevó de nuevo a la capilla. Las últimas palabras, el último adiós. Cuando algunos conocidos alzaron el féretro para llevarlo a hombros hasta el coche fúnebre, un llanto mudo se le agarró a la garganta. Su madre, del brazo, afectadísima, simulaba una entereza que no tenía y, como la señora que era, parecía no querer derrumbarse.

Al salir a la plaza, el cariño que Joan Ribas había prodigado se vio recompensado por una manifestación solemne que siguió al cortejo. Tía Elena, Mathilda, Léonard y Eugénie. Y, detrás, amigos, trabajadores, clientes, comerciantes de toda índole y vecinos. Lo más representativo de la sociedad y la burguesía rogó por su alma en la montaña de Montjuïc.

Después, todo fue muy rápido y la emoción embargó tanto a Inés que le flaquearon las piernas. Abrazada a su madre y esta a ella, rodeadas por sus seres más queridos, pudieron decir adiós a la persona a la que más habían amado en el mundo y quien les había dado toda la felicidad que se podía desear.

El regreso a casa fue más duro. Tía Elena se hizo cargo de su madre, que acabó derrumbándose y no fue capaz de atender a todas las personas que habían acudido a darles el pésame y al sepelio, y, con una crisis nerviosa, la acompañaron a su habitación.

Inés estaba sentada junto a su prima y Eugénie cuando Lali apareció con una bandeja y unas pastas.

—No me apetece, gracias —declinó el ofrecimiento.

—Ya sé que no te apetece, pero algo tienes que comer —censuró su amiga sin retirarles la bandeja. Ella cogió una torta y Lali, como si fuera una niña, le entregó otra y un vaso de leche.

Eulalia y su madre se encargaron de organizar al personal de la casa; habían preparado algunos alimentos, emparedados, pan con tomate con jamón o longaniza y bacalao *a la llauna* y pastel de carne para atender a los presentes. Muchos iban a dar sus condolencias de corazón y otros, a chismorrear.

—No soporto a los curiosos —susurró Inés a su prima cuando una de sus vecinas le presentó sus respetos y trató de sonsacarle si ya habían encontrado al responsable del suceso.

—Resignación, hija. No creo que haya mucha suerte en ese tema —sentenció la mujer.

Inés tuvo que atender a mucha gente cuando solo tenía ganas de tumbarse en su cama y llorar a su antojo. El salón y la sala estaban repletos de conocidos que se arremolinaban alrededor de los platos de dulces y pequeños emparedados, y tan pronto hablaban de las buenas cualidades del difunto como de los terrenos que se habían adjudicado para la construcción de unos edificios. El volumen de las voces le parecía una cacofonía ininteligible y deseó que todos se marcharan a sus respectivas casas. Fue a llevarle a su madre un poco del caldo que había hecho doña Pura, la madre de Lali, y su tía le dijo que dormía desde hacía un rato, así que era mejor no despertarla para que comiera; ya lo haría. Al salir, vio en el salón a Gregorio Prat. Daba vueltas a su sombrero. De pie junto a una pared, parecía muy desubicado. Tuvo la impresión de que el hombre la esperaba. Se le acercó.

—Señorita Inés, la acompaño en el sentimiento. —El hombre hizo un gesto con la cabeza—. Me gustaría hablar con su señora madre.

—Gracias, Gregorio —respondió—. Yo transmitiré su pésame, pero mi madre no recibe. Comprenderá que no se encuentre bien.

—Sí, es muy propio... pero verás, yo... Yo necesito explicarle algunas cosas del taller.

Inés miró a su alrededor en busca de Léonard; quizá él podía ayudarla, pero no lo vio.

—Ahora no es buen momento. Si le parece, venga mañana por la tarde. Necesito ponerme al día lo antes posible.

—¿Usted? —La miró extrañado, pero rápido rectificó el tono—. Hay que tomar algunas decisiones que llevan días en espera. Su madre dijo que me daría instrucciones y no lo ha hecho.

Hay que pagar las telas que han llegado y se ha estropeado una de las máquinas. También nos han cobrado más por...

—Gregorio —lo cortó, resignada—. Perdóne... Tiene razón, no podemos dejar esas cosas, pero hoy... hoy hemos enterrado a mi padre y no es buen momento.

El hombre pareció comprender lo inoportuno de sus palabras.

—Disculpe, señorita. Su padre era un amigo para mí y creo que necesito estar ocupado para no pensar. —Justificó su oratoria y tuvo la impresión de que buscaba qué decir entre sus pensamientos—. No sé si sabe que empezamos casi juntos a trabajar con el viejo Calasanz. Bueno, yo llegué unos meses antes. Él trabajaba acarreando bultos desde el puerto y pasó por delante de la fábrica. En ese momento, salía un maleante que se llevaba el salario de los pocos que trabajábamos y tropezó con él y su fardo. Gracias a él detuvieron al ladrón y el viejo, en agradecimiento, le ofreció trabajo.

—Era un pillo de trece años cuando ocurrió aquello y el fardo era más grande que él —continuó tía Elena el relato. Inés se sorprendió de aquella anécdota que no conocía—. Aprendió muy rápido y, por su tozudez e insistencia, padre instaló la primera máquina de vapor para trabajar las telas y tejidos. Era un visionario... ¿Cómo está, Gregorio?

—Elen... Señora Marais, cuánto tiempo. Bien, bien... dadas las circunstancias —saludó el encargado—. Creo que Joan Ribas fue un hombre de ideas muy adelantadas. Vamos a echarlo mucho de menos.

Inés no pudo reprimir el sollozo. Oír hablar así de su padre la llenaba de satisfacción y orgullo.

—Disculpe. —Se retiró las lágrimas con el pañuelo que llevaba en la mano—. ¿Le parece bien venir mañana por la tarde? Quizá mi madre esté mejor.

—Sí, por supuesto, aquí estaré.

El hombre se despidió. Detrás de él se marcharon los pocos rezagados. Cuando ya quedaban solos los de casa, Lali y doña Pura se despidieron.

—En la cocina tenéis carne empanada y madre ha hecho mucho caldo; tómame un tazón, por favor —pidió Lali preocupada—. Vendré mañana, cuando cierre la tienda.

Inés se abrazó a su amiga, agradecida.

—Muchas gracias, por todo —expresó con voz rota por retener el llanto.

Una vez que se hubieron marchado cayó derrotada en el sofá, junto a su tía y sus primos.

—¿Cómo sigue madre? —preguntó a su tía.

—Duerme. Es lo mejor. Se le van a secar los ojos de tanto llorar.

Tía Elena le agarró la mano y le dio pequeños golpecitos.

—Tienes que ser fuerte, muy fuerte, mi niña, porque hoy dejás de serlo.

—Hace tiempo que dejé de serlo, tía.

—Creo que mi madre quiere decir que debes ocuparte de muchas cosas, tu madre no va a poder

—explicó Léonard.

—Eso me temo.

* * *

Se metió en la cama con el corazón encogido, nunca había sentido tanto dolor. Solo tenía ganas de llorar. Veía tan desvalida a su madre que no sabía qué hacer. Por suerte, tía Elena le había dicho que se quedaría unas semanas con ella. Léonard tenía que regresar, pero contar con la compañía y ayuda de su tía y su prima era un bálsamo para su corazón en esos momentos. Había hablado con su primo sobre algunas cosas; lo principal era averiguar el estado de las cuentas. Una vez que tuviera clara la situación económica en la que estaban, lo demás llegaría rodado. Solo tenía que decidir cuáles eran sus prioridades.

Y ahí estaba el *quid* de la cuestión. Sus prioridades habían cambiado desde hacía cinco días. No podía regresar a París ni ir a estudiar a la Casa Worth. Sus sueños se habían esfumado. Lo peor era que no se veía con fuerzas para emprender aquella empresa, no quería alejarse de casa. Al pensarlo, no pudo reprimir las lágrimas y se puso a llorar como una niña. Ni siquiera fue capaz de retener los hipitos que se le generaban al tratar de coger aire para respirar mejor.

Unos golpecillos en la puerta llamaron su atención, pero antes de que pudiera dar paso vio cómo esta se abría y Mathilda entraba envuelta en una bata.

—Sabía que estarías así.

Se tumbó en la cama junto a ella e Inés se le abrazó.

—Me duele tanto el corazón —sollozó.

—Yo no me acuerdo mucho de cuando murió mi padre, era una niña, pero lo he echado de menos siempre.

—Tía Elena fue muy fuerte, se quedó en París con dos niños pequeños, pero mi madre es muy frágil. No sé si no morirá de pena.

—Necesita tiempo. Mi madre también lo pasó muy mal, aunque contaba con *ma grand-mère* y tener a dos hijos pequeños la obligó a no morirse de amor.

—El abuelo decía que se enamoró de la ciudad. A mí me habría gustado tenerte más cerca. Eres como mi hermana.

—Supongo que no fue fácil. La familia de papá la ayudó, nos querían mucho. Nunca nos sentimos solos.

—Creo que eso era lo que hacía que el abuelo la disculpara. Decía que a tu padre no le perdonaría nunca que se hubiera llevado a su hija mayor a otro país, que si la enamoró aquí, aquí tenía que haberse quedado, pero que la quisieran tanto lo llenaba de orgullo.

Dejaron pasar un silencio. Se habían criado separadas, pero sus respectivas madres procuraron

tener contacto y que la relación no se rompiera.

—Tú tienes a Léonard y ahora también a Eugénie, pero yo no tengo a nadie —murmuró, enjugándose las lágrimas—. Si madre hubiera podido tener más hijos... Creo que aquello le rompió los nervios. Perder a varios bebés antes de que nacieran fue terrible para ella. Siempre quiso un niño, por mi padre, y él le decía que nosotros tres éramos suficientes, que se sentía completo con la familia que tenía, y ahora se ha ido. Me siento tan sola...

—No estás sola. Me tienes a mí y a Lali; es la mejor amiga que se puede tener, y también tienes a Gonzalo.

—Gonzalo —susurró pensativa—. No sé nada de él. Le diste mi carta, ¿verdad?

—Se la hice llegar a Charles para que se la diera. Cuando llegué a casa después de haberte dejado en la estación, mamá estaba de los nervios, decía que no entendía cómo había permitido que te marcharas sola. No pude salir de casa.

—Han pasado muchos días... Lo necesito tanto —sollozó—. Yo... me he enamorado como una tonta.

—Quizá no ha podido contestar. Cuando regreses...

—No voy a regresar, Mathilda —le cortó—. No puedo dejar a madre sola.

—Pero ¿y tu sueño de ser diseñadora? ¿De aprender en la Casa Worth?

Le costó explicarle a su prima que todo había cambiado. Tenía que ayudar a su madre, hacerse cargo del taller. La fábrica de tejidos había quedado descuidada. El nudo que tenía en la garganta creció al enumerar todas las cosas que recaían sobre sus hombros y verbalizar que tenía que decir adiós a sus sueños. Quizá tampoco podría hacerse cargo de su tienda de modas. El llanto no le dejó continuar y se durmió agotada, vencida por las lágrimas y el desasosiego.

* * *

Inés revisaba sus vestidos con el armario abierto. Iba a ponerse una falda negra con una blusa del mismo color y algunos volantes en el pecho, pero pensó que era un atuendo poco acorde a sus nuevas circunstancias. Eligió un vestido de luto más serio y elegante. «A madre le gustará más.» Se hizo un recogido bajo con la raya al medio y cuando se miró al espejo le pareció que había ganado unos años. Sin embargo, la tarea que se había encomendado requería que su imagen no fuera la de una jovencita ignorante, sino la de una mujer a la que no le asustaba agarrar las riendas del negocio de su familia. Tenía el rostro pálido, no le apeteció ponerse ningún polvo en la cara; sin embargo, lo cubrió con una de las cremas que había comprado en París y así tapó un poco las manchas oscuras que tenía alrededor de los párpados, aunque no las bolsas. Los ojos se le habían hinchado por el llanto y eso no iba a poder disimularlo.

La casa estaba en silencio cuando salió de su habitación. Le extrañó, su madre se levantaba

temprano. Entró en la cocina y encontró a la señora Lupe, que limpiaba una gran mancha negra en el suelo. No tuvo tiempo de preguntar qué había ocurrido; Encarna, la doncella, sin darse cuenta de que ella estaba allí, se explayó en el comentario.

—Acabo de acostarla, madre. No hace más que preguntar cuándo vuelve su esposo. Dice que hay que tener el café caliente. Creo que a la señora se le ha ido la chaveta.

—¡Niña! —gritó la cocinera—. Ten un respeto.

Inés recogió la cafetera que había en un rincón y la puso sobre la encimera. Entonces la vieron.

—¡Ay! Perdón, señorita —se excusó la joven—. No quería ofender a la señora, ¿verdad, madre? Yo no quería ser chismosa, es que... es que...

—Discúlpela, señorita Inés; ya ve que mi hija no tiene muchas luces. Estamos muy agradecidas de que ayer nos dejara estar en el sepelio del señor. Y Pere... mi marido, no solo ha perdido al patrón, sino a un verdadero amigo. Nos dio un trabajo y un techo cuando mi hombre enfermó por el alcohol y lo ayudó a salir del bache. Está por ahí, no quiere que lo veamos afectado; ya sabe que los hombres llevan mal las lágrimas. Fue un entierro tan bonito... y cuánta gente lo quería. ¡Ay, qué pena, Dios mío! —La mujer sacó un pañuelo de un bolsillo del delantal y se enjugó las lágrimas que no podía reprimir; al serenarse, añadió—: Su madre no se encuentra bien, estaba aquí cuando llegué. Preparaba café para el señor; al verme se ha asustado y se le ha caído la cafetera al suelo. Por suerte, no se ha quemado, pero... ¡Ay, niña! Yo no la he visto bien.

—Iré a verla —respondió con pena—. ¿Mi tía se ha levantado?

—Todos están arreglándose —contestó la doncella—. Empieza a haber ruido en la casa.

—Vaya —indicó la cocinera—. Prepararé el desayuno y lo serviré en el comedor.

Llamó con los nudillos a la puerta antes de entrar. Teresa yacía en el lecho, con la mirada perdida, clavada en la pared, como si contemplara algo.

—Buenos días, madre. ¿Cómo se encuentra?

No contestó e Inés creyó que no la había oído. Se sentó en el borde de la cama y le cogió la mano.

—Madre... madre.

Reaccionó. La miró extrañada.

—Tiene mucho trabajo. —Hizo ademán de levantarse—. Tengo que prepararle a tu padre su tazón de café.

Inés la retuvo con suavidad.

—Madre..., padre no está. —La voz se le quebró—. Ya no volverá a estar.

—¿Se ha ido sin decirme adiós? Tu padre nunca haría algo así.

—¡Madre, por Dios! —Templó los nervios y añadió con suavidad—: ¿Quiere que le traiga un poco de café con leche? A lo mejor quiere desayunar aquí, en la cama.

Teresa se replegó y se abrazó a la almohada. Entonces, Inés se dio cuenta de que estaba

acostada en el lado de su padre.

—Madre. Por favor...

Sintió que una mano se le posaba en el hombro y, al levantar la vista y ver la sonrisa tierna de su tía, la cara se le llenó de las lágrimas que intentaba retener.

—Yo me quedaré con ella. Tráele un vaso de leche.

—Tiene que comer alguna cosa.

—Su corazón y su alma tienen que descansar, encontrar la forma de sosegarse. Ya comerá cuando tenga hambre —respondió su tía—. Anda, ve. Desayuna y pide que me traigan a mí aquí algo para tomar.

Inés salió con el corazón encogido, nunca había visto así a su madre.

Fue el día más largo de su vida. Tuvo que hacerse cargo de muchas cosas. Después del desayuno se reunió con Lupe para organizar las cosas de la casa y estuvo encerrada en el gabinete de su padre hasta la hora de comer. Léonard la ayudó a revisar las cuentas y establecer prioridades en las gestiones. Por la tarde acudió Gregorio y, aunque intuyó que el hombre no se sentía cómodo dándole explicaciones, lo hizo sin rechistar. Inés pensó que se debía a qué Léonard los acompañó la mayor parte del tiempo. Su madre no se levantó en todo el día y cada vez que fue a verla la encontró más deprimida.

* * *

Pasaron dos semanas y tía Elena y Mathilda tuvieron que regresar a su casa. Léonard ya lo había hecho, porque debía incorporarse a su trabajo en el banco. Fue a despedirlas a la estación. Su madre no quiso salir a la calle. No lo había hecho desde la muerte de su padre.

—Dale tiempo a Teresa —aconsejó su tía.

—Me tiene preocupada; no veo que mejore y ya han pasado bastantes días —respondió con tristeza—. Debería consultar con un médico.

—Pues quizá sí, hija, pero tu madre siempre ha sido frágil de los nervios. Solo ella sabe lo que ha perdido.

—Yo creo que tiene mucha pena y eso hace que haga esas chiquilladas —señaló Mathilda antes de darle un abrazo de despedida.

«Chiquilladas», pensó Inés con resignación. Aunque ella no lo veía así. Su madre se había convertido en alguien muy diferente. Su humor era muy variable; entendía su desgana y apatía por hacer cosas, pero ya casi no se ocupaba de la casa y podía permanecer con ropa de cama todo el día; si nadie le decía nada, podía estar sentada en un sillón durante horas, ensimismada mirando el retrato de su padre. La tía la había consentido mucho y si ella la contradecía se ponía a llorar enseguida y le decía que era una mala hija. Pasaba las noches despierta, daba vueltas por la casa,

como alma en pena, y la habían encontrado en diferentes ocasiones en el gabinete de su padre. Una de las tardes en que Gregorio fue a pasarle cuentas, su madre entró en la estancia en bata y camisión con la emoción pintada en el rostro.

—¡Madre! ¿Qué hace aquí?

—Tengo que hablar con tu padre.

Pensó que habría creído que el encargado era su padre. No se parecían en nada, aunque sí tenían la misma corpulencia, y Teresa distorsionaba un poco la realidad. El hombre la miró con asombro; no tenían una conversación muy tranquila, pero se giró hacia su madre y le habló en un tono que no le conocía.

—Teresa, soy Gregorio, y a Joan no le gustaría verla así. Debería ponerse otro vestido, ese no le hace justicia.

Ella lo miró indignada porque su madre se echó a llorar en aquel momento y cayó medio desvanecida en uno de los sillones. Él no demostró sorpresa y continuó con palabras amables mientras ella corría a su lado y la ayudaba a levantarse.

—Debería ir a descansar —señaló el hombre—. Seguro que mañana se siente mejor.

—Madre... La acompañaré a su habitación y luego le leeré un poco, ¿de acuerdo?

Teresa asintió como una niña pequeña. En aquel momento, la puerta se abrió y apareció Lupe, preocupada.

—Se me ha despistado, señorita.

—No pasa nada, Lupe.

—Yo la llevaré. —La mujer parecía un armario ropero. Era una mujerona del norte, pero trató con sumo cuidado a Teresa, la sujetó por la cintura y esta se acurrucó en ella.

Al quedar solos, Gregorio la miró con cara de reproche.

—Debería cuidarla, su padre lo habría hecho. No es trabajo para una mujer bregar con los trabajadores de la fábrica o el taller, no hace falta que acuda todos los días para vigilarnos. Su lugar está en casa, atendiendo a su madre.

Le molestó el comentario. Que pensara que descuidaba a su madre le dolió, pero la pulla sobre que el trabajo no era para una mujer y que debía quedarse en casa la sacó de quicio. Repasó los documentos con los que estaban y subrayó algunas cosas.

—Quiero que se abonen las facturas a primeros de cada mes, como hacía mi padre —enfaticó—. No entiendo por qué no lo ha hecho, y ya le dije que quería aumentar la producción de tejidos de algodón.

—Los ingleses nos llevan ventaja, no deberíamos competir con ellos —insistió el encargado—. Nos superan en cuanto a precio y control del mercado.

—Estoy de acuerdo, pero hasta el momento nos hemos beneficiado de las leyes que protegen al sector y debemos seguir con nuestros principios —replicó—. Nuestros precios son un valor de

marca. Ribas y Calasanz —señaló orgullosa— siempre se ha caracterizado por el equilibrio entre el precio y la calidad. Nuestros tejidos son igual de buenos que los de los ingleses y en las colonias son muy apreciados. Yo decidiré las nuevas estrategias.

Gregorio la miró ceñudo, pero no replicó e Inés se marcó un tanto. Se despidió de forma cortés y cuando el encargado estaba a punto de salir por la puerta, lo retuvo.

—Gregorio —lo llamó con suavidad—. Todo lo que sé lo aprendí de mi padre. No vuelva a cuestionarme.

10

A la mañana siguiente, Inés, después de haber obligado a su madre a que tomara algo de desayuno, la dejó al cuidado de Encarna mientras salía a hacer algunas gestiones. Desde la muerte de su padre todos los que vivían en la casa se habían convertido, en cierta manera, en enfermeros y custodios de Teresa. Apenas comía ni dormía. Tenía ataques de llanto muy seguidos y la tristeza era el estado de ánimo que más la acompañaba. No hacía nada, pasaba las horas muertas sentada en un sillón del salón con la vista perdida tras el ventanal o clavada en un retrato de su marido. En ocasiones, cuando decidía hablar, soltaba cosas incoherentes o hacía comentarios fuera de lugar, y si se mostraba con el pelo recogido y peinado y sin ropa de cama, era porque se había dejado hacer por Encarna, no porque ella tomara esa iniciativa.

Inés decidió ir a consultar con el médico después de pasar por el taller.

Su padre siempre decía que a los trabajadores les gustaba ver que el dueño se remangaba como ellos. Él nunca había sido un señorito, no; él se había manchado las manos de grasa, había arreglado sus propias máquinas y había estado en su oficina para atender a cualquier trabajador. Ella quería hacer lo mismo, aunque a su encargado no le gustara. Pretendía familiarizarse con cada uno de sus empleados, aprenderse sus respectivos nombres e interesarse por ellos. Cuidar que todo siguiera igual, como su padre había diseñado y le había enseñado.

A través de la ventana que daba a la sala del taller, vio al mozo de la tienda. Hablaba de forma azarosa con una mujer. Salió a su encuentro.

—Hola, Joaquín, ¿hay algún problema?

Él la miró nervioso y después a la mujer.

—La señorita Lali me pidió una pieza de tela de algodón, la necesita blanca para confeccionar unas batas. Esta haragana no quiere dármela.

—El amo no quiere que salga nada sin su permiso.

—¿El amo?

—Sí, el que manda aquí.

—Ahora sí que estás en un lío —señaló el muchacho con socarronería—. Es la señorita Inés. Ella es la dueña, no tu jefe. A ver si a ella le dices algo. Eres una metomentodo.

—Y tú eres un marrano.

—¡Basta ya!

La mujer enmudeció, pero no parecía muy preocupada ni capaz de morderse la lengua.

—Gregorio no quiere que se lleve nada de aquí sin su permiso. —Se dirigió al muchacho—. Ya te lo ha dicho. No puedes venir y hacer lo que quieras. Lali no es nadie —rebatíó, encarándose al joven.

—Quizá te refieres al señor Prat —matizó Inés—. Ya hablaré yo con él. Puedes llevarte la pieza, Joaquín —ordenó ella.

—No, no puede —sentenció la trabajadora. Inés arqueó una ceja y la mujer, de reojo, le echó un vistazo a un rincón; luego, añadió—: Cumpló órdenes de Gre... del señor Prat.

—¿No puede...? —Inés miró hacia el lugar y vio varias piezas embaladas, amontonadas de cualquier manera. Aquello la indignó—. ¿Por qué están esos tejidos tan mal almacenados?

—¿Qué es este revuelo? —inquirió Gregorio, que apareció de pronto

—Espérame —pidió a Joaquín y se dirigió al encargado con paciencia—. ¿Podemos hablar en la oficina, por favor?

Echó a andar sin esperar a que la siguiera, pero con el corazón en un puño por si no lo hacía. Por encima del hombro vio al hombre echar una mirada de fuego a la empleada y a esta correr a recoger las piezas. Al entrar en la habitación, comprobó que sí iba tras ella.

—¿Por qué no se le entrega a Joaquín lo que se pide desde la tienda?

—Hay que llevar bien las cuentas y se debe anotar todo lo que sale. Creí que tenía que tratarla como a cualquier comerciante.

—Anote bien lo que sale, pero esas piezas son para *mi* tienda —enfaticó el posesivo y se dio un segundo para añadir—: Haga un listado de todo lo que se envía y a finales de mes pasa la factura al cobro.

—Hay que separar las cosas, señorita.

—Lo entiendo... ¿Quién es esa mujer?

—Es Rosalía, una de las tejedoras, aunque ahora está en el hilado, con algunos hombres —explicó con desgana.

—Se toma muchas molestias.

—Es espabilada con la máquina, la entiende bien, y por cuatro reales vigila que las trabajadoras cumplan sus jornadas y no se metan cosas en los bolsillos.

Se sintió retada por la mirada que él le dedicó, pero no quiso darle el gusto de preguntarle más cosas. Cuando iba a salir de la oficina, él la detuvo con una pregunta que no esperaba.

—¿Se encuentra mejor la señora Teresa?

—Le está costando asumir la pérdida de padre, pero va mejor —respondió sin ser fiel del todo a la verdad. Se sintió incómoda—. Tengo cita con el doctor Viñals, no puedo entretenerme. Hasta mañana.

Su médico de siempre la atendió con condescendencia. Ante sus explicaciones de que su madre no tenía fuerzas para hacer las tareas más simples, como comer o tomar un baño, que estaba cada

vez más ausente y lloraba con asiduidad, él le refutó que necesitaba tiempo y rebatió todos los comportamientos desajustados que ella le contaba.

—Su madre padece pena, pero la nostalgia no es fácil de llevar —conjeturó el hombre—. Cuide su alimentación y oblíguela, si fuera menester, a que dé paseos. Las friegas con colonia en los brazos pueden ayudarla.

La acompañó a la puerta y, cuando ella le ofreció la mano para despedirse, él la sujetó y le dio pequeñas palmaditas.

—Teresa se recuperará. Iré a visitarla esta tarde.

Inés quiso pasarse por la tienda, pero llevaba mucho tiempo fuera de casa. Pensó que lo haría por la tarde, cuando se marchara el médico; le vendría bien hablar con Lali y quizá podía dedicarle algo de tiempo a la costura, que tenía tan abandonada. ¡Cómo le había cambiado la vida en tan poco tiempo! Daba igual estar rodeada de gente; se sentía sola.

«Gonzalo. ¿Por qué no me ha escrito?»

Se obligó a no pensar. No podía perder el control de sus emociones.

Repasaba las cuentas en el gabinete de su padre cuando Encarna la avisó de que el doctor Viñals la esperaba en la salita.

—¿Y mi madre? —preguntó.

—Ha ido a recostarse. Creo que se habrá dormido, porque no ha salido desde hace un rato.

—Despiértala, por favor, y arréglala un poco, que por lo menos esté presentable. —Salió con la doncella de la estancia y fue en busca del médico. Al entrar, lo vio contemplar una fotografía.

—Triste final para un hombre tan emprendedor —se lamentó el hombre—. ¿No se sabe nada del conductor del carruaje?

—No. Como ocurre en estos casos, nadie vio nada —respondió resignada, le cogió de las manos el retrato de su padre, uno de los que decoraban la casa, lo dejó en su lugar y preguntó—: ¿Le apetece un café?

—Quizá después.

De pronto, los gritos de la sirvienta la sobresaltaron y, sin mediar palabra, salió corriendo hacia ellos y el médico la siguió. El espectáculo que encontró al entrar en la habitación de su madre le encogió el corazón. Yacía en la cama con su mejor camisón; parecía dormida, pero de la muñeca izquierda le brotaba un reguero de sangre que empapaba las sábanas y goteaba en el suelo. En la otra mano, una pequeña navaja le resbalaba de los dedos inertes. La muchacha lloraba, arrodillada junto a la cama, y con temblor cubría con sus propias manos la herida, como si así aquel río rojo fuera a dejar de brotar.

—Se ha quitado la vida... ¡Ay, señora! Pero ¿qué ha hecho?

Inés se tambaleó y no cayó al suelo gracias a la intervención de Lupe, que entraba con Pere en la habitación.

El médico actuó rápido, substituyó con la mano las de la doncella, se sacó un pañuelo del bolsillo y, con ágiles movimientos, vendó la herida a la vez que le pedía a Pere que preparara un coche.

—¿Está... está muerta? —gimió Inés. Mientras esperaba la respuesta, suplicó a Dios y a todos los santos: «Señor, por favor, perdónala, pero no te la lleves».

—Aún no.

Inés se retiró las lágrimas de la cara a manotazos y se obligó a no desfallecer. No supo cómo, en el breve espacio de tiempo en el que tardó el carruaje, tuvo el momento para colocar sobre su madre una capa para cubrirla y le hizo una trenza en el cabello dorado. Pere la cogió en brazos y la depositó en el coche mientras ella se acomodaba a un lado y el médico al otro. Rezó todo lo que sabía hasta que llegaron al hospital.

* * *

Llevaba dos días con el temor en el cuerpo. No se había movido del hospital y entre sus rezos y las súplicas a su madre para que no la dejara sola, en su pensamiento se filtró la imagen de Gonzalo.

«Mi querido doctor, cuánto lo necesito. Qué pronto se ha olvidado de mí y yo, sin embargo, lo llevo grabado en lo más hondo de mi ser.»

Sus reflexiones se vieron interrumpidas con la llegada, junto al doctor Viñals, de un médico que no conocía. Los observó hablar en voz baja. El nuevo leyó la tablilla que contenía la historia clínica de su madre; luego, revisó a la paciente mientras su médico de siempre se dirigía a ella.

—Inés, le presento al doctor Juan Giné y Partagás. —El aludido la saludó y ella le estrechó la mano, nerviosa—. Le he pedido que venga a visitar a su madre porque creo que es una candidata a su sanatorio.

Inés intentó recordar de qué le sonaba aquel nombre, pero no consiguió descubrirlo. La palabra «sanatorio» se le quedó atravesada. Tuvo que hacer acopio de valor para preguntar.

—¿Está peor?

—No, pero tampoco mejor —señaló Viñals; el otro médico se mantenía al margen y le pareció que conversaba con su madre. Continuó el médico—: Conoce la historia, sus problemas vienen de mucho tiempo atrás; además, su propia madre, la abuela de usted, también decidió quitarse la vida y su alma fue condenada.

El otro médico hizo un sonido gutural, parecido a un carraspeo, pero no dijo nada.

—Teresa ha perdido la voluntad, se mueve por sus pasiones y ella, solo ella, es la responsable de sus actos. Pero hay que sumar...

Lo cortó y miró de reojo a su madre, que no mostró ninguna señal de inmutarse, pero a ella sí le

molestaba que hablara así, como si no estuviera presente.

—Usted dijo que tenía nostalgia, que una gran pena anidaba en su alma —contraatacó; no entendía bien por dónde iba y no estaba dispuesta a consentirle según qué cosas.

—Sabe como yo que puede volver a intentarlo.

Ella se cubrió la boca con una mano y ahogó un sollozo.

—Su madre necesita volver a la moral católica y burguesa. Ha de tener un orden, privaciones, abstenerse de excesos y de vicios.

—¿Qué quiere decir? Madre nunca ha tenido vicios, iba a la iglesia con mi padre, pero su muerte accidental y drástica la ha sumido en esta pena. Se amaban mucho, ¿sabe?

—Ah, la pasión del amor —murmuró el otro médico y se dirigió hacia ellos—. Amigo Viñals, creo que podré convencer a esta joven para que envíe a su madre al sanatorio. No es necesario que se quede, sus otros pacientes lo esperan.

El médico lo miró escamado, pero revisó su reloj y se despidió con cortesía y amabilidad, poniéndose a su servicio para lo que precisase. Al quedar solos, Inés se dirigió al facultativo.

—¿Usted sabe qué le ocurre a mi madre?

—Sufre melancolía. Es indispensable que la ingrese en un sanatorio, el mío. En Nueva Belén procuramos proporcionar un ambiente tranquilo, seguro e higiénico a los enfermos afectados de enajenación, les ofrecemos alivio y curación, si está en nuestras manos —detalló como si leyera el folleto del centro.

—¿Usted cree que volverá a intentarlo? —El hombre se encogió de hombros, con lo que supuso que no podía garantizar que no lo hiciera—. Mi madre no sufre enajenación, no está loca.

Necesitaba decir algo a su favor, sentía que le aumentaba el dolor del pecho. No podía perder a su madre también.

—Tenemos que averiguar qué le pasa. Mi colega es un hombre muy religioso que no ve con buenos ojos el suicidio; además, subraya un carácter hereditario. Pero lo más importante es ayudarla con esa tristeza que tiene.

No era ajena al planteamiento que tenía su médico de siempre sobre quitarse la vida; se había encargado de ir relatándosela cuando se dirigían al hospital. El hombre no tuvo consideración con su estado de nervios y la mortificó con una sarta de ideas y su orientación ideológica. Para él la situación de su madre se debía a una funesta combinación de causas naturales como la herencia neuropática y las intemperancias de su género.

Pero no todo fueron palabras que la asustaban. El doctor le aseguró que ayudaría a su madre y que cuando se curara su herida, tenía que encontrar la paz de su alma. Un período de tiempo en el sanatorio le iría bien.

Inés escuchó esperanzada lo que el hombre le indicaba sobre lo que debía hacer. Le aseguró

que una persona vendría a ayudarla con el papeleo y le explicaría todo lo relativo al funcionamiento y el reglamento del centro. Antes de despedirse, se dirigió a la paciente.

—Señora Ribas, verá que si tratamos su enfermedad de forma adecuada podrá curarse.

Inés le estrechó la mano y, cuando se quedaron a solas, corrió hacia la cama y se abrazó a su madre.

—¿Ha escuchado, madre? Va a curarse.

* * *

Desde que su madre ingresó en Nueva Belén era la primera vez que la había visto sonreír. Habían pasado dos semanas y las monjas le habían comentado que empezaba a participar en las actividades y que ya no ponía reparos en seguir el rígido horario del centro. ¡Si hasta hacía gimnasia e iba a misa! Había contratado una habitación individual y en la contigua tenía una criada a su servicio. El menú era equilibrado, con alimentos de calidad. Se sentía tranquila de que estuviera allí, aunque al principio tuvo que oír comentarios que no le agradaron. Para su sorpresa, su amiga Manolita le hizo el primero y Gregorio Prat, el segundo. En ese tiempo, con ayuda de Pere y Lupe, ella había podido reordenar la casa y retirar las ropas de su padre y dar a la beneficencia algunos enseres que con su madre en la casa era imposible tocar. Se había impuesto un horario en la oficina, acudía todas las mañanas y por las tardes al sanatorio, en la ladera del Tibidabo, para hacerle compañía a su madre.

Esa tarde había salido antes y decidió pasarse por la tienda de modas. Entró con una sonrisa en la cara. Lali estaba entretenida con una clienta. Se quitó el sombrero, los guantes y el abrigo, y lo dejó todo sobre uno de los mostradores.

—Entonces ¿pueden hacérmela?

—Estaremos encantadas —le oyó decir a Lali—. Inés, ven, por favor.

Se acercó a la joven, que iba muy elegante. Eso hizo que ella misma se mirara. El vestido negro no le favorecía.

—Te presento a la señorita Mariona. Es médico —dijo Lali entusiasmada.

—¿De verdad? No sabía que había mujeres médico.

—Somos pocas, pero cada vez habrá más muchachas que entren en la universidad y puedan estudiar para médico o lo que quieran —respondió con orgullo.

Inés estaba entusiasmada de oírla hablar. Se dedicaba a investigar algunas enfermedades de la infancia y trabajaba en la consulta de su padre. Las cosas estaban cambiando, pero aún existían muchas trabas para las jóvenes que querían estudiar. El acceso al mundo laboral no era sencillo en algunas disciplinas. Se tardaba demasiado en dar respuesta a sus expedientes académicos para que pudieran ejercer la profesión. Ser médico era cosa de hombres, como tantas cosas en la

sociedad. Ella estaba respaldada por su familia, pero la burguesía no siempre era comprensiva. Inés se vio identificada en aquellas palabras. Sintió que conectaba con la joven, igual que Lali, y las tres estuvieron hablando durante bastante tiempo sobre la situación de las mujeres en el ámbito social y las cosas que esperaban conseguir.

—No quiero irme sin hacer un encargo. Quería otra bata blanca, esta vez de hombre. Para mi padre.

—¿Tiene las medidas? —inquirió Inés.

Mariona negó con la cabeza.

—¿Y una chaqueta? Podríamos tomar las medidas de una chaqueta —propuso Lali y la miró. Ella asintió.

—Eso sí, la traeré mañana.

La costura era algo que la relajaba. Cuando dijo que se ocuparía personalmente de hacerla, se animó. Necesitaba algo que no fueran cuentas, facturas y hojas de pedido.

La joven se despidió e Inés se quedó mirándola con tristeza. Pensó en sí misma; su sueño había quedado roto, en el olvido. ¡Qué diferente era su vida a como la había soñado! Buscó consuelo en la imagen de Gonzalo; se alegraba de haber vivido aquello con él. Era lo más hermoso que atesoraba. Había dejado de esperar noticias suyas. Con resignación, había aceptado que había sido un juego para él, aunque en lo más profundo de su mente se negaba a pensar que él la hubiera olvidado. En ocasiones, se inventaba una excusa para su conducta y, entonces, acababa disculpándolo.

—¿Cómo está hoy? —La pregunta de Lali la sacó de su pensamiento.

—Mejor, dicen que ha hecho gimnasia.

—Bien..., y, por lo demás, ¿cómo estás?

—Creo que tengo tanto dolor acumulado que se me queda atrancado. —Se señaló el pecho.

—Ven, vamos a la trastienda y me lo cuentas.

Lali la comprendía; ella también guardaba la promesa rota de un hombre.

Barcelona, 20 de junio de 1888

Gonzalo observó con detenimiento la habitación en la que había pasado el último año. Su trabajo en la Salpêtrière lo había obligado a dejar el piso que tenía arrendado y se instaló en aquella casa, en la que vivían otros médicos y con los que llegó a formar una extraña familia. Pero había llegado el momento de regresar a su verdadero hogar.

Su equipaje ya estaba listo; sin embargo, revisó los cajones de la cómoda por si olvidaba algo. Los abrió uno a uno. Se dio cuenta de que el segundo no cerraba del todo; metió la mano hasta el fondo y palpó hasta dar con una prenda que impedía su total acople. Tiró de ella y la sacó. Al contemplarla, un sentimiento que creía enterrado lo sacudió entero.

«El pañuelo.»

No estaba preparado para la miríada de emociones que se le agolparon en el pecho. Todo aquello que había escondido en algún lugar de la mente emergió con mayor virulencia.

«Maldita Inés.»

Muchas veces deseó encontrársela para pedirle explicaciones. En sus largas noches de insomnio, ideaba preguntas y reproches; el no saber lo había atormentado.

«¿Por qué me abandonaste así?»

No había sido fácil desprenderse de su recuerdo. Casi la había olvidado. Casi. Al rencor y la humillación de sentirse engañado de los primeros tiempos se le sumó más tarde la idea reiterativa de que el joven Leduc había ganado posiciones en su corazón. Una frase de Tom despertó sus demonios: «Charles ha viajado a Barcelona». La odió.

Quiso arrancársela de la piel, huyó de su recuerdo con cada una de las mujeres con las que se había acostado y en los besos que había dado. Pero la modista estaba anclada en su pecho como el arpón a la espalda del cachalote blanco que se describía en *Moby Dick*.

Quizá su abandono lo había marcado, pero dos años después su corazón estaba tranquilo y su mente, también. Solo que, con toda la organización de la vuelta a casa, a Barcelona, la imagen de Inés le bailaba en la mente y por unos instantes ese pañuelo lo había perturbado.

«Ella me altera.»

Abrió una de las maletas y lo metió con indolencia. En aquel momento, el golpe de unos

nudillos sonó en la puerta de la habitación y la abrió con brío. Era el mozo de la casa.

—*Je viens pour les bagages, monsieur.*

—*Juste ces deux valises, s'il vous plaît.*

Gonzalo cogió su sombrero y un pequeño maletín, y bajó detrás del muchacho que portaba el equipaje. Hacía unos días que había enviado con el correo sus libros y algunos enseres que había acumulado.

Entró en el salón. Servían el desayuno. En su mesa de siempre, Tom y otros colegas lo esperaban.

—Señores, vengo a despedirme.

—Seguro que le da tiempo a tomar un café. ¡No encontrará estos bollos en su ciudad! —afirmó uno de los comensales.

—Doctor Losada, vamos a echarlo de menos. ¿Está seguro de que quiere marcharse? —inquirió otro—. Nos ha dejado el listón muy alto.

Tomó asiento y pidió que le sirvieran café. Se le había cerrado el estómago y su ánimo se había enturbiado, pero trató de disimularlo y aceptó las bromas que los otros le dedicaban por regresar a casa. Tras el almuerzo llegaron la despedida y las muestras de respeto por el tiempo compartido.

Tom lo acompañó a la estación. Él también regresaría a Londres; quería visitar a su abuela Rose, en Minstrel Valley, por su cumpleaños, aunque antes quería visitar Viena.

—¿Sigues con la idea de conocer al profesor Freud?

—Sí, ha trabajado el campo de la hipnosis. Se dice que está centrado en la histeria y me ha intrigado. Pasaré un tiempo por allí; podrías venir.

—La idea es sugerente. La neurosis es un campo que me interesa bastante. Son pocos los que utilizan la catarsis de las emociones como cura. Quizá más adelante me una al grupo, pero llevo mucho tiempo fuera de casa.

Tal vez en otro momento no lo habría dudado y hubiera ido a Viena a conocer también el nuevo método terapéutico, pero por una razón que no dejaba que emergiera en su conciencia, deseaba volver a Barcelona. Caminaban por el andén, junto al tren que hacía unos minutos había entrado en la estación. Hablaban de cosas sin importancia para alargar el adiós cuando, de pronto, se oyó decir:

—¿Volviste a saber de aquella joven, Mathilda?

—El tiempo pone a cada cual en su lugar. No era para mí —respondió con nostalgia su amigo—. Pero no, no volví a verla; supe que se había marchado a Barcelona poco después de nuestros días en el campo, con su prima. ¿Cómo se llamaba?

—Inés.

Pronunciar su nombre en voz alta le afectó, pero ocultó aquel sentimiento con una mueca de

desinterés.

—No sé por qué dejé que Mathilda se me escapara.

—Hay mujeres que no merecen que se las espere siempre.

—Creí estar enamorado o quizá su hermosura me perturbó.

—Enamorarse es el peor de los trastornos del ánimo —afirmó con énfasis.

—Suenas despechado, amigo —aseveró Tom—. Te veo bien ahora, pero sé que algo te pasó. Creo que tuviste un enredo de faldas que fue más serio de lo que quisiste pretender. ¿Llegaste muy lejos? ¿Quién era la dama?

Gonzalo soltó una carcajada llena de sarcasmo.

—Esas preguntas nos las respondería nunca un caballero.

—Te recuerdo que hace unos meses eras tú quien tenía amoríos con dos hermanas sin que ellas lo supieran. No es de caballeros.

Rieron cómplices. Al llegar a la puerta del vagón de Gonzalo, se detuvieron.

—Agua pasada no mueve molino —concluyó.

Quiso creer que esa frase tan popular era cierta.

Quiso creer que Inés ya no le afectaba.

Quiso creerlo, pero se engañaba.

Se despidieron con afecto y la promesa de verse en unos meses. Quizá a su regreso de Viena Tom se pasara por Barcelona.

El viaje se le hizo pesado, tedioso e incómodo, no sabía si era por el largo trayecto o porque su mente había decidido despertar unas imágenes arrinconadas hacía tiempo. Al descubrir que no podía luchar contra ellas, porque surgían con más fuerza, revivió los momentos. Repasó con pericia clínica la última conversación con Inés, por si detectaba algún indicio de su abandono. Luego evocó su piel, sus besos, el tacto de sus manos sobre el pecho, hasta que la desesperación empezó a hacer mella en él. «No pienso buscarte, Inés Ribas. Tú tomaste una decisión y yo seré consecuente. No voy a regresar para arrastrarme», se dijo con rabia. Durante unos momentos rumió la idea de por qué aquella joven le habría calado tan hondo. Su abandono, sin tan siquiera una misiva, le había afectado como hombre; se recordaba ansioso y desesperado por estar junto a ella. No en vano, las promesas que le hizo eran sinceras. Pero ya no era ese hombre, un ingenuo que se dejaba atrapar por las garras de Cupido.

Su familia había ido a recibirlo, eso le despejó la mente. Habían ido todos menos su padre. Con pesar, su madre lo excusó; tenía trabajo en la consulta, pero él supo que aún se sentía ofendido por su marcha.

—Te veo bien, muchacho —observó don Calisto—. Pareces importante.

—Es por esa barbita, abuelo —replicó Mariona colgada de su brazo, disputándole el sitio a su madre.

Llevaba varias horas en casa y se sentía extraño, como si aquellas paredes entre las que se había criado le fuesen desconocidas. Se acercó al despacho en el que solía trabajar su abuelo y lo encontró sentado en un sillón con el diario entre manos.

—¿Todavía no ha regresado Rodrigo?

—Por lo visto, no. Quizá no quiera verme y alargue la vuelta hasta altas horas de la noche —se jactó, pero de inmediato se cruzó con una mirada de reproche—. Podría ir a su consulta a verlo —propuso resignado.

El abuelo miró el reloj que había colgado en la pared.

—Debe de estar al llegar... Dime, ¿ya has pensado si te instalarás aquí o en Muntaner?

—La verdad, no lo he decidido, pero me gustaría ir y ver el piso.

—Mañana puedo acompañarte. Hay un gabinete que puede servirte de consulta. Si, como me explicabas en tus cartas, quieres abrir una, allí tienes espacio y no necesita reformas.

—Puede ser un buen lugar para vivir.

—¿Dónde piensas vivir?

La voz grave de su padre resonó a su espalda y parecía poco alegre. Se volvió para saludarlo. Allí estaba, serio, junto a su hermano mayor.

—¿Cómo está, padre?

Se acercó para darle un abrazo, pero este no lo acogió como al hijo pródigo.

—¿Es que tampoco piensas vivir bajo mi techo? —preguntó molesto—. No sabía que hubiera educado a un desagradecido.

Trató de no caer en la provocación. Se acercó a su hermano, que lo estrechó entre los brazos con afecto.

—¡Manuel!

—¡Pero si regresas convertido en un hombre y con una reputación que te precede!

—Pensé que ya lo era al marcharme —soltó con sorna—. Y eso de la reputación, no estoy tan seguro.

—¿No? Cuéntele, padre. ¿Qué dicen de él en el hospital?

—No sé, no estoy atento a los chismes.

—Pero si usted lo explicó, que decían que era la mano derecha del médico ese... el de la presentación de enfermos.

—No era su mano derecha —replicó Gonzalo—, trabajaba en su equipo.

—Por lo visto, uno de los médicos que estuvo allí el año pasado habló maravillas de tus actuaciones.

—Bueno, basta ya de cháchara. ¿Qué es eso de que te vas de casa? ¿No piensas vivir aquí, donde está tu familia? ¿Es que vas a casarte y por eso necesitas un nuevo hogar?

—No, padre, no voy a casarme y tampoco quiero irme de mi hogar, pero quizá es un buen

momento para instalarme cerca de mi nueva consulta. La abriré allí. Mañana quiero ir a hablar con el doctor Giné; no tengo muy claro aún qué voy a hacer.

—Pues ya que haces lo que te place, como siempre, eres libre de vivir donde quieras —sermoneó—. Pero ni se te ocurra meterle pájaros a tu hermana en la cabeza. A ella la dejas tranquila.

Sin más, salió del gabinete y llamó a su mujer.

—Parece que las cosas siguen en el mismo lugar en el que estaban cuando me marché... —resolvió apesadumbrado.

* * *

A la mañana siguiente, Gonzalo charlaba con Mariona en el comedor cuando una de las doncellas lo avisó de la llegada de Bernat. Este entró con los brazos abiertos y se fundieron en un abrazo efusivo y sincero. Al separarse, por el rabillo del ojo vio cómo se miraban su hermana y su amigo; notó el ambiente tenso y no supo identificar por qué.

—Buenos días, señorita Mariona.

—Buenos días tenga usted, señor Ferrer —respondió ella con distancia.

A Gonzalo tanta ceremonia y protocolo en el saludo lo escamó, pero los miró de reojo; parecían ignorarse mutuamente y decidió que ya se interesaría por semejante comportamiento más tarde.

—Espero que no tengas muchas cosas planificadas para esta mañana, voy a llevarte a la Exposición —propuso Bernat.

—Cómo se nota los que no trabajan —observó Mariona con sorna.

—¿Quién dice que no trabajo? Es un deber para un hombre, no así para una mujer.

—¿Cómo dices?

—Que una señorita como usted puede elegir no trabajar. Si algún día me caso, mi esposa no tendrá que hacerlo. Por supuesto, respeto a quien decida ejercer.

—Compadezco a esa pobre mujer, aguantarlo todo el día... —replicó Mariona. Gonzalo creyó que ahí acababa la disputa, pero continuó—: Y si ella quiere trabajar, ¿se lo impedirá?

Observaba atónito las pullas entre ellos. Su humor empezó a cambiar; no sabía que su hermana abrazara esos ideales feministas de una forma tan rígida.

—Supongo que esperaré tomar las decisiones que afectaran a nuestra vida en común entre los dos —refutó Bernat—. Ni yo le impondría nada ni ella a mí.

—Tengo una conocida que opina que las mujeres no deben casarse, para ser más libres.

—Quizá esa «amiga» esté despechada. —Bernat la miró con fijeza y añadió—: Tal vez hoy sea precipitado visitar la Exposición, ¿qué os parece el sábado? Podrías venir, María Elvira; invita a tu amiga.

—Es buena idea, invitaré a dos. —Con altanería se giró y salió del salón.

—¿Se puede saber qué le has hecho? —preguntó Gonzalo con guasa.

—Ay, amigo. Creo que no sé tratar a tu hermana. Me saca de quicio.

—Parece que tú a ella también.

—¿Qué quieres hacer entonces? —inquirió Bernat.

Con entusiasmo empezó a enumerarle los cambios más relevantes de la transformación de algunos barrios de la ciudad. Entre ellos, y el más espectacular, el de La Ribera. La antigua fortaleza de la Ciutadella, construida por Felipe V para dominar la ciudad hacía un siglo y medio, tras la guerra de Sucesión española, albergaba el magno acontecimiento. El proyecto había dotado a Barcelona de amplios jardines para esparcimiento de los ciudadanos y, junto a la zona verde, una circunvalación, una fuente monumental con una gran cascada, dos lagos y una zona de bosque, además de edificios auxiliares e infraestructuras como el mercado del Born, un matadero, un puente de hierro sobre las vías del ferrocarril y casetas para servicios.

Gonzalo lo escuchaba con atención distante. Sin darse cuenta, su mente lo llevó a pensamientos que trataba de rechazar. Desde que había llegado a Barcelona el recuerdo de Inés era más vívido y presente. Quizá la culpa de esos sentimientos se debiera a que suponía que ella estaría en la ciudad. Lo atormentaba, con la misma intensidad, la idea de encontrársela como la de que no ocurriera.

—¿Qué quieres hacer? —repitió Bernat, ajeno a su desatención, y despejó su mente de aquellos pensamientos—. Ya que no vamos a la Exposición, podría enseñarte algunos de los nuevos monumentos que se han construido.

Él se encogió de hombros en un claro signo de que le era indiferente.

—Ese entusiasmo me desarma —bromeó su amigo—. ¿Qué te ocurre que estás tan taciturno?

—Desde hace unos días no dejo de pensar en Inés —confesó.

—Ha pasado mucho tiempo. Quizá se haya casado.

—¿Te crees que no lo he pensado? Me obsesiona la idea de no saber qué pasó. Me obligo a sacarla de mi cabeza, pero ese sentimiento retorna con más fuerza.

—Quizá necesitas moverte por la ciudad, recuperar tu ritmo, contactar con alguna de tus «amigas». He visto a Arabela en varias recepciones, su éxito como actriz del Liceo ha crecido bastante. No le faltan acompañantes, pero siempre me pregunta por ti.

—No es a quien deseo —respondió apesadumbrado—. ¡Maldita Inés! ¿Por qué nos quedamos atrapados en las mujeres que se ríen de nosotros?

—Tú eres el psiquiatra, deberías saberlo.

Se quedó pensativo. Sí, debería saberlo.

—El amor nos vuelve idiotas y enamorarse es el peor de los trastornos —espetó malhumorado—. ¡Que me ahorquen si vuelvo a caer como un jovencito inexperto!

—Anda, vamos. Ya verás que te animas por el puerto viejo. Veremos el nuevo muelle, le llaman *Moll de la fusta*, y contemplaremos el monumento a Colón.

—A primera hora de la tarde tengo una reunión con Giné y Partagás —informó. Salieron del comedor y en el recibidor recogió de una banqueta su sombrero.

Cogieron un coche y pidieron que los llevara a las Ramblas. En el cruce entre esa vía y el paseo marítimo se hallaba la figura del descubridor de América sobre un alto monolito.

Se había inaugurado hacía tan solo veinte días, el uno de junio, en un acto presidido por la reina María Cristina y con la presencia del presidente del Consejo de Ministros, Práxedes Mateo Sagasta; el rey de Italia, Humberto I; el presidente de Estados Unidos, Grover Cleveland, además de autoridades del municipio y de la ciudad de Génova.

Gonzalo bromeó con su amigo por el detalle en sus descripciones. Se notaba que era periodista.

—Ríete, pero algunos monumentos, como la gran cascada, son impresionantes por su abundancia escultórica —replicó Bernat.

—Leí que habían construido un arco como entrada principal al recinto —observó Gonzalo más serio.

—Sí, nuestro Arco de Triunfo no conmemora ninguna batalla, como el que ordenó construir Napoleón en París; su simbología no es militar, sino civil.

Dejaron el carruaje a mitad de las Ramblas e hicieron el resto del camino a pie. Encontrarse con esa parte de la ciudad le gustó. Había mucha vida. Mientras paseaban, Bernat seguía su relato sobre las maravillas que había llevado la Exposición.

—Me alegra verte tan emocionado con este evento. No dudo de que aportará mejoras, pero tal como hablas de él, es como si fuera lo mejor que le ha pasado a esta ciudad. Recuerdo que decías que haríamos el ridículo.

—He cambiado de opinión y te aseguro que es lo mejor hasta el momento. Barcelona se ha convertido en la segunda ciudad en importancia política y económica en todo el territorio español. Además, es un claro reflejo de la buena relación entre la restauración borbónica y la burguesía industrial catalana. Desde nuestro periódico se han cubierto todos los actos oficiales y se da buena cuenta de todo lo que ocurre.

Bernat le explicó cómo había sido la ceremonia inaugural el veinte de mayo, aunque la feria se había abierto al público un mes antes, el ocho de abril. Fue un acto solemne en el Palacio de las Bellas Artes con una bendición del obispo de Barcelona. Desde los días previos hasta finales de mayo, en el interior del puerto habían atracado cinco escuadras de cinco países europeos y otros tantos buques de otras naciones. A todos ellos había que sumarles la escuadra española. Uno de esos barcos portaba el estandarte real, que indicaba quién era su regia ocupante. La reina regente llegó a pasar revista a las escuadras nacionales y extranjeras.

—La imagen del puerto era increíble, nunca hasta el momento había visto tanta grandiosidad y

belleza —ensalzó Bernat—. A pesar de que algunos buques extranjeros partieron a finales de mes, los barcos mercantes y de pasajeros que permanecieron en el puerto se adornaron con luces, bengalas y focos, y dieron un espectáculo nocturno de luz y color que jamás se ha visto.

Gonzalo empezaba a cansarse de tanta retórica por parte de su amigo y, después de contemplar el monumento desde varios ángulos y elevar la vista al cielo para detectar la figura de bronce del descubridor con el brazo derecho señalando el horizonte, averiguó decepcionado que el ascensor que estaba proyectado en el interior de la columna no se había instalado aún. Aprovechó el momento para proponerle a Bernat que fueran a tomar un vino a una de las tabernas del puerto viejo.

«El alcohol me adormecerá el cerebro. Quizá así deje de pensar en Inés.»

* * *

Al vino le siguieron unas raciones y después otras. Al mirar su reloj, se dio cuenta de que se le había hecho demasiado tarde para llegar a tiempo para comer en casa e imaginó a su padre con el ceño fruncido y quejándose por su falta de respeto.

Cuando se despidió de Bernat fue a Nueva Belén.

La reunión con Partagás había ido mejor de lo que esperaba. Su antiguo jefe lo recibió con efusividad y antes de que él dijera nada ya le había propuesto una plaza en el manicomio de San Baudilio. En un discurso lleno de entusiasmo, le habló de la casa de locos inaugurada por el doctor Pujadas, en los años cincuenta, en la calle Canuda, que se trasladó tiempo después a un convento abandonado, a dos leguas de la ciudad, en el pueblo de San Baudilio.

—No le llevará más de treinta minutos llegar. Coge el ferrocarril de Martorell, se baja en la estación de Cornellà y para el camino que falta hasta llegar al manicomio puede tomar un coche —lo informó a la vez que se encendía un puro—. Desde que falleció Pujadas el centro no ha pasado por buenos momentos, pero hace tres años el doctor Arturo Galcerán, a quien conoce del sanatorio, se hizo cargo de la dirección y pasa por una época de tranquilidad. Queda mucho trabajo por hacer, pero me atrevo a decir que es la mejor institución privada de todo el territorio español y el lugar más adecuado para usted. Galcerán estará encantado con un nuevo alienista, nada menos que directo de las salas de la Salpêtrière. Todo un lujo para el hospital. La psiquiatría requiere los mejores médicos en esta área.

Llegó a la casa de sus padres con la convicción de que iniciaba una nueva etapa de su vida y resolvió que se instalaría en el piso que fue de sus abuelos, en la calle Muntaner. Allí establecería su consulta privada en un futuro, pero, de momento, gozaría de la independencia que había tenido en París. Las cosas con su padre seguían tensas y no le apetecía tener una discusión diaria o ver malas caras cada mañana porque hubiera decidido seguir otra especialidad médica.

Revisaba la bandejita del correo en el recibidor cuando llamaron al timbre de la puerta de entrada. Como no aparecía nadie, abrió. Se encontró a un mozo con un paquete en las manos.

—Disculpe, señor, por la puerta de servicio no atiende nadie. —No supo qué responder; su primer pensamiento fue que la chica disfrutaba de su día de fiesta. No le dio mayor importancia y aceptó lo que le entregaba—. Traigo un paquete de la tienda de modas para la señorita Mariona.

Entró con el bulto en la mano hasta el salón. Al dejarlo sobre una mesa, algo le llamó la atención y centró la vista en el nombre del establecimiento. «Tienda de modas. Telas y Tejidos Ribas y Calasanz.»

No quería que aquel nombre lo perturbase. Era un nombre, nada más, pero le afectó y subió malhumorado a su habitación.

12

El lugar que más le gustaba a Inés y donde se sentía más libre era la trastienda de la tienda de modas. Allí, con la aguja entre los dedos, era capaz de dar forma a una tela o tejido cualquiera y convertirlo en una pieza de vestir única. Pero, por desgracia, no podía dedicarse demasiado a esa tarea. Desde que había asumido la dirección de la fábrica y el taller había tenido que dejar muchas cosas atrás y, aunque contaba con Gregorio, imponer su criterio siempre le costaba una discusión.

—Necesito salir un momento. ¿Puedes quedarte un rato? —inquirió Lali desde la puerta de la rebotica.

—Sí, tengo un par de horas. Anda, ve; yo me hago cargo.

—Me haces un gran favor —agradeció y le dio un abrazo antes de partir.

El favor se lo debía ella. Lali y su madre llevaban la tienda. Cuando les comentó que tendría que cerrarla tras la muerte de su padre, porque no podía atenderla, ellas se opusieron. Doña Pura y Teresa eran amigas desde pequeñas y siempre habían estado cerca. En honor de esa amistad, la madre de Eulalia le propuso ayudarla. Madre e hija se organizaron para que todo marchase igual que si ella la dirigiera y la verdad era que habían hecho un trabajo excelente. Se había convertido en uno de los negocios más prósperos del paseo.

«Y Gregorio quería que la cerrase.»

Gregorio. Le habría gustado que se hubiera marchado como la había amenazado un día. Habían discutido porque consideraba que ella no estaba a la altura de la dirección del negocio. Intentó apelar a Teresa, pero por suerte esta dijo que podía hacer lo que considerase oportuno, pero que su hija era la única heredera y su padre había confiado en ella. No se fue, agachó las orejas y continuó en su labor. Siempre había sido un rival, pero tenía que reconocerle que hacía bien su trabajo.

Sin embargo, las cosas estaban cambiando. Desde hacía un tiempo su madre había empezado a cuestionarla en algunas decisiones. Estaba convencida de que era porque estaba bajo el influjo de ese hombre. La tenía encandilada. Tanta adulación, tanto agasajo habían hecho que su madre fuera mudando su afecto. Si hasta llegó a decirle que podría casarse con él... Fue el día en que la reprendió al verla salir del gabinete donde había pedido al contable que la esperase. Tenía el pelo desordenado, los labios rojos y un poco hinchados.

—¿Qué pasa, madre? La veo acalorada.

La escena le había recordado otra de mucho tiempo atrás.

—¡Ay, Inés! No sabes lo que es echar de menos a un hombre.

Se quedó muda. Necesitó unos segundos para entrar y encarar al hombre. Él la recibió sibilino.

«Ay, Dios, quita la tentación del camino de mi madre.»

La campanilla que pendía sobre la puerta de entrada a la tienda sonó y supo que había entrado una clienta. Joaquín tampoco estaba, así que dejó la costura y salió a atender. Se llevó una sorpresa.

—¡Qué alegría, Inés! No esperaba verte. —Era Mariona. Había forjado amistad con Lali y, en consecuencia, con ella también.

—Lali ha salido y yo tenía un momento.

—Quería haceros un encargo —sacó de una bolsa la chaqueta de un traje y la tendió sobre el mostrador—. Necesito una bata con estas medidas. Es un regalo para mi hermano, el médico, pero él no sabe que le he cogido esto y debo llevármelo de vuelta. ¿Podrías cogerlas y devolverme la prenda en un rato?

Inés miró la chaqueta y le respondió con una sonrisa.

—Por supuesto. Si me das un momento, anoto en un papel lo que necesito y te la llevas. ¿Para cuándo la quieres?

—¿Cuándo la tienes?

—Dame un par de días, te la llevará Joaquín.

Lali llegó en aquel momento con el joven mozo, que se quedó tras el mostrador, y las tres mujeres entraron en la trastienda. Mientras Inés cogía las medidas de la prenda, se pusieron a hablar como hacían otras tardes. Mariona le recordaba a sí misma cuando no tenía tantas obligaciones y creía que podía con todo.

—A mi madre le ha gustado mucho el vestido, Lali —señaló y la aludida agradeció el cumplido—. Pretende que me lo ponga en el baile del Círculo de la Juventud Mercantil, quiere lucirme para conseguirme un marido. El pasado domingo fuimos al hipódromo de Can Tunis. Es un suplicio.

—¿Y tú quieres cazar uno? —preguntó, escéptica, Eulalia.

Mariona suspiró.

—Me parece que ella tiene en mente uno del que su madre no tiene noticia —bromeó Inés.

—Me saca de quicio, es el amigo de mi hermano —confesó y al hacerlo se ruborizó. Se cubrió la cara con las manos; por su actitud se notaba que se le habían escapado las palabras sin querer—. Dios, si es que soy tonta. No se lo había dicho a nadie.

—¿Y sabes si tú le interesas? —preguntó Inés. Cogió una pieza de algodón blanco y la dispuso sobre una mesa, desenrolló varios metros de tela y la alisó con las manos.

—Alguna vez ha coqueteado conmigo. Por supuesto, sin que mi hermano se entere.

Inés y Lali soltaron una carcajada por la cara de apuro que puso.

—No sé cómo tienes tiempo de galantear con ese trabajo tuyo —inquirió Lali.

—Mi trabajo me encanta, pero él también —dijo soñadora—. Por lo menos, sueño despierta. Mi madre pronto me encontrará un marido y entonces no sé qué voy a hacer. Quiero tener hijos y un esposo y no tener que renunciar a nada.

—Si no quieres casarte porque crees que tendrás que dejar de trabajar, pero en el fondo quieres contraer matrimonio, busca un esposo que te permita ser tú misma —argumentó pensando en su propia historia. Gonzalo le habría permitido ser ella misma.

—Me parece que lo haces por darle el gusto a tu madre —opinó Lali.

—Me siento en el deber —respondió resignada—, pero sé que no dejaría que me casase si no estuviera enamorada.

—Tiempos difíciles para una mujer. Por eso yo no me casaré.

—No la asustes, Lali. Anda, cuéntanos. ¿Qué hay entre vosotros?

—Lo conozco desde siempre, pero hace unos dos años lo encontré en una fiesta. Fue galante, estuvo muy pendiente de mí y nos besamos —evocó romántica—. Fue tan... tan bonito y extraño a la vez... Pero era un libertino, un hombre sin oficio ni beneficio, se dedicaba a pasarlo bien. Casi se me declara, estoy segura. Pero yo le dije que nunca sería de nadie que no se ganara su sustento. Estudió para ser periodista, aunque se pasaba la vida de juerga en juerga gastando su herencia. Su tío lo puso a trabajar y cambió. Alguna vez tengo la impresión de que me mira y observa, pero siempre me hace rabiar.

—Dos que riñen... —canturreó Lali.

Inés dibujó sobre la tela los patrones que había trazado en unos papeles y comenzó a cortar.

—Por cierto, me ha invitado a la Exposición el sábado, quiere enseñársela a mi hermano, que acaba de regresar de Francia, y me dijo que llevara unas amigas. ¿Os venís?

—Tengo ganas de conocer a ese hombre. ¿Qué dices, Inés?

Inés rumió unos segundos. En el fondo le apetecía mucho, así que asintió entusiasmada.

Joaquín las interrumpió.

—Disculpe, señorita, hay un caballero que pregunta por usted. Dice que es su hermano.

—Oh, es Manuel. Le dije que estaría aquí. Tengo que marcharme.

Inés envolvió la chaqueta que ya no necesitaba y la metió en una bolsa; sobre ella, dejó caer unos retales de telas.

—Toma, no la veré.

Salieron tras Mariona para ver al hermano.

—No es justo —espetó Lali—. Hay hombres más guapos que las mujeres.

* * *

Desde que se había inaugurado la Exposición tenía mucha ilusión por acudir; sin embargo, siempre había algún asunto que requería su atención y acababa posponiéndolo. Por esa razón, cuando Mariona les propuso que se encontraran allí, le pareció una idea estupenda. Así no tenía excusa para enredarse en otros temas. Además, igual que Lali, tenía curiosidad por conocer al hombre que hacía suspirar a la médica. «Qué triste —pensó— que lo más apasionado en tu vida sean los amores de tu amiga.»

Desde la decepción de Gonzalo, había rechazado todos los posibles pretendientes que la habían rondado. Solo habían sido dos, uno demasiado mayor y otro demasiado... No sabía si la palabra era «simple», pero no era «él». Además, había estado tan pendiente de su madre que casi se había olvidado de sí misma. El tiempo en que estuvo internada fue duro, se sintió muy sola. La visitó todos los días y estalló de júbilo cuando salió. Celebró mucho su vuelta porque estaba muy recuperada. El mismo Gregorio, que tanto le había reprochado que la ingresara, aludiendo a que su deber de hija era cuidarla, le había confesado que su madre parecía otra mujer.

No se dio cuenta al principio, pero el hombre había empezado a pasar a saludar a Teresa cada vez que acudía a la casa a hablar con ella de las cuentas y otros asuntos. Luego la invitó al teatro, a merendar, y así, sin demasiado ruido, se lo encontró un domingo comiendo en casa. No le gustaba aquella relación, pero su madre parecía tranquila; le agradaba su compañía. «Me recuerda tanto a tu padre...», se excusaba cuando ella le reprochaba aquella amistad. Aunque, muy en el fondo, algo tenía que agradecerle al hombre, y era que hacía reír a su madre. Solo por eso lo aguantaba.

—¿Te lo imaginabas así? —La voz de Lali la sacó de sus pensamientos. Esta, al ver que no sabía a qué se refería, le aclaró—: El Arco de Triunfo, que si lo imaginabas así.

Cerró la sombrilla y se apoyó sobre ella, aunque tuvo que llevarse la mano a los ojos a modo de visera al inclinar la cabeza para verlo en todo su esplendor. Decían que medía treinta metros, y se podía apreciar una rica ornamentación escultórica.

—Lo había visto en fotografías, en el diario. Tiene doce esculturas femeninas, las Famas. — Señaló una de las figuras aladas.

Aquello pareció interesar a Lali, que levantó la vista con interés. Luego, al observarla de nuevo, frunció el ceño.

—Te veo preocupada, ¿ocurre algo? ¿Tu madre está bien?

—No..., sí. Sí, está bien. Es solo que... Están tan lejos aquellos meses en los que parecía que se dejaba morir que me parece mentira. Está contenta y animada, su ánimo es fuerte.

—¿Entonces?

—No sé, son cosas mías, pero es que no me gusta verla con ese hombre.

—¿Con Gregorio? —Inés asintió—. Sí, es un poco petulante, pero se nota que la admira.

—Ese es el problema. Mi madre parece una chiquilla cuando está en su presencia.

—Quizá se haga ilusiones.

—¡Lo que me faltaba! —soltó exasperada—. No me gusta, Lali. Es un buen trabajador, pero es bastante rígido en algunas cosas. No es como era mi padre, abierto a ideas modernas. Te aseguro que lo veo más en mi casa que en el taller y estoy harta. ¿Es que ya se ha olvidado de mi padre?

—No creo que lo olvide nunca, pero tu madre todavía es joven. Tiene varios admiradores. Acuérdate de la otra tarde en el Liceo: ¡si parecía una moza casadera!

Rieron al recordar la escena.

—Me gusta verla así, con lo que ha sufrido... tiene más éxito que yo.

—Bueno, es que tú no pones mucho interés.

—No empieces... Ya sabes que entregué mi corazón.

—No tienes que guardarle ausencia, ya pasó el tiempo de luto —le reprochó Lali con sarcasmo—. El médico no te escribió, acepta que te olvidó. ¡Mira, si hasta rima!

Aquella frase la molestó, aunque no podía engañarse; lo más seguro era que ya estuviera casado. La idea le generó una punzada; todavía le dolía su recuerdo. No quiso que se notara en su ánimo y cambió de tema.

—Parece que Marionna se retrasa.

Oteó el paseo. Bastantes personas se acercaban a pie hasta la entrada. Se fijó en un pequeño grupo.

—Ya viene. —La sonrisa que tenía dibujada en la cara se convirtió en un rictus tenso al cerciorarse de quiénes eran los acompañantes de su amiga. Sintió que el suelo se abría bajo sus pies, el corazón empezó a latirle con fuerza y tuvo que sujetarse al brazo de Lali para no tambalearse—. ¡Dios mío! Es Gonzalo.

Retuvo la respiración los segundos que tardaron en llegar a su lado. La sensación de ahogo casi le había hecho desmayarse. Él también la había visto, pero por la expresión de su rostro no podía decir que la hubiera reconocido.

Mariona las saludó con alegría.

—Mis amigas, la señorita Inés Ribas y Lali Méndez —presentó Marionna, ajena al torbellino de sentimientos que bailaban en su pecho. Bernat le dedicó una sonrisa; Gonzalo no mostró ninguna emoción—. Mi hermano, el doctor Losada, y su amigo, Bernat Ferrer.

Tuvo que soltarse de su amiga y estrecharles las manos. Cuando él rozó la suya, se estremeció. La suave telilla del guante pareció fundirse con su piel. Sus ojos se centraron en los del hombre que la observaba con dureza. El tiempo se detuvo y quedaron atrapados en un duelo de miradas, como si no hubiera nadie más a su alrededor. El corazón le latía tan deprisa y agitado que creyó que los demás podrían oírlo. Él cortó el contacto y entonces los murmullos, el bullicio de la gente y la conversación que compartían se hicieron presentes. Al desligar las manos engarzadas, regresó

al momento presente. No le pasó inadvertida la cara con la que los tres los miraban; incluso Bernat frenó un gesto de Mariona, que parecía asombrada de la reacción de ambos e iba a decir algo. No supo si había transcurrido mucho o poco tiempo, pero lo que sí descubrió en aquellos instantes fue que aquel hombre no era el Gonzalo que ella había conocido. Aquel que la miraba en ese momento la escrutaba con una expresión que se parecía mucho al odio. Se había dejado barba y, a pesar de su rostro serio, le pareció más guapo todavía. Quiso encontrar algún sentimiento alegre al reconocerla, pero la frialdad de sus ojos fue un puñal que se le clavó en el alma.

Oía sin atender lo que decían. Quiso ser, por un segundo, de ese tipo de mujeres que se desvanecían ante una impresión. Necesitaba que terminara ese suplicio. Parecía que sus amigos procuraban no interponerse entre los dos, pero empezaron a pesarle las miradas de los otros sobre ellos. Aceptó lo que su mente no había querido reconocer en todo aquel tiempo de espera. Con resignación, se reconoció: «Me ha olvidado». Al ver que daba un paso al frente y se colocaba delante de ella, se sintió morir. ¿Por qué la torturaba así?

—Buenas tardes, Inés —la saludó con un tono de voz que la traspasó. Esa voz la había perseguido en sueños, pero nunca fue tan distante, neutra y seca como en aquel momento.

—Buenas tardes, Gonzalo. —Trató de sonar firme, aunque la emoción le estrangulaba la garganta.

—¿Os conocéis? —preguntó Mariona con la extrañeza reflejada en la cara.

—No mucho —respondió él sin mirar a su hermana. Sus ojos seguían clavados en Inés.

—Nunca se conoce a alguien del todo —replicó ella en un intento de que pareciera que no le afectaba, pero fracasó estrepitosamente.

La tensión empezaba a expandirse por el pequeño grupo. Desenlazó la mirada de la de él y sonrió.

—¿Cómo está, Bernat? —saludó al amigo y templó los nervios. Necesitó explicarse ante su amiga; parecía que él no iba a hacerlo—. Conocí al doctor Losada y al señor Ferrer en París. No sabía que era tu hermano.

—Disculpadme, he visto a un conocido —interrumpió Gonzalo y, sin más, se separó del grupo y se dirigió hacia una pareja. Todos lo miraron incrédulos por el desplante.

Se sintió tan despreciada que quiso marcharse. Bernat debió de intuir su pensamiento y, con un gesto de disculpa, la obligó a moverse y acercarse a las otras mujeres. Lali intercambió una mueca con ella en la que le pedía calma.

—Si les parece, podemos entrar. Seré su guía —propuso él—. El paseo hasta los pabellones es muy bello.

Estaba mortificada. Él la rechazaba y eso le rompía el corazón. No entendía por qué aún permanecía allí, le habría gustado desaparecer. Bernat seguía con su discurso, pero ella apenas lo

oía; percibía una especie de murmullo sobre balaustradas de hierro, farolas y mosaicos en el pavimento? ¡Qué le importaba cuál era el primer pabellón!

—... frente al Palacio de las Bellas Artes está el de Ciencias.

Se arrepentía de haber salido de casa. Estaba tranquila, su corazón ya no la apremiaba con la urgencia de la angustia. Y él, ¿por qué la había tratado así? No lo entendía.

—... podemos ir a merendar a la cafetería del restaurante, el Castillo de los Tres Dragones.

Se dio cuenta de que sus acompañantes la observaban a la espera de algo. Dudó. Parecía anclada al suelo. No podía dejar de mirar cómo Gonzalo saludaba a una mujer que le dedicaba sonrisas lisonjeras. Le dolió porque no concebía su desprecio.

—¿Vamos, Inés? —Bernat, con una mueca comprensiva, alargó el brazo para invitarla a pasar.

—¿Adónde? —inquirió confusa.

—Estoy seguro de que la Cascada Monumental le gustará.

—El Invernáculo es precioso —insistió Mariona para convencerla. Empezaron a caminar e Inés, perpleja y con la mente nublada, los siguió con paso renuente. Como si de un murmullo se tratara, le llegaba a los oídos qué escultores habían participado en la creación de la gran cascada. No retuvo ningún nombre. De repente, se detuvieron—. ¿Y Gonzalo? ¿No viene?

—No dudo que nos alcanzará —afirmó el periodista.

* * *

Gonzalo no podía creer lo que veía.

Inés a tan solo unos pasos.

Sintió que se asfixiaba.

La habría reconocido en cualquier parte. Su cuerpo había cambiado, era más mujer e igual de deseable. Le molestó aquel pensamiento. ¿Qué le importaba ya? Allí estaba, con los ojos llenos de sorpresa y... ¿qué era aquella mirada? Anhelos. No tenía vergüenza.

La intuyó nerviosa. No era buena actriz, su cara denotaba que verlo la había afectado. Por unos segundos se regocijó en la sensación de poder que da mostrarse entero ante un rival; si para algo le había servido la psiquiatría era para adivinar las emociones y actitudes de los otros y ocultar las suyas.

Pero su paciencia tenía un límite. Necesitaba poner distancia. Un deseo ardiente lo consumía y tuvo que escapar de sus ojos verdes, que lo reclamaban. Aunque eso no era lo peor. La emoción que creía olvidada se le revolvió por dentro y se encontró con la fantasía de sacarle a besos la razón de su abandono. La providencia hizo que viera a un antiguo compañero y decidió ir a su encuentro y saludarlo. Pero había sido una mala idea. No había reconocido a quien colgaba de su brazo. Arabela.

—Doctor Losada, ¿ya ha regresado de su exilio? —bromeó el conocido.

—¿A estudiar y aprender con los mejores se le llama exilio? Y eso me lo dice el cirujano con más proyección en Barcelona...

—Después de su padre, claro está. Y porque alguien decidió dejar el campo libre.

No supo si aquella última frase tenía doble sentido, pero respondió con una carcajada. Por lo menos, la risa lo ayudaría a desterrar el ansia que sentía.

—No sabía que había regresado, Gonzalo —saludó la mujer y le estrechó la mano con una sonrisa sugerente—. Oh, parece que su grupo se marcha sin usted. ¿Nos acompaña, entonces?

—Imposible. No me lo perdonarían.

Gonzalo conversó durante unos minutos más y se despidió con la excusa de que perdería a sus acompañantes. Más sereno, entró en el recinto y no dudó dónde estarían.

Los encontró junto a la balaustrada que delimitaba el lago. Se colocó junto a Inés. Tuvo que luchar consigo mismo para no acercarse más y pegarla a su cuerpo.

—Es curioso, hoy no esperaba encontrarme con ninguna amante, mucho menos hacerlo con dos —susurró para que solo ella lo oyera. La observó por el rabillo del ojo, vio que se envaraba y, confuso, descubrió que el placer que había creído experimentar ante sus duras palabras se convirtió en desazón al ver que ella agachaba la cabeza avergonzada.

Bernat explicaba cosas de los distintos pabellones y lo que podía encontrarse en ellos. Su hermana lo escuchaba inquisitiva, le hacía mil preguntas, al igual que Lali. Inés apenas conversaba y él deseó entonces poder leerle el pensamiento. «Estás deseando huir, pero no voy a ponértelo tan fácil, Inés.» Pasaron por el Invernáculo y por el Umbráculo, lugares dedicados a la conservación de especies botánicas. En un momento en que ella se quedó rezagada, se le acercó.

—¿Por qué no acudió a nuestra cita?

Ella clavó los ojos en los suyos. Había desafío en su mirada.

—Se lo explicaba en una carta. ¿No se la entregó Charles?

—Charles... Comprendo.

—Fue tan inesperado... Yo...

La cortó con un gesto de la mano.

—No. No diga nada. Su explicación ya no me importa. Me habría gustado oírla de su boca, pero ahora, querida, llega tarde.

—Yo también esperé algo de usted que no llegó —le replicó.

Se le acercó para susurrarle al oído. Su aroma a rosas le inundó los sentidos. Molesto porque Inés siguiera teniendo un efecto en él, quiso darle el golpe de gracia.

—Creo que lo que esperaba lo obtuvo, y bien que gozó de ello. Aún tengo la marca de algún arañazo suyo en la espalda.

No la vio venir, pero la cachetada que se encontró hizo que el resto del grupo los mirase

perplejos. Inés, por su parte, no se quedó a dar explicaciones. Con su mano en la mejilla, que le ardía por el golpe, la observó volverse airosa y marcharse a pasos ligeros. Lali lo miró con el ceño fruncido antes de salir detrás de su amiga.

* * *

Gonzalo no podía concentrarse en la lectura, la escena con Inés lo había perturbado. Conocía los entresijos de la mente y también que todo aquello que trataba de olvidarse cruzaba la nebulosa del cerebro para reaparecer con más fuerza, hasta el punto de que la conducta se viera alterada. Pero él era un estudioso de las conexiones nerviosas, de los afectos distorsionados; sabía cómo luchar contra los desvaríos de la razón, ¿cómo iba a pasarle a él algo así? Estaba prevenido para esas cosas. Y lo peor no era reconocer que la modista lo trastornaba, sino comprender el ridículo que había hecho en público.

Tras la bofetada, tampoco fue capaz de seguir allí, dejó a su hermana con Bernat en la Exposición y regresó a casa. Ni siquiera la charla con la abuela, que cosía en la sala, lo distrajo, y buscó esconderse en el lugar que más le gustaba, la biblioteca. Pero su paz se vio interrumpida cuando, tras un portazo, Marionna apareció enfurecida.

—¿Se puede saber qué te pasa? Nunca pensé que vería a mi hermano, el doctor respetado, el señor educado, siendo tan, tan... grosero e idiota.

—María Elvira —sermoneó.

—¿Qué? ¿Acaso estoy equivocada? Pobre Inés, no va a querer hablarme nunca más.

—¿De qué la conoces?

—¿Cómo que...? ¡Pero si fuiste tú quien me habló de ella, de su tienda de modas!

—¿Yo?

—No te hagas el despistado conmigo. No soy tonta, Gonzalo; sé que habéis tenido algo. ¡Si a la pobre casi le ha dado un soponcio cuando te ha visto! ¿Qué pasó? ¿La sedujiste y la abandonaste después?

—Eso a ti no te importa —señaló molesto.

—¡Por supuesto que me importa! Inés es mi amiga y ha sufrido mucho. —Aquel comentario lo llenó de curiosidad—. No sé ni cómo puede con todo lo que tiene, además de un corazón roto.

—Pero ¿tiene corazón?

—Cuidado, pareces despechado.

Gonzalo empezó a reír en un intento de que su hermana no atara cabos.

—La conocí cuando murió su padre y parecía un alma en pena. Su mundo se desmoronó, su madre cayó enferma y tuvo que ingresarla. Quise ayudarla, pero su médico contactó con Giné y

este fue clave para que la hospitalizara y la mujer se recuperara. Pero tardó meses. Y en todo ese tiempo no quieras saber lo mal que lo pasó.

—¿Qué estás diciendo?

—¿Estás sordo? —Le dedicó una mirada en la que podía leerse que no estaba para guasas—. No se merece tu desplante. Me gustaba ir a la tienda y charlar con Lali, es de las pocas mujeres con las que puedo hablar sobre lo que pienso. Uno de aquellos días la encontré. Había dejado sus estudios de diseño y moda, lo abandonó todo al morir su padre y tuvo que encargarse del negocio familiar. Enseguida congeniamos. Hay pocas mujeres que ocupen puestos de trabajo y responsabilidad, como si solo fuera trabajo de hombres. Pero no trates de despistarme... ¿De qué la conoces?

Midió sus palabras, no quería dar explicaciones ni exponerse a nivel emocional, pero toda aquella información lo estaba trastocando. ¿Eso fue lo que pasó? No lo abandonó porque no sintiera nada por él, sino por sus padres.

—¿Qué le ocurrió a su padre?

—Lo atropelló un coche de caballos y su madre casi se va detrás. Intentó quitarse la vida.

Todo el peso de la culpa cayó sobre él. La había maldecido innumerables veces, se había sentido engañado y resultaba que las cosas habían ocurrido de otra manera. Pero ¿entonces...? Ella habló de una carta... La voz de su hermana lo sacó de su pensamiento, sonó impaciente y sabía que su mente analítica estaba ensartando ideas.

—¿Cuándo la conociste?

—¿Eh? Antes... Antes de todo eso.

—¿En París?

—No, aquí. En su tienda. —No era del todo mentira.

—No quiero sentir lástima por ella —señaló su hermana con ternura— porque es una mujer fuerte, pero tener que renunciar al amor debe de ser duro. Tenía un prometido.

—¿Estaba prometida? —Su voz casi lo delata.

—No creo que llegaran a formalizarlo, pero estoy segura de que se amaban. No volvió a saber de él. Nunca habla de eso, pero una vez a Lali se le escapó que no había vuelto a saber de su enamorado.

Gonzalo se movía inquieto por la sala; a cada cosa nueva que sabía, el puñal de la culpa se le clavaba un poco más. ¿Cómo había sido tan necio de no dejarla hablar? ¿Por qué su mente le había dado una única razón para su abandono sin contemplar otros posibles escenarios?

—Te has comportado como un canalla —espetó su hermana con reproche—. ¿Qué derecho tenías de tratarla así, con tanta dureza? Le has hecho pasar un mal rato con tu desplante. Espero que le pidas disculpas, es una de mis mejores amigas, de las pocas que me entienden y que no hablan solo de maridos e hijos como única salida al aburrimiento.

—Sí, sí. —Gonzalo apenas la oía, envuelto en la bruma de sus pensamientos.

Mariona salió de la biblioteca, pero regresó al momento cargada con un paquete.

—Toma. No te lo mereces por como te has comportado, pero tenía este regalo para cuando te incorporases a tu nuevo trabajo.

Rompió el papel y encontró un lienzo blanco. Al cogerlo, este se desplegó y pudo descubrir que se trataba de una bata de médico.

—Pruébatela —insistió. Estaba en mangas de camisa y le dio el gusto a su hermana.

—¿Dónde la has comprado?

—¡Oh, te queda perfecta! Se la encargué a Inés. Le llevé una chaqueta tuya y tomó las medidas. La ha confeccionado ella. Si hubiera sabido que era para ti, lo mismo le había puesto algo para que encogiera y quedaras aprisionado en ella. —Rio de su propia broma e hizo que él esbozara una mueca de susto—. Así que ya estás yendo a pedirle disculpas.

—¿A la tienda? —Era una pregunta inocente, pero cargada de impaciencia. De pronto, tuvo una necesidad imperiosa de saber dónde encontrarla.

—No, ella va por allí cuando puede. Pasa las mañanas en la oficina del taller, en la calle del Carme.

Cuando se quedó solo, supo que su hermana tenía razón. Tenía que disculparse con Inés, pero una extraña sensación le recorrió el cuerpo. No supo si era ansia por volver a verla o el resquemor de sentirse herido.

13

Inés tomaba el desayuno a la vez que leía el periódico. De pronto, alguien le retiró el pliego y lo dejó doblado a su lado. Sonrió al ver a su madre.

—Te pareces a tu padre y ya sabes que no me gusta desayunar con una hoja de noticias frente a mí.

—Leía que se ha incendiado el globo cautivo —informó—. Le cayó un rayo.

—Qué cosas pasan.

Su madre se sentó frente a ella. Desde hacía días la veía más contenta y activa. Tuvo la impresión de que quería decirle algo, pero calló. Observó cómo se servía café y lo mezclaba con un poco de leche. Le evitaba la mirada. No tenía duda de que quería confesarle alguna cosa y no sabía cómo hacerlo. Un mal presentimiento la azuzó.

—¿Madre...? —la animó a hablar.

—Gregorio me pidió que me casara con él hace algunos días.

Se sobresaltó.

—Le habrá dicho que no, ¿verdad? ¡Qué atrevido!

Con fijeza contemplaba todos sus gestos. Dejó la cucharilla en el platillo y la miró con condescendencia.

—Hija, lo he pensado mucho. No creas que ha sido una decisión a la ligera.

—¿Lo ha aceptado?!

Perdió los nervios. Se llevó las manos a la cabeza y apoyó los codos en la mesa tal como una señorita no debía hacer.

—Inés, por favor, entiéndeme. Es un hombre que está muy pendiente de mí. Y yo... No hagas que te explique cómo me hace sentir. Nunca voy a olvidar a tu padre, pero una mujer necesita...

—¿No me diga lo que necesita una mujer! —soltó con cólera—. Porque, si es por eso, no precisa casarse. ¿Se cree que no sé que la ha seducido?

—Voy a perdonarte la falta de respeto porque sé que esta noticia te viene de sorpresa y porque temes que te quite tu puesto, pero tendrás que hacer algunas concesiones. Va a ser tu padrastro.

—¿Qué puedo hacer para que no se case? —inquirió desesperada.

—Anoche le di mi palabra. Iremos a celebrarlo al Círculo Ecuéstre. Espero que sepas estar a la altura de un acontecimiento como ese.

—No se preocupe, madre, sé disimular muy bien. Pero quiero que sepa que no voy a estimar a

ese hombre, que no le llega a mi padre ni a la suela del zapato y que creo que está cometiendo un error.

—Me parece bien saberlo. Yo espero que sepas comportarte y si mi decisión no te gusta, lo lamento. Ya eres una mujer, puedes buscar marido. Tienes que compartir la carga que llevas y dejarte ayudar.

—No voy a dejar mi cargo, no me importa que se convierta en su esposo. Debe aclarárselo. Esta empresa era de mi padre y suya. Ahora es mía por derecho.

Se levantó de la mesa e hizo algo que nunca había hecho, salir del salón sin darle un beso a su madre. Pero, antes de que cruzara el umbral de la puerta, esta la cogió del brazo.

Al girarse vio que tenía los ojos anegados en lágrimas y sintió en el alma el daño que acababa de hacerle.

—Sé que amabas a tu padre, tanto que nadie estará nunca a la altura, pero la vida sigue y un día te casarás, quizá te irás, como hizo mi hermana, y yo no quiero quedarme sola.

—Madre, perdóneme. —Se le abrazó sin fuerzas para retener también el llanto—. Estoy nerviosa, me preocupa mucho su bienestar.

—Debes vivir, Inés. Déjate ayudar en el taller. Él sabe mucho, fue la mano derecha de tu padre y tiene buenas ideas. Necesitas salir más con tus amigas y tal vez conocer a algún joven. Te libero de la carga de cuidarme que has tenido desde que murió tu padre.

—No es carga, madre; es mi deber.

Su madre le enjugó las lágrimas de los ojos con ambas manos y le besó la frente.

—Seré feliz si la veo feliz —señaló Inés.

—Yo también. Eres una buena hija, pero debes soltar la cuerda y buscar a alguien que te comprenda, que te adore como el ser tan bueno y generoso que eres. Tienes que vivir, Inés.

—Debo irme, madre. No quiero llegar tarde.

—Está bien, ve —señaló. Inés tomó como un aviso lo que añadió—: Vendrá a cenar esta noche.

Subió a su habitación y se colocó unos guantes claros y el sombrerito. Al mirarse al espejo, vio que una lágrima le resbalaba de nuevo del ojo derecho y se la limpió con el dorso de la mano. No quería que la angustia la apremiara, pero no era capaz de librarse de ella. «Dale una oportunidad —pensó cuando algunas de las palabras dichas se le repitieron en la mente—. ¿Será que no quiero que me quite responsabilidad? No, ese hombre no me gusta; madre está encandilada.»

Hizo el trayecto a pie; le gustaba caminar por esas calles en las que había crecido. Salió a la Rambla por Canuda y cruzó para bajar hasta la calle del Carme.

Al entrar, fue directa a su despacho. Se sorprendió por quien encontró allí.

—Buenos días, Inés —la saludó Gregorio al levantar la vista de un libro de cuentas.

Ella lo miró condescendiente a la vez que se retiraba el sombrero y se quitaba los guantes. Se acercó a la mesa.

—¿Ha hablado con Teresa?

—Está en mi mesa. Ya sabe que no me gusta que me la desordenen —recogió unos lápices y los guardó en un bote de cristal tallado. Él cerró el libro y se levantó para cederle el asiento.

—Veo que sí ha hablado con Teresa... Hemos decidido...

—Sé lo que han decidido —le cortó—. Creo que viene esta noche a cenar. Hay carne empanada, los lunes cenamos siempre lo mismo.

—Inés, quizá no empezáramos bien —se justificó el hombre—. Sé que no tenía confianza en usted, pero vamos a ser familia. Que las cosas sean siempre igual no significa que no puedan cambiar. Por ejemplo, podíamos tutearnos y llegar a un acuerdo acerca de cómo dirigir la fábrica y el taller sin arrancarnos la cabeza.

—Va a casarse con mi madre. ¿Ve lo que pone allí? —Obvió la sugerencia y señaló el gran rótulo que había colgado en la pared, detrás del escritorio—. Si no lo olvida, nos llevaremos bien.

—Me queda claro. Ribas y Calasanz es usted. Yo amo a su madre desde hace mucho tiempo; respetaba a su padre y la respeto a usted.

—Bien —aceptó con menos tensión—. Seguirá en sus funciones, quizá adquiriera alguna más... por el qué dirán y esas cosas, pero no voy a ceder la dirección de la empresa. —Se sentó ante la mirada del hombre y luego, como si hubiera terminado la conversación, añadió—: Sea puntual esta noche.

Al quedarse sola, se dio cuenta de cuánto le temblaban las rodillas.

Enfrascarse en el trabajo la distrajo de cualquier otro pensamiento. Se había obligado a sacar de su mente a Gonzalo. Su actitud en el parque había sido suficiente para que supiera que no merecía el amor que tenía por él; se lo arrancaría del corazón a base de endurecerlo. Pero la boda de su madre la desquiciaba. Apoyó la cabeza en el respaldo del sillón y repasó la mañana. Las lágrimas le acudieron a los ojos con premura y las secó con un pañuelo. Quizá estuviera siendo demasiado dura. Tenía que confiar en ese hombre que iba a entrar en su vida. A nivel laboral no había tenido quejas; aunque su manera de funcionar no la agradase del todo, era un exponente del pensamiento del momento.

Su secretario la avisó de que tenía una visita. Al preguntar por Gregorio, le dijo que se había marchado a la fábrica. Le molestó que no la hubiera avisado; a pesar de que ella se oponía, él había concertado una reunión con un hombre del banco para abordar el tema del cambio de sede de la producción. Llevarla fuera de la ciudad. La irritó pensar que había tenido que claudicar. Era cierto que el almacén se les quedaba pequeño, pero no quería renunciar al taller, donde había comenzado su abuelo. Ahora estaba sola para asistir a aquella reunión que no deseaba, aunque, bien pensado, podía ser una buena ocasión para dejar el tema zanjado.

—Dame un segundo y hazlo pasar.

Se levantó con rapidez y se metió en el pequeño aseo que tenía en la oficina. Se repasó la cara; no quería que se notara que había llorado. Al salir, un hombre la esperaba de espaldas; al oír sus pasos, se dio la vuelta.

—¿Qué hace aquí?

—¿Cómo está, Inés?

Gonzalo esbozó una sonrisa a la que ella no correspondió. Se mantuvo firme cuando él se le acercó.

—Le he preguntado qué hace aquí. ¿Acaso le quedó algo por decirme? ¿Cómo sabía que...? Ah, ya imagino, Mariona.

—Sí, ella. Me ha explicado algunas cosas que no sabía.

La cercanía de Gonzalo siempre la afectaba, ni siquiera el tiempo le había hecho olvidar el efecto que sentía.

—He venido a pedirle disculpas, Inés. La juzgué mal. No supe de usted después de nuestra despedida en *chez* Leduc. Al no aparecer, yo... ¿Por qué no me avisó de lo que ocurría? Yo la habría acompañado.

—Se lo dije, se lo expliqué en una carta.

—Una carta que yo no recibí.

—Es muy ligero juzgando. Tampoco quiso escucharme el sábado. Me hizo daño con su actitud. Lo siento, quizá ahora soy yo la que no quiere saber nada.

—Merezco su desprecio. Me paso el día rodeado de personas con problemas mentales, la mayoría miente o inventa cosas. A veces mido a todos por igual. ¿Cómo puedo enmendar mi error?

—No puede. —Le costaba ser fría, solo quería que la abrazara y le dijera que podía contar con él. Se sentía tan cansada y sola... Pero aún le dolían sus palabras.

Él dio un paso hacia ella y ella uno hacia atrás.

—Lo siento, lo siento mucho. Sé lo importante que era su padre para usted. Lamento mucho que pasara por todo aquello sola. ¿Y su madre, se recuperó?

Que nombrara a su madre terminó de romperle el corazón.

—Sí, sí lo está. Va a volver a casarse. —Quiso ser fuerte, pero no pudo y rompió a llorar. La impotencia, la rabia, el dolor... todo salió.

Él dio los pasos que los separaban y la abrazó. No opuso resistencia. Sollozó con pena y en lo más profundo de su ser supo que él, solo él, la reconfortaba sin decir nada, solo dejándola llorar. El aroma de su colonia era distinto, pero se le metió en las fosas nasales y casi le hizo perder la razón. Poco a poco recobró la compostura. Sintió que la besaba en la sien y tuvo el impulso de inclinar la cabeza y encontrarse con sus labios. Él se los devoró. De pronto todos los sentimientos que había tratado de olvidar y todos los sueños perdidos cobraron poder. Se agarró a su espalda y

se fundió con más efusión. Le devolvió el beso de forma apasionada, como el último recuerdo que tenía de lo que podría haber sido y no fue.

Se separó renuente y se enjugó las lágrimas. Él la contemplaba tenso.

—Inés... Podemos recuperar el tiempo perdido.

—No, no podemos.

—Ese beso dice que no me ha olvidado; yo tampoco a usted. Pronto tendré mi casa lista y...

—¡Gonzalo! —No quiso oír lo que él podía proponerle, que fueran amantes; ella quería más, siempre había querido más, y si él no lo había visto, no quería lo que le ofrecía—. No me ofenda, por favor. Si lo que busca es mi perdón por sus palabras, lo tiene; no puedo ofrecerle nada más que ser amigos.

—Yo no quiero ser su amigo.

—Entonces no tenemos nada más de qué hablar.

Se mantuvo firme y durante unos segundos observó que él cavilaba. Al final, sus palabras la asombraron.

—Quizá tenga razón y tengamos que ser amigos antes que ninguna otra cosa. La invito a dar un paseo.

—¿Un paseo?

—Pero no uno cualquiera. —Rio—. En globo.

No pudo evitar sonreírle y no consiguió decirle sería que el globo cautivo, al que se refería, se había incendiado y que no podría ser.

—Entonces esperaremos a que lo repongan, y si no, he visto en el puerto barcas de pasajeros que dan un paseo por el mar.

—¿En las Golondrinas?

—¿Qué me dice, acepta?

—Está bien. ¿Amigos, entonces? —Estiró la mano y él la tomó. No llevaba guante y el roce de su piel la hizo estremecer, pero fue su sonrisa la que la aturdió.

—Amigos.

* * *

Inés eligió un vestido azul oscuro para ir al Círculo Ecuestre. No era una fiesta a la que acudiera muy conforme, así que se vistió sobria. Le habría gustado ponerse algo negro, pero su madre no lo habría consentido. Gregorio insistía en presentarla a empresarios y comerciantes, y, sobre todo, a los jóvenes que podrían buscar esposa. Se mostraba exultante y no sabía si era por su próxima boda o por entrar en aquel cerrado círculo que era la burguesía catalana. Su madre colgaba de su brazo feliz y solo por verla así aguantaba todo aquello.

Se dio cuenta de que el futuro marido conocía a mucha gente y la mayoría lo trataba como el director —y nuevo dueño—, de Tejidos Ribas y Calasanz. Muchos de aquellos hombres habían sido amigos de su padre y recibían a la pareja con elogios y felicitaciones, como si su enlace fuera algo natural. El mismo Camilo Fabra los había invitado a una de sus fastuosas fiestas en su residencia de la Rambla de Canaletes, y Gregorio presumía entusiasmado de ello. Sus padres habían sido asiduos a ellas, pues eran amigos íntimos además de vecinos del barrio, y ella misma había asistido a sus bailes.

—Querido, a esas fiestas acude la flor y nata de Barcelona. No es de extrañar ver a algunos nobles y hasta miembros de la realeza paseando por sus salones —explicó Teresa con orgullo.

Él sonrió petulante e Inés quiso borrarle aquella sonrisa.

—Pero deberás aprender la etiqueta social si quieres encajar bien en sociedad —dejó caer como de pasada—. Ese hombre agasaja a todos sus invitados con una distinción exquisita y espera de los demás gentileza y donaire en sus códigos de conducta.

Gregorio agradeció el consejo e Inés no supo si había entendido su ironía o era que tomaba buena nota de ello. Su madre fue la que la retó con la mirada. No iba a pasarle ni una más.

Vio una cara conocida, su amiga Manolita Sanchís, y se dirigió a ella. Hacía mucho tiempo que no la veía; se había casado cuando ella estaba de luto.

—Tú siempre tan elegante, Inés. Este es mi marido. Su familia tiene una de las nuevas joyerías del paseo de Gràcia. —Alardeó Manolita y los presentó. Le dedicó una sonrisa que interpretó como: «¿A qué esperas para casarte?».

El joven la saludó cordial y pronto se despidió con la excusa de hablar con una artista que tenía por clienta.

—Es una actriz del Liceo, muchos de sus amigos le compran joyas. A saber por qué favores le hacen esos regalos.

—A ti no debería importarte, solo que se los compren a tu esposo —cuchicheó.

—Mira, hoy viene con un nuevo acompañante.

Inés levantó la vista hacia donde su amiga le señalaba y se cruzó con la mirada de Gonzalo. Su madre acudió a buscarla en aquel momento y la siguió con el alma herida. Era la mujer a la que lo había visto saludar en el parque.

—Gregorio quiere presentarte al hijo de un amigo, creo que es de Manufacturas Vidal. sé amable, por Dios; no lo dejes en ridículo.

—Aquí la tenemos, ¿a que es hermosa? —Gregorio se mostró exuberante en el saludo—. Inés, este caballero es Elías Vidal, hijo de mi buen amigo Ernesto Vidal.

Varias parejas salieron a bailar la pieza que empezó a sonar y Gregorio animó al joven Elías a que la invitara. No tuvo más remedio que aceptar.

Mientras daba vueltas por la pista, pudo observar que Gonzalo y la actriz también bailaban. La

mujer le hablaba cerca del oído, pero él no apartaba la vista de ella.

—Gregorio se ha quedado corto al describirla. Me ha comentado que no está comprometida; no entiendo cómo puede ser eso cierto.

—Quizá no lo sea.

Él puso cara de susto e hizo ademán de que lo hubiera herido en el corazón. Al ver de reojo a Gonzalo observándola fingió reír, como si en realidad estuviera pasándolo muy bien, sin medir que su actuación animaba a su acompañante a hacer más tonterías. En una de las vueltas vio que Gonzalo ya no estaba y creyó que podría estar tranquila, pero no saber dónde se hallaba con la mujer la inquietó.

El baile terminó y Elías pretendió bailar otra pieza, pero ella se excusó con la idea de tomar algo fresco y pasaron al saloncito de las bebidas. Allí vio a Gonzalo con la actriz. Para su desconcierto, su acompañante se dirigió hacia donde estaban.

—Bella Arabela, qué alegría encontrarla aquí.

Inés tuvo ganas poner los ojos en blanco; a aquel hombre le faltó hacerle una reverencia a la mujer.

—Oh, mi fiel amigo... Tan adulator como siempre.

Inés miró de reojo a Gonzalo y este le inclinó la cabeza a modo de saludo.

—¿Se conocen ustedes? —preguntó Arabela.

—La señorita Ribas es una de las mejores amigas de mi hermana.

Inés no esperaba aquello y le molestó. No supo si él ignoró su contrariedad o si no se percató de ella; le tendió la mano y le preguntó solícito:

—¿Baila, querida?

Se sintió observada por seis pares de ojos y terminó por aceptar. Tomó con la mano enguantada la de Gonzalo y se encaminaron a la pista.

—No vuelvas a llamarme «querida», ¿de acuerdo?

—¿Ya nos tuteamos de nuevo?

Él la sujetó por la cintura y empezaron a rodar por la pista. El calor de la mano le traspasó el tejido; no quería que él notase que aquel pequeño contacto le afectaba; sin embargo, sentirse en sus brazos la llevó, por un momento, a sus días en la campiña francesa. Pero no podía traer aquellos pensamientos a su mente, pues él era capaz de leerlos.

—¿Qué haces con ese petimetre?

—Bailaba. —La miró con censura y respondió con sorna—. Es el hijo de un amigo del prometido de mi madre.

—Se te come con los ojos.

—A ti te ocurre igual con la actriz. —Él se sonrió ufano—. Creí que éramos amigos.

—Ya te dije que no quiero ser tu amigo.

No volvieron a hablar, pero las miradas que se dedicaban y el cuerpo tan próximo le hacían cosquillas en el estómago. ¡Maldito Gonzalo! Estaba segura de que sabía lo que le provocaba.

Inés se sintió observada por Elías y también por Arabela, que los contemplaban como si se los estuvieran sorteando. Al acabar el baile, se despidieron. Él le besó la mano de una manera muy teatral y se estremeció por dentro al oír cómo le susurraba.

—Me encanta que vibres en mis brazos.

Inés ayudaba a su madre con los últimos retoques de su peinado. Llevaba un vestido de color marfil que le había diseñado ella. El suyo era muy parecido, pero gris perla. Lali y ella habían pasado las últimas tres semanas confeccionándolos; se sentía orgullosa del resultado, pero le habría gustado que fuesen para otro festejo.

—Estás muy callada. ¿Aún sigues molesta? —indagó Teresa a la vez que se rociaba con un poco de perfume en el cuello—. No seas niña. Es solo una formalidad.

—¿Una formalidad? ¿A casarse con un hombre le llama formalidad?

—Ya me has entendido. No vamos a hacer ninguna fiesta. La familia de Gregorio no podía venir y tu tía...

—¿A mi tía ni siquiera la ha invitado!

—Sí la he invitado —refutó su madre con paciencia—, solo que está por nacer el segundo hijo de Léonard. Además, mi hermana no está muy de acuerdo con la boda, así que mejor.

—Pero es tan precipitada... Solo ha salido una breve nota en la prensa. No vienen a la comida ninguno de nuestros amigos. Parece una boda clandestina.

—¿Por qué crees que no vendrán nuestros amigos? Gregorio se ha encargado de organizar una comida sorpresa. Se cree que no lo sé. —Teresa rio. Se levantó de la banqueta en la que había permanecido mientras le arreglaba el recogido y le ponía horquillas de perlas, y la miró de frente—. Ya tuve una gran boda, Inés. Tuve un hombre maravilloso a mi lado. Gregorio lo sabe y no quiere competir con su recuerdo. Él no se ha casado nunca y no puedo robarle esa alegría. Yo no quería una fiesta soberbia, sino algo discreto, unos cuantos amigos, y él me consiente. Sé que no te gusta, solo te pido que tengas paciencia; quiere tener un lugar en nuestra vida.

—Intentaré ser menos beligerante y le prometo que disfrutaré de la velada. Solo quiero verla feliz.

—Lo soy. La soledad es muy mala compañera, hija. Quizá un día de estos encuentres a alguien con quien quieras compartir tu vida; ese día estaré dichosa y te apoyaré.

Pensó en Gonzalo. Él, solo él la completaba.

Leyó entre líneas. Con aquellas palabras, su madre le pedía apoyo. Inés comprendió que no era nadie para elegir ni aleccionarla acerca de cómo debía vivir sus días. Confió en el amor que Gregorio decía profesarle.

La ceremonia fue breve. Por expreso deseo del novio, la misa había sido corta. Casi lo prefirió;

apenas doce personas llenaban los dos bancos delanteros de la iglesia. Ella entregó a la novia y fue su testigo, junto con la señora Pura. Lali, su amiga del alma, le dio todo su apoyo y compañía. A Gregorio lo apadrinó su amigo Vidal, padre e hijo fueron sus testigos.

Sí hubo fiesta, a pesar de que su madre no la quería, pero Inés la vio tan contenta en la comida, la tertulia y el baile que se sintió feliz de corazón. Lali no la dejó sola en ningún momento. Y cuando, tras la celebración, los novios anunciaron que se retiraban, se sorprendió de que no pasaran la primera noche de casados en la casa. Gregorio había reservado una habitación en el Hotel Internacional, construido para la Exposición, en el nuevo paseo de Colón.

Se despidió de ellos y le costó separarse de su madre. Al día siguiente partían de viaje. Gregorio quería llevarla al norte, enseñarle su ciudad y presentarle a su familia.

—Cúidate, hija. Sé que Lupe y Pere no te dejarán sola. —Teresa se abrazó a ella y le dio un sonoro beso. Retuvo las lágrimas; que su madre se alejara le dolió más de lo que había imaginado.

Aquella noche lloró como si la hubiera perdido. Rezó para que fuera feliz, todo lo feliz que se pudiera volver a ser.

* * *

Inés no se concentraba en las cuentas ni en los albaranes ni tampoco en la lista de pendientes que tenía sobre una bandeja en su mesa. Empezaba a discernir que el enfado que la acompañaba desde hacía un par de días se debía a que las cosas no habían salido como ella quería. Su madre se había casado con un empleado. No cualquier empleado; el ayudante de su padre. No era que tuviera prejuicios por eso; Gregorio había sabido situarse bien, había tenido un excelente sueldo y tenía sus buenos ahorros en el banco. Quizá le preocupara un poco que su madre tuviera más dinero que él y que era el otro cincuenta por ciento de Ribas y Calasanz, aunque, a ojos de la ley, era ella, Inés Ribas, la legítima heredera. Así lo decía el testamento de su padre y aunque compartía la dirección con su madre esta se había desentendido desde el primer día. Le preocupaba que él, como hombre, quisiera hacer valer sus derechos de esposo y pretendiera arrebatarse el cargo.

«Que se lo ha creído», se dijo a sí misma.

El problema era que no le gustaba. Siempre había ido detrás de su madre, la adulaba incluso en vida de su padre. Teresa le había puesto una conferencia desde Santander, a donde él la había llevado para que viera el mar Cantábrico. «Como si el Mediterráneo tuviera algo que envidiarle.» Le habló de lo bonito que era todo aquello y de lo mucho que él la mimaba.

Al cortar la comunicación, se sintió mayor. Parecía que era ella la madre y su madre, la hija. ¿Qué estaba haciendo mal? ¿Dónde estaban la ilusión y las ganas de divertirse?

Por su pensamiento se cruzó Gonzalo y lo culpó de su tristeza. Desde la noche de la fiesta del

compromiso en el Círculo Ecuéstre no lo había visto. Iba con aquella actriz. No quería reconocerlo, pero los celos se la comían por dentro. «¿Estará con ella?», se preguntó. Recordó que él le había dicho de una manera descarada que había sido su amante; quizá lo era de nuevo. Se recriminó por seguir con él en el pensamiento.

«Qué decepción creer que Gonzalo me quería; dos años de mi vida viviendo con su recuerdo. No, ya basta de lamentarme. No quieres que seamos amigos; entonces, ¿qué? Nada, no quieres nada si te paseas del brazo con otra. ¡Vete al cuerno, Gonzalo Losada!»

Picaron a la puerta y entró el secretario, el señor Fernández. Un hombre orondo, medio calvo y con cara de bonachón que no debía de tener ni cuarenta años.

—Señorita Inés, aquí fuera hay un señor que pregunta por usted.

Toda la rabia que había sentido se le borró de la mente.

«Gonzalo.»

—Dígale que pase.

Se levantó de su sillón y, con una mirada rápida, buscó su reflejo en el cristal de la ventana. Se veía bien, quizá un poco austera; debería revisar su vestuario. Su madre decía siempre que lo cuidaba poco, solo en las ocasiones especiales, y quizá tenía razón.

Pero al ver al hombre que entraba, la cara se le llenó de sorpresa. No era Gonzalo, pero le alegraba verlo.

—¡Charles! ¡Charles Leduc! —exclamó risueña. Alargó las manos y este se las agarró—. ¡Qué alegría verlo por aquí!

—En su casa me han indicado que la encontraría aquí; espero no importunarla, pero me hacía mucha ilusión verla. Mathilda me apremió mucho para que la visitara.

—Cuénteme, ¿qué lo trae a Barcelona?

—La Exposición, como a la mayoría de los turistas, empresarios, comerciantes y curiosos.

—Eso es fantástico.

—Yo esperaba que me acompañara, he de visitar el pabellón de Francia; se expone parte de nuestra maquinaria, aunque a mí me interesa más lo arquitectónico.

—Por supuesto que lo acompañaré, solo tengo que reorganizarme el trabajo.

—¿Le va bien que la recoja sobre las seis? Ahora en un rato me esperan en una reunión.

—Sí, es una buena hora. Podremos dar un paseo y, si le apetece, cenar y ver algún espectáculo que se organice en la Exposición.

Cuando se quedó sola, se sintió más alegre. Sus perspectivas habían cambiado notablemente. Llamó al secretario y entre los dos organizaron el trabajo de varios días.

A las seis en punto estaba preparada y con un vestido nuevo que esperaba un buen momento para ser estrenado. Era malva, de tonos pálidos. Lo acompañó con un sombrero a juego, igual que los guantes. Charles llegó puntual y fueron caminando por la Rambla. Al pasar junto al Liceo,

Leduc quiso invitarla a la sesión de la noche. La compañía de ópera italiana representaba *Romeo y Julieta*, pero el aforo ya estaba completo.

—Podemos venir mañana —propuso Inés. Él aceptó y compró dos entradas para el día siguiente.

Continuaron caminando hasta el monumento a Colón y allí tomaron un coche que los llevó al Palacio de los Tres Dragones, en el parque de la Ciutadella.

Todavía era pronto para cenar, reservaron la mesa y dieron un paseo por los alrededores.

—Quisiera hacerle una pregunta, Charles.

—Usted dirá. Creo que llevamos hablando mucho rato y ya me ha hecho varias —bromeó.

—Es sobre una carta. ¿Recibió una escrita por mí para entregársela a cierto caballero?

—¡Ah, la carta! —exclamó—. Mathilda ya me preguntó por ella y en varias ocasiones. Creo que no me creyó en ninguna. Le digo a usted lo que le respondí entonces a ella: no sé a qué carta se refiere, no recibí ninguna. Lo siento. Quizá se perdió. Lamento no poder darle otra noticia. ¿Tan importante era?

—No, ya no, pero me serviría para demostrar que no miento.

—¿El doctor Losada no la cree?

Inés se ruborizó al oír el nombre.

—Inés, no oculto que tenía un interés por usted, aún lo tengo, pero sé que el doctor conquistó su corazón como yo no supe lograrlo, quizá porque ya estaba ocupado.

Recorrieron algunos de los pabellones que estaban más próximos al restaurante. Charles iba entusiasmado explicándole los estilos arquitectónicos y ella pensó que cuando viera la cascada se quedaría impresionado. Y así fue. Era tarde para dar un paseo en barca, así que regresaron al Palacio de los Tres Dragones.

Para estupor de Inés, al entrar al comedor se encontraron a Gonzalo cenando con otros dos caballeros. Uno era Bernat y el otro le sonaba, pero no sabía de qué. Esperaba que Charles no lo hubiera visto, pero se equivocaba.

—¡Oh, *regardez vous!* El buen doctor —bromeó Charles—. Vamos, lo saludaré.

—Por favor —suplicó—, no nos ha visto.

Nada más decirlo, Gonzalo volvió la cabeza distraídamente y se topó con su imagen. Inés se dio cuenta de que el rostro se le tensaba y clavaba sus ojos en ella como si estudiara todos sus gestos. Siguió a Charles, que a grandes zancadas se presentó en su mesa.

—*Docteur! Quelle surprise!*

Gonzalo se levantó de su asiento y le dio un apretón de manos con una sonrisa afable. A ella la miró con intensidad y también le tomó la mano; fue un saludo corto, fugaz, pero, para su tormento, retuvo su calidez más de lo que esperaba.

—A Bernat ya lo conoce. —Señaló al otro hombre y los presentó—. Él es mi hermano, Manuel.

El señor Charles Leduc y la señorita Inés Ribas.

Inés deseó que tras el intercambio de saludos se retiraran, pero Gonzalo fue tenaz y con cortesía los invitó a su mesa. Ella rehusó, aludió a que la suya ya estaba preparada.

—¿Ha venido por negocios? —indagó Gonzalo.

—Sí, se expone maquinaria de nuestra empresa. Me quedaré unos días. Me encanta la ciudad y cuando la visito me gusta perderme por sus calles y ver sus espectáculos. Mañana vamos al Liceo.

Le costaba mirarlo; él se mostraba serio, como si no le impactase verla; ella, sin embargo, tenía serios problemas para disimular los nervios. Hablar con Bernat y Manuel le sentó bien, aunque tenía un oído puesto en la conversación de los otros dos.

—Por cierto —dijo Charles y se metió una mano en el interior de la chaqueta, sacó unos papeles—. Este sábado por la noche, en el pabellón francés, hay una fiesta de disfraces. Les dejo unas invitaciones para que vengan; será divertido. ¿Verdad, Inés?

—¿Disfraces? —respondió con asombro. Lo que le faltaba. Sintió la mirada arrogante de Gonzalo y algo se le revolvió en el interior—. Me encanta.

Se despidieron, pero su templanza se vino abajo cuando al pasar junto a Gonzalo este le susurró al oído.

—Hasta el sábado.

* * *

Inés había dudado mucho sobre el traje que luciría en la fiesta de disfraces del pabellón francés. Charles llegó a confesarle que muchos de los invitados escogerían personajes reconocidos de la sociedad e historia del país; él mismo iba a ir de Napoleón. Ella no se veía de María Antonieta y mucho menos de Josefina, la esposa del emperador. No, solo faltaba que alguien pensase que eran pareja al ir vestidos como el matrimonio.

Lali eligió acudir como la reina de Egipto, Cleopatra. Mariona se había inspirado en un cuento infantil y vestiría de Blancanieves, como las antiguas doncellas, y ella escogió una de las diosas del Olimpo. Para diseñar su atuendo se basó en un traje de corte imperio, pero adaptó el vestido a los cánones griegos; para conseguirlo, se había inspirado en una lámina grabada. La señora Pura las ayudó a confeccionar los trajes y en los almacenes El Siglo encontraron los adornos para el pelo y otros accesorios.

—Estese quieta, señorita —la riñó Encarna con afecto mientras intentaba engarzarle en el recogido un alfiler con una paloma, junto a otro de una rosa.

—Estoy tan nerviosa... ¿Estás segura de que se me ve bien? ¿No es muy atrevido?

—¡Está preciosa! —exclamó Lupe desde la puerta de su habitación—. Su madre le diría lo

mismo. Y dese prisa, Eulalia acaba de llegar y me temo que el señor Charles —pronunció de forma literal— se va a comer el sombrero de la impaciencia.

Se tocó el pelo. Encarna le había puesto una cinta dorada que, a la vez que la adornaba, le sujetaba el cabello ondulado. Inés temía que, con el peso, las horquillas cedieran y se le deshiciera el peinado, pero la doncella le aseguró que estaba bien agarrado. Una lazada parecida le anudaba el cuerpo debajo del pecho hacia la cadera y destacaba sobre el vestido de seda blanca, que dejaba un hombro descubierto. El otro estaba anudado con una fibula metálica que unía la prenda. Para el calzado había recurrido a un maestro zapatero. Este le había diseñado una sandalia de cuero trenzado que había teñido en dorado y le sujetaba el pie desde los dedos al empeine y casi le llegaba a la rodilla.

Se dio un último vistazo al espejo y se dispuso a salir, pero Lupe trasteaba en su armario y le llamó la atención.

—Póngase esto, señorita. —Le entregó una capa fina—. Quizá a su regreso refresque.

No lo creía, pero entendió la intención de la mujer.

—Buena idea. Así no desvelo el misterio.

La celebración de los franceses se realizaba en el Umbráculo, que se había adecuado como sala de fiestas, pequeños conciertos y conferencias. En la entrada se agolpaban curiosos y asistentes. Los primeros, para ver los exuberantes trajes que algunos invitados portaban; los segundos aguardaban con calma la cola para acceder al recinto. El cochero los dejó a una relativa distancia y continuaron a pie los escasos metros que los separaban de la entrada. Una vez dentro, Inés se sintió más cómoda con su traje, ya que todo el mundo iba vestido de otra época. Por su lado paseaban María Antonietas, damas y caballeros de la corte de Luis XVI, Lucrecias Borgia, señores vestidos de órdenes imperiales rusas y austríacas, Romeos y Julietas, algunos maharajás, mosqueteros y un sinfín de modelos. La atmósfera se apreciaba tan normal y cotidiana que ni siquiera tuvo reparo al quitarse la capa. Charles las acompañó a la zona del guardarropa y la dejaron allí. Muchas mujeres llevaban pelucas blancas, excesivo maquillaje y vestidos pomposos, e Inés se alegró de haber escogido una indumentaria sencilla y más original.

Una orquesta amenizaba la velada. Dieron una vuelta por la sala, admirando la decoración, y alguien en la pista llamó la atención de Inés. Era Mariona, que danzaba con un caballero. Llevaba el pelo suelto con varias cintas rojas, tanto en el cabello como en el vestido. Al terminar el baile se acercaron hasta ella. Tras los saludos de cortesía, Inés se sintió en el deber de presentarle a su acompañante.

—Te presento a Charles Leduc, un buen amigo francés. —Añadió para Charles—: Ella es Mariona, a Manuel ya lo conoce; son hermanos del doctor Losada.

—*Enchanté!* —Charles los saludó con amabilidad e Inés tuvo que disimular y no reír ante las muecas que le puso Mariona con relación a él.

—Y ella es Lali, la artista que ha confeccionado este traje de cuento —le presentó Mariona a su hermano.

—Debo felicitarla, es casi una obra de arte —respondió Manuel, y le estrechó la mano—. Aunque ustedes van muy bellas también.

—¿Y el buen doctor? ¿No ha venido? —preguntó Charles en español con un tono afrancesado.

—Sí, está por ahí —respondió Mariona a la vez que señalaba la sala con indiferencia—. Muchas gracias por su invitación, las entradas están muy cotizadas. Mi abuelo solo pudo conseguir un par, y eso que tiene amistad personal con el embajador francés.

Los músicos comenzaron una nueva melodía y Charles invitó a Inés a bailar. Mariona animó a su hermano a que sacara a Lali. Mientras Inés caminaba en dirección a la pista, vio por encima del hombro que dos caballeros se acercaban a su amiga. Su estómago tembló al reconocer a uno de ellos. Inició el baile pidiéndose calma. Gonzalo estaba muy guapo y quiso que fuesen sus brazos los que la rodearan para bailar el vals que sonaba. Trató de concentrarse en los pasos que daba y en no parecer ausente ante su pareja, pero, sin querer, los ojos se le iban hacia él, que también la observaba. Era una pieza bastante larga; de buena gana habría abandonado el baile, pero veía a Charles entregado a la danza y se obligó a continuar.

—Parece distraída, Inés —señaló Charles—. Quizá prefiere descansar. El vals, si no se está acostumbrado, puede agotar.

—No, terminemos. Esta música es preciosa.

De pronto se decepcionó al dirigir la mirada hacia el lugar en el que había visto a Gonzalo: ya no estaba. Lo buscó entre las parejas que bailaban; quizá había sacado a Mariona. Cuando lo encontró, sintió que un calambre le cruzaba el estómago. Bailaba, pero con aquella mujer. La actriz no era muy original, vestía de Aida, y con malicia pensó que había acudido a la fiesta con la ropa del trabajo.

Al terminar la pieza, salieron de la pista y fueron a buscar algo de beber que los refrescara. Pero antes de llegar, un hombre los interceptó y se puso a conversar con Charles sobre algunos inventos que se habían expuesto y que él mismo había promovido. Su amigo pareció bastante emocionado por el reconocimiento y felicitaciones del otro, hasta tal punto que se excusó y le pidió algunos minutos para hablar con él. Ella lo disculpó y le indicó que se encontrarían más tarde. Entró en la sala de bebidas con la idea de sacarse a Gonzalo de la cabeza, pero era imposible; siempre había algo que se lo recordaba, y esa vez fueron Mariona y un caballero.

—Te presento a mi abuelo, Inés. Calisto Losada. Ella es Inés Ribas.

Recordó que Gonzalo le había dicho una vez lo importante que era su abuelo para él y le gustó conocerlo. Él le besó la mano con mucha ceremonia y ella rio sincera. Entablaron una conversación amena que la tranquilizó y pudo olvidarse del médico que la alteraba. Se notaba que el señor Calisto era un hombre muy culto y no pudo evitar acordarse de su padre; le habría

gustado conocerlo. El hombre no iba disfrazado y bromeaba con la idea de que así su esposa no se despistaría y se cogería del brazo de otro.

—Déjeme adivinar: va vestida de Atenea, diosa griega de la sabiduría.

—Abuelo, parece mentira que no reconozca a Afrodita, la diosa de la belleza.

La voz le llegó limpia y clara desde la espalda y temió volverse por si él intuía lo que su presencia le causaba. No respondió; no podía. Cuando lo tuvo de frente, la imagen la atontó. Vestía pantalón, camisa, chaleco y chaqueta al más puro estilo inglés de principio de siglo. Llevaba un pañuelo anudado al cuello. ¡Uno de los suyos! Pero no supo qué le impactó más, si su apariencia o verlo acompañado.

—¿Usted no es Cleopatra? —preguntó el abuelo a la mujer que estaba junto a Gonzalo.

La actriz se carcajeó de forma llamativa.

—Soy Aida —respondió con grandilocuencia e hizo gestos de diva.

—Me interesa mucho esa ópera —continuó el abuelo—. ¿Ya la ha representado?

La actriz se dedicó a explicar los pormenores de la obra.

—¿No vas a contestarme? —le susurró Gonzalo al oído—. ¿O es que ahora no nos hablamos?

Ella lo miró tensa, pero su sonrisa la desarmó. Recordó haber paseado los dedos sobre el hoyuelo que se le marcaba en la mejilla derecha. ¿Por qué tenía que reír así? Era un truhan, lo hacía a propósito.

—¿Bailamos? —Él le tendió la mano. Tuvo que aceptarla para no hacerle un desplante. Salieron de la sala en dirección a la pista, ante la mirada de una Mariona complacida y del resto de los amigos que se les cruzaron por el camino. Inés pensó que el abuelo lo había orquestado con hilos invisibles.

Al llegar a la pista, quedaron frente a frente, se buscaron con los ojos y las respectivas miradas quedaron enganchadas. Gonzalo la sujetó y ella se apoyó en su hombro; al envolver las manos, el resto de los bailarines desapareció; era como si en aquella sala solo estuvieran ellos dos. Una pequeña llama prendió en su interior. La música, las vueltas, el aroma de la colonia que utilizaba, la visión de sus labios; todo la embargaba y notó que se le nublaba la razón. Necesitaba romper aquel silencio entre los dos. Él debió de escuchar su ruego.

—¿Eres Afrodita?

—Podría ser Artemisa.

—Te faltan el arco y las flechas.

—¿Cómo lo has sabido?

—La rosa es una pista, aunque te falta el espejo, pero me ha convencido la paloma del pelo.

Se sorprendió por su conocimiento. Ella había tenido que buscar en un libro los símbolos que caracterizaban a la diosa.

—Ah, pues creí que dominabas más lo egipcio que lo griego.

Gonzalo bajó la voz y de nuevo su sonrisa la desarmó.

—De niño era un lector pésimo y mi padre me obligó a leer un libro sobre culturas antiguas. Los dioses griegos y romanos me fascinaron.

Él la contempló con intensidad. Había fuego en sus iris e Inés se dejó llevar por la melodía; le parecía que volaba en sus brazos. Estaba hechizada, no podía dejar de mirarlo, pero, a la vez, dolida por verlo con otra.

—Y tu acompañante, ¿ya te ha abandonado?

Se sintió incómoda por el tono del que él impregnó la pregunta y de pronto quiso salir corriendo. ¿Cómo podía evitar el efecto que le causaba? Sufría. Sufría por no tenerlo, sufría porque lo había perdido. Sufría al pensarlo con otra mujer entre los brazos.

Al terminar la pieza, apenas se despidió y lo plantó en la pista. Salió con prisa del gran salón en busca de sosiego. Se cruzó con algunas personas que paseaban por la estancia de las plantas y encontró una sala de la que salían unas señoras. Creyó que sería el tocador, pero no; parecía una sala de música. Un gran piano de cola negro dominaba la estancia. La mente la llevó muy rápido a otra sala de música, tiempo atrás.

Alguien más entró en la sala y se giró para ver quién era.

—¿Qué haces?

Gonzalo se había colado tras ella y cerraba la puerta.

—No quiero que nos interrumpian.

—No sé qué van a interrumpir. —Se volvió hacia el piano, ignorándolo.

—Veo que te gusta esconderte en las salas de música —dijo con un timbre de voz risueño, obviando su comentario.

Inés se dio cuenta de que se le acercaba despacio.

—No pensé que serías de esas mujeres que vuelven locos a los hombres —murmuró detrás de ella, lo que hizo que se volteara con disgusto.

—¡No lo soy! —respondió alterada y lo miró con el ceño fruncido, para volver a evitarle la mirada. Pero fue peor, porque él se le pegó a la espalda.

—Sí lo eres —susurró Gonzalo con voz ronca—. Tienes la habilidad de volverme loco a mí.

Sintió su aliento en el oído y luego los labios recorrerle el arco del cuello.

—No me hagas esto, Gonzalo —suplicó a la vez que estiraba el cuello, seducida por aquellos besos.

—Alteras mi paz y mi vida. Estás tan bella con estas ropas, mi linda Afrodita.

Gonzalo le abrazó la cintura y rozó con los dedos la parte baja de sus pechos. Inés soltó un suspiro; se lo ponía muy difícil. Era débil.

—Dame un beso, Inés. ¿No notas cómo me tienes desde que te he visto? —Se le arrimó tanto

que ella percibió con nitidez a lo que se refería. Sus labios ganaron terreno y le subieron por la mandíbula.

Inés no podía permitirse que la besara, caería en su red. Se retiró, molesta, de su lado, aunque su enfado era más consigo misma por no saber frenarlo. Pero con la misma celeridad con que ella se despegó de él, Gonzalo la asió del brazo y la volteó, encarándola. No tuvo tiempo de recriminarle las maneras porque su boca se le cernió sobre los labios. Con un flojo instinto de defensa, lo golpeó con el puño en el pecho. Poco le duró la oposición cuando, al segundo siguiente, ella misma le rodeaba el cuello con las manos y le devolvía el beso con un ardor acelerado.

Él la apretó contra su cuerpo, le rodeó la cintura con los brazos y bajó las manos hasta las nalgas. Las acarició primero para apretarlas después. Inés, atenta como estaba a todo lo que le hacía, se dejó envolver por el incendio que le crecía en su vientre y profundizó más el beso. Cuando notó que él la frotaba contra la protuberancia que se le manifestaba entre las piernas, ya había caído. ¿Qué sentido tenía ya ser recatada? Se permitió gemir en su boca y eso pareció encenderlo más.

Gonzalo la trastornaba, perdía el sentido, pero percibirlo ardiente, como estaba con aquel beso, hizo que se lanzara. Se rozó con descaro, impulsada por el ansia que le había nacido y el escaso control que tenía de su cuerpo. La sensación que la embargaba era tan deliciosa que la hacía desfallecer. Le costaba hilar un pensamiento coherente.

La fogosidad del beso, su aroma, el calor que emanaba del cuerpo de ambos... Si la puerta no hubiera estado cerrada, el frescor del corredor...

De pronto, sus alarmas se encendieron. ¡Podían descubrirlos! Con sobresalto, cortó el beso y se separó de él.

—Alguien puede entrar.

Lo leyó en sus ojos antes de oírlo en sus labios.

—He cerrado con pestillo.

Ardería en el infierno, pero aceptó con ansia renovada que disfrutaría de él y de lo que le hacía. Gonzalo le acunó la cara con ambas manos y la besó con dulzura.

—Inés. Inés, vida mía... Te necesito tanto...

No le dio tiempo a negarse. Gonzalo le dio la vuelta y se arrimó a su espalda. Tuvo que apoyarse en la cola del piano para no caer de bruces. Notó que se le anclaba con las manos a los pechos y, motivada por el fuego que sentía crecer en el cuerpo, se le pegó a la entrepierna para luego buscarle la boca con los labios. Las miradas se engarzaron un segundo y, antes de perderse en el beso que demandaba, pudo ver que la pasión que la tenía desbordada se reflejaba también en los ojos del doctor.

La urgencia del momento hizo que no se diera cuenta de cuando él le subió la falda del vestido

ni de cuando deslizó la ropa que protegía su zona más íntima. Notó la punta de su lengua bordearle el lóbulo de la oreja, dibujarle un reguero de pequeños besos tentadores por el cuello. Lo oyó suspirar, lo sintió demorarse y gimió con él al sentir la plenitud de tenerlo dentro.

Gonzalo podía desquiciarla, pero sabía bien cómo tocarla para hacerla estallar. Sentía sus manos fuertes aferradas en las caderas y sus suspiros le llegaban con palabras que apenas entendía; sus movimientos acompasados la hacían vibrar y el éxtasis la sorprendió. Supo el momento exacto en el que él culminaba porque susurró con voz casi agónica su nombre en un tono que la estremeció.

Necesitó volverse y esconderse en su pecho, entre sus brazos, hasta que su corazón dejó de bombear acelerado y volvió a ser dueña de sí.

—¡Por Dios, Gonzalo! Esto no puede ser —musitó al borde de la vergüenza—. ¿Y si me quedo embarazada?

Él le levantó la cara con dos dedos y la miró con fijeza.

—No se te ocurra arrepentirte. De lo otro yo me encargo.

—Debo irme, quizá Charles me esté buscando.

Se dio cuenta de que aquel nombre molestó a Gonzalo, porque se separó de ella, pero no le dijo nada. Se repasó las ropas y sintió humedad entre las piernas, pero menos de la que esperaba. Tenía que ir al tocador. Se encaminó hacia la puerta sin mirarlo; no podía hacerlo si no quería volver a refugiarse en sus brazos. Él la llamó y se giró esperanzada.

—Recuerda nuestro paseo en globo.

Inés se levantó contrariada. No quería pensar más en la noche de la fiesta francesa, pero a cada rato Gonzalo se le colaba en su mente y volvía a revivir los momentos compartidos.

«Es una locura.»

Tampoco había querido pensar en sus palabras. ¿A qué se refería con: «De lo otro yo me encargo»? Le preocupaba el tema. Un embarazo no era lo mejor que podía ocurrirle, pero por alguna razón también alejó eso de sus elucubraciones y se centró en la llegada de su madre y Gregorio la tarde anterior.

Teresa estaba feliz, se la veía contenta y habían compartido después de la cena un rato agradable en el que le explicó los lugares que habían visitado y cómo era el pueblo donde había nacido él y vivía su familia. Gregorio no pareció conforme con aquellas confidencias, porque aludió a que eran sus cosas íntimas. Cuando mejor estaban, él reclamó a su madre para ir a dormir. Le pareció una descortesía y un poco maleducado. Dejó entrever lo que quería y eso la molestó; sin embargo, a su madre no pareció importarle.

Terminó de arreglarse y bajó a desayunar.

Encontró a Gregorio leyendo el diario. Lo saludó.

—Buenos días.

—Buenos días.

Él la miró un instante y siguió con su lectura. Al momento, apareció su madre y la besó en la frente.

—Me gustaría que me acompañaras a comprar unas cosas que necesito —le pidió al separarse. Teresa se acercó a su marido y fue a besarle, pero él hizo un gesto incómodo e Inés supo que era por su presencia. Trató de ignorarlos.

Teresa le retiró el periódico y lo dobló sobre la mesa.

—Vamos a desayunar.

—Pues parece que se retrasan —respondió él y volvió a coger la prensa para seguir con su lectura.

Encarna entró en ese momento con una bandeja y dejó sobre la mesa dos cafeteras, una cestilla de bollos tiernos y galletas caseras, y se dispuso a salir del comedor. Teresa cogió una de las vasijas y tomó la taza de Gregorio.

—¿Qué haces?

—¿No querías café?

—¿Por qué lo haces tú si pagas a alguien para que te sirva?

Inés se sintió ofendida por el comentario, no solo por el desplante a su madre, a quien le agradaba aquel cuidado que le dispensaba y lo hacía con mucho amor, sino por Encarna, que se quedó petrificada junto a la puerta sin saber si marcharse o retroceder.

—¡Chica!

Gregorio la llamó por encima del diario. Esta regresó y cogió la jarra de manos de su madre.

—Se llama Encarna, no chica, y mi madre lo hace porque le gusta —lo amonestó Inés—. Además, también le gusta vernos la cara mientras desayunamos. Te ha pedido que dejes la lectura.

Gregorio la miró ceñudo y por un momento dudó de que fuera a hacerlo.

—No se ha quejado estos días —aludió él, dobló el periódico y lo dejó a su lado—. A mí no me gusta que me sirva ella, no es la criada. La señora de la casa no debería hacerlo, para eso pagamos.

Inés se mordió la lengua para no decir que a él también; había sido un empleado hasta hacía escasas semanas. Además, para ella y su madre, Encarna y sus padres, Lupe y Pere, no eran unos meros sirvientes; llevaban con ellos casi toda la vida y eran como de la familia. Mucho más que él, que acababa de llegar.

—Bueno, tengamos el desayuno en paz —murmuró Teresa—. Encarna, por favor, sirve el café. Y pide a tu madre que tueste pan, y traes aceite. Al señor le gusta comer tostadas.

Inés tuvo que templar los nervios.

—Madre, esta tarde, a mi regreso de la oficina, podemos ir donde quiera.

—Yo me pasaré luego por allí, así me pones al día —expuso Gregorio ufano—. Tendremos que modificar nuestras funciones, ahora soy el cabeza de familia.

Pensó que lo decía para molestarla, pero estaba preparada. Habían empezado a tutearse después de la boda, quería agradar a su madre, pero le sentó como un dolor de barriga, porque él impregnaba su tono de voz de una autoridad que no tenía.

—No considero que haya que modificar nada, ya lo hablamos, ¿recuerdas? —respondió tensa. ¡Qué pronto empezaba a reclamar ascensos!

—Lo decía para liberarte de tareas. Tu madre te necesita con ella, para cuando yo no esté o en cosas de trapos y demás. No, en eso no pienso inmiscuirme.

—Mi madre no me ha necesitado nunca para eso. —Tuvo que volver a morderse la lengua, casi mencionó que su padre la acompañaba siempre a comprarse los trajes y la ayudaba a elegirlos o la llevaba a donde necesitara ir— ... Para eso se vale sola. Pero, si ella quiere, me organizaré.

—¡Por Dios! Ya basta, parecéis niños —exclamó Teresa—. Me da jaqueca solo de oíros.

* * *

Se había concedido tiempo. Era paciente. Procuraba no saltar al mínimo comentario de Gregorio que no le gustara, pero aquella noche no pudo contenerse.

—¡Esto es el colmo! Me parece inaudito que quiera deshacerse de la fábrica.

—Inés...

—¡Inés nada, madre! ¿Es que no lo ha oído? Vender la fábrica, y luego, ¿qué?

Con una calma que la sacaba de sus casillas, Gregorio cortó un pedazo de pan y rebañó la salsa del plato, se metió el pedazo en la boca y, cuando creía que estaba bullendo en su propio caldo por la impaciencia, él contestó:

—Si me dejas terminar, me explico. —Bebió vino y luego se secó los labios—. Lo que quería decir era que la población de Manresa es un importante lugar de elaboración de sedas y algodón desde hace mucho tiempo. Grandes empresarios están ubicados allí y nuestra fábrica podría instalarse en la zona. Sería un cambio de sede.

—¿Nuestra fábrica? Dirá mi fábrica.

—Digo nuestra fábrica porque hasta lo que yo sé, tu madre es parte del negocio. Que tu padre te incluyera en el testamento como heredera no significa que ella, mi esposa, no pueda tomar decisiones. ¿Me equivoco?

No, no se equivocaba. Su madre tenía el otro cincuenta por ciento y, por lo que veía, él pretendía gestionarlo.

—¿Madre?

—A mí no me metáis en vuestras cosas —aludió Teresa con voz cansada—. Gregorio es el cabeza de familia y no veo por qué no puedes concederle lo que pide.

—¿Y qué pide? Porque yo no he oído que pida nada. En cambio, me parece que toma decisiones sin consultarlas.

—No me gusta que hablen de mí como si no estuviera —replicó—. No he tomado ninguna decisión, pero creo que debería ser yo quien estuviera en la dirección de la empresa. Ya no estás sola, Inés, puedes dedicarte a tu tiendecita y yo velaré por los intereses de mi esposa, y, por supuesto, por los tuyos. La fábrica y el taller son cosa de hombres.

—Se lo agradezco, Gregorio —respondió con sarcasmo—. Pero no crea que voy a cederle la dirección. Le tengo en cuenta en las decisiones, puede gestionar la parte de mi madre, pero sin la mía no podrá controlar Ribas y Calasanz.

—Inés, eres muy testaruda, él pretende ayudarte —la riñó su madre. Aquella frase le dolió más de lo que mostró.

—No lo pongo en duda —mintió—, pero no sé por qué cree que necesito ayuda o que de pronto he de dejar de hacer mi trabajo. Llevo dos años en la dirección y hemos hecho grandes avances. Y ahora, si me disculpan, tengo que terminar de escribir una carta a mi prima.

Inés se levantó con orgullo. Sabía que el tema no estaba zanjado, pero no era capaz de seguir allí y se batió en retirada. Las cartas estaban sobre la mesa. Sabía que su madre había escogido un bando y que no era el suyo. Pronto estallarían las contiendas. Estaba en minoría.

Se refugió en su habitación; allí encontraba siempre la paz, aunque esta vez no fue tan fácil. No quería pensar en su discusión y su mente localizó otros recuerdos que la hicieron suspirar. El encuentro con Gonzalo había sido inesperado.

«Por Dios, Inés, te has vuelto una desvergonzada.»

Pero no fue ahí donde se detuvo, sino en la idea de qué estaría haciendo él. ¿Se vería con la actriz? Aquel pensamiento la torturaba. Dejó la carta para más tarde y buscó el libro que había comenzado a leer para perderse en otras vidas, otras historias, otros amores.

Un par de horas después, su madre entró a verla.

—¿Qué haces?

—Nada, leía un poco.

Teresa le tomó el libro de las manos y leyó.

—*Fortunata y Jacinta*, de Benito Pérez Galdós. ¿Dos historias de casadas?

—El autor narra la vida de dos mujeres que se entrecruzan.

—Y algo tienen en común —conjeturó Teresa sobre las protagonistas de la novela.

—Sí, me temo que sí —respondió risueña.

—Ya me lo prestarás cuando lo termines.

A pesar del buen humor que mostró, Inés notó a su madre nerviosa. Se sentó en una butaca y se levantó para guardar en el armario una falda que se había quitado y dejado sobre un diván.

—¿Se encuentra bien, madre?

—Sí... Es que... Ya sabes que no me gusta el desorden.

—Y Gregorio, ¿se fue a dormir?

—No, salió al Círculo Ecuéstre, quería ver a un amigo. —Su madre volvió a sentarse y supo que vendría la regañina—. No tienes paciencia, Inés, y no me gusta veros discutir. Luego no estoy de humor y discutimos nosotros. Dice que te consiento. ¿Qué te cuesta dejarle hacer?

—Madre, ¿es que me pide que me quede en casa y le ceda el control de todo lo que creó padre?

—No, no, yo no pido eso, pero él se ve menos hombre si está a tus órdenes. Está muy preocupado por las ganancias, por eso cree que al vender el edificio del Raval y trasladar la fábrica nos irá mejor.

La observó de reojo y percibió que su ánimo no parecía tan alegre como los días pasados. Se sintió culpable y se dijo que tenía que enmendarse; no quería disgustarla, tal vez era muy rígida.

—Está bien, madre, trataré de ser más indulgente, pero nada de vender. Ni venta ni cambios. Quizá podría compartir la dirección, que Gregorio se hiciera cargo de alguna sección.

—¿Ves, hija? —dijo su madre con satisfacción—. Así tendrás algo más de tiempo para salir

con tus amigas.

* * *

Gonzalo estaba preparado y listo para empezar su nueva vida en su propia casa. Ya había trasladado la mayoría de sus cosas, pero el trabajo le había ocupado tanto tiempo que tuvo que retrasar su marcha. Sin embargo, había llegado el día.

—Entiendo que deseas tu propio espacio —admitió su madre—, pero no te olvides de tu familia.

—Madre, estoy a unas calles; además, usted sabe que eso es imposible.

—Si luego estará aquí a la hora de la cena —señaló su abuela con ironía.

—Este no es como Manuel, este me costó más parirlo; por eso me duele tanto cuando se aleja.

—Empiezo a pensar que debería ir a hablar con algunos de mis mentores, madre —bromeó.

—A tu madre no le pasa nada, aléjala de tus amigos los psiquiatras —sentenció su padre, que se mantenía al margen de su conversación.

—Padre, me gustaría que viniera un día, quizá pueda ayudarme a montar la consulta. —En un intento de limar asperezas, trató de sonar amable a pesar de que su progenitor ni lo miraba.

—No sabía que tenías tiempo para una consulta privada. Puedes venir a la mía cuando quieras.

—Rodrigo, por favor. Ya lo hemos hablado. Ibas a comportarte.

—Lo siento, Elvira, tienes razón —se disculpó—. Estaré encantado de ayudarte, hijo. Adiós, aunque nos veremos pronto.

Gonzalo vio que su padre lo miraba serio y le intuyó alguna chispa en los ojos, pero quizá se equivocó, porque lo vio salir apresurado del salón.

—No le hagas caso. —Lo animó su madre—. Te he buscado una mujer para que se encargue de la casa. Es limpia y silenciosa; ni notarás que está por allí. Y ven a cenar por lo menos dos veces por semana.

—Ya veremos.

Gonzalo salió del hogar de sus padres con la sensación de que volvía a marcharse, para varios años, por la despedida que le brindaron su madre y la abuela. Se había despedido del abuelo por la mañana y Mariona se había empeñado en ir a visitarlo cuando estuviera instalado, lo que significaba que al final de la tarde la tendría allí. Salió con prisa, iba a llegar antes que él.

Era un piso grande para él solo, pero le resultaba tan familiar que se sintió muy cómodo desde la primera vez que fue a echarle un vistazo. Su madre se había encargado de arreglarle las cortinas, la ropa de cama y los enseres de la cocina, revisar los muebles y que todo estuviera reluciente. Sabía que para ella era importante tenerle la casa a punto y a él le facilitó las cosas.

Al entrar en su habitación dejó sobre la amplia cama, de madera oscura, la maleta que portaba.

Al abrirla lo primero que encontró fue la bata que Mariona le había regalado, la bata que le había confeccionado Inés.

«Inés.»

No se la sacaba de la cabeza, sobre todo después de la fiesta francesa. Se recreó durante unos instantes en sus recuerdos. Su piel fina y tersa, el aroma a rosas, sentirla estremecerse con sus caricias, notar lo apasionada que era. Necesitaba verla, volver a besarla. Se moría por tenerla, pero no quería convertirla en su amante; él quería más. Estaba enamorado. Tendría que darle tiempo y averiguar qué sentía por Charles, pero también debía resolver su propia situación. No tenía nada con Arabela, ella recurría a él en sus salidas para no hacerlo sola, pero sí habían estado juntos en un par de ocasiones y no quería que eso perturbara a Inés. Esa noche hablaría con ella a la salida de la función. Podía ser su amigo, nada más.

El timbre de la puerta lo sacó de sus pensamientos. «Mariona está aquí.»

* * *

Al día siguiente, salió con prisa del hospital mental. A su hermana se le había escapado, la noche anterior, que Inés estaría en la tienda de modas por la tarde; iban a salir de paseo. No dudó en acercarse para hacerle una visita. Cuando entró, encontró a las tres amigas mirando una revista.

—Buenas tardes, ¿interrumpo? —Fijó la vista en Inés. Llevaba un vestido color lavanda y estaba preciosa. Se percató de que se sonrojaba ante su escrutinio.

—Mirad quién va a invitarnos a una horchata —afirmó Mariona.

—Hola, Gonzalo, ¿cómo está?

Que no lo tuteara lo sorprendió, pero entendió que había más gente alrededor.

—Muy bien. Mariona dijo que iban a salir y me he apuntado a su pequeña fiesta. ¿La molesta?

—No, en absoluto.

—¿Cómo le va, doctor? —Lo saludó Lali y quiso darse una torta en la frente al no haberla saludado antes; iba a descubrirse. Aunque quizá ya lo había hecho al aparecer por allí. Esta se dirigió a Inés a la vez que cogía unas llaves—. Voy cerrando la persiana de los aparadores.

No le pasó inadvertido que Mariona salió con su amiga. Al mirar hacia Inés, esta había desaparecido y la siguió a la trastienda. La encontró cogiendo su sombrero y su bolso.

—Inés.

Ella lo miró con los ojos entornados. No respondió, pero no le hizo falta. Se le acercó tanto que ella tuvo que apoyarse en la pared, y entonces la besó. Reaccionó como él deseaba: activa, pasional; le rodeó el cuerpo con los brazos y se lo dio todo.

—Quería verte. El viernes tengo el día libre, ¿qué te parece si damos ese paseo en globo?

Ella lo miró con cara de preocupación.

—Si prefieres podemos ir a las Golondrinas del puerto, pero creo que eres una mujer valiente y las vistas pueden ser impresionantes.

La vio dudar y se le hizo eterno el tiempo en que tardó en contestar.

—No, el globo será interesante.

—¿Podrás cogerte el día libre?

—Sí, creo que mi padraastro hasta lo agradecerá —bromeó—. ¿Vamos? Nos aguardan.

—Espera...

La besó otra vez, su boca era adictiva para él.

—Gonzalo, tengo una pregunta. La otra noche, tú... cuando nosotros...

—¿Sí? —Sonrió. Era delicioso verla apurada por nombrar lo que hicieron. Intuyó lo que quería saber y no quiso que sufriera más bochorno.

—Existen algunas cosas que impiden derramarse dentro.

—¡Ah...! —Vio que su respuesta la sorprendía—. ¿Y sueles llevar de esas cosas en el bolsillo?

Él soltó una carcajada, pero se dio cuenta de que ella podría sospechar y lo aclaró rápido. No iba a contarle que se los había dado el boticario del hospital y él pretendía dárselos a su hermano y su amigo, aunque también se había guardado unos pocos para él, pero algo tenía que inventar.

—Es una larga historia, quizá otro día te la cuente. Pero no debes preocuparte.

Al salir la ayudó a cerrar la última cancela y antes de partir a la terraza de alguna cafetería le susurró al oído.

—Cuando vengas a verme a mi nueva casa te los enseñaré.

* * *

Inés había decidido no ir por las tardes a la oficina, así Gregorio podía estar más cómodo. Le había delegado algunas funciones como el personal, los proveedores y la relación con algunos clientes. Consideraba que había hecho grandes concesiones. También había pedido colocar una mesa en el despacho de casa y para ello tuvo que sacrificar el sofá de su padre. Ese gesto le había gustado mucho a su madre, porque aceptaba compartir su espacio y verla feliz la satisfacía mucho.

Estaba en su habitación leyendo cuando Encarna fue a avisarla de que tenía una visita. Se estremeció de pensar que sería Gonzalo, pero fue a Charles Leduc a quien encontró en el salón hablando con su madre.

—Buenas tardes, Charles. No lo esperaba.

—Inés, disculpe que la visite en su casa sin avisarla.

—No es problema. ¿Le apetece una taza de café, algo fresco?

—Aceptaré un café.

Inés se dirigió a la puerta del salón para avisar a Encarna o Lupe, pero su madre la interceptó.

—Yo me encargo, debo ir a la cocina a revisar la cena.

La disposición de su madre le sonó a excusa; pretendía dejarlos a solas. Pensó que había interpretado mal la visita. No pudo aclarárselo con Leduc allí y, además, se escabulló demasiado de prisa para darse cuenta por sí misma. Iba a decepcionarse cuando supiera que no era más que un amigo.

Se sentó en el sofá y Charles, que se había levantado al entrar ella en la sala, volvió a su asiento.

—He de regresar a París. He realizado los negocios que vine a hacer y creo que no me ata nada más aquí.

—Oh, pensé que se quedaría unas semanas más. Solo hemos ido una vez al Liceo y dijimos que iríamos al teatro Novedades o al Tívoli.

—Sí, lo dijimos, pero...

Inés se sorprendió al ver que Charles se levantaba y se sentaba a su lado.

—Inés, sé que mis esperanzas están perdidas con usted. Lo supe hace dos años en la casa de campo; creí que algo podría nacer cuando la visité tras la muerte de su padre, pero sus cartas y sobre todo estos días me han hecho darme cuenta de que solo soy un amigo y no hay sitio para mí en su corazón.

—Charles, yo nunca pretendí darle esperanzas.

—Lo sé, no me las dio, solo que yo pensé que quizá con el tiempo aprendería a estimarme. Pero la otra noche en la fiesta abrí los ojos. Cómo me gustaría que tan solo me dedicara una mirada como las que le regala a él.

Inés se retorció las manos de los nervios. En casa nadie sabía de la existencia de Gonzalo y prefería que siguiera siendo así.

—Lo siento —balbució apenada—. Mis sentimientos no son los que espera.

—No se disculpe. Estaba advertido por Mathilda, que no una vez, sino en varias ocasiones me dijo que usted estaba enamorada de otro hombre, pero yo nunca he querido creerla porque en ninguna de sus cartas mencionó al doctor.

Inés soltó un suspiro; no quería causar daño a Charles y se recriminó no haberse dado cuenta de los sentimientos que él albergaba.

—No esté triste, solo dígame que él siente lo mismo que usted.

—No puedo. Nunca nos hemos dado palabra de amor. —No era del todo cierto: una vez se hicieron promesas, pero Inés dudaba de que él volviera a exponerse. Quizá eran amantes, aunque nunca lo confesaría. Sabía que no soportaría durante mucho tiempo esa posición; prefería quedarse sola si no podía tener a Gonzalo. Sin embargo, lo que más la perturbaba era que él continuara con la actriz y ella fuera la otra.

Su madre apareció con Lupe, que dispuso en una mesa un servicio de café. Al momento,

apareció con una jarra de porcelana humeante y algunas galletas.

Charles derivó la conversación a describir algunos inventos que había adquirido en la exposición, aparatos para la construcción, y su madre le pidió que le hablara del hijo que habían tenido Eugénie y Léonard.

A pesar de que lo invitaron, Charles no se quedó a cenar. Lo despidió en la puerta y, aunque él se mostró alegre y hablador, cuando le lanzó la última mirada vio restos de dolor. Esperaba de corazón no haberse equivocado.

16

Inés llegó al pabellón del Círculo del Liceo, a la explanada en la que estaba el globo cautivo, más nerviosa de lo que pretendía mostrar. Había aceptado la invitación de Gonzalo motivada por su deseo de que fuesen amigos y se conocieran un poco más, pero habían pasado tantas cosas entre ellos... ¿Cómo podía ser amiga de un hombre que cada vez que la encontraba la avasallaba y le hacía perder el sentido? Tenía que impedirle que la besara otra vez, que la tocara. No confiaba en sí misma, aunque añoraba sentir cómo hacía que se estremeciera con sus caricias. Pero él nunca sería para ella y su vida ya era bastante complicada. Quizá ser amantes podría valerle un tiempo; sin embargo, sabía que se autoengañaba. Lo amaba y no podía soportar verlo pasear con otra mujer del brazo, y menos compartirlo.

—¿Estás lista? —le susurró al oído.

Su cercanía la atolondraba. Él le había propuesto recogerla en el paseo de Gràcia, en la tienda de modas, pero ella pensó que el reducido espacio de un coche iba a ser un suplicio. Temía lanzarse a sus brazos y confesarle su amor. Decidió ir caminando; así templaría los nervios. Qué equivocada estaba. Cuando lo vio, se deleitó en su porte. Iba elegante, con un traje impecable y el sombrero alto. Le gustaba su barbita, le hacía cosquillas. «Debería ser pecado ser tan apuesto.» Se le acercó risueño y le tomó la mano al detenerse frente a ella. Lo que la sorprendió fue la voz ronca que impregnó sus palabras.

—Estás muy linda. Este vestido combina con tus ojos. Me gusta cuando vas con tonos claros y verdosos, se nota que estás alegre.

Le gustaba que se tutearan, lo hacían siempre que estaban a solas; en público, guardaban las formas.

—Eres un adulator.

—Y a ti te gusta torturarme.

—No hay mucha gente. —Inés cambió de tema, la mirada que le dedicaba incendiaba partes de su cuerpo—. Dicen que es una de las curiosidades del momento. ¿De verdad es seguro? No quiero acabar en el mar. No sé nadar.

Él soltó una carcajada y ella se agarró a su brazo para iniciar el recorrido que los llevaría hasta el lugar desde el que se entraba a la barquilla. La concurrencia aumentaba ante la inmediatez de una elevación; algunos pagaban cincuenta céntimos solo para acceder al recinto donde se

preparaba el globo para el ascenso. Subir no era barato: cinco pesetas y se podía ver Barcelona a vista de pájaro. Era cosa de locos, había oído decir Inés.

—No tengas miedo, no va a pasar nada. Nos elevaremos casi trescientos metros, pero en todo momento estaremos sujetos a tierra por una soga —le explicó—. Y si caemos al mar, prometo rescatarte.

—Ya me dejas más tranquila.

Pero no, no lo estaba. La visión del globo la intimidó, aunque eran la cercanía y la voz del doctor lo que la aturullaban.

—Buenos días, don Gonzalo. ¿Ya encontró la compañía? —saludó el hombre encargado de dar paso a la barquilla. Él le entregó unos papelitos con una sonrisa ladeada.

—¿Lo conoces? —musitó extrañada.

—Son casualidades de la vida. Lo operé cuando era cirujano. —Bajó la voz y añadió—: Y he podido convencerlo para subir cuando el grupo sea más pequeño; así tendremos más intimidad.

El encargado, con voz autoritaria, gritó a la muchedumbre que esperaba su turno que ascenderían pocas personas porque iban a tomarse fotografías aéreas. Dio paso a un hombre cargado con una cámara, unos padres con su hijo y, como si escogiera al azar, los señaló a ellos dos. En la cesta esperaba otro trabajador que se encargaba de manejar el globo.

—¡Ay, Dios mío! ¡Qué temeridad! —chilló una mujer del público.

Inés la observó con preocupación, pero Gonzalo le sujetó la mano y le infundió la seguridad que le faltaba. En ese momento, alguien los exhortó a mirar al frente y les hicieron un retrato.

—Yo no pondría en peligro tu vida, Inés, y si caemos..., caeremos juntos.

—Así no me ayudas.

El niño y los padres tomaron posiciones y ellos se colocaron en el lado opuesto, mientras que el hombre de la cámara se situó en el frontal. Con pericia, el operario inició las maniobras y dio algunas instrucciones en catalán al conocido de Gonzalo. La gente se separó unos pasos hacia atrás y el artilugio empezó a ascender. Inés se tambaleó a consecuencia de la pérdida de equilibrio y se agarró con fuerza al borde. Sin ceremonia ni disimulo, Gonzalo la abrazó por la cintura.

—¿Mejor?

—Me apura tener mal de altura y hacer el ridículo.

—No voy a soltarte.

—Gracias —musitó—. Nunca había vivido una aventura.

—Me encanta que tus primeras veces sean conmigo —aseguró él con una sonrisa traviesa. Se ruborizó al entender el doble sentido de sus palabras.

El globo ya se alzaba por encima de los edificios y podían contemplarse los diferentes jardines del parque. Una voz infantil a sus espaldas los hizo reír. El niño había oteado las montañas rusas y pretendía que al bajar subieran en ellas.

—Miren, es impresionante la forma de herradura del gran Palacio de la Industria y el Comercio —advirtió el fotógrafo, y señaló al frente.

—¡La cascada, padre! ¿Ha visto la cascada? En mi vida he visto nada tan bonito —gritó el niño, que se movía por el pequeño espacio como si estuviera en el salón de su casa.

Una ráfaga de aire golpeó la cesta y los pasajeros enmudecieron al tambalearse.

—No se apuren, *això* es normal.

Sería normal, pero Inés se había asustado. Sin querer mirar hacia abajo, cerró los ojos.

—Ábrelos, cariño —le susurró Gonzalo al oído. Se colocó detrás de ella y se agarró al borde de la cesta con ambas manos. Inés quedó atrapada entre sus brazos—. No te pierdas este espectáculo.

Sentirlo tan pegado a ella le dio reparo, pero era más grande el miedo que tenía. Él debió de notar que se estremecía, porque percibió un pequeño suspiro de anhelo. Más relajada, se dejó caer sobre su pecho y contemplaron en silencio la belleza del parque y el perfil de la ciudad con el mar a lo lejos.

—Te tendría así, entre mis brazos, el resto de mi vida —musitó.

Ella giró un poco la cara para verlo y él le dedicó una sonrisa tensa. Tenía tan cerca sus labios que quería probarlos, y vio el mismo deseo en los ojos de él.

—¿Son recién casados? —preguntó la mujer, que trataba de sujetar a su hijo. No se habían dado cuenta de que estaba tan próxima a ellos.

Inés esbozó una mueca tímida con la sensación de que las mejillas se le habían encendido, Gonzalo se apartó un poco.

—¡Bésela, hombre! —animó el fotógrafo—. Bese a su mujer con la ciudad a sus pies.

Se miraron con la sonrisa pintada en la cara y ojos chispeantes. Gonzalo no le dio tiempo a pensar y se apoderó de su boca para fundirse en un beso. De reojo, percibió que los otros ocupantes les daban intimidación y se distraían con la vista clavada en el horizonte. Se dejó llevar por la ingravidez y la sensación de flotar, de libertad. Él también estaba extasiado, exploraba todos los rincones de su boca a la vez que la pegaba a su cuerpo como si nunca antes se hubieran besado. Cuando separaron los labios, la escrutó con tanta intensidad que ella creyó morir de vergüenza y escondió la cara en su pecho.

—Te estás volviendo una descarada —bromeó él.

No se había dado cuenta, pero habían empezado el descenso hacía un momento y en un instante llegarían a tierra. Se despidieron del resto de los pasajeros y, aturdida aún por las emociones que se le habían disparado en el globo, esperó a que Gonzalo hablara.

—Demos un paseo, creo que lo necesitamos —propuso él al salir de la barquilla.

—Me vendría bien sentarme.

Se dirigieron a los jardines y buscaron una glorieta. Se sentía excitada, alterada y como si no

tuviera control sobre su cuerpo; Gonzalo le producía siempre ese efecto. Lo observó de reojo; él también parecía tenso, rumiaba algo.

—Gonzalo —lo llamó y, de inmediato, se detuvo—. Quiero darte las gracias. Nunca voy a olvidar este día.

—Inés...

Su nombre se escapó de sus labios como en un suspiro, casi con devoción. Como cuando... No, no podía pensar eso. Le vería el deseo en la cara.

—¿Qué hay entre Charles y tú? —le preguntó de pronto—. No dejo de pensar en ti, Inés, y no soporto verte con él. Necesito que me digas si existe algo entre vosotros.

—Somos amigos. No hay nada entre nosotros, nunca lo ha habido —respondió a la defensiva—. Además, ¿qué puedes reprocharme? ¿Acaso crees que a mí me gusta verte con esa actriz?

—Esa actriz no es nadie para mí. Fuimos algo una vez, es cierto, pero ya no.

Él le tomó la mano y jugó con los dedos.

—Eres mi vida, Inés. Yo tampoco voy a olvidar este paseo. Nunca. —Clavó los ojos claros en los de ella. Inés no supo qué decir y le preocupó que lo que él añadiera fuese una despedida—. Soy un hombre de ciencia, conozco bien las pasiones humanas y por qué se enajenan los hombres. Llevo tiempo analizando mis sentimientos. No me reconocía, algo me pasaba, pero ya sé el mal que me consume. Eres tú, Inés. Tú haces que me falte el aire, que el corazón me lata desbocado cada vez que te veo, cada vez que tus labios tocan los míos. Eres lo que más me importa. No puedo explicar lo que siento sin aceptar que me aflige el peor y más dulce de los males. Estoy enamorado. Ardo de deseo por ti.

—Gonzalo —musitó, pero él le atrapó los labios y le devoró la boca con hambre. La apretó tanto a su cuerpo que Inés pudo comprobar lo excitado que estaba.

—Me gusta tanto oír cómo me llamas... Te amo, Inés; te amo, vida mía. Devuélveme la cordura, dame una esperanza, dime que no estoy equivocado y que tú sientes lo mismo.

—Dios mío, he querido oír esto tantas veces... Me haces tan feliz... Yo también siento ese mal del que hablas. Yo también estoy enamorada. Yo también te quiero.

Se abrazaron sin decir nada, solo por el placer de sentir sus respectivos cuerpos. Inés pensó que recordaría esas palabras siempre.

* * *

Llevaba varias horas con el libro de cuentas abierto, aunque no se concentraba del todo. Su mente era una maraña de imágenes, palabras y emociones que le costaba controlar. Estaba tan perdida en sus pensamientos que no se percató cuando la puerta de su despacho se abrió y alguien entró.

—¡Aquí la tiene! —oyó la voz de Gregorio hablar con alguien y se obligó a atender. Le molestó que no hubiera llamado a la puerta, ¿o lo había hecho?

—Buenas tardes, señor Vidal —saludó al ver al hombre que acompañaba al marido de su madre.

Se levantó de su escritorio y evitó tenderle la mano con un gesto estudiado con el que simulaba alisar las arrugas de la falda. Él portaba un paquete peculiar en una mano y en la otra, el sombrero.

—Estaba por aquí, tenía una reunión de negocios con el señor Prat y he querido saludarla. Mi padre le envía saludos.

—No sabía que fueran a reunirse, podría haberlos acompañado —dejó caer con una sonrisa ladeada y con la vista puesta en Gregorio.

—Ha sido una reunión improvisada, nada importante —se justificó su padrastro.

—Le he traído un regalo.

—¿A mí? ¿Y por qué lo ha hecho?

—Quiero agradecer las consideraciones que han tenido con nosotros. Los Vidal somos gente honrada y siempre cumplimos nuestros compromisos.

Inés no entendía a qué se refería, pero lo averiguaría más tarde.

—Tenga. —Le entregó el objeto envuelto que no admitía dudas—. Es una sombrilla.

Inés lo aceptó sin muchas ganas; no le gustaba recibir regalos sin motivo, solían llevar una demanda implícita.

—Es de la Casa de los Paraguas.

Rompió el papel que la cubría y descubrió una sombrilla blanca con adornos orientales. No podía negar que era del establecimiento de las Ramblas.

—Muchas gracias —correspondió amable. Le gustaba usarlas, aunque reconocía que había perdido más de una. A pesar de que le gustó, era un detalle que la intrigaba.

—He pensado en invitarla al Liceo. Mi buena amiga, la gran Arabela, representa a *Aida* y tengo un palco reservado.

¡Santo Dios! Era el colmo de la mala suerte. ¿Por eso le había llevado un regalo, para invitarla al teatro? Y encima para ver a la dichosa actriz. No recordaba que se conocieran.

—No es una ópera que me atraiga especialmente.

—Pensé que te gustaba, tu madre dice...

Gregorio iba a descubrirla, así que pensó algo rápido.

—Me gusta la ópera, pero esta es un poco larga... ¿Dice que tiene un palco? ¿Podría invitar a mi querida amiga Eulalia para que nos acompañara? Se muere por verla y me sabría mal ir sin ella. Me parece que la traiciono.

Ya se disculparía con su amiga por ponerla en semejante brete. Fue fugaz, pero le pareció que

la expresión de Elías Vidal mutó de una sonrisa a una ligera tensión en la comisura de los labios; pensó que no era la respuesta que esperaba.

—Por supuesto. ¿Le va bien este domingo?

—¿Le parece bien que lo avise? No sé cómo lo tendrá ella. Quizá el próximo miércoles o el viernes.

—Esperaré con ansia su recado —respondió—. Me despido, no quiero robarle más tiempo.

Esa vez no pudo librarse de que le estrechara la mano. No llevaba guantes y la incomodó el contacto; la del hombre estaba húmeda.

Tuvo la impresión de que Gregorio la miraba satisfecho cuando salieron de la oficina. Al quedarse sola, miró la sombrilla; era muy bonita y la dejó sobre la mesa. Tenía que volver a la tarea, ya había perdido mucho tiempo.

Había sido un fin de semana extraño. El domingo por la tarde había salido a pasear con Gonzalo, recorrieron en barca el lago de la Ciutadella y él había estado muy atento y cariñoso. Quería hablar con su familia y casi habían discutido porque ella le había pedido tiempo. En casa no se sentía tan feliz. Su madre parecía distraída y Gregorio y ella se evitaban todo lo que podían.

Regresar al trabajo la llenaba de energía, pero estaba agotada y solo era lunes. Al llegar a casa, su madre estaba en el salón. La sorprendió verla sin hacer nada, apoyada en el respaldo de un sillón y con la mirada perdida en sus pensamientos. Su actitud le recordó otra escena similar, de un tiempo pasado, y se alarmó.

—Madre. ¿Se encuentra bien? —preguntó con tensión.

—Sí, sí —se incorporó de golpe—. ¿No viene Gregorio contigo?

—No, nunca lo hace.

—¿Sabes si vendrá pronto a cenar?

—Pues no, tampoco.

En aquel momento la puerta de entrada sonó con un portazo y las dos se miraron extrañadas. Gregorio entró en el salón directo hacia el mueble bar. No esperaba verlas, porque su cara reflejó el asombro de encontrarlas.

—Ah, estáis aquí.

—¿Dónde esperaba que estuviéramos? —preguntó con guasa.

—En la cocina, haciendo cosas de mujeres, yo qué sé —respondió malhumorado.

—¿En la cocina? ¿En serio? —replicó Inés ante la cara de súplica de su madre; comprendió que no quería oír otra discusión—. Bueno... No es un lugar en el que me moleste que me encuentren. —Miró a su madre y templó la voz—. Voy a cambiarme, no tardo nada. Avisaré a Lupe para que tenga lista la cena.

No había llegado a la entrada del salón cuando Gregorio la llamó.

—Espera, por favor. No quiero discutir en la mesa, acordamos que no es el lugar para hablar de

negocios. —Gregorio miró a su mujer, Inés pensó que en alusión a algún pacto entre ellos—. Hoy he tenido unas reuniones importantes y creo que es preciso cambiar el nombre de la empresa. Es un buen momento; dejaríamos atrás la vieja imagen y enfrentaríamos el futuro con un nombre más acorde a los nuevos tiempos.

Recibió el impacto de sus palabras como si hubiera sido una bofetada. No quiso exaltarse y tuvo que hacer un gran esfuerzo de control.

—No veo qué problema tiene nuestro nombre. Tejidos Ribas y Calasanz —enfaticó con sarcasmo—. Suena bien.

—¿Qué quieres decir, querido?

—Me he reunido con algunas personas del banco, quería indagar sobre los intereses que nos pedirían si solicitáramos un préstamo. Quiero tantear el mercado por si adquirimos una nueva sede y...

—Ya zanjamos ese tema, que yo recuerde —lo cortó Inés—. Así y todo, se citó a alguien del banco para que nos informara.

—Sí, me quedó bastante claro que no tengo muchos votos —se quejó él con indignación—. Y, también, que mis nuevas funciones las has soltado obligada por tu madre. Por eso quiero incluir mi nombre en la empresa, así se acallarán los rumores malintencionados.

—¿Qué rumores? —preguntó Teresa con voz afectada.

—Los que dicen que me casé contigo por tu dinero.

—¿Por qué dirán eso? —interpeló con retintín.

—¡¡Ves!! —gritó Gregorio a su madre—. ¡No soy yo quien busca pelea!

—¡¿Cómo que no?! Pretende cambiar el nombre de nuestra empresa, la que creó mi padre, la que era de mi abuelo —se justificó Inés—. ¿Y cómo piensa llamarla? A ver, ilumínenos con ese nombre moderno.

Gregorio se dirigió a las botellas que había sobre un pequeño mueble y vertió un dedo de coñac en un vaso. Más sereno, tras el trago, respondió.

—Casa Prat Calasanz.

Sintió que el cuerpo se le incendiaba de ira por dentro. Por el rabillo del ojo, vio a su madre que se recostaba en el sillón de nuevo y él, ufano, se echaba más coñac en el vaso. Respiró hondo y dijo con toda la calma que pudo reunir, que fue bastante poca:

—Siga soñando si cree que aceptaré cambiar el nombre de la empresa. Ribas y Calasanz soy yo. Inés Ribas y Calasanz. ¿Quiere que se llame Casa Prat? —preguntó y se echó a reír—. Se carga de un plumazo a mi padre. ¿Tanto le molesta su sombra?

—Inés, ya basta —pidió su madre.

—Lo siento, madre. No puede permitirlo.

Para su desasosiego, Teresa se echó a llorar y corrió a atenderla, pero se sintió rechazada

cuando Gregorio en dos pasos estuvo a su lado y ella se dejó abrazar por él.

—Avisaré a Lupe para la cena. Yo cenaré en mi cuarto —anunció antes de salir del salón.

La noche siguiente no fue mejor. Teresa le había pedido que cenara con ellos. No quería que la familia se rompiera y le rogó más paciencia con Gregorio.

—Él solo quiere formar parte de esto nuestro, se siente desplazado y trabaja tanto... Se preocupa mucho por tener nuevos clientes, las ventas se han incrementado y no hay problemas con los trabajadores. —Inés escuchaba a su madre repetir lo que, con toda probabilidad, él le había dicho.

—Madre, yo no quiero enfrentarme a él, pero es que tenemos formas distintas de dirigir la empresa. No quiero que se afecte así, como anoche. Me preocupa.

—¡Ay, Inés! Hija, es que no sé cómo hacer. Estoy entre los dos. Dice que no me impongo, que no puedes hacer lo que quieras. Ayer se fue después de cenar, enfadado, regresó casi al alba. Ya no es como al principio. Está nervioso y solo quiere demostrar que puede ganar dinero.

La voz melancólica de su madre la dejó muy preocupada.

La ayudó a poner la mesa y se esmeró en que todo estuviera como a Gregorio le gustaba; era como una ofrenda de paz.

Pero la cena transcurrió en silencio hasta que lo oyó hablar.

—Querida, el próximo sábado tendremos invitados a cenar. Mis amigos, los Vidal.

—Es una buena idea. Será divertido hacer una cena de amistades. Quizá llame a Pura y le pida que venga también.

—Como quieras.

Gregorio la miró de frente e Inés supo que lo siguiente era dedicado a ella.

—Me parece una descortesía que aún no hayas contestado a Elías sobre su invitación, además de ser muy desconsiderado por tu parte decir que llevarías a una amiga a vuestra cita.

—¿Qué invitación? —preguntó Teresa.

—El hijo de Vidal la invitó al Liceo. Es un buen muchacho, sería un buen marido.

—¿Ahora va a buscarme un marido? ¿Por eso lo animó a que me invitara? Es un pusilánime.

—Así podrás dominarlo bien. Quizá deberías pensar en él como esposo; no eres mayor de edad todavía y, como padres, nosotros podríamos tener algo que decir. —El sarcasmo que les imprimió a sus palabras dejó a Inés helada.

—Madre, ¿no piensa decir nada?

—No sé, Inés. Tal vez sea verdad que un esposo podría centrarte. Estás muy litigante y quejosa siempre.

Inés habría preferido que su madre no hubiera dicho nada. Tuvo la impresión de que no quería contradecir a Gregorio, pero con sus palabras le había partido el alma.

Inés esperó a que no hubiera un solo ruido en la casa. Se había cambiado el vestido por una falda oscura y una camisa blanca. Cogió un chal del armario, se lo extendió por los hombros y se encaminó sigilosa hacia el cuarto de Encarna. Sabía que no estaría dormida todavía. Era una ávida lectora y devoraba todas las novelas románticas que le caían en las manos. Tocó en la puerta con los nudillos y al instante apareció la doncella con el pelo trenzado a un lado, un libro en la mano y el camisón por las pantorrillas.

—¿Ocurre algo, señorita? —preguntó con preocupación.

—No, nada, pero necesito tu ayuda.

Se coló en su habitación para explicarle el plan.

—Voy a salir.

—¡Ahora! Si es noche cerrada.

La escuchó a regañadientes, pero se prestó a ayudarla. Debía cerrar la puerta cuando saliera y abrirle en la madrugada. Tenían costumbre de atrancar el portón de la cocina y debía asegurarse de que pudiera entrar. Aunque la doncella no consintió dejarla salir sola a la calle y parar un coche de caballos; tuvo que esperar a que se vistiera.

—Por su madre, señorita. Gaste cuidado. Si la pilla don Gregorio, no sé qué le hará, pero a mí me despelleja y después mi madre me mete en agua hirviendo.

—No seas novelera. Tocaré en tu ventana para que me abras.

Si no hubiera estado enrejada, se habría colado por ella, pero el aumento de robos en el barrio había hecho más prudentes a los señores de las casas y la suya parecía fortificada. Esperó agazapada hasta que apareció Encarna con un coche. Antes de despedirla, la doncella la previno para que no se topara con el sereno si no quería que la descubrieran.

El cochero la miró con detenimiento, pero no hizo preguntas. Ella le facilitó la dirección que conservaba grabada en la memoria y se acomodó en el interior. Fue entonces cuando se preguntó si él estaría en casa.

«Virgencita, que no haya salido.»

Durante el trayecto no se permitió llorar, pero los nervios empezaron a hacer que perdiera el control con que los había manejado hasta el momento. Gonzalo estaría en casa y la ayudaría. Se convenció.

El coche se detuvo justo enfrente del número indicado. Al salir, pagó al hombre, que no se bajó

del pescante, y, a pesar de que le rogó que la esperara, él azuzó los caballos y lo vio dirigirse calle arriba.

El portal era grande y se podía acceder a él a través de una pequeña portezuela. Entró con rapidez y subió al principal. Tocó el timbre con ansiedad. Necesitó hacerlo un par de veces hasta que oyó la voz ronca de Gonzalo pedir calma mientras manejaba la cerradura desde dentro. Cuando la vio, no le dio tiempo a decir nada. Se lanzó a sus brazos y se echó a llorar.

—¿Qué te ocurre, Inés? —inquirió preocupado—. ¿Por qué vienes a estas horas y así de asustada?

—Quería verte, te necesitaba tanto...

De pronto pensó qué iba a decirle. No podía inquietarlo, era capaz de presentarse a hablar con Gregorio. Se apartó de sus brazos y él la dirigió hasta el sofá. Llevaba el pecho descubierto y un pantalón de dormir.

—¿Te he despertado?

—Cielo, van a dar las doce —declaró risueño, como si fuera una obviedad—. ¿Cómo has salido de tu casa?

—Encarna, la doncella, me ha ayudado. He de regresar antes de la última ronda del sereno.

—Entonces tenemos tiempo. Cuéntame, ¿te encuentras bien? Te veo alterada.

Había olvidado que sabía leer la mente de los desafortunados.

—Es por la aventura.

Se refugió en su torso y acarició el suave vello negro que lo cubría. El calor se apoderó de ella y se retiró el chal. Gonzalo miraba todos sus movimientos, como si no creyera que estuviera allí, con él. A Inés le gustaba su perilla y la resiguió con la punta del dedo. Deseosa de probarlo, le posó los labios en el pecho y lo besó despacio, para subir hasta su nuez, la mandíbula y acabar en la boca. Inició un beso dulce, lento, que ganó en intensidad a medida que con los dedos exploraba su cuerpo con deleite. Tropezó con un bulto entre las piernas de él, pero no se batió en retirada y lo tocó con la mano abierta, animada por los ruiditos que él emitía.

—Inés. —Gonzalo cortó el beso, pero dejó resbalar la boca hasta su cuello y le roció de pequeños mimos la suave piel, hasta llegar a bordearle con la punta de la lengua el lóbulo de la oreja y susurró—: Quiero verte desnuda, Inés.

Ella se levantó y se quedó de pie delante de él.

—Ven —le pidió Gonzalo. La cogió de la mano y la llevó al dormitorio.

La cama estaba deshecha y la colcha que la había cubierto se arremolinaba en el suelo. Inés vio libros abiertos y hojas escritas sobre varias superficies.

—No te fijas en el desorden. Céntrate solo en mí.

Gonzalo volvió a besarla y después le desabrochó despacio todos los botones de la blusa. Una

a una retiró todas las prendas que llevaba hasta dejarla como si fuera Venus en su nacimiento. La tumbó en la cama y, antes de tenderse sobre ella, se quitó el pantalón.

A Inés le costaba creer que se pudiera ser tan feliz. Gonzalo era un buen amante y estaba segura de que guardaba muchas travesuras para otras veces, como aquel juego con el pañuelo.

Se amaron despacio, muy lento y sin prisa, había estado a punto de llorar de la emoción. Y luego repitieron de una forma apasionada que aún le sacaba el rubor de las mejillas si lo pensaba. Pero, aunque él había visto todos los rincones de su cuerpo, seguía dándole pudor que después de hacer el amor la viera sin ropa. Se cubrió con la sábana y se le acomodó en el pecho, bajo el brazo.

—¿Por qué no has querido que utilizara la funda, el condón? ¿No querías evitar un embarazo?

Inés se sonrojó al oír el nombre de «la cosa». Él le había explicado que estaba hecho de tripas de cerdo y había reído al mostrárselo: se ajustaba al miembro con una cinta azul. No solo eran para esquivar embarazos no deseados, sino que se utilizaban para impedir el contagio de enfermedades como la sífilis y otras infecciones. Pero ella, en un momento de locura, pensó que quedarse encinta no sería el mayor de sus problemas.

—Si me quedara embarazada, ¿dejarías de quererme?

—No, te querría todavía más.

—¿Y te casarías conmigo?

—Por supuesto. ¿Te gustaría?

—Yo me casaría contigo mañana mismo.

—¿Tienes prisa? —Rio ufano y la besó—. Todavía no tengo el puesto muy asegurado, pero podríamos vivir bien. Por el día tú te irías a tu taller y yo a mi hospital, y por las noches disfrutaríamos uno del otro, como ahora. Serías lo último que vería por la noche y lo primero al abrir los ojos cada mañana.

—Suenan tan bien que me da pena tener que despertar de este sueño y marcharme a casa.

Gonzalo la miró con tanta intensidad que no supo qué decir.

—Inés, ¿de verdad te casarías conmigo? No tengo mucho, puede que mi padre me haya desheredado. Todo lo que poseo es este piso, unos pocos ahorros y mi trabajo.

—Quizá yo pierda mi herencia un día de estos. —Entrelazó la mano con la de él y se la llevó a los labios para besarla—. Pero si tú me quieres, yo sería tu mujer.

Él pareció emocionado.

—Puedo ir a hablar con tu padrastro.

—No, todavía no. —Primero tenía que esperar a que la tensión bajara en su casa. Hablaría con su madre—. Déjame disfrutar de este amor clandestino.

Él la besó con tanta pasión que casi se enredó en su cuerpo de nuevo, pero tuvo que despegarse de sus brazos. Tenía que regresar a casa.

Gonzalo la acompañó y vigiló que nadie la viera. Se movían con tanto misterio que Inés pensó que, si el sereno los pillaba, pensaría que eran unos ladrones. Así y todo, en el momento en que Encarna abrió la puerta, ella se lanzó a los brazos del médico y le dijo con devoción cuánto lo amaba.

* * *

Inés iba cada tarde a la tienda. Le gustaba mucho pasar por allí; Lali siempre tenía algún encargo y lo hacían entre las dos. Allí sentada, con un pedazo de tela sobre las piernas o en la máquina de coser y una charla tranquila, se sentía libre. Podía conversar de cualquier cosa.

—Se te ve contenta cuando hablas del doctor —subrayó su amiga mientras cosía—. Entonces ¿piensas presentárselo a tu madre?

—Me gustaría hacerlo, pero voy a esperar a que se calmen las aguas. —Lo cierto es que no sabía cómo decírselo, nunca le había hablado de él—. Soy tan feliz con Gonzalo que si no lo tuviera sería una desgraciada.

—¡Ay, niña! —refunfuñó Lali—. La felicidad de una mujer no debe depender de tener un hombre al lado. Yo lo soy y no tengo ningún chaval rondándome.

—Eso lo dices porque no conoces a nadie que te guste. Cuando se quiere como yo quiero a Gonzalo, te falta el aire para respirar si no lo tienes.

—El amor es muy bonito, pero, ¡ay!, cuando se rompe. Te parten el corazón.

Su amiga sabía de qué hablaba.

—Estás ceniza hoy, ¿eh? —bromeó.

—No me eches cuentas, será que te tengo envidia.

—Pero ¿no era que no ibas a casarte para ser libre? ¿Que no querías atarte a ningún hombre?

—Casarse y amar a un varón son cosas distintas. Yo me entregué por amor, creí un montón de promesas falsas. El tiempo me ha hecho ver que sola no se está tan mal.

Con Lali siempre era fácil conversar.

La rebotica se había convertido, además de en taller de costura, en el lugar de encuentro con Mariona, que cuando salía de su trabajo en la consulta, se acercaba. Gonzalo también había comenzado a ir; algunas veces solo, otras con Bernat. Y siempre buscaban un rinconcito en el que esconderse para besarse, hacerse arrumacos y renovar sus palabras de amor.

Les gustaba escaparse solos y pasear por las calles, sin rumbo. Bajaban por el paseo de Gràcia y cruzaban la plaza de Catalunya para perderse por las callejuelas de la ciudad vieja. Él solía hablarle de su trabajo, de algún caso que llevaba, y se lo exponía como si ella entendiera de las enfermedades del cerebro. Para Inés era un poco duro, porque en ocasiones recordaba cómo debió de sentirse su madre mientras estuvo ingresada en un sanatorio mental; otras veces se compadecía

de los pobres enfermos y daba soluciones a sus malestares. Entre bromas, solía cambiar de tema. «Ahora me toca hablar a mí», le decía y entonces le explicaba cosas del taller y algún malentendido con Gregorio, con la esperanza de que él la comprendiera, pero se cuidó mucho de decirle la tensión en la que vivía.

Aquellos ratos eran como un pequeño oasis para Inés.

Gregorio no desechaba la idea de introducir su nombre en la marca. Había llegado a justificar su empeño en que, si a Teresa le ocurría algo, él podía quedar desprotegido según lo dispuesto en el testamento de su padre. Lo que más molestaba a Inés era que él había consultado con un abogado para exigir que se le reconociera y para ello pretendía hacer valer sus derechos de esposo. La insistencia del tema le valió una discusión con su madre y él lo dejó aparcado, aunque Inés sabía que en absoluto significaba que lo hubiera olvidado.

Las mañanas de los viernes Gonzalo solía tenerlas libres y ella buscaba excusas para encontrarse con él. Pero aquel día, cuando iba a salir a su encuentro, Encarna le entregó una nota que habían llevado. En ella Gonzalo le decía que no podrían verse porque tenía que atender una urgencia en el hospital.

Inés se sintió decepcionada. Cada día que pasaba se le hacía más difícil no verlo, pero entendía que su trabajo era duro y él se debía a sus pacientes. Cuando se desocupara, la avisaría o acudiría a verla a la tienda de modas. Como ya no iba a salir, decidió pasarse por la oficina; había dejado tareas pendientes. Además, su madre se había marchado al mercado con Lupe, así que adelantaría trabajo para disponer de otro día libre entre semana.

Cuando llegó al taller, su secretario la puso al día de los asuntos y la avisó de unos pagos que no se habían realizado. Le indignó que Gregorio se hubiera retrasado en dar conformidad a las facturas; quería evitarlo por todos los medios, pero parecía que él la buscaba. Acabarían discutiendo y al final parecería que había sido ella la que había iniciado la riña. Pero no podía dejarlo pasar.

Con paso decidido, se encaminó hacia su oficina, abrió la puerta con brío y le espetó su queja.

—Gregorio, se pue...

No pudo continuar. Gregorio tenía a una mujer sentada sobre la mesa y él estaba perdido entre sus pechos. Pareció no darse cuenta de la intromisión, porque ni se inmutó, y ella, enfurecida, cerró con un sonoro portazo.

La cara de sorpresa de él pasó por varios estados: asombro, indignación, indiferencia.

—Rosalía, déjanos solos.

Inés lo observó con odio y, si hubiera podido, le habría lanzado por los ojos dardos envenenados.

La mujer se abotonó con presteza el corpiño y pasó por su lado como alma que lleva el diablo. Ella la detuvo por el brazo y la contempló.

—Rosalía, ¿no? —La mujer asintió con una mezcla de preocupación y socarronería en la cara—. No hace falta que regreses. Fernández te pagará la semana. Estás despedida.

—No puedes hacer eso —se quejó Gregorio—. El personal forma parte de mis funciones.

—Ya veo cómo lo atiendes —espetó. Salió al descansillo que distribuía las oficinas y gritó—: ¡Fernández! ¡Fernández!

El hombre apareció apresurado.

—Paga lo que se le deba a esta mujer y que la acompañen a la puerta. Que no vuelva a entrar.

Sin mirar siquiera a Gregorio, se encaminó hacia su despacho y se encerró en él. Dio varias vueltas por el espacio como si fuera un gato enjaulado.

«No es posible, no es posible.»

El rostro de su madre se le aparecía risueño y al segundo siguiente, yermo, con surcos de lágrimas secas y la mirada perdida.

«Crápula, sinvergüenza, ruin. ¿Cómo se ha atrevido? Madre, pobre madre. Marrano, eso es lo que es. Un marrano y un canalla.»

* * *

Gregorio tuvo la desfachatez de seguirla a su despacho.

—No vuelvas a entrar en mi oficina si no quieres llevarte sorpresas.

—Eres un cínico. ¡Adúltero! Voy a decírselo a mi madre.

Él soltó una carcajada. Era inaudito, no parecía arrepentido.

—No tiene por qué enterarse. Si se lo dices, sufrirá y será por tu culpa.

—¡Crápula! Márchate, no quiero verte.

Le dio la espalda y él se le acercó para decirle con vileza:

—A veces, un hombre busca fuera lo que no tiene en casa.

Se volteó indignada.

—No pretendas hacerme creer tal cosa.

—Todavía eres una ingenua —se jactó. Inés no quería escucharlo. Le parecía obsceno, pero él continuó con altanería y a ella le sonó soez—. Yo no amo a esa mujer, pero me hace disfrutar. Tengo una dama en mi cama; sin embargo, fuera me gusta...

—¡Cállese!

—Estás advertida. Cierra esa boca si no quieres que...

—¿Qué? —Lo encaró de frente

—Será mejor que no te metas conmigo.

Gregorio salió con arrogancia de su despacho, como si no hubiera cometido ninguna falta. Qué

injusta era la ley. Un hombre podía hacer siempre lo que quisiera y lo peor era que, si lo acusaba, la sociedad no se lo recriminaría. ¿Y su madre?

Cayó derrotada en su sillón. Trató de serenarse; ya buscaría la forma de hablar con ella.

Al llegar a casa a la hora de la comida, su madre estaba en su habitación. La encontró recostada y aquejada de jaqueca. Se preocupó al reconocer sobre su mesita un pequeño frasco bermellón. «Láudano.» No consiguió que saliera a comer. Inés maldijo a Gregorio por causarle pena, porque tarde o temprano acabaría enterándose y rogó al cielo no tener que ser ella la que le abriera los ojos. Desde la gran discusión la veía con apatía y su gran temor era pensar en una recaída. Esa era la razón por la que guardaría para sí lo que había visto en la oficina; sin embargo, en algún momento tendría que enfrentarse al malnacido. No quería dejar las cosas como habían acabado por la mañana. Pensó que hablaría con él durante el almuerzo, pero no se presentó. Encarna le dijo que había enviado recado de que se excusaba porque tenía mucho trabajo; por lo visto, una reunión de última hora. Era una mentira. Lo sabía. «Ese no se atreve a verte la cara.» Supo que su madre había empezado a encontrarse mal después de haber recibido su nota.

Cuando regresó por la tarde del taller, Teresa estaba animada y contenta. Parecía otra. Gregorio le había regalado flores, un enorme ramo de rosas rojas que adornaban el centro de la mesa. Le había prometido que saldrían al Círculo Ecuéstre. Su madre se mostró entusiasmada porque cenarían fuera, en un restaurante, los dos solos. Le dio rabia pensar que se conformaba con poco al aceptar las migajas de su cariño.

Gregorio entró en el salón y mantuvieron un duelo de miradas; él no se achantó y ella tuvo que romper el contacto para que Teresa no se percatara del odio que se profesaban.

—Vamos, querida. Se nos hace tarde.

* * *

A la mañana siguiente, al entrar en el comedor a la hora del desayuno, se encontró con él.

—¿Y mi madre?

—Está arreglándose. —Dobló el periódico y esperó a que ella se sentara. Entonces se levantó y se le acercó. Se apoyó en el respaldo de su silla y le murmuró tan cerca de la cara que le repugnó—. Antes de que venga quiero hablar contigo.

No dejó que respondiera y siguió con un tono que pretendía intimidarla.

—Estoy cansado de tus quejas, de que no me des el lugar que me corresponde. Soy el hombre de esta casa y tú me debes respeto, así que he decidido...

Teresa entró en la estancia en ese momento y él se separó a una distancia prudencial.

—Querida, le contaba a Inés lo que decidimos anoche.

—¿Qué decidieron? —preguntó intrigada.

—Es el momento de que te cases. Tu madre está de acuerdo conmigo —soltó Gregorio con una sonrisa ladeada. Sintió que el corazón le zozobraba con fuerza, pero no movió ni una ceja; no quería demostrarle que aquella frase la había conmocionado—. Ayer hablé con mi gran amigo Vidal; cree que serás una buena esposa para su hijo. Elías necesita alguien que lo gobierne.

—¿Madre? ¿Qué significa esto?

—Es un buen partido, Inés. Creo que tienes demasiada libertad y actúas de una forma muy independiente. Te vendrá bien centrarte en un marido y dejar los asuntos laborales en manos de Gregorio. Una mujer de tu edad no debe ir sola de arriba abajo como vas tú.

—¿Eso es lo que piensa? ¿O esa idea se la ha metido él en la cabeza?

—Mi mujer y yo tomamos las decisiones juntos.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué opina ella de...?

—¡No me obligues a imponerme! No eres mayor de edad, yo decidiré qué es mejor para ti. Y si pretendes calumniarme, no te va a salir bien. ¿Qué vas a decir, que me has visto con otra?

—¡Pues sí! ¡Madre, este hombre la engaña! —soltó desesperada—. No lo escuche. Le miente. Quiere casarme y quitarme de en medio. No puede permitirlo.

Gregorio soltó una fuerte carcajada.

—¿Ves, querida? Te lo dije. Es capaz de inventarme cualquier chisme. He tenido paciencia, pero ¡ya basta! —exclamó como si en realidad estuviera indignado.

—¡No voy a casarme con ese hombre! —señaló con exasperación.

—Inés, deberías escuchar a Gregorio.

—Sí, Inés, deberías hacerlo —dijo con tono amenazante—. Nos interesa ese matrimonio. La fusión con sus manufacturas de hilados nos beneficiará mucho y creceríamos como empresa.

—¿Así que soy una transacción comercial? —preguntó con ironía, pero la cara de victoria de él terminó por hacerle perder la paciencia—. No pienso casarme con nadie a quien no ame. Además, le he dado mi palabra a otro hombre.

Buscó la mirada de su madre, pero esta la evitó.

—Puedes decir lo que quieras, pero la decisión está tomada —continuó él.

—¡Madre! No puede permitirlo. ¡No lo haré! ¡No lo haré!

Inés salió del comedor enfurecida. Por encima del hombro vio que su madre la seguía; sin embargo, con decepción y angustia oyó que Gregorio la detenía.

—Teresa. Que sirvan el desayuno. Es tarde.

Con dolor, vio que su madre se alejaba de la puerta.

Se encerró en su habitación y se tiró en la cama. No pudo retener las lágrimas. Aquello no podía estar pasando. Era tan irreal... Y lo peor era que se sentía perdida y desamparada. Su padre le había dado toda la libertad, igual que si hubiera sido un varón; jamás habría recurrido a su edad

para coartarla. ¡Cuánto lo echaba de menos! Trató de localizar a Gonzalo en su hospital, pero no pudieron pasarle la llamada. Nunca se había sentido tan sola como en aquel momento.

Pasó toda la mañana encerrada, ni siquiera salió a comer. No quería verlos. Pidió a Encarna que le sirviera algo en su habitación. A media tarde, más serena, salió al salón, pero lo que contempló terminó de descomponerla. Elías Vidal estaba sentado con su padre junto a Gregorio y Teresa. Conversaban animadamente. Al verla, se levantaron.

—Inés, hija. Ahora iba a avisarte. Elías ha venido a verte.

—Buenas tardes, Inés. ¿Cómo está? Me han informado de que no se encontraba bien esta mañana.

No contestó, la mirada de Gregorio era dura y de advertencia. Prefirió aparentar desinterés y pensó una excusa para salir airosa y volver a su habitación, de donde no debería haber salido.

—Deben de ser los nervios —conjeturó el señor Ernesto—. Las mujeres siempre se aquejan de jaquecas cuando no saben qué les ocurre. Son tan delicadas...

—¿Le apetece esa copa ahora, amigo? —preguntó Gregorio al padre de Elías.

—Sí, quiero probar ese buen coñac del que tanto presume.

—Vamos, Teresa. Dejemos a los jóvenes hablar de sus cosas.

Su madre le dio un beso en la frente. Asombrada por la escena, la vio salir con una sonrisa inquieta dibujada en la cara. Tardó en reaccionar y, cuando lo hizo, vio al joven Vidal arrodillado frente a ella con una sonrisa bobalicona en la cara.

—No he traído anillo, pensé que usted querría escogerlo en alguna de las joyerías de moda de las Ramblas o del paseo de Gràcia.

—Señor Vidal, Elías... Por favor... —Trató de detenerlo, pero él ni se dio cuenta de su cara de susto.

—Nuestros padres están convencidos de que usted es la mujer ideal para mí. La he observado y es discreta, no le gustan los chismes y creo que será una fantástica madre. A mí me gusta mucho estar en casa, aunque no niego que tengo mis salidas solo o con amigos, pero eso se acabará. Encontrarla esperándome cuando regrese después de un largo día de trabajo será mi mayor dicha. Por eso, Inesita, ¡cásese conmigo!

«¡Inesita! ¡Cásese conmigo!»

El colmo, aquello era el colmo.

Se pellizcó en la pierna; necesitaba cerciorarse de que no estaba soñando.

—Lo siento, no me conoce. No soy la mujer adecuada para usted, se lo aseguro.

—No importa, ya nos conoceremos. No me rechace; podrá conservar su tienda si es eso lo que le preocupa. Claro, se acabaron los experimentos y la dirección del negocio pasará a manos de los hombres. Ya lo he hablado con su padrastro. Soy muy pragmático. Las tareas de hombres, para los hombres. No quiero que mi mujercita se atormente con esas cosas.

—Veo que lo han hablado todo. Lamento que se entere así, pero amo a otro hombre.

—No me importa... Ya aprenderá a estimarme y si el amor no llega, bueno... pues lo normal... Podemos llevarnos bien; no la molestaré después del primer hijo.

Era el colmo. Quiso gritar, pero tomó aire y soltó de tirón.

—No. No voy a casarme con usted. No insista.

Lo dejó allí, medio arrodillado. Salió del salón con un portazo y se encerró en su habitación. Ni siquiera abrió la puerta cuando su madre tocó en ella y le pidió que la dejara entrar.

A medianoche se escabulló del dormitorio vestida con ropas sencillas. Tenía que encontrarse con Gonzalo. Le explicaría lo que ocurría y él la ayudaría. Pero casi cuando había conquistado la puerta de la calle, Gregorio entraba en la casa y la descubrió.

—¿Adónde vas? —preguntó airado.

—Tenía sed. —Simuló que regresaba de la cocina.

Él la contempló con cara de pocos amigos.

—Ven, sígueme y no se te ocurra montarme un escándalo.

Inés dudó, pero hizo lo que le pedía. Entraron en el despacho, el antiguo gabinete de su padre y que ella había aceptado compartir con él. Cómo se arrepentía. Ese hombre había engañado a su madre, pero no a ella.

—Atiende bien a lo que voy a decirte, porque no lo repetiré. Vas a casarte con Elías Vidal. Dejarás la dirección y me cederás todas las funciones. A cambio, te dejaré con tu tienda.

—No voy a casarme con ese hombre. Ya le he dicho que amo a otro.

—No me estás escuchando —soltó con retintín—. Me importa un carajo a quién ames. Voy a explicarte algunas cosas, porque parece que no lo entiendes. He pensado que deseo un hijo, un heredero. Rosalía puede dármelo... quizá ya lo haya encargado.

—¡Es un canalla!

—Todo esto es por tu culpa. Deja de interferir en los negocios, dame el lugar que me corresponde y tu madre no se enterará nunca de nada. De lo contrario, yo mismo se lo diré y traeré el hijo que le haga a Rosalía para que ella lo cuide. ¿Has pensado cómo le afectaría eso? ¿Sabes que la mitad de las noches está tan sedada por el láudano que no puede cumplir como esposa? Eso también es culpa tuya, por tus ganas de discutir conmigo.

—Yo no soy responsable, usted es quien la enferma.

—No, te equivocas. Yo le escondo el frasco ese y entonces, cuando se despeja, la tengo comiendo de mi mano. Deberías ver en esos momentos lo dispuesta y animada que se muestra. Es tan apasionada...

—Es un grosero. No debería decir esas cosas de mi madre y menos a mí.

—Es cierto, pero es mi mujer y tú ya eres mayorcita. Aprende algo para el matrimonio. Hay que tener al marido satisfecho.

Inés lo miró asqueada e hizo amago de salir, él la retuvo por la muñeca y se la apretó con fuerza.

—Mañana le dirás a tu madre que lo has pensado y que aceptas ese matrimonio —señaló autoritario—. He descubierto que se vive muy bien con poder y no voy a soltarlo; todo el mundo te adula. Podrás manejar a ese pelele en poco tiempo y con tus ideas y mi perseverancia haremos grande este negocio. Seremos los amos de Barcelona. Si haces eso, tu madre vivirá tranquila. No buscaré a Rosalía. Pero si me contrarías en algo, atente a las consecuencias.

La dejó marchar e Inés corrió a su habitación. Se desmoronó en su cama y soltó el aire que retenía. Creyó que caía por un abismo, quería gritar y no podía.

Había perdido la voz.

Gonzalo llevaba varios días sin ver a Inés. El trabajo en el hospital mental era intenso, le robaba mucho tiempo, y cuando por fin encontró una tarde libre y creyó poder ir en su busca, su madre le rogó que la acompañara al Liceo, porque su padre había tenido una urgencia y no quería ir sola. Pensó que podría contarle los planes que tenía con Inés y quizá lo ayudara a interceder con su padre, que seguía molesto con él.

Mientras la aguardaba en el recibidor de casa de sus padres y el cochero permanecía a la espera de que salieran, pensó en la mejor forma de explicarse, pero se había quedado sin palabras. Su madre tenía un carácter impresionable y no sabía cómo abordarla, porque ella, cuando no quería escuchar algo, no lo escuchaba, y eso, por lo menos a Mariona, la exasperaba. Pero él era un hombre, así que no tenía que preocuparse. No tenía que justificarse ni pedir permiso.

El abuelo Calisto ya lo sabía, había sido el primero al que le había comunicado su deseo de contraer matrimonio. Pero Inés le había pedido tiempo para anunciárselo a las familias y solo por eso no lo había gritado a los cuatro vientos. Estaba pletórico. Cada vez que pensaba que en pocos meses sería su mujer y la tendría en su lecho cada noche, estallaba de alegría. El mismo Bernat le había dicho que estaba desconocido; no le importaba que se riera de él, ya caería y se tomaría la revancha. Sin embargo, una sombra se le cruzaba en ocasiones por el pensamiento. No entendía por qué Inés quería esperar, llevarlo en secreto, como si tuvieran que esconderse. Si la madre de Inés se había casado, no comprendía por qué no podía hacerlo ella.

En el momento justo bajó su madre, ni antes ni después. Cuando salieron, el cochero ya tenía la puerta abierta. Pensó que sería fácil hablar con ella; cómo se había equivocado... El silencio se convirtió en el tercer acompañante en el coche de caballos. No sabía por dónde empezar.

—Está bien, hijo, suelta lo que sea que quieres decirme.

—Quiero que hable con padre. Deseo casarme.

«Ya está. Ya lo has soltado.»

Pensó que le haría un interrogatorio, pero su madre solo le dedicó una sonrisa afectuosa.

—¿Puedo saber quién es ella? Si has tomado esa decisión, no debe de haber sido a la ligera.

—Se llama Inés Ribas y estamos enamorados. Soy muy feliz con ella.

—Me gusta verte así. Por fin uno de mis hijos sienta la cabeza.

—Todavía no queremos hacerlo público. No he pedido su mano aún, solo necesito que le hable

a padre de mis intenciones. No quiero hacerlo a sus espaldas.

—También puedes decírselo tú.

La miró con una ceja levantada.

—Sois igualitos. Igual de tercos.

La obra lo aburrió; quizá el motivo era que su pensamiento estaba en otro lugar y que su musa era otra mujer. Tardó mucho tiempo en darse cuenta de que una de las actrices era Arabela. Ni siquiera esperó a que terminara el acto. Le dijo a su madre que lo encontraría en el Cercle, que lo buscara en el salón del piano; sabía que a ella le gustaba pasarse por allí y conversar con otras damas.

Entró en la sala de juegos y lectura y se sorprendió al ver a Bernat en una mesa junto a otros caballeros. Este, al verlo, se retiró y abandonó la partida.

—Lo siento, amigos, creo que ya he perdido bastante.

Gonzalo le propuso tomar algo y buscaron un sitio menos concurrido.

—¿Has venido solo? —indagó Bernat.

—No, he acompañado a mi madre.

—¿No ha venido Mariona con ella? —Gonzalo captó un interés que antes no había percibido.

—No, no ha venido —respondió serio.

—Entonces puedo relajarme. Es exasperante.

—Voy a dejarlo pasar porque eres mi amigo, pero recuerda que es mi hermana.

—No se me olvida nunca —respondió, y Gonzalo notó sarcasmo en su voz.

De pronto la gente empezó a entrar en la sala y supuso que la obra ya había acabado.

—He quedado con mi madre en la sala del piano, ¿vienes?

Había varios corrillos comentando la actuación. Se sentaron en uno de los sillones y un camarero les ofreció una bebida.

—Un whisky, por favor —pidió su amigo.

—Otro para mí.

—Y, dime, ¿por qué no estás con tu dama?

—Mi madre no tenía acompañante. Si llego a saber que estás aquí, te la presto. —Rio ante la cara de reparo de su amigo. Tras un instante, decidió sincerarse; Bernat era su confidente, así que añadió—: Se lo he dicho y no le ha dado ningún síncope. Creo que solo piensa en las posibilidades de tener un nieto. Hablará con mi padre.

—Deberías ser tú quien se lo dijera.

—Hola, hijo, estás aquí —saludó su madre, que iba acompañada por otras dos señoras. Gonzalo se levantó y las saludó. Bernat lo imitó.

—Ferrer, no sabía que le gustara la ópera. La próxima vez nos acompañará a Mariona y a mí.

—Estaré encantado, por supuesto.

—Hoy tenía que preparar un caso o yo qué sé. —Se dirigió a las otras damas—. Esta hija mía no se da cuenta de lo importante que es venir a estos eventos. —Miró a Gonzalo y añadió—: Voy a saludar y nos vamos.

Observó a su madre acercarse a un pequeño grupo y de pronto una mano femenina se le posó en el hombro. Al girarse, la sonrisa se le borró de la cara.

—¡Arabela! —No le gustó la muestra de confianza y menos con su madre por allí.

—Hola, Gonzalo. Hace tiempo que no viene por la ópera. ¿Ya no le gusta?

—He estado ocupado.

—Sí, pero ya no lo está. Entiendo que era una joven encantadora, pero no esté triste porque otro se la haya llevado. Hay muchas mujeres.

—¿Qué quiere decir? —preguntó molesto.

—Creí que lo sabía. El señor Vidal se ha comprometido con la joven heredera de Ribas y Calasanz. ¿No eran amigos?

El espacio de la sala se redujo de pronto y Gonzalo dejó de oír el murmullo por unos segundos hasta que la cacofonía de las voces volvió a resonarle en los oídos. No, eso no era posible. Arabela nunca había tenido lengua viperina y no entendía por qué le gustaba aquella broma.

—Explíquese —demandó colérico.

—Dicen las malas lenguas que así unen sus negocios y se quitan a la competencia de encima.

La risa que soltó su ex amante se le clavó en el corazón, que se partió al instante.

«No, no, no... No puede ser verdad.»

—No sabía que le importara tanto —se justificó ella—. Ayer fue la pedida de mano.

No se dio cuenta de que la agarraba por el brazo y la apretaba con fuerza. Por el rabillo del ojo vio a algunas personas mirarlos sin disimulo, pero no podía actuar de otra manera; la rabia se había apoderado de él y no le importó en absoluto el escándalo.

—Eres una víbora. ¿Por qué manchas su nombre? ¿Es por celos?

—Gonzalo. —Bernat lo sujetó a su vez y liberó a la actriz con gesto dolido. Se dio cuenta de que su madre lo observaba con cara de disgusto.

—No invento nada, Gonzalo.

—No es verdad, no es verdad —repetía. Quería marcharse, pedirle explicaciones a Inés. Se sintió atrapado. No podía dejar allí a su madre—. Bernat...

—Ve. Yo la llevaré a casa. Inventaré una excusa.

Gonzalo se sintió tan desesperado con lo que Arabela había soltado que necesitaba oírlo de los propios labios de Inés. Como los alienados que trataba en el manicomio, se dirigió a su casa sin pensar la hora que era y quien pudiera atenderlo. No le importaba nada. Al principio se había prometido no hacer un juicio previo; quiso analizar la información con el bisturí del psiquiatra, con la razón. Fue una medida de defensa para que su mente no elucubrara ideas que lo único que

harían sería torturarlo. Sin embargo, cuando se encontró frente a la vivienda, la desesperación se adueñó de él y todas las contenciones que había levantado se desmoronaron.

Justo cuando se acercó al gran portalón, el relincho de unos caballos le hizo ver que no se encontraba solo en aquel lugar. Un hombre se apeó del coche.

—¿Quién anda ahí?

Descubierto, salió a la tenue luz que iluminaba la entrada. La ansiedad lo hizo hablar sin amagar sus intereses.

—Busco a la señorita Inés Ribas. Necesito hablar con ella. Es muy urgente.

—¿Urgente? —preguntó el hombre con una voz que desprendía hostilidad. Sintió el escrutinio en su mirada—. Dígamelo a mí. Soy su padre; además, no creo que, a su prometido, el señor Vidal, le parezca bien que atienda a un caballero a estas horas y menos sin que sea conocido de la casa.

Aquella frase hizo que se tambaleara y notó el momento exacto en que el corazón se le resquebrajaba un poco más. Así y todo, insistió.

—Entiendo sus razones, pero si me lo permite...

—No le permito nada. Buenas noches y márchese si no quiere que llame a la guardia.

La actitud desafiante del padrastro de Inés lo inquietó; anclado en el portal, esperó a que se marchara. Él le sostuvo la mirada, pero ¿qué más necesitaba si el hombre reconocía sin reparo lo del compromiso? Se dio media vuelta con la sensación de tener unos ojos penetrantes clavados en el cogote. Las fuerzas le fallaron al doblar la esquina y tuvo que apoyarse en la pared un instante. Acababa de perder su otra mitad, el amor de su vida. Pensó que así era como se sentían los desahuciados cuando lo perdían todo.

Gonzalo no sabía cómo había llegado a casa. Siempre había sido un hombre de comportamientos moderados, pero aquella noche necesitaba anestesiar su dolor con alcohol. El cochero lo dejó en una taberna de la ciudad vieja, maloliente y con parroquianos de dudosa reputación, pero nada le importaba. Nadie reparó en él más que en cualquier otro. Era tan grande su desazón que parecía el más condenado de los hombres.

19

Inés no acudió a desayunar, no soportaba ver la cara engreída de Gregorio. Tampoco deseaba ver a su madre. Esperaba de ella algo más de autoridad y confianza. Se dejaba influir demasiado rápido y lo peor era que no se percataba de cómo la manipulaba su esposo. Le dolía comprobar que su antiguo recelo no era algo imaginario. Gregorio había cambiado y había resultado ser un lobo con piel de cordero. Tenía que idear un plan para desenmascararlo o, por lo menos, volver a tener el control que sentía que perdía. Pensó en Gonzalo; no sabía nada de él. Tenerlo en la mente era lo único que le daba sosiego, quizá debería enviarle una nota o, mejor, llamarlo por teléfono. Con esa idea se sintió más animada.

Unos golpecillos en la puerta la distrajeron; tras ellos, la voz de su madre le pedía permiso para entrar. Fue incapaz de no concedérselo.

—Te he echado de menos en el desayuno —murmuró Teresa y se sentó a su lado en el diván, en el que ella leía.

—No estoy de humor, madre. Me siento muy ofendida.

—Ya sé que las maneras de Gregorio no son las más correctas, pero no le has dejado otra opción —explicó.

Se levantó de un salto. No iba a tolerar que su madre lo justificara.

—¡No! No me venga con esas cosas. Es un patán que quiere hacer y deshacer a su antojo y yo le estorbo —berreó—. ¡Cómo se ha atrevido a concertar un matrimonio! Y lo peor es que usted se lo ha permitido. No soporta que le dé órdenes, que no siga sus consignas. ¡Pero si algunas son un despropósito! ¿Sabe que quiere deshacerse del taller y la fábrica? ¿Que le ceda toda la dirección?

—Del taller no, quiere vender la fábrica y trasladarla a Manresa.

—Pero ¿y nuestros trabajadores? Todos viven cerca. Luego está el otro tema. ¿Qué me dice de sacarme de la dirección? ¿Pretende que me quede en casa? Antes usted iba con padre, lo asistía y tenía sus propias tareas en el taller, con las tejedoras. Hablaba con ellas de sus cosas y las ayudaba en muchos asuntos, pero ahora ni siquiera va porque a él no le gusta que lo haga.

Tuvo que morderse la lengua para no soltar que así no veía que allí había tenido otra mujer, a saber desde cuándo. Por suerte, ya estaba fuera, pero eso no significaba que él no la buscara.

Su madre pareció cavilar y durante un rato no la interrumpió. Quizá no había pensado en esas cosas, pero tenía que abrirle los ojos.

—Tienes razón, me gustaba ir al taller y hablar con las mujeres y ayudarlas. Pero ¿por qué

tienes que rebatírselo todo? A tu padre jamás le habrías hablado como a él.

—Él no es mi padre y el respeto hay que ganárselo. Ante mí no ha hecho más que perderlo. Además, jamás pensé que fuera a imponerme un matrimonio. Madre, no puede permitirlo.

Dio varias vueltas por la habitación y se sentó a su lado de nuevo. Le tomó las manos y confesó.

—Amo a otro hombre. Se llama Gonzalo, es médico y él también me ama. Si he de casarme, será con él. Lo hemos hablado, él quería hablar con ustedes, pero yo lo frené. No quiero obedecer a Gregorio y no lo haré. Tiene que ayudarme.

—Eso es maravilloso, Inés —respondió Teresa ilusionada—. Déjame pensar... Ven, seguro que todavía no se ha marchado. Hablaremos con él.

Inés salió, poco convencida, detrás de su madre, que parecía que tenía la solución a los problemas. Gregorio no estaba en el comedor y Encarna, que recogía la mesa, las informó de que estaba en el gabinete. Al dirigirse hacia allí, las detuvo.

—Llegó una carta esta mañana. —Se metió la mano en el bolsillo y sacó un sobre.

Inés creyó que sería de Gonzalo y lo tomó con ansia, pero al leer el remitente se la entregó a su madre, decepcionada.

—Es de tía Elena.

Teresa abrió el pliego y leyó con avidez.

—Dice que va a venir. Creo que está disgustada.

Sin añadir nada más, Teresa le tiró de la mano y se encaminó hacia el despacho. Al entrar, Gregorio estaba sentado tras su mesa y se incorporó del libro de cuentas.

—Espero que vengas a pedir disculpas —señaló nada más verla.

—No... —empezó a decir, pero su madre la cortó.

—Gregorio, tengo buenas noticias. Mi hermana va a venir. Tengo tantas ganas de verla... Sobre Inés, quiere casarse, pero no con el señor Vidal; por lo visto se ha comprometido, sin decírnoslo, con otro caballero. ¿A que es una noticia estupenda? Nada menos que con...

Él se levantó de malos modos.

—¡Tú eres tonta, mujer! Esta hija tuya te dice lo primero que se le ocurre y ya te desdices de lo acordado.

—¡Gregorio! No te consiento que me hables así.

—Vais a volverme loco. No pienso retirar la palabra que le di a Ernesto. ¿Qué va a pensar de mí? Además, esa fusión es lo más interesante en estos momentos.

—No quiere escuchar, pero no voy a casarme —lo contradujo Inés—. Le digo a usted que no y lo repetiré ante todo aquel que me pregunte. Mi tía estará de nuestro lado.

Gregorio se le acercó intimidante, pero ella levantó la barbilla y sonrió arrogante con una clara mueca de desafío. Con un gesto inesperado, él le dio un bofetón.

Sorprendida y violentada, se llevó la mano a la mejilla y retuvo las lágrimas que amenazaron

con salir. Lo miró con odio.

Teresa, pálida por la impresión, se había llevado las manos a la boca y amagó un aullido. Lo contempló con los ojos desorbitados.

—¡Estoy harto de ti! ¡Entrometida! ¡Estoy harto de entrometidas! —Miró a su mujer y espetó con rabia—. ¡Tu hermana no es bienvenida en esta casa!

Con esas palabras, Gregorio salió por la puerta, furioso. Solo entonces Inés dejó salir el llanto que había retenido por la humillación sufrida. Su madre la abrazó.

—Está nervioso.

—¡No se atreva a decir nada bueno de él, madre! —soltó ofendida y se deshizo del abrazo—. Ese hombre es un patán. Escriba a la tía, dígale que venga pronto. Esto no puede seguir así.

—No sé qué le ocurre, no lo reconozco. Llega tarde por las noches, a veces con olor a... a no sé qué. He llegado a pensar que me engaña. Está tan cambiado con respecto del hombre que siempre fue...

Inés observó que su madre se derrumbaba en un sillón y se tapaba la cara con ambas manos. Quiso decirle lo que sabía, confesarle la certeza sobre su infidelidad, pero él tenía razón; aquella noticia la destrozaría y él seguiría igual. Una cosa era imaginar; otra, saber la verdad. Tenía miedo a que volviera a caer en la melancolía. Se insufló de valor y se arrodilló frente a Teresa. Su tía las ayudaría. Quizá los lazos del matrimonio no pudieran romperse, pero algo podrían hacer.

—Madre, no se amohíne. Verá que todo va a mejor cuando la tía venga. Escríbale.

—Voy a recostarme —afirmó como respuesta—. Tengo jaqueca.

—Por favor, madre... No se deje vencer —la animó. Le preocupaba que se rindiera al láudano para no hacer frente a la realidad—. Tenemos que hablar con él, hacerlo entrar en razón. Sea fuerte. Él no es más que usted ni que yo; es solo un hombre.

* * *

Teresa se había refugiado en su dormitorio. Se sentó en la cama y miró la botellita que había sobre su mesa de noche. Era una tentación beber una pequeña porción y dejar de sentir dolor en el corazón o en el alma, no pensar y aislarse en algún lugar del olvido. Mantendría la mente en una nube, en esa frontera que hay entre la ensoñación y la realidad, una especie de guarida en la que esconderse y no meditar. No quería pensar, porque entonces se daría cuenta de cuánto se había equivocado.

«Es tan fácil estirar la mano y tomar un poco, solo un poco...»

Había defraudado a Inés, se lo había visto en los ojos. Su hija había sido el hombro en el que llorar, la mano que la había sostenido en los malos tiempos. La dura, la fuerte, la cuerda. Se había

encargado de tirar del carro mientras ella se debatía entre dejarse morir de pena o agarrarse a la única esperanza de vida que le quedaba tras la muerte de Joan; su hija, su mayor tesoro.

Y le había fallado.

Nunca pensó que la soledad fuera a llevarla a buscar otro cariño, que su cuerpo fuera a ansiar otras caricias, y lo había vivido porque solo así se alejaba el dolor. Pero Inés tenía razón. Había hecho tantas concesiones... Gregorio era afectuoso, pero cada vez estaba más interesado en el dinero y el negocio, y menos en ella. La falsa ilusión se le antojaba un equívoco. Quizá ese matrimonio había sido un error desde el principio. Estaba segura de que él la estimaba, pero tal vez no como ella quería.

No podía sacrificar a su hija, su única hija, la hija de Joan. Cuando la miraba, lo veía a él, y solo por eso debía luchar por ella.

Apartó la vista del frasquito y se levantó. Tenía cosas que hacer. Primero respondió a la carta de su hermana y le pidió que por favor la visitaran en casa. Quizá podían pasar una temporada con ellas. No le explicó la situación de tensiones que vivían, no quería predisponerla en contra de Gregorio.

Inés se había marchado a la tienda; no se lo había dicho, pero estaba segura de que evitaba a Gregorio en el taller. Y no podía culparla. Sin embargo, ella no debía seguir mirando para otro lado. Si, como decía Inés, estaba enamorada, las cosas podían cambiar. Seguro que cada cual encontraba su sitio y él dejaría de competir con su hija. Parecía un crío.

Decidió ir a hablar con Gregorio. Se cambió de vestido y se arregló el cabello. Al mirarse al espejo, le gustó su imagen. Él siempre le decía que le gustaba verla hermosa para poder presumir, así que usaría todos sus recursos para que la escuchase y entrara en razón. Se puso un collar de perlas que tenía reservado para las grandes ocasiones y un anillo de esmeraldas que Joan le había regalado, pero que apenas usaba. Bajo los guantes llevaba la alianza, pero la piedra verde destacaba sobre la puntilla blanca. Eligió un sombrero a juego con el vestido.

Antes de marcharse pasó por la cocina y avisó a Lupe de que iba a salir. Le entregó la carta para que la echara al correo.

—Vendré con el señor. Dile a Inés que he ido al taller. —Se encaminó hacia la puerta, pero, al recordar algo, regresó sobre sus pasos—. Lupe, por favor, transmítele que me gustaría que comiera con nosotros.

Teresa sentía el ánimo renovado, estaba decidida a aclarar la situación; se había desentendido de todo durante mucho tiempo. Al entrar en el taller, algunos trabajadores la saludaron con entusiasmo. No vio a Gregorio por ningún lado y fue a las oficinas.

—Buenos días, Fernández. ¿Está el señor Prat por aquí?

El empleado le dijo que lo había visto ir en dirección al viejo almacén, pero que no sabía dónde se encontraba. Vaciló si acercarse o aguardarlo en su despacho. Prefirió buscarlo; era

mejor que sentarse a esperar. Se encaminó hacia la parte más antigua del taller, la que servía de depósito de trastos. Uno de los antiguos telares se encontraba allí, medio abandonado, y también se guardaba allí la maquinaria que se había sustituido por otra mejor. Aquel lugar era un desastre, la suciedad y el desorden campaban a sus anchas. Vio rollos de telas antiquísimas, piezas de retales, pliegos de papel de embalar, algunos muebles y útiles de limpieza amontonados junto a viejas latas de la parafina que se usaba para rellenar las lámparas, ya en desuso. Se propuso darles una utilidad a aquellas cosas, tirar lo innecesario y limpiar la zona para ampliar el almacén, que se quedaba pequeño.

Al acercarse, oyó voces que discutían. Una era de Gregorio y se preocupó, pero al reconocer un timbre de mujer en la otra voz, se frenó en seco.

—¡Y yo te digo que no es el momento! —chilló Gregorio.

Con paso silencioso, Teresa buscó un lugar donde poder enterarse de la conversación sin que la vieran. Tuvo que aguzar el oído para entender bien lo que decían. Habían nombrado a Inés y se sintió intrigada.

—... acabará casándose con el hijo de Vidal; es medio tonto y ella lo manipulará, pero la habré separado de su madre y sacado de la dirección. Estoy cerca de conseguir lo que me propongo, no quiero que me lo arruines ahora.

—Me importa un bledo si no es buen momento para ti —replicó la otra—. Ya me quité un crío, este no pienso perderlo. Tienes dinero de sobra, qué más te da darme un poco.

Asombrada, Teresa se llevó la mano a la boca. Cuando aquellas palabras se le aposentaron en el cerebro, entendió lo que significaban. Se sintió ultrajada.

—Entonces no lo querías. Bien cara me salió la broma.

—Pues más caro te saldrá ahora. Si no me das lo que pido, se lo diré a tu esposa. No creo que sepa de verdad con quién se casó.

—¿Me amenazas? Mejor será que te deshagas de ese niño. ¿A quién crees que creará, a ti o a mí? Si sabes qué te conviene, no te pongas en mi contra o...

—¿O qué? ¿Piensas echarme un carruaje por encima como le hiciste al patrón?

—¡Cállate, mujer! —gritó él de nuevo—. Tú me obligaste, querías el dinero. Él lo descubrió todo. ¡Fue culpa tuya, fue culpa tuya!

—Yo no te pedí que lo quitaras de en medio, no pretendas hacerme creer que me ayudaste. Querías ocupar su puesto en su cama y su sillón. ¿Crees que ella te querrá cuando sepa lo que hiciste? Págame y desapareceré de tu vida. No te queda otra o contaré lo que sé a todo el que quiera escucharme.

Teresa sintió que el mundo se le venía abajo; no podía ser cierto. Retrocedió, asustada por lo que significaba todo aquello, pero sin darse cuenta, chocó con una máquina y una herramienta cayó al suelo. Habían descubierto su posición.

—¿Quién está ahí?! —vociferó Gregorio.

Salió apresurada con el corazón en la garganta, pero se enganchó el vestido en la esquina del viejo telar; tiró con fuerza y se hizo un desgarrón. No le importó; al verse liberada, quiso correr hacia la salida, pero la mano fuerte de su esposo la sujetó por el brazo.

—¡Teresa! Espera. ¿Qué has oído...? No...

—¡Suéltame! No se te ocurra desmentirlo.

Quiso darle un bofetón, pero él lo esquivó y trató de agarrarla. Teresa entró en pánico. Quería salir de allí. Gregorio intentaba retenerla. No podía permitir que la tocara, solo quería huir. Forcejearon y él la empujó. Perdió el equilibrio, cayó al suelo y se dio un fuerte golpe en la cabeza con el telar. Al llevarse la mano al lugar en el que se había golpeado, el guante se le ensangrentó. La visión de la mancha roja sobre la puntilla blanca le dio ganas de vomitar, pero no podía dejar de mirar cómo crecía. Nerviosa, intentó quitárselo; tuvo la infantil idea de que así la sangre desaparecería. La voz de Gregorio sonó amortiguada, como si estuviera muy muy lejos. Sintió que tiraba de ella, pero se dejó vencer. Le pesaban el alma y el cuerpo. Todo se volvió negro sin que fuera capaz de moverse.

Teresa no sabía el tiempo que había pasado desde que se había desvanecido. Parecía que el dolor que sentía en la cabeza penetraba como un clavo en un pastel. Estaba aturdida, el calor empezaba a resultarle sofocante y cuando entreabrió los ojos, el humo le hizo cerrarlos de nuevo.

«¡Fuego!»

Le costaba moverse y estaba desorientada. Consiguió sentarse y, al apoyarse en la estructura que tenía al lado, sintió que la carne se le abría y un ardor intenso la hizo chillar de dolor. Apenas podía ver dónde estaba y sentía el brazo tan dolorido que casi no podía usarlo. No veía la salida y lo único en lo que podía pensar era en Inés.

«Inés, mi vida. Si supieras cuánto me arrepiento... Voy a morir aquí. Inés, mi niña amada. No, no voy a rendirme, ella no me lo perdonaría...»

—¡Ayuda! ¡Estoy aquí! ¡Ayuda, por favor!

Gritó hasta desfallecer, pero los ojos le picaban y los pulmones se le reseaban. La visión de las llamas la aterró. Era el fin.

De pronto, sintió que unas manos la tocaban.

—Señora Teresa, soy Rosalía. Venga, tenemos que salir.

La mujer la ayudó a levantarse y dejó que se apoyara en su hombro.

—¿Rosalía? —La miró y trató de enfocar la vista. Al discernir quién era, quiso separarse, pero ella la sujetó fuerte.

—Hay fuego, señora. Tenemos que salir —repitió y la dirigió hacia una zona despejada de llamas.

—¿Por qué me ayudas?

—Yo no quiero esto. ¡Se ha vuelto loco! Ya tengo otros pecados por los que cumplir con Dios, no quiero uno más. El señor Joan era bueno, le juro que yo no tuve nada que ver, lo supe después.

Salieron por una puerta trasera que ella no conocía y que daba a un estrecho callejón. Cuando Rosalía la apoyó en la pared, Teresa se desvaneció. Mientras recuperaba el conocimiento se dio cuenta de que la mujer estaba quitándole los anillos. El collar ya lo tenía en su poder.

—¿Qué haces?

—Lo siento, pero usted no los necesitará y a mí y a mi hijo nos ayudarán.

—¿Estás embarazada de...? —La voz se le quebró. De pronto, toda la angustia se le vertió por los ojos.

—Sí, de Gregorio. Ya me quité otro porque no lo quería, pero a este sí lo quiero —explicó la mujer—. Yo no tuve que ver con lo de don Joan, lo juro. El Gregorio lo planeó porque iba a echarlo. Robó un dinero para que me quitara el niño, ¿sabe usted? Y él... siempre la ha querido. La quería para él, decía que la había visto primero y que su marido se la había robado.

Teresa no quería escuchar más, era todo demasiado horrible.

—Hay dinero en el despacho de mi hija —dijo sin fuerzas.

Rosalía la cubrió con un chal y se separó de ella.

—Pediré ayuda.

La vio entrar de nuevo en aquel infierno que estaba lleno de humo y llamas. Al momento, un estruendo de cristales que estallaban y ruidos que no sabía identificar la sobresaltaron y temió por la seguridad de la mujer que la había salvado. Si hubiera tenido fuerzas, habría entrado tras ella, pero sintió que estas la abandonaban.

Al abrir de nuevo los ojos, no supo si había transcurrido un segundo o medio día. Se levantó con gran esfuerzo, apoyándose en la pared. Estaba dolorida y desorientada, y caminó hacia la avenida que veía al final. La supuso más ancha. El miedo la acompañaba, no quería que Gregorio la alcanzara.

A medida que se alejaba del lugar, sintió la prisa en las piernas; echó a correr como pudo y cruzó la calle sin mirar. No se dio cuenta de que un carruaje se le venía encima. Cayó al suelo justo en el momento en el que los caballos levantaban las patas y las dejaban caer de nuevo junto a su cuerpo.

20

Inés se despertó con la idea de haber tenido un mal sueño. Pero no, no había sido así. La dura realidad se le vino encima nada más abrir los ojos. El dolor era tan intenso que apenas podía respirar. Un aullido desesperado le salió de la garganta y dejó que el aire le entrara en los pulmones. Las lágrimas ya le corrían por las mejillas cuando se incorporó.

«¿Por qué, madre? ¿Por qué me ha dejado sola?»

—Señorita, por Dios. No llore más, va a enfermar.

La voz de Encarna le llegó desde el lateral de la cama. Al mirarla, la vio en un sillón, sentada a su lado y tan rota como ella misma. Se enjugaba las lágrimas con un pañuelo. Su vestido negro la azuzó y de un salto salió del lecho.

—¿Adónde va? Tiene que descansar —anunció la doncella con preocupación.

—¡El entierro!

Los brazos de Encarna se cernieron sobre la muchacha, que se sostuvo en ellos como si fueran su tabla de salvación.

—Eso... eso fue ayer —confirmó la chica con la voz entrecortada y los ojos acuosos—. ¡Ay, señorita, cuánta desgracia!

—¡¡Ayer?! —gritó con desesperanza. El puño que le oprimía el corazón lo apretó un poco más—. ¡No puede ser! ¡No puede ser!

—Cálmese, por favor. Volverá a medicarla.

—Pero... ¿cuánto he dormido?

—No sé. Mi madre y yo nos hemos turnado para atenderla y no dejarla sola. La señorita Eulalia también lo hizo. Tuvimos que avisar al médico. ¿No se acuerda?

Los recuerdos de lo ocurrido se le agolparon en la mente: el incendio del taller, la angustia porque su madre no aparecía, la búsqueda, los chismes que llegaban del barrio. Todos y ninguno la habían visto. La noticia del hallazgo del cuerpo sin vida la destrozó. Se dejó vencer por el desasosiego; se sintió vacía, huérfana, desarraigada, mientras Gregorio, aunque triste e inquieto, asumía el control.

Lo recordaba todo bien, excepto al médico. Y, sobre todo, las discusiones. ¿Por qué tenía que reñir siempre con Gregorio? Le había dicho cosas horribles. No le importó que él fuera de los primeros en entrar en el taller, aún en llamas, para buscar a su madre.

Una profunda tristeza le sobrevino. No entendía cómo habían podido enterrar a su madre sin

ella, sin su familia. Ni siquiera habían avisado a su tía. Encarna debió de intuir su pensamiento.

—No podía ir. El doctor lo dijo. Tuvieron que medicarla. Estaba fuera de sí.

«El doctor.»

Pensó en Gonzalo. ¿Habría ido a buscarla? ¿Sabría lo que le había ocurrido? Quizá Lali había hablado con Marion. Su corazón herido no podía resistir tanta ansia. ¿Cuánto dolor sería capaz de soportar?

—¿Ha preguntado alguien por mí?

La sirvienta negó con la cabeza en un gesto de pesadumbre.

—¿Dónde está Gregorio? —inquirió deprimida.

—El señor se encerró en su cuarto al regresar de Montjuïc. No ha salido ni deja entrar a nadie a ventilar la habitación. Tampoco quiere comer. Pidió que no lo molestáramos. Se... Se ha encerrado con sus cosas —sollozó la doncella.

Inés sintió que las piernas se le aflojaban y se sentó en el borde de la cama. Se miró las ropas; llevaba uno de los vestidos sencillos que a su madre no le gustaban.

—¿Quiere que le prepare un baño? Si se refresca, estará mejor. La señorita Eulalia ha traído esta mañana unos vestidos más adecuados.

—Sí, por favor. Tengo que adecentarme.

No pudo evitarlo y las lágrimas le rebrotaron en los ojos. Encarna rompió el poco protocolo que conocía y la abrazó de nuevo, también con lágrimas en los ojos. Ambas se sostuvieron durante unos instantes. Al separarse, la doncella le dedicó una sonrisa tierna y se encaminó hacia la puerta.

—Encarna, avisa a Gregorio de que me gustaría hablar con él.

Al quedarse sola, volvió a llorar; el desconsuelo se había convertido en su fiel compañero desde hacía varios días. Miró hacia su mesa de noche, vio el frasquito de láudano y entendió por qué había dormido tanto.

Sentada en el sillón frente a su escritorio, donde se acumulaban los papeles, sentía que nada le importaba. Se miró las manos, entrelazadas y apoyadas en el regazo.

«Nunca pensé que volvería a vestirme de negro tan pronto. Tampoco pude despedirme de ti, madre.»

Quiso iniciar un diálogo interior con su madre. Sentía el peso de la pena en el alma y no lograba disminuirlo; le había mermado el ánimo. Pero no era solo esa pérdida la que la tenía desesperada, sino también no saber de Gonzalo. Lo necesitaba tanto... Mientras Gregorio llegaba había hablado por teléfono con Lali. La señora Pura estaba muy afectada. La amistad con Teresa se remontaba a sus tiempos de colegio y era como su hermana, según le había dicho su amiga. No se sorprendió cuando le dijo que la tienda estaba cerrada y que Gregorio quería que así estuviera unos días. Ellas no se veían con ánimos de estar al frente e Inés tampoco se encontraba en

condiciones. Indagó si sabía algo de Mariona, quizá ella podría darle razón de Gonzalo, pero la médico había salido de la ciudad por algún viaje, porque hacía días que no la visitaba.

Con la mirada fija en ningún lugar, trató de recordar la última conversación con su madre, pero la distrajo el ruido de la puerta al abrirse. Entró un Gregorio desaliñado, sin afeitarse y con la camisa bastante arrugada; parecía que hubiera dormido con ella.

—Buenas tardes, Gregorio. —Quiso ser amable y se levantó, aunque la mirada que él le dedicó le anunció que daba igual que lo fuera; así y todo, insistió—: ¿Cómo estás? Yo aún no me lo creo.

—¿Cómo supones que estoy? Destrozado, la quería desde siempre.

Aquella confesión le afectó, más por como lo dijo que por sus palabras. No se le olvidaba que la había traicionado, pero no era momento para regaños.

—Si hubiera sabido que iba a ir al taller, la habría acompañado. —Hizo acopio de paciencia—. No quiero que te ofendas, pero ¿por qué no me avisaste para el entierro?

—No tengo el cuerpo para reproches. Quizá no te acuerdes, pero estabas medio ida. Tuve que tomar decisiones rápidas.

—¿Que no asistiera a su sepelio fue una de ellas?

—Sí, fue una de ellas. La policía autorizó que se hiciera y tú te volviste loca, así que no me quedaba otra que decidir.

—¿Loca? —preguntó ofendida—. No recuerdo.

—El doctor Viñals dijo que eras como tu madre; no sabes afrontar las desgracias.

Se mordió la lengua para no gritarle. El desprecio de sus palabras fue un insulto para ella, pero por su madre se contuvo, aunque no pudo reprimir la recriminación en su voz.

—¿Se ha investigado el incendio?

—Fue provocado. Sospechan de Rosalía.

—¡Tu amante!

—Examante y que tú despediste. Dicen que pudo ser una venganza y Teresa estaba en el lugar inadecuado. Nadie sabía que estaba allí.

—¿Reconociste tú el ca...? —La voz se le rompió, pero necesitaba saber.

Inés sintió que la bilis le subía por la garganta. La escena se le representó en la mente y las lágrimas no tardaron en acudir y desbordarle los ojos.

Gregorio fue hasta su mesa y abrió un cajón. Sacó un paquete y lo colocó sobre su escritorio. Ella lo tomó y lo abrió con vacilación. Al ver las joyas de su madre, el llanto fue más intenso.

—Las llevaba puestas. No era posible identificarla bien por el daño que le habían hecho las llamas. —Vio que Gregorio se emocionaba—. Tenía la cara abrasada y... La reconocí por las joyas.

Aquellas palabras le impactaron y creyó que el corazón se le detenía. Casi se mareó, pero trató

de reponerse. No quería pensar en aquella imagen, quería recordar el bello rostro de su madre; joven, hermoso. Él pareció darle tiempo para que se serenase, pero no esperaba lo que añadió.

—Las cosas van a cambiar por aquí, hazte a la idea. Estoy harto de ser el hazmerreír del grupo de empresarios. La dirección no va a seguir en manos de una mujer.

—¿Eso también lo has decidido tú solo? —preguntó en tono sarcástico—. Hablaré con mi abogado, no lo tendrás tan fácil.

Gregorio la miró furibundo.

—Sin Teresa que te defienda, estamos frente a frente, así que será mejor que no me contradigas. Estás a mi cargo y tienes las de perder.

Con esas palabras de advertencia se dirigió a la puerta y la abrió con brío. Antes de desaparecer por el quicio, se volvió y le sugirió:

—Es la última vez que me ordenas algo. Cuando quieras hablar conmigo, ven a buscarme tú.

Inés cayó en el sillón, desesperanzada. Los problemas no habían hecho más que empezar y todo iba a ser mucho más duro sin su querida madre.

«Gonzalo, mi amor, ¿dónde estás?»

Se cubrió la cara con las manos y se dejó llevar por el llanto.

El día siguiente no fue mejor. Gregorio le había prohibido salir de casa. No es que tuviera muchas ganas de salir, pero que él se lo negara era el colmo para ella. «¿Quién se cree que es?» En el fondo, sabía que era una artimaña porque se negaba a cedérselo todo. Discutieron en el desayuno y también en la comida.

—¡Déjate de tanta oposición! —gritó él—. Te educaron muy mal; una mujer debe ser más obediente y sumisa. No sabes cuál es tu sitio, has tenido mucha libertad.

Gregorio insistía; lo mejor que podía hacer era casarse. La llegada de un hijo le quitaría el dolor del corazón; estaría entretenida. La vida continuaba. Inés no podía creer todo lo que escuchaba y sin poder evitarlo las lágrimas se le agolpaban en los ojos sin que pudiera retenerlas, lo que motivaba que él insistiera con lo que debía hacer para seguir adelante.

—Esa melancolía desaparecerá cuando tengas otras obligaciones.

Lo observaba de reojo y su actitud en ocasiones era apática y decaída, aunque tuvo la impresión de que no se dejaba vencer por la pena. Inés dedujo que quería mantenerse muy ocupado y no pensar. Sin embargo, a cada hora que pasaba lo odiaba más. Era culpa suya que su madre no estuviera. Lupe le había dicho que había ido a buscarlo.

—Hablaré con los Vidal, seguro que Elías te acepta; les interesa este matrimonio.

No tenía ganas de discutir, se sentía muy cansada y lo miró con pesadumbre.

—Es lo que te conviene, Inés.

Gregorio se levantó de la mesa antes de que ella terminara, ni siquiera le importó aquella falta de respeto y educación. Prefería estar tranquila. Necesitaba hablar con Gonzalo, no entendía por

qué no había ido a verla. Había tratado de localizarlo por teléfono, pero no lo había conseguido y mil pensamientos le habían pasado por la mente. Cuando Encarna entró a retirar el servicio, se le ocurrió una idea.

—Necesito que lleves una nota.

Fue al gabinete y escribió unas letras. No se detuvo en demasiadas explicaciones, solo unas palabras desesperadas.

Gonzalo: Necesito verte.

Te lo explicaré todo cuando nos veamos.

INÉS

Introdujo el papel en un sobre pequeño y se lo entregó a la doncella a la vez que le indicaba la dirección.

—Por favor, dáselo en mano y no regreses sin su respuesta.

Habían pasado varias horas. La espera la desesperaba, pero la falta de energía había hecho mella en su cuerpo. Ni siquiera la lectura que tanto placer le causaba conseguía distraerla. Encerrada en su habitación, solo quería llorar y llorar.

El golpe de unos nudillos en la puerta la sacó del estado en el que se hallaba. Era Encarna.

—Adelante —sollozó y se secó la cara con el dorso de la mano a la vez que se levantaba del lecho donde se encontraba tumbada. Cuando la chica entró, leyó la decepción en su cara—. ¿No lo encontraste?

—Sí. Esperé, como me dijo, hasta que llegó. —Inés estaba impaciente, tendió la mano a la espera de una carta, algo íntimo que él le hubiera escrito—. No me dio respuesta.

Se decepcionó.

—¿Qué te dijo, entonces?

Vio titubear a Encarna y la apremió.

—Dijo... Dijo que ya se verían.

—¿Nada más? —preguntó incrédula—. ¿Le diste mi nota?

—Por supuesto. La leyó y comentó que estaba apurado... que ya se verían.

Inés no entendía nada; quizá tenía problemas en el hospital. Decidió que debía ir a verlo.

—Encarna, esta noche, cuando se acueste el señor, saldré.

—¡Por Dios y por la Virgen! No se crea que la dejaré ir sola esta vez. Pero ¿y si nos descubre?

—No lo hará. Tú sirve buen vino en la cena.

Era medianoche cuando salió de su habitación. La doncella, su cómplice en la aventura, le había asegurado que tendrían un coche esperando en la parte trasera de la casa. Saldrían por la

cocina. Sigilosas, se encaminaron hacia la puerta. La entornaron con cuidado y, cuando estaban a punto de subir al coche que estaba estacionado, alguien la agarró del brazo y tiró de ella con fuerza.

—¿Se puede saber adónde vas? —La voz de Gregorio tronó enfurecida—. Y a estas horas, al amparo de la noche, como si fueras una cualquiera. —Miró con desdén a Encarna, que parecía encogida, y le espetó—: ¡Tú, desaparece de mi vista!

Compungida, la chica quiso defenderla, pero él no permitió que se acercara a Inés.

—Ya hablaré con tus padres.

—Encarna, no te preocupes. —La tranquilizó y se dirigió a Gregorio—. Suéltame, me haces daño.

—¿Daño? Esto no es nada para lo que podría haberte ocurrido por ahí.

Gregorio no la soltó del brazo y la hizo entrar en la casa a empujones mientras despotricaba de lo indecente de aquella salida. Los gritos alertaron a Lupe y a Pere, que, vestidos con ropa de dormir, acudieron al salón con cara de espanto.

—¿Adónde ibas? —gritó él fuera de sí.

Como si hubieran hecho un pacto de silencio, Inés miró a su cómplice y ninguna respondió. Eso enfureció más a Gregorio.

—Esto no va a quedarse así. Pere, será mejor que te lleves a tu hija de aquí; es una mala influencia para Inés. No es la primera vez que estas dos se escapan.

—Eso no es verdad.

—¿Te crees que soy tonto? Tú decides: los despides tú o lo hago yo, pero no pueden quedarse. Vas a casarte con Elías, ¿qué crees que pensará de ti cuando le diga que sales por la noche y regresas a casa con un hombre, y es la sirvienta quien te abre la puerta como si nada? ¡Es tu alcahueta!

—¿Me espiabas?

—Eres una desvergonzada, ni siquiera lo niegas.

Lupe las observó alarmada.

—¿Es eso cierto? —preguntó a su hija.

—No, no lo es —respondió Inés en un intento de proteger a Encarna.

—No quiero verla aquí por la mañana —sentenció Gregorio. Señaló a Inés con desdén y añadió—: Y tú, prepárate: estoy harto de tus desplantes. Esto no va a quedar así.

Salió enfurecido e Inés trató de explicarse, pero recibió la reprimenda de Lupe y Pere como si hubieran sido sus propios padres.

Inés no creyó que Gregorio fuera a llevar a cabo sus amenazas, pero al día siguiente, después del desayuno, los llamó a todos al gabinete.

—No sé qué está pasando aquí, pero anoche la salida y hoy falta el dinero que siempre hay en

este cajón. ¿Qué has hecho con él, Inés?

—Yo no lo he tocado.

—En esta casa viven cinco personas; si no has sido tú ni he sido yo —miró con arrogancia a Lupe y a Pere—, ¿tenéis algo que decir?

—Señorita —empezó a decir el hombre—. Usted sabe que somos gente humilde y de bien. Nunca ha faltado nada en esta casa.

—¿Qué pretendes, Gregorio? Sabes que no han sido ellos. Lo habrás gastado en otra cosa.

—Hace días que no salgo, gestiono las cosas desde aquí.

Se dirigió al teléfono y habló con la operadora.

—Con la policía, por favor.

Inés cortó la llamada.

—¿Qué haces?

—No podemos consentir un robo. Primero, un incendio provocado; ahora, un robo, ¿qué será lo siguiente?

—Esto es el colmo. ¿Los estás acusando?

Inés se alteró al ver que Gregorio manipulaba la situación. A cada cosa que él aludía, ella lo refutaba, pero perdía la batalla.

—¡Eres un crápula y un vividor! Eso eres, y engañaste a mi madre.

Gregorio le dio un bofetón y ella empezó a chillar. Lupe y Encarna corrieron a su lado y lo miraron con rabia.

—¿Cómo se atreve? —preguntó indignada Lupe.

—¡Se acabó! ¡Tú te callas! —advirtió a la cocinera y, con los ojos clavados en Inés. sentenció —: Vas a obedecerme de una vez. Pere, usted elige: llamo a la policía o se van. No quiero malas influencias por aquí.

—¡No puedes echarlos! ¡Tú no eres nadie! —gritó Inés fuera de sí.

—No me pongas a prueba.

Inés se desplomó en un sillón hecha un mar de lágrimas.

—No llore, señorita. Estaremos bien —la consoló Lupe—. Llamaré a la Paulina para que venga a ayudar en la casa. Iremos al pueblo unos días.

Inés no pudo recomponerse tras la marcha de los sirvientes. Los conocía desde que era una niña, y perder a su madre y a ellos en tan corto espacio de tiempo truncó su ánimo y su cordura. Intuía que Gregorio los había forzado a marcharse con la falsa acusación, pero no podía demostrarlo. Las discusiones eran muy frecuentes y siempre acababa perdiendo los nervios.

Alguna vez había recurrido al láudano de su madre para dormir y sus fuerzas mermaron todavía más. Apenas comía y la falta de energía empezó a preocupar a Paulina, que tuvo que informar a Gregorio de la situación y avisaron al médico.

—Creo que es el trauma por la muerte de Teresa lo que le genera el cuadro de alteración nerviosa —informó el doctor Viñals—. Debería recibir tratamiento, porque corre el riesgo de que se acelere la incubación de alguna enfermedad o podría autolesionarse, como hizo su madre.

Como si fuera el eco de unas voces lejanas que estuvieran en otra dimensión, Inés oyó al médico hablar de ella como si no estuviera y las quejas de Gregorio por su comportamiento: era rebelde, se había escapado por la noche, abusaba del láudano, desobedecía la autoridad paterna. Quizá fuera incapaz de gobernar tanto su vida como su herencia...

En tres días lo había perdido todo. ¿Qué más podía arrebatarle aquel hombre?

21

Inés no entendía qué le pasaba, pero el dolor que sentía en el alma la enfermaba. Su estado de ansiedad crecía sin poder evitarlo. Ella misma había pedido que avisaran al médico.

Se había adormilado tras la comida y tuvo un sueño muy vívido. Velaba el cuerpo abrasado de su madre. Quiso tocarlo, pero no podía; su brazo no respondía y el olor intenso a quemado le afectó tanto que creyó que le llegaba al cerebro. Salió de aquel duermevela y notó la extremidad dolorida; se le había dormido a causa de la mala postura en el diván y se le hacía difícil moverlo. No le preocupó; sin embargo, la imagen de su madre carbonizada la había turbado. La angustia la invadió y comenzó a gritar.

—¡Se quema! ¡Madre se está quemando!

Por mucho que le habían dicho que aquello era imposible, que ella no había presenciado el accidente de Teresa, su mente le decía lo contrario.

—¿Me estoy volviendo loca? —preguntó asustada al doctor Viñals cuando este la examinó.

—A veces, tras sucesos de mucha tensión, puede caerse en estados crepusculares. Me preocupa la paresia del brazo y esa anorexia. Dicen que no comes.

—He perdido el apetito. ¡Y no tengo ninguna alucinación! —negó con efusividad.

—¿Es grave, doctor? —preguntó Gregorio.

—Quizá tenga la enfermedad de su madre. La melancolía es difícil de erradicar.

—Inés ha hecho cosas extrañas en los últimos días. Está muy alterada y luego tiene ratos de tristeza profunda.

—¡Yo no hago cosas raras!

—Te escapas por la noche, me desobedeces, insistes en hacer cosas de hombres, te comportas con oposición y negatividad... Para mí todo eso no es normal.

Inés se encontraba agotada, pero se percató de que el doctor Viñals había estado largo rato en el gabinete con Gregorio. Le dieron un medicamento que la hizo dormir el resto de la tarde, pero a mitad de la noche, una vez que el efecto había pasado, se despertó empapada en sudor y entre gritos incoherentes.

Sintió que perdía el control del cuerpo y se asustó. Este se movía agitado, como presa de una convulsión reiterada; sin embargo, a pesar de aquel descontrol, no era capaz de pronunciar palabra alguna. ¿Estaba enloqueciendo?

A la mañana siguiente, el médico volvió a visitarla.

—Va a perder el juicio, no hace más que gritar en sueños —señaló Gregorio.

Inés se repitió muchas veces a sí misma que no estaba loca. Aquella histeria debía de causársela el estado nervioso; se le habían sumado muchas desgracias juntas. Gonzalo podría ayudarla, pero ¿dónde estaba?

Asustada por lo que le ocurría, aceptó ir al hospital. El doctor Viñals y Gregorio la tranquilizaron con palabras amables, pero cuando vio que salían de la ciudad, entendió que había caído en una trampa.

Los recibió un médico con cara de cansado que anotó todo lo que decía Viñals. Cuando llegó el momento de que una enfermera se la llevara, se resistió y temió que quisieran atarla. Gritó todo lo que pudo.

—¡No estoy loca! ¡No estoy loca!

Nadie pareció oírla.

Por la mañana, una sanitaria fue a recogerla a la habitación. Por suerte, no la había compartido. Daba gracias de que, por lo menos, Gregorio hubiera pagado la pensión de los pacientes privados para que así fuera. La asistente la informó de que un médico acudiría a examinarla. Después de desayunar, la llevó hacia otra zona del pabellón de mujeres mientras le explicaba el funcionamiento del lugar. Inés la escuchó con atención; parecía bastante rígida y ella estaba asustada por lo que encontraban por los pasillos. Algunas enfermas tenían un aspecto raro, desaliñado, mientras que otras iban acompañadas por sirvientes o familiares, como si estuvieran en un balneario.

Otra enfermera las interceptó y le dio alguna instrucción a la que la acompañaba. Cambiaron el rumbo de su visita. «Sala de hidroterapia», leyó el cartel que rezaba encima de la puerta que daba acceso a un nuevo lugar. Había distintas bañeras distribuidas por la estancia y, como si fueran un mordisco en la pared, varias aberturas indicaban que se trataba de unas duchas. En el interior de las pilas, algunas pacientes se veían tranquilas con aquellas atenciones. Nunca se había sentido tan acobardada, no se atrevía a hablar. Había pasado la noche entre sollozos, con la cabeza bajo las sábanas, y el temor no la había abandonado.

Varias ayudantas, con delantales blancos y vestidos oscuros, acompañaban a una señora despeinada y desarreglada. La sujetaban con fuerza; parecía desquiciada. La colocaron frente a uno de aquellos tabiques con baldosas azuladas. Observó espantada como, con una disciplina resignada, la paciente se quedaba en camisa y colocaba los brazos en cruz al ponerse de espaldas. Frente a ellas, una auxiliar, a unos tres o cuatro metros de la enferma, manejaba una manguera. La roció con aquel chorro de agua potente y le dibujó eses en el cuerpo. Los gritos la asustaron.

—¡Frío...! —Apenas habían pasado unos minutos y la temperatura debió de cambiar, porque la mujer relajó la expresión, pero de nuevo al pasar un momento volvió a chillar—. ¡Quema...! ¡Quema...!

Pegó un respingo y, de un salto, dio un paso hacia atrás.

—¡Yo no pienso meterme ahí! —exclamó.

—Tanto las duchas alternas como los baños los tiene recomendados. Podemos hacerlo por las buenas o por las malas, usted decide.

El tono de voz de la enfermera no admitía discusión.

—Quiero hablar con el médico.

—Ya lo hará.

Inés observó el lugar con detenimiento. Sobre unas camillas había mujeres que parecían momias. Unas estaban cubiertas o envueltas con sábanas que se apreciaban húmedas, a otras ya se las habían retirado y las sanitarias les frotaban el cuerpo con brío y lo que supuso que eran toallas secas. Evaluó los rostros y, aunque aquellas mujeres no estaban en su mejor momento, las apreció relajadas. Quizá lo que más le sorprendió fue su actitud de sumisión. ¿Llegaría ella a perder también su vigor? Aquello era lo que más le asustaba.

De pronto, vio una empleada del hospital junto a ellas; no la había oído acercarse.

—Necesitamos ayuda en la lavandería y lencería —informó a la enfermera que la acompañaba—. ¿Crees que alguna de tus pacientes privadas podría ocuparse? La necesito ya.

—No creo que ninguna de las mías pueda servirte.

—Yo iré —contestó Inés.

—No, ella no puede, tiene que pasar por la ducha —señaló su asistente particular con voz cansina.

—Después. —La nueva enfermera, que parecía que mandaba más que la que le habían asignado, se dirigió a ella con amabilidad—. Espero que sepa coser, hay muchas sábanas que repasar.

Recordó que Gonzalo le había explicado que algunas pacientes hacían terapias laborales en algunos hospitales. Tal vez aquel era parecido. De pronto, se sintió mejor.

—Mi prometido es médico de los nervios —explicó camino de la lavandería. Pensar que era cierta aquella afirmación la ayudaba. Se arrepentía de haberle pedido que esperara. Quizá, si no lo hubiera hecho, su situación en ese momento sería distinta—. Uno de los mejores de Barcelona.

Por cómo la miró la sanitaria supo que no la había creído, aunque asintió con una sonrisa. Los ojos se le llenaron de lágrimas al entender la frágil línea que separa la cordura de la sinrazón. Ella no estaba loca, pero entre aquellas paredes cualquiera podía perder la razón. Se pegaba todo menos la hermosura. Quizá cuando pudiera pensar fuera capaz de encontrar la forma de demostrar su sensatez.

—No se preocupe, señorita. Verá qué pronto se pone bien.

Ayudó en la costura. Era una tarea aburrida y poco creativa de coser roturas y desgarros en las sábanas, pero tener una aguja entre los dedos siempre la había relajado. Tuvo la sensación de que

esa actividad la revitalizaba y se sintió bien por primera vez en varios días. La calma no le duró mucho: su enfermera había acudido a buscarla. Era tarde para las duchas; sin embargo, la obligó a tomar un medicamento que la dejó aturdida durante un rato. Luego, la llevó a la sala de visitas; alguien había ido a verla.

Confiada, entró en el pequeño locutorio y su esperanza se rompió al ver al padre de Elías.

—¿Cómo está, Inés?

—No muy bien, este lugar...

—Sí, ya sé que son medidas desesperadas. Lo ha puesto bastante difícil —explicó el señor Vidal—. Yo pretendo llegar a un acuerdo con usted para que pueda salir de aquí.

No podía pensar con claridad, pero aquellas palabras le cruzaron el cerebro y la azudaron.

—¿Qué quiere decir?

—Gregorio es mi amigo, pero no está siendo justo. Pretende privarla de la administración de sus bienes y para ello argumenta su estado de enajenación mental. Si la declaran incapaz, se quedará con todo. Puede conseguirlo, dados sus antecedentes: la enfermedad de su madre, su terquedad y oposición...

—Mi madre no estaba enferma. Él la manipulaba.

—Sea lo que sea, su médico ha testificado; escribió un informe...

Lo miró incrédula y sintió que la sangre se le helaba en las venas. Empezaba a comprender. Por eso Gregorio la había encerrado en una casa de locos.

—Inés, si usted accede, podría salir de aquí y tener lo que es suyo. Elías no impedirá que dirija lo que quiera. Fusionaremos los negocios...

—¿Acceder a qué?

—A casarse... Elías estaría dispuesto. Con su dinero, podríamos reflotar las manufacturas y usted... usted recobraría su vida. Los dos saldríamos ganando y yo la apoyaría si quisiera ir en contra de Gregorio. No se ha portado bien.

—¡Yo no amo a su hijo!

—¿Y qué más da el amor? —Se rio el hombre—. Usted me necesita casi más que yo su dinero.

Inés sintió que el corazón se le agitaba y una fuerza que empezaba a ser conocida por ella se adueñaba de su ánimo y su cuerpo.

—¡Váyase! —gritó. El hombre la miró asombrado—. ¡Que se vaya! Gregorio es un arribista y usted un zafio, un sinvergüenza... ¡Largo! No quiero verlo.

Ante el inmovilismo del señor Vidal, arremetió contra él y lo abofeteó presa de la frustración y la rabia.

Sus gritos alertaron al personal sanitario. Entraron dos enfermeras de aspecto robusto y la contuvieron con bastante facilidad.

—¡Es una confabulación! —chilló fuera de sí, sin demasiado éxito. Nadie parecía escucharla.

—Está loca, esta mujer está loca —se defendió el padre de Elías.

La llevaron a su habitación y la obligaron a tomar una medicina; supo que perdería la consciencia. Su cuerpo y su mente se vencían a la sedación por el brebaje de las drogas.

* * *

El director del hospital de San Baudilio había citado a Gonzalo en su despacho; necesitaba que evaluara a una paciente que habían ingresado la tarde anterior. Su madre había muerto de forma dramática y el padrastro recelaba por su mala gestión en los negocios. Se mostraba esquiva, con mucha oposición a su autoridad, y temía que se hiciera daño. Su madre había padecido melancolía con intento de suicidio. Por lo que había observado el médico de la familia, que aconsejaba el ingreso, parecía desequilibrada. Su inteligencia estaba afectada, se mostraba muy nerviosa y tenía dificultad para estarse quieta.

—Es preciso que valore su estado de enajenación. La familia y su médico aseguran que ha perdido la razón, quieren que se la prive de capacidad legal para administrar sus bienes —informó el director del manicomio—. Es un asunto serio, porque hay intereses económicos de por medio. Creo que consideran que es preciso encerrarla, les preocupa que atente contra sí misma o contra alguien.

—Quizá no sea necesario privarla de su libertad. Los enfermos aquejados de este tipo de enajenación no son peligrosos. ¿Tiene delirio de ambición o cualquier otro?

—No me lo han notificado, pero sí su desazón.

—¿Puedo verla ahora?

—Si lo desea, aunque le han administrado bromuro sódico, se ha alterado mucho con una visita.

—Está bien, que se adapte al centro y siga los tratamientos habituales: baños y quizá algún taller. Haré el examen mañana. ¿Quién la lleva?

—Está en la sección de agudos, en el grupo de los pacientes privados de primera categoría. El doctor Andrés hizo el ingreso.

—¿Sospecha de locura histérica?

—Es lo que debe usted esclarecer.

Una enfermera entró en el despacho y solicitó su atención.

—Doctor Losada, tiene un mensaje urgente del hospital de la Santa Creu. Es de su padre.

Cogió la nota que le entregaba y la leyó con interés. Su padre le pedía que acudiera cuando pudiese; necesitaba que valorara a una mujer que desde hacía varios días se mostraba como si estuviera desequilibrada. Esperaba que él pudiera diagnosticarla, porque tenían informes contradictorios.

—Me pide la valoración psiquiátrica de una paciente —explicó.

—Vaya. Ya hablaremos cuando pueda hacer el examen.

* * *

Gonzalo entró en la habitación donde le indicaron que estaba la mujer. Había una sola cama y un pequeño saloncito. Pero no estaba. Una asistente le comunicó que enseguida la traerían de vuelta. La habían llevado a que tomara un baño.

Decidió esperar allí. Al momento, la puerta se abrió.

—Ah, ya has llegado. Gracias por venir —lo saludó su padre—. La hemos trasladado aquí, las otras enfermas la alteraban mucho. Así puedes examinarla tranquilo. Me siento responsable. El cochero dijo que se tiró a la calzada sin mirar por donde iba. Nos dimos un gran susto. Parece ser que huía del incendio que había en la calle del Carme, porque sus ropas estaban chamuscadas y tenía una quemadura fea en el brazo y un golpe en la cabeza. Había perdido bastante sangre.

—¿En la calle del Carme? —preguntó con extrañeza. Allí estaba el taller de Inés.

—Sí, creo que en un taller textil.

El pulso se le aceleró.

—¿Sabe quién es?

—No. Después de las primeras curas, cayó desvanecida. Lleva varios días ausente, pero hoy se ha despertado muy agitada; no hilvana bien las frases, parece que no está bien. Han ido a darle un baño para que se relaje un poco. Ahora podrás atenderla. Me interesa mucho tu opinión.

Aquella demanda lo pilló desprevenido, pero Rodrigo Losada era ante todo un buen médico que antepone la salud de sus pacientes a sus propios prejuicios. Le pareció que no deberían ser tan firmes, porque, si no, no lo habría llamado. Que lo hubiera reclamado para pedir su opinión sobre un caso de locura histérica, parálisis progresiva o una pérdida de memoria ya era algo inusual en él; allí había otros médicos que podían haberla examinado.

—¿Ha observado si está orientada? —Gonzalo sintió la mirada intensa de su padre; no iba a decirle nada más sobre el asunto, así que no tentó su suerte y no lo contradijo.

—No puedo asegurártelo —informó Rodrigo—. No hace más que decir que su marido ha muerto por culpa de su marido y llama a alguien. Creo que es de tu disciplina, hijo, pero no me fío de ninguno de los médicos de orates que tenemos aquí. Está muy confundida. No sé si es una pobre diabla enajenada o si es que está desorientada. Sus ropas son de calidad. Quizá sea una mujer de la calle. Le he suturado las heridas y le he limpiado la quemadura del brazo, pero no puedo hacer nada por su espíritu.

—¿No la ha reclamado ningún familiar?

—No, nadie, que yo sepa.

—Podría trasladarla a San Baudilio.

—No creo que sea necesario, pero como tú consideres más conveniente. —La puerta se abrió y entró una enfermera seguida por una mujer—. Ah, mira, aquí la tenemos ya.

Gonzalo observó a la mujer, que vestía ropas sencillas, llevaba el pelo recogido y a primera vista le pareció que la conocía. La observó con fijeza. Buscó en el pensamiento de qué le sonaba.

—Buenas tardes, soy el doctor Losada. —La mujer lo miró y luego a su padre—. Sí, otro doctor Losada, soy su hijo. ¿Cómo se llama?

—Teresa...

De pronto, en su cerebro destacó un nombre que coincidía con aquel rostro. La había visto en el Círculo Ecuéstre. ¡La madre de Inés!

—Teresa Calasanz, viuda de Ribas.

—¿Sabe que está casada en segundas nupcias con Gregorio Prat? —preguntó Gonzalo con cautela.

La mujer empezó a llorar y se cubrió la cara con ambas manos a la vez que decía entre sollozos:

—Sí, sí... Soy Teresa Calasanz. ¡Maldito! —La angustia se apoderó de ella y empezó a gritar—. ¡Inés, Inés...!

—¿Conoces a esta mujer? —inquirió su padre con extrañeza.

—Es la madre de la mujer que amo —contestó sin mirarlo, ya que si lo hacía él mismo se pondría a gritar.

Gonzalo observó con impotencia que la mujer se desestabilizaba y el llanto se convirtió en un grave ataque de nervios. Trató de calmarla y, cuando acudieron varias enfermeras, les aconsejó que le dieran infusiones de valeriana, y, si no se calmaba, que recurrieran al láudano. Prefirió salir de la habitación cuando la tumbaron en la cama; así era imposible examinarla.

* * *

Cuando llegó a su casa, una persona esperaba en el portal. No la reconoció a primera vista hasta que ella lo llamó.

—Doctor Losada, soy Lali...

—¡Eulalia! No te había reconocido. ¿Qué haces aquí?

—Ay, doctor, es Inés —sollozó—. No aparece por ningún lado.

—Quizá no haya buscado en casa de su prometido —dijo dolido.

—¿Prometido? No, no. Ella no está prometida con nadie. Su padrastro quería, pero ella se opuso. Trató de avisarlo, lo sé. —Hizo un gesto defensivo—. No vengo a reprocharle nada, pero tiene que ayudarme. No sé dónde más buscarla. Ella no se iría sin decírmelo. Está destrozada, se ha quedado sola. Su madre murió en un incendio del taller. Ni siquiera pudo ir al entierro.

Gonzalo no tuvo que analizar demasiado las palabras de Lali para comprender su significado, pero sintió que la desazón le agujoneaba el pecho.

Le ofreció ir a una cafetería cercana; allí podrían hablar. Después de escucharla, le explicó lo que sabía. Lali lloró sin disimulo al saber que Teresa estaba viva y hospitalizada. Gonzalo supuso que la habrían confundido con alguien del taller y la habrían dado por muerta.

—Pero, entonces, ¿dónde está Inés?

—Eso no lo sé. ¿Qué dice su padrastro?

—No está en casa. Lupe me ha dicho que desde que murió Teresa se comportaba de forma extraña. No quería verlos por la casa e incluso les inventó acusaciones; los amenazó con denunciarlos por robo. Inés estaba rota, ellos dijeron que se irían unos días hasta que las cosas se calmaran, pero regresaron por Inés y ni ella ni Gregorio estaban ya allí. Se habían llevado algunas cosas, dinero y poca ropa. Aunque todo lo que falta es de él, de ella está prácticamente todo.

—¿Sabe por qué quería él casarla?

—¡Le molestaba! Quería quitársela de encima —exclamó Lali con enfado—. Peleaban mucho. Él no quería que ella llevara la dirección de la fábrica porque es una mujer. Se sentía menospreciado. Pero Inés no se fía de él, cree que engatusó a su madre y eso la ponía enferma. ¡Ay, señor! Lupe me ha dicho que el médico fue a visitarla en varias ocasiones.

—¿Qué médico?

—El doctor Viñals.

Gonzalo le dijo que iría a hablar con él y así averiguaría qué podía contarle. También le pidió a Lali que localizara a la tía de Inés. Teresa necesitaba algún familiar cerca por lo que pudiera ocurrir. No quería pensarlo, pero su mente analítica y crítica lo llevó por elucubraciones tristes y catastróficas que le costó controlar.

«Ella está en algún lugar, lo presiento», se convenció.

Cuando Lali se marchó, Gonzalo acudió a casa de sus padres para hablar con su abuelo. Tenía buenos conocidos entre los militares y la policía, y él sabría cómo empezar a buscar tanto a Inés como al padrastro. No entendía por qué el hombre se había ido dejando la fábrica y lo que quedaba del taller desatendido.

Amaneció desesperanzado. Le había costado mucho conciliar el sueño. La culpa por desatender la nota que Inés le había enviado con la doncella de su casa lo angustió. ¿Por qué había sido tan obtuso? Creyó lo que le dijo Gregorio cuando fue a buscarla y ni siquiera se planteó que si ella lo había mandado llamar y le había pedido ayuda era porque algo no cuadraba. No era la feliz prometida que el padrastro le había hecho creer, pero en aquel momento, si se quedaba lamentándose, no resolvería nada.

Habló con el doctor Galcerán; no era capaz de enfrentarse al trabajo sabiendo que Inés estaba en paradero desconocido. Lo informó de que se ausentaría un día. Se sintió obligado a explicarle

el porqué. El director creyó que le hablaba de su prometida, pero él no lo sacó de la confusión; ya tendría tiempo de explicarse mejor.

Pasó a visitar a Teresa Y se encontró a su padre con ella. Le hacía las curas del brazo. Iba a quedarle una fea marca por la quemadura, pero lo importante era que se había salvado. Observó que la mujer parecía tranquila, pero estaba bajo los efectos de un calmante.

Decidió que regresaría más tarde; tenía que averiguar el paradero de Inés.

La buscó sin éxito en la tienda de modas, que encontró cerrada. El doctor Viñals se había marchado. La mujer que cuidaba su casa le dijo que se había tomado un descanso y se había retirado a un pueblo del interior.

Le preocupó la idea de que el supuesto prometido tuviera algo que ver en su desaparición, así que, antes de ir de nuevo al hospital a ver a Teresa, decidió visitar a su abuelo; tal vez ya hubiera conseguido averiguar algo de Gregorio o sobre los Vidal.

Al llegar a casa de sus padres, se encontró con media familia debatiendo en el salón. Por la mirada que su madre le dedicó, Gonzalo supo que nada más quitarse el sombrero había adivinado que algo le pasaba. Les explicó lo que ocurría. No quería exponerse, ya lo había hecho con su padre, pero qué más daba ya.

El abuelo lo preocupó mucho más. Le advirtió que debía indagar en todos los hospitales de la ciudad. Mariona dijo que ella averiguaría si habían ingresado a alguien de las características de Inés en el hospital de la Santa Creu, donde estaba Teresa.

No fue capaz de quedarse quieto, acudió al sanatorio de la falda del Tibidabo y la buscó entre los internos de Nueva Belén. Desde allí llamó por teléfono al Instituto Frenopático de la barriada de les Corts y a otros centros de salud. No estaba en ninguno, pero las noticias que le consiguió su abuelo lo desconcertaron. El supuesto prometido y su familia estaban arruinados. Entonces, entendió lo que Arabela había dicho acerca de fusionar las empresas y copar el mercado. Aquel matrimonio habría beneficiado a todos menos a Inés, a la que querían utilizar como moneda. Tenían que encontrar a Gregorio; quizá se la hubiera llevado con él.

Acudió al hospital a media tarde. Se sentía impotente, no tenía buenas noticias para Teresa. ¿Qué iba a decirle cuando preguntara por su hija?

Su padre lo esperaba para explorar a la mujer. Entraron juntos a verla.

—Buenas tardes, Teresa. ¿Me recuerda? Soy el doctor Losada.

—Sí, el hijo.

—Veo que está algo mejor.

—No puedo estar bien con lo que ha ocurrido. ¿Y mi hija? ¿Por qué no ha venido a verme?

—¿Por qué no nos cuenta qué le pasó?

Teresa se había sentado en uno de los sillones y Gonzalo pensó que le daría más confianza si él

se colocaba enfrente. Su padre se quedó de pie. Observó que se tensaba y presintió que los recuerdos que le invadían la mente la atormentaban, pero tenía que sacarlos.

—Mi marido, Gregorio, intentó matarme.

Por el rabillo del ojo vio a su padre envararse, pero él, con calma, la animó a seguir.

—¿Por qué cree eso?

—No lo creo, lo sé. Lo viví.

Teresa comenzó a explicarse como si relatara una historia que le hubiera pasado a otra persona. Con un gran esfuerzo por no derrumbarse, describió cómo llegó a descubrir que su marido la engañaba con una de las empleadas y que esta le hacía chantaje porque se había quedado embarazada.

—No era la primera vez que le pasaba eso a la mujer, la vez anterior él le había conseguido un dinero para que se deshiciera del problema. Lo robó y Joan lo descubrió, amenazó con despedirlo y Gregorio organizó el atropello. Estaba allí y no lo socorrió. —Teresa lloraba, pero se mantenía erguida—. Yo estaba escondida junto a uno de los telares más antiguos, pero me asusté, creo que algo se cayó al suelo y él me descubrió; peleamos y me caí. Lo siguiente que recuerdo es mucho humo en el taller y fuego, mucho fuego. Alguien me sacó de allí, creo que fue Rosalía, la amante de Gregorio. Me quitó las joyas, me dejó en el callejón y volvió al taller. No sé el tiempo que pasé allí hasta que conseguí salir, y entonces unos caballos se me echaron encima y desperté aquí.

—La creyeron muerta, Teresa. ¿Sabe dónde puede estar Inés?

—¡Mi hija! ¿Qué le ha ocurrido? —La angustia se le reflejó en el rostro.

—No lo sé. Estoy buscándola.

—Usted es su enamorado, ¿verdad? —preguntó llorosa la mujer—. Ella me lo confesó, me lo contó todo. Lo ama. Gregorio quería casarla, decía que se interponía entre él y yo, pero era mentira. Inés se interponía entre él y el dinero.

Teresa lloraba afligida y se culpaba por su debilidad y por no haber creído a su hija.

Gonzalo se desesperó. Él tampoco la había creído. Ella había recurrido a él y él la había engañado. Le dijo a la doncella que ya hablaría con ella, con la intención de no hacerlo. Le dio esperanzas sabiendo que no tenía pensamiento de cumplir su palabra. Era un cretino.

—Tenemos que hablar con la policía —advirtió Rodrigo—. Ya están buscando a Inés. Les pediré que vengán. Habrá que arreglar papeles y averiguar quién hay enterrado en su panteón. Tendrá que declarar, Teresa, aunque ahora debería descansar.

La mujer se recostó en el sillón. Parecía ausente.

—Doctor... Gonzalo, ¿verdad? —Él asintió con una sonrisa amable—. ¿Pueden avisar a mi hermana, en París?

—Pedí ayer a Lali que la informara de todo. Ella ha sido la que me ha dicho que no encontraba a Inés. Supongo que luego vendrá a verla.

—Gregorio es de Palencia, quizá se la haya llevado con él.

—Lo averiguaremos —la reconfortó—. Y, ahora, descanse; no está sola.

A la mañana siguiente, Gonzalo acudió a visitar a Teresa al hospital antes de ir a San Baudilio. No tenía buenas noticias para ella y le dolía verla tan afectada. A él mismo le costaba disimular la angustia, pero era una manera de estar cerca de Inés. La culpa era como la soga del ahorcado. Si él no hubiera sido tan orgulloso y hubiera respondido a su nota, ahora ella no estaría desaparecida.

—Si le hubiera hecho caso... —se lamentó Teresa—. Mi hija supo ver en Gregorio algo que yo no veía. Yo estaba deslumbrada con sus atenciones. No se fiaba de él, y qué razón tenía. ¿Y si le ha hecho algo a ella también?

—No piense eso, verá como la encontramos. —No supo si había dicho aquello para tranquilizar a la mujer o a sí mismo.

La puerta de la habitación se abrió y entraron Mathilda y su madre. Teresa se echó a llorar en cuanto vio a sus familiares. Se sintió como un intruso entre aquellas mujeres.

—Bueno, yo tengo que dejarlas, he de regresar al trabajo; no puedo retrasarlo más. —Se despidió con un saludo cortés y añadió junto a la puerta—: Regresaré a verla al final de la tarde. Quizá tenga noticias de los policías de la Guardia Municipal, que están sobre aviso.

Salió de la habitación con un nudo en la garganta. No quería pensar que algo malo le hubiera ocurrido a Inés.

«Señor, Dios mío, nunca te he pedido nada, pero, si me la devuelves, no la alejaré de mi vida ni un solo día.»

Recorrió la planta hacia la salida y encontró a su padre, que hacía la ronda.

—Buenos días, padre. Ya me iba.

—Puedes quedarte, eres bienvenido. Aquí no nos sobra la ayuda.

Rodrigo Losada no cambiaría nunca, aunque Gonzalo percibió que su voz no era tan beligerante como en otras ocasiones; en un momento distinto habría saltado, pero estaba tan desanimado que no quiso entrar en una discusión dialéctica.

—Me es imposible. Que tenga buen día —se despidió.

Pero su padre se colocó delante en un claro conato de interrumpir su salida.

—Hijo... Sé que vienes de visitar a la señora Teresa Calasanz. Esta mañana temprano han venido varios policías, querían recabar más información acerca del estado en el que la encontré; han corroborado que el incendio fue provocado. También le han hecho a ella muchas preguntas

sobre su esposo. La protegerán, pero no sé si dejar que se marche a casa o que se quede unos días más hospitalizada. ¿Tú cómo lo ves? —Lo observó circunspecto—. Apelo a la opinión del psiquiatra.

Era la segunda vez que su padre le reconocía ese título. Sabía que jamás se disculparía por su comportamiento, pero lo aceptó como un avance.

—Está preocupada por su hija. Su carácter es frágil, pero está bien. Creo que lo que más necesita es el cariño de su familia.

—Tu madre me ha dicho que querías casarte con esa joven. Supongo que a ti también te engañaron, como a ella. ¿Cómo estás?

Hablar de aquello le dolía, porque le recordaba lo necio que había sido.

—No sé, padre. Si hubiera actuado de otro modo, si...

—Los Losada somos hombres de honor, tú no eres culpable. Quizá eso que dice tu madre que tenemos, terquedad, te ofuscará, pero seguro que haces lo correcto.

No supo qué decir, no esperaba aquellas palabras. Empezó a caminar y sintió que lo agarraba del brazo y de nuevo lo detenía.

—Gonzalo, estoy orgulloso de ti. No lo olvides nunca. —Lo miró con respeto—. Y ahora, márchate, me estás entreteniendo.

Sin duda, su padre estaba cambiando.

Salió a la calle por la puerta de hospitalización. Bajó las escaleras y casi cuando se disponía a cruzar el gran patio del claustro, alguien lo llamó. Al girarse, vio a la tía de Inés.

—Señora Marais, ¿ocurre algo? —indagó preocupado.

—No, nada, es que... Verá, no quería interrumpir su conversación y... —titubeó la mujer—. No sé cómo decirle esto, espero que sepa disculparme. Desde hace tiempo conservo algo suyo.

—¿Mío?

Elena introdujo la mano en su bolso y sacó un pequeño pliego de papel. Se lo tendió. Al observarlo, su mente analítica supo enseguida qué era y, sin que pudiera evitarlo, la emoción le apretó el corazón.

—¡La carta de Inés!

—Veo que sabe de su existencia. Se la intercepté a la doncella y la guardé. Tiene que perdonarme, doctor Losada, pero Inés es como una hija para mí y no podía consentir que arruinara su reputación. Me preocupó pensar que usted pudiera comprometerla. Pensé que era algo pasajero.

La señora agitó la mano en un gesto de apremio para que tomara la carta. Al sostenerla en la mano, el ansia por conocer el contenido se apoderó de él.

—Encuéntrela, doctor; solo usted puede hacerlo. Y aunque esas letras llevan escritas dos años,

conozco a mi sobrina: estoy segura de que los sentimientos expresados siguen tan vivos hoy como entonces. Solo espero que, si usted también los tuvo, no los haya olvidado.

Observó que Elena subía los peldaños de piedra hacia el gran hospital.

De pronto, aquel sobre le quemaba en las manos. Buscó la sombra del claustro, leyó su nombre y la evocó a ella pronunciándolo. La letra era menuda y redonda; le pareció que estaba escrita con prisa. Sacó el pequeño papel doblado y comenzó a leer con el corazón en un puño.

Mi querido doctor:

En estos momentos difíciles no sabe cuánto lo necesito, pero cuando lea estas letras, ya me habré ido. Mi padre ha sufrido un accidente y he de estar a su lado. Regreso a casa. Me llevo en mi corazón todas sus promesas; guarde también las mías. Mis sentimientos no han cambiado y son más fuertes que hace unos días. Si es posible, si puede, venga. Regrese a mí.

Espero con ardor el día de nuestro reencuentro.

Suya,

INÉS

Aquellas palabras le reconfortaron el alma y apartó de sí la culpa que lo atormentaba. Inés las había escrito hacía tiempo, pero le daban la certeza de que ella era fiel a sí misma. Siempre lo había amado y él era tonto por no haber sabido verlo. Y la había perdido. Quizá nunca pudiera decirle cuánto la amaba él.

«No, ella está en algún lugar. Te espera.»

Pero ¿dónde podía buscarla? ¿Y si había huido y se encontraba con Charles? Era su amigo, decía. Quizá él no le hubiera dado la espalda.

«Tendrás que hablar con él.»

Comprobó su reloj. No podía retrasar más su llegada a San Baudilio. Desde allí, trataría de localizarlo.

Durante el tiempo que tardó en llegar a su despacho en el manicomio, había pensado en los pasos que tenía que dar. Localizaría a Charles a través de Tom. No lo dudó y levantó el auricular. Pidió a la operadora que pusiera una conferencia con urgencia a Viena. Casi rezó por encontrar allí a su amigo y que no se hubiera marchado ya a Minstrel Valley; no sabría cómo localizarlo allí. Justo al colgar, una enfermera irrumpió en la oficina.

—Doctor Losada, la paciente que tiene que examinar está lista. ¿Quiere verla en su habitación o aquí?

—¿Está orientada?

—Sí, y he de decirle que se muestra poco colaboradora. Tiene mucho genio. Si no se calma, habrá que contenerla o atarla.

—Estoy esperando una conferencia, deme un momento. Tráigala y pida una taza de valeriana.

La espera se le hizo larga; cuando sonó el teléfono, no lo dejó sonar ni dos timbrazos. Experimentó un gran alivio al oír a Tom, aunque este lo recibió contento y extrañado a la vez. Gonzalo fue poco explícito, solo le dijo que necesitaba localizar a su primo Charles, que en otro momento le explicaría los motivos, pero que tenía cierta urgencia. Anotó los datos que le facilitó y se despidieron.

«Primer paso, ahora toca hablar con Charles Leduc.»

Repitió la operación y, mientras le llegaba la llamada, pensó qué haría si ella estaba con él. Le dolió reconocerlo, pero si era así, lo aceptaría; no podía reclamarle nada. Le comunicaría que su madre estaba en el hospital y nada más. Cogió el teléfono con presteza cuando sonó el aviso de que ya tenía la conferencia

—*Monsieur Leduc. Je suis* Gonzalo Losada.

—*Le bon docteur! Vous m'appellez pour m'informer que vous avez eu la main d'Inès?*

El sarcasmo de que impregnó su voz no le pasó inadvertido. No quería dar explicaciones. Habló con sequedad y, sin darse cuenta, en español.

—No, quiero saber si está con usted. —El silencio hizo que se percatara del idioma y rectificó —: *Pardon. Mademoiselle Inés Ribas est avec vous?*

—*Non, je comprends... Mais...* —Charles tensó la voz y respondió en español—: ¿Por qué iba a estar conmigo? ¿Qué le ha hecho?

Gonzalo se impacientó; no era momento de ofrecer aclaraciones.

—Nada de lo que pueda estar pensando, pero ha desaparecido. Creí que podría decirme algo de ella. Hace días que no se tiene noticia de su paradero.

—*Mon Dieu! C'est incroyable* —bramó—. Debe de estar desesperado para llamarme a mí.

—No tengo tiempo de explicarme ni de pedir disculpas. Si sabe algo, le ruego que me lo diga.

Charles no pudo ayudarlo y le imploró que lo informara en cuanto supiera algo. Supo que lo dejaba preocupado, pero no mucho más que él.

«¿Dónde estás, Inés?»

Cuando llamaron a la puerta, tuvo que hacer un esfuerzo por investirse del médico que debía ser y dejar a un lado sus preocupaciones personales.

—Adelante.

La enfermera entró con la paciente. Ni siquiera oyó lo que decía. En un segundo, pasó del miedo a la sorpresa, al aturdimiento, a la incredulidad y casi a la euforia. ¡Inés! ¡Inés estaba allí!

—No te exaltes, el doctor va a hacerte unas preguntas —dijo, amable, la enfermera, y la acomodó en una silla.

Inés no lo había visto. Miraba al suelo y su cuerpo parecía tan derrotado como el soldado que entrega todas sus armas al vencedor de la batalla. Tenía el cabello trenzado y una bata sobre un

vestido oscuro. Su rostro estaba triste, con los ojos hinchados por las lágrimas que había vertido, pero, sobre todo, asustado. Se le encogió el corazón. Pudo apreciar que en el dorso de la mano tenía una herida.

Sin querer espantarla, la llamó con suavidad y se le acercó.

—Inés... Inés.

Ella pareció despertar de un sueño.

Levantó la cabeza muy despacio y los ojos se le llenaron de lágrimas cuando se cruzaron con los suyos. Por unos instantes se miraron sin saber qué decir. Ella mudó de expresión, se levantó de un salto y se lanzó a sus brazos.

—¡Has venido!

Gonzalo la atrapó y pegó el cuerpo al suyo a la vez que le daba besos en la sien y le decía que ya todo había acabado.

—¿Doctor? —lo llamó la enfermera con extrañeza.

Su voz lo sacó de la bruma en que vivía. Sin soltar a Inés, pidió que avisara al director y al médico que había hecho el ingreso. La señorita Ribas no era ninguna enferma.

Cuando se quedaron solos, la apartó de sus brazos y la observó con alarma.

—¡Vida mía! ¿Te han hecho algo, estás bien? —La angustia por lo que habría pasado Inés lo consumía—. ¡Por Dios! Esto es una casa de locos, nunca deberías haber pisado este lugar.

—Estoy bien, ahora estoy bien. —El llanto se apoderó de ella y notó que temblaba.

—¡Gracias, Señor, gracias por todo! —Volvió a estrecharla entre los brazos y ella se dejó acunar a la vez que lloraba sobre su pecho.

No pudo evitar besarla. Todo el miedo acumulado, las culpas esgrimidas y el dolor sufrido se licuaron en aquel beso que le curó el alma. Pero no todo estaba resuelto.

—No sé cómo voy a compensarte por todo lo que has sufrido. Lamento que tengas que pasar por esto, pero tendrás que explicar cómo has llegado aquí.

—Mi madre ha muerto, Gonzalo, y Gregorio se ha vuelto loco; le estorbo para quedarse con la fábrica. Pagó al doctor Viñals.

—Ven, quiero que te sientes aquí. —La llevó a un pequeño sofá—. Tengo que explicarte algo muy importante. Luego hablaremos con el director y la policía. Los guardias municipales te buscan desde hace días. —Escudriñó en la mente las palabras que menos pudieran impactarla, se acomodó a su lado y, sin soltarle las manos, le habló mirándola a la cara—: ¿Recuerdas que se incendió el taller? —Ella asintió y suspiró con angustia—. Bien, pues la mujer que encontraron no era tu madre. Ella logró escapar. Es la que nos lo ha contado todo, está en el hospital, con tu tía Elena y Mathilda, y...

—¡Dios mío! ¿No me mientes?

Inés se lanzó a sus brazos y lloró con pena. La dejó sacar todo el temor y los nervios que

llevaba acumulados. Cuando la oyó decir que había tratado de escapar para ir a verlo cuando no recibió respuesta a su nota, se sintió miserable. Pero no había resentimiento en su voz, solo la angustia por la experiencia que había vivido. Juró que siempre la consentiría. Nunca más lloraría con aquel dolor. Se le partía el alma.

La puerta se abrió con ímpetu y entraron el director y otro médico. Gonzalo, al verlos, se separó de Inés y se puso en pie. Ella también se incorporó. Pero no la soltó.

—Me dicen que ha habido una enorme confusión —afirmó Galcerán—. ¿Es esta señorita su prometida desaparecida?

—No es mi prometida; no todavía, pero sí, Arturo. Nos han engañado y ha ingresado con informes falsos.

Gonzalo explicó las motivaciones que habían llevado a ingresarla allí. El médico que había aceptado la admisión aclaró que no tuvo dudas del doctor que la acompañaba; lo conocía por haber intervenido en la recepción de algunos pacientes en la sección de orates del hospital de la Santa Creu. Todos estuvieron de acuerdo en que quizá la distancia con la ciudad los había motivado a dejarla allí. No era un lugar en el que pudieran encontrarla con tanta facilidad como en otro de los sanatorios de la localidad.

Después de haber hablado con la policía y de que la hubieran ayudado a recoger las pocas cosas que había llevado, Gonzalo salió de allí con una Inés agotada, pero impaciente por encontrarse con su madre.

Al llegar al hospital, se llevó una sorpresa. Su madre y Mariona visitaban a Teresa. Hablaban distendidas con Elena y Mathilda, y el silencio llenó la habitación cuando entraron.

—¡Madre! ¡Madre querida! —gritó Inés, que corrió hasta ella.

Se fundieron en un abrazo y se atropellaron una a la otra pidiéndose disculpas por los errores cometidos. Todas las mujeres acabaron llorando y Gonzalo supo que debía dejarles intimidad. Salió de la habitación sin hacer ruido.

Se apoyó en la pared de enfrente, necesitaba reflexionar. Quizá debía ir a la catedral y poner un gran cirio en el altar. Sin duda, su plegaria había sido escuchada.

—¿Qué te aflige, muchacho? —La voz grave de su abuelo lo sacó de sus pensamientos.

La sonrisa de su abuela le impactó.

—¿Usted también, abuela? Todas las mujeres de mi vida están en ese cuarto.

—Lo sé, nos ha avisado tu padre.

Observó que la mujer llamaba a la puerta con los nudillos que al abrirse la puerta se oía una pequeña ovación. La alegría que se filtró lo llenó de dicha. La risa de Inés le llegó clara y fresca, y sintió que iba a amarla todos los días de su vida.

—Vamos, tu padre me espera, tengo algunas noticias. Han detenido a Gregorio en Palencia; estaba en casa de sus padres.

Inés se miró al espejo nerviosa. La mujer que encontró frente a ella iba muy elegante. Se había recogido el pelo, pero dejó que le colgara un mechón en la espalda. Un fino collar de perlas le adornaba el cuello. El vestido era estrecho y tenía una discreta cola. La falda estaba muy adornada y el corpiño se le ajustaba al talle con unos discretos botoncitos delanteros, mostrando un escote en pico que perfilaba los finos tirantes.

«¿Le gustará a Gonzalo?»

Aquel pensamiento la hizo sonreír.

Hacía más de diez días que el tormento había acabado. Se sentía dichosa por todo lo bueno que había vivido desde el triste momento en el que la llevaron frente al médico que debía evaluar si estaba demente y sentenciar su vida. Al levantar la vista, el corazón casi le había estallado de júbilo. Dios la había escuchado; Gonzalo la había encontrado, había ido a buscarla. El irónico destino había puesto a su amor frente a ella. Necesitó un segundo para verle la sorpresa en los ojos y no pudo contenerse. Se lanzó a sus brazos. Desde entonces, él la había visitado todos los días, se habían besado en innumerables ocasiones, se habían escondido de miradas indiscretas y su cuerpo estaba encendido como la lava por el deseo que le provocaba. Pero en todo ese tiempo no habían tenido ningún momento íntimo más allá de unas caricias, roces indecentes y besos apasionados.

Su madre entró en su habitación. Su herida aún no estaba curada, pero lucía un bonito vestido con unos guantes que le cubrían casi la totalidad del brazo y ocultaban las vendas. La abrazó por la espalda y las dos miraron su reflejo en el espejo.

—Estás muy hermosa esta noche, hija.

—¿Usted cree?

—Este color siempre me ha gustado, combina con tus ojos.

El verde del raso parecía cambiar de tonalidad según le daba la luz. En la tienda de diseños donde lo había comprado le habían asegurado que era un modelo exclusivo. Y así quería sentirse: única, especial en la fiesta que los Losada habían organizado en su honor y el de su madre.

—Tía Elena y Mathilda esperan en el salón.

—Vamos.

Recogió unos guantes de encima de una mesa y un pequeño bolso. Estaba ansiosa por que la noche comenzara.

Cuando salían de casa, Inés se dio cuenta de que Lupe y Encarna las miraban desde la entrada de la cocina y les lanzó un beso. ¡Cómo habían llorado madre e hija al reencontrarse con ella mientras el padre se disculpaba, avergonzado por no haber sabido defenderla! Inés no podía guardarles rencor; no habían hecho nada malo. Ellos habían sido los que habían alertado a Lali.

Pere les tenía la puerta del carruaje abierta, las ayudó a subir y las despidió con una sonrisa antes de subir al pescante y guiar los caballos. Las cuatro mujeres se acomodaron. Las dos primas se sentaron juntas y cuchichearon sobre el baile que tendría lugar después de la cena.

—Me atrevo a decir que Inés está plétorica de alegría —observó tía Elena— y que no quiere moverse de esta ciudad ni siquiera para estudiar con mi buen amigo Charles Frederick Worth.

—Cierto, tía. Algunas cosas pierden importancia con el paso del tiempo.

—Pero tú, hermana, puedes escaparte y hacerme esa visita que llevas prometiéndome desde hace tanto tiempo.

—¿Qué puedo hacer yo en París? Mi sitio está aquí, con mi hija. Tengo que ayudarla. Mi nuevo médico me ha dicho que no soy tan frágil como creo; además, quiero agradecer a los Losada todas las atenciones y consideraciones que han tenido con nosotras. Nos han llenado de mimos a las dos.

—Son estupendos y los abuelos, una delicia —intervino Mathilda.

—Bueno, tú piénsalo para más adelante.

Cuando llegaron, un criado las ayudó a bajar del coche. Al entrar en la casa, Inés se sorprendió de ver a un concurrido número de personas. No solo estaban los padres, hermanos y abuelos de Gonzalo, sino algunos de sus amigos. Vio a Lali con su madre, a Bernat y a varios médicos a los que había conocido en el hospital. Reconoció a Tom por sus rubios cabellos y tuvo que disimular el codazo que su prima le dio en el costado.

Después de saludarlos a todos, el abuelo les pidió a su madre y a ella que lo acompañaran a su despacho. Gonzalo y Manuel fueron con ellas.

—No pretendo preocuparlas —anunció el abuelo Calisto—. Considero que deben saber que el señor Prat va a pasar en prisión una larga temporada. Lo acusarán de varios cargos, no solo por la muerte de su primer marido, Teresa, sino también por atentar contra su vida y pretender ocultarlo con un incendio en el que murió otra persona, la joven Rosalía. Además, podemos solicitar la nulidad del matrimonio, porque atentó contra Joan para conseguirla a usted y el dinero. Por otra parte, Manuel ha estado estudiando la administración y asegura que hubo despilfarro y malversación de los bienes que le corresponden a Inés. Era buen contable, pero después se envileció, las cuentas y los hechos lo demuestran.

—Estoy muy agradecida por la ayuda, don Calisto —murmuró Teresa—. No deseo el mal de nadie, pero quiero que pague por todo el daño que nos ha hecho.

—Manuel, ¿usted cree que podrá ayudarme a poner en orden la fábrica? —pidió Inés.

—Sí, por supuesto. Creo que debe introducir algunos cambios. El traslado de sede no era mala

idea —respondió el hermano de Gonzalo—, pero nos pondremos a ello mañana. Como no salgamos, madre vendrá a buscarnos y nos sacará de las orejas, abuelo.

Inés sintió durante la cena la mirada ardiente de Gonzalo sobre ella. Al terminar, pasaron a una sala más pequeña, pero él la cogió del codo y la llevó hasta el jardín trasero de la casa.

—Estaba ansioso por tenerte a solas para mí. —La abrazó y le selló los labios con los suyos.

—Creo que no vamos a poder escondernos.

—No necesito mucho tiempo. —Le tiró de la mano y se sentaron en un banco que daba a una pequeña fuente—. Estás tan bonita... Esta noche es especial.

Sintió la boca de Gonzalo en el arco del cuello; su lengua jugueteaba con el collar y se sintió desfallecer con el cosquilleo que le empezaba en el estómago.

—Gonzalo...

—No imaginas cuánto te deseo —musitó sobre su cuello, y repartió hacia su mandíbula montones de besos que la hicieron suspirar—. Quizá no te lo he dicho lo suficiente, pero te amo, Inés Ribas. Te amo tanto, de una forma tan ardiente, que mi corazón se entristece cuando no estás conmigo. ¿Me amas tú? Así, con locura, con una pasión desbordada.

—¿Acaso no lo sabes? Te amo más que a nada. Este cielo estrellado es testigo de mi amor. No sé poner en palabras todo lo que siento.

—Una, dime una y seré el hombre más dichoso. ¿Quieres casarte conmigo?

Inés estaba borracha de ansiedad, de anhelo, pero al oír su pregunta se dio cuenta de que estaba arrodillado a sus pies. Se lanzó a él, le rodeó el cuello con los brazos y le dijo sobre los labios:

—Sí, sí, sí... mi querido doctor.

La noticia corrió como un reguero de pólvora. Marionna, que salió a avisarlos de que se les hacía tarde para ir al Cercle, donde había organizado un baile, los encontró abrazados, e Inés, con lágrimas en los ojos, le mostró el anillo que él acababa de regalarle. Tardaron bastante en salir, porque todos querían felicitar a la pareja.

* * *

Inés no había bailado tanto en toda su vida. Se sentía tan dichosa que no se dio cuenta del paso de las horas. Estaba siendo una velada magnífica. Observar a su madre socializar con conocidos de los Losada, sin miedo en el rostro por las habladurías acerca de lo que había ocurrido, la llenó de paz. Lali quiso excusarse de ir al baile, pero entre Marionna y ella la convencieron; sin embargo, la señora Pura sí que se retiró tras la cena. Su amiga conversaba con Manuel y otras personas. Defendía con tenacidad sus pensamientos sobre lo que podían hacer las mujeres o no podían. Por lo visto, había encontrado dignos contrincantes dialécticos, aunque estos iban y

venían; Manuel era el que no se retiraba. No la vio bailar ni una vez; en cambio, no paró de conversar. ¿De qué se podía hablar tanto rato con una persona?

Pero el baile tocaba a su fin y Gonzalo le propuso llevarla a casa. Sus padres ya se habían marchado y solo quedaba la gente más joven.

—¿Se puede ser más feliz? —preguntó a Gonzalo al sentarse en el coche.

—Espero que sí —respondió él con una sonrisa ladeada.

—Y Mathilda, ¿no viene con nosotros?

—Acompañarán primero a Lali y luego la llevarán a casa —explicó él—. Quiero que demos un paseo por el Moll de la Fusta. Quiero tenerte un ratito para mí solo.

Inés se acurrucó junto a él. Los pies le dolían, pero no quería quejarse. Había sido una noche fantástica, no la olvidaría nunca, pero él debió de intuir su incomodidad y, sin recato, le colocó las piernas sobre las de él y le quitó los zapatos.

—¡Gonzalo! —se quejó con bochorno.

—Cariño, así estarás más cómoda.

Era cierto; además, la mano de él le apretó el empeine y le hizo sentir un calambre que la recorrió entera.

Él no se detuvo; a la vez que le acariciaba la pierna por debajo del vestido, le besaba la fina piel del cuello. La tentaba, encendía su cuerpo con cada roce de los labios.

—¿Cuándo quieres que nos casemos?

—Cuanto antes —respondió con ansia, seducida.

—Te haré el amor todas las noches.

—No voy a olvidar esta promesa.

Él rio y ella le buscó los labios con pasión. Necesitaba deshacer el nudo de emociones que le bailaban en el estómago; quizá así podría calmarse. Gonzalo la llevaba a estados de pasión que no conocía y quería saciarse.

Él, con una avidez que la atolondraba, la besó intensamente a la vez que le acariciaba el cuello y luego bajó la mano hacia su escote a una lentitud que la torturaba. Con una pericia que ella no tenía, desabrochó el corpiño y le liberó los pechos. Los atrapó con la boca antes de que el aire los rozara.

—Gonzalo, Gonzalo...

—Creí que me habías invitado —dijo él travieso. La mano que mantenía oculta bajo la falda alcanzó el mayor de sus tesoros.

—El cochero puede... puede...

—Olvídate de él. No nos molestará, guiará los caballos por todo el paseo.

Se mordió el labio al sentir una punzada del dulce placer que estaba por llegar.

—¡Ay, Dios mío...!

—¿Recuerdas la fiesta en el pabellón francés? ¿Recuerdas el piano?

¿Cómo podría olvidarlo? La había avasallado en la sala en la que se había refugiado para evitarlo y ella se dejó hacer, apoyada en la negra cola. Ni siquiera sabía que pudiera hacerse en aquella postura. Solo recordarlo aumentó el fuego que sentía.

—Ven, siéntate como las amazonas.

Al moverse, Inés observó por la ventanilla la penumbra del paseo marítimo. No había un alma en la calle y el ruido de los cascos de los rocines se asemejaba al tronar de su corazón. Gonzalo la colocó como quería y se abrió el pantalón. Ella se sentó encima y gimió al sentir los dientes en la tierna carne de los pechos.

—Me tienes loco, Inés. No puedo más, amor, tendrás que moverte. —La distrajo con palabras, pero le levantó las ropas, le movió las calzas y de un certero empuje se coló en su interior.

Ella se sujetó a sus hombros.

—Imagina que cabalgas.

Dejó volar la mente; el brío de los caballos que azuzaba el cochero le sirvió de ardiente fantasía. Sentía la boca de Gonzalo por el cuello, la mandíbula, el escote, los pechos. Los suspiros de él, las palabras tiernas, las manos, los dedos que le tocaban el rincón más secreto. El zarandeo adelante y atrás, sus propias manos en la cabeza, en los hombros del buen doctor. Notó que el corazón se le expandía y que le temblaba todo el cuerpo.

—Dime que me quieres —pidió él con los ojos velados por el deseo.

—Soy feliz, Gonzalo, soy feliz porque te amo —gimoteó—. Bésame, bésame y no me sueltes.

Estrelló los labios en los de él y disfrutó el amor que compartían.

Epílogo

Inés leía en el sofá cuando oyó la puerta de entrada cerrarse y se tensó. Gonzalo había llegado a casa. Llevaban varios años casados, pero nada había cambiado; seguía sintiendo la emoción recorrerle el cuerpo cuando él se acercaba.

Gonzalo rodeó el sofá y entonces ella le sonrió. Se sentó a su lado, le rodeó los hombros con el brazo y la acercó a su cuerpo. Ella se le acurrucó melosa y dejó caer el libro que había olvidado en el regazo. A Inés le encantaba aquella faceta cariñosa de Gonzalo. Cuando estaban solos era tierno, afectuoso, romántico y tenía dificultad para controlarse. Necesitaba tocarla, acariciarla, besarla y susurrarle palabras dulces que podían enloquecerla. En público compartían miradas cómplices, siempre la tenía en cuenta; lo sentía muy pendiente y era muy atento. Pero lo que más adoraba Inés de su marido eran sus momentos íntimos, esos en los que caían las barreras y se entregaban para ser uno. Nunca pensó que se pudiera ser tan feliz.

—¿Cómo te ha ido el día?

—Mejor que ayer —respondió él—. Lo que más me agrada del nuevo puesto es que no he de salir de Barcelona.

—¿Y qué tal se te da dirigir una institución frenopática?

—Creo que no es tan apasionante como la describió mi antecesor. Hay mucha gestión y poco trato con los pacientes, pero la ventaja de ser el director es que puedo elegir a quién tratar —concluyó con voz guasona, y levantó las cejas—. Pero, dime, tu día, ¿cómo fue? ¿Estás cansada?

—No más que ayer. —Levantó los ojos y le dedicó una sonrisa—. Esta mañana he ido con Manuel a Manresa; con su ayuda todo es más fácil y la fábrica va muy bien. Ah, y he recibido carta de Mariona.

—¿Qué se cuenta?

—Creo que regresará pronto. Habla mucho de un caballero.

—Entonces mi madre estará doblemente contenta.

Inés soltó una carcajada, pero en su fuero interno pensó que quien tendría que estar feliz era su amiga, no su suegra.

—Qué silencio —advirtió Gonzalo, y contempló la sala. Inés siguió con la vista los espacios que él repasaba: la mesita baja con tres sillas, las pequeñas tacitas de un juego de café de porcelana, un trozo de pastel a medias, la muñeca sentada en una de las sillitas.

—Hemos tomado una merienda, pero M no se la ha comido toda y está castigada sin jugar —

explicó Inés, e imprimió seriedad a sus palabras.

—¿Y dónde está mi pequeña brujilla?

—Vinieron las abuelas y se la han llevado de paseo.

—¿Ha regresado tu madre de París?

—No, aunque no creo que tarde en hacerlo. Han venido Elvira y la abuela. Querían consentirla.

Me ha dicho que no la esperaríamos a dormir.

—¿Mi madre ha dicho eso? ¿Hoy, noche de función en el Liceo?

—No, doctor. ¡Tu hija! Compadezco a tu padre y al abuelo. Dice que les cantará una canción que le ha enseñado su niñera. No sé a quién ha salido esta niña. con cuatro años y mandando tanto.

Él soltó una sonora carcajada.

—No sé yo tampoco, pero... su tía Mariona, Lali y hasta su madre son mandonas.

—Yo no soy mandona —se quejó.

—Claro que sí. Haces conmigo lo que quieres.

—Eso es porque estás loco por mí.

—Ahí tengo que darte la razón. —La besó de una forma fugaz e Inés habría deseado alargar más el momento, pero Gonzalo se apartó y se levantó del sofá.

—¿Tienes trabajo? —preguntó decepcionada a la vez que se incorporaba también.

—No, tengo planes —respondió misterioso. Le agarró la mano y tiró de ella—. Sin Sofia en la casa, te tengo para mí solo.

—¿Y adónde me llevas? —inquirió risueña, aunque conocía muy bien el camino que habían tomado. Así y todo, se hizo la despistada—. Yo había pensado que podríamos salir. Quizá al teatro.

—Luego.

—¿Y no tienes hambre?

—Mucha. —Gonzalo se volvió hacia ella justo antes de entrar en su dormitorio y la miró con tanta intensidad que le temblaron las rodillas; la pegó a su cuerpo y le susurró sobre los labios—: Pero de ti.

Inés supo que no cenarían ni tampoco irían al teatro, pero no le importó, porque iba a ser muy feliz.

FIN

Nota de la autora

He tratado de documentarme para ser lo más fiel posible a lo que pudo ser la Exposición Universal de Barcelona de 1888. Para la descripción y ambientación de los lugares y la época, me he basado en la lectura de fuentes originales, artículos de prensa de aquellos años y archivos telemáticos del Ayuntamiento de Barcelona, así como del periódico *La Vanguardia*. He recorrido los lugares donde se sitúan algunas escenas: las calles de antaño, el Arco del Triunfo, la Ciutadella (entrada y recinto de la Exposición Universal), el antiguo hospital de la Santa Creu (Santa Cruz), que hoy es la sede de la Biblioteca General de Catalunya, y he imaginado a mis personajes recorriéndolos a mi lado. La escena en la que Gonzalo lee la carta fue escrita justo en la escalinata que describo del hospital de la Santa Creu y en el claustro.

Pido disculpas si he incurrido en errores o he deslizado algún equívoco histórico.

Con relación a los tratamientos psiquiátricos que menciono, he destacado los más usuales en aquella época (y en desuso en la actualidad), aunque no me he detenido en ellos. La psiquiatría y la psicología han evolucionado mucho desde sus orígenes y hoy día los tratamientos no son tan agresivos, y las camisas de fuerza no son las batas de largas mangas sino la medicación. Por suerte, los avances han mejorado la calidad de vida de los pacientes.

En esta novela he querido hacer un pequeño homenaje a los pioneros en el trabajo de la salud mental y los utilizo como personajes basándome en sus propias biografías: Jean M. Charcot, Sigmund Freud (quien pasó una temporada en la Salpêtrière de París), Antonio Pujadas, Juan Giné y Partagás y Arturo Galcerán; ilustres médicos en el hospital de la Santa Creu, el sanatorio-manicomio de la Nueva Belén y el manicomio de San Baudilio de Llobregat de Barcelona.

Agradecimientos

Me confieso una persona agradecida.

Para mí la escritura empezó como *hobby* y se convirtió en necesidad. Pero llegar a publicar era un deseo que no me atrevía a soñar. Y ocurrió.

Por eso quiero dar las gracias a Lola Gude (Selecta) porque fue mi primera hada madrina, pero también a Aranzazu Sumalla de Vergara (Penguin Random House), que me ha dado la oportunidad y la confianza para que hoy esté escribiendo estas palabras y de que tú tengas este libro en las manos. La emoción es una alteración del estado de ánimo; más o menos pasajera, más o menos intensa. Nunca podré describir la alegría que sentí al escuchar de Aranzazu las palabras mágicas. Gracias, gracias por tu confianza, apoyo y consejos. Y, por supuesto, por esos cafés y esas charlas.

También quiero agradecer a Érika Gael su constancia, sus primeras lecturas, su enseñanza, su tiempo. Ella me pausó, me ilustró en el arte de la contención, para que no lo soltara todo a la vez.

A mi familia, a mis amigos, a todos a los que os he dado la lata con esta novela, gracias también, por aguantarme y por quererme.

A Gabriel, mi amor, mi locura, mi luna y mi sol. Gracias por cuidarme.

Y a ti, lector, lectora, gracias por tu apoyo. Espero haberte emocionado y que hayas disfrutado con esta historia tanto como yo he disfrutado escribiéndola.

La Barcelona de la Exposición Universal de 1888 será testigo del amor entre un médico y una modista. Una pasión que cuenta la historia de un beso.



Gonzalo Losada provoca la ira de su padre cuando decide abandonar su puesto de cirujano para especializarse como médico de enfermedades mentales en otra ciudad, con el mejor neurólogo del momento. Inés Ribas, hija de un empresario textil catalán, tiene el sueño de convertirse en diseñadora de moda. Su padre, que la consiente en todo, solo le pondrá una condición.

El destino es caprichoso y coloca a Inés en el camino de Gonzalo. Este queda prendado de ella nada más verla y busca un acercamiento, pero no sabe que la modista lo utilizará para ganar un reto.

Tiempo después coinciden en una fiesta y ninguno de los dos ha olvidado su fugaz encuentro. Atrapados por la pasión que desborda sus corazones, se hacen promesas de amor, pero la vida los empuja en direcciones opuestas hasta que vuelven a encontrarse. Ambos han cambiado. Los malentendidos, el rencor y los celos, la familia y la traición se interponen entre ellos. Gonzalo descubrirá que tiene en su poder la llave para ser feliz o perder a Inés para siempre.

***Esa locura llamada amor* es la historia de un beso, de una pasión y de cómo a veces el amor se convierte en locura.**

Nuria Rivera nació en Badalona (Barcelona) el 15 de enero de 1967. Está casada, reside en Barcelona y es psicóloga clínica. Se formó como escritora en la Escuela de Escritura del Ateneo Barcelonés. Divide el tiempo entre su labor terapéutica como psicóloga y la escritura. Ha publicado las novelas *El destino tiene otros planes*, *Algunas mentiras*, *La pasión dormida*, *No llores, princesa* y *Un conde sin corazón* (serie Minstrel Valley), estas dos últimas en la editorial Selecta. Con *Esa locura llamada amor* quedó finalista en la novena edición del Premio Vergara de Novela Romántica.

Edición en formato digital: marzo de 2020

© 2020, Nuria Rivera

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Carme Alcoverro

Fotografía de portada: Leo Flores

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-176-6482-4

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

[1] Padres e hijos.

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Esa locura llamada amor

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Epílogo

Nota de la autora

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Nuria Rivera

Créditos

Nota